

MARISA GREY

Primera finalista del Premio Vergara - El Rincón de la Novela Romántica

Cadena de favores



de

Abandonada por su marido, Emily Coleman vive con su hijo Cody en un rancho aislado en medio de una tierra violenta y despiadada, acosada por las deudas y por los hombres que codician sus tierras. Si quiere sobrevivir, tendrá que cruzar Kansas para vender su ganado en la peligrosa Dodge City. Para ello, espera contar con el auxilio de tres hombres: el viejo Kirk, su amigo de la infancia, Nube Gris y el inquietante Douglas.

Pero la verdadera ayuda le llegará de la mano de Sam Truman, un hombre de mirada fría y pasado turbulento que aparecerá de manera inesperada en su vida. Junto a él Emily emprenderá un viaje lleno de imprevistos y peligros en el que aprenderá a ser dueña de su destino y descubrirá que el amor puede ser una tortura y, a la vez, la más dulce de las esperanzas.

Pero Sam no puede olvidar que, pese a ser una mujer abandonada, Emily sigue casada con otro hombre. La protegerá de los peligros que la acechan y la amará en silencio, consciente de que su tiempo juntos acabará cuando regresen al rancho.



Marisa Grey

Cadena de favores

ePub r1.0
nalass 29.11.14

Título original: *Cadena de favores*
Marisa Grey, 2013

Editor digital: nalasss
ePub base r1.2



*A mi padre y a mi madre,
con todo mi amor.
Vuestra «Tuercebotas»*

1

Estado de Kansas, 1879

Si alguien necesitaba cualquier cosa, un retal para un vestido, un saco de harina o una pala, solo tenía que acercarse al almacén de Gertrud y Pete Schmidt. No había nada que ellos no consiguieran en el condado de Ellsworth. Tal vez por eso el establecimiento era el corazón de aquella pequeña población de poco más de cien habitantes, con calles polvorientas en verano y nevadas en invierno, que se convertían en un lodazal con las lluvias de primavera u otoño. No había otro almacén en cincuenta kilómetros a la redonda, lo que obligaba a los rancheros y granjeros del condado a recurrir a la pareja para cualquier necesidad que se les presentara.

Por esa misma razón no era de extrañar que Gertrud llevara su negocio como una reina que impartiera justicia divina. Ni el más audaz de la zona se atrevía a romper las normas de esa mujer de rostro enjuto. Su mirada de halcón era bien conocida, nada se le escapaba en su reino atestado de cachivaches y era capaz de averiguar si faltaba algo con una simple ojeada.

Llevaba el cabello siempre tan tirante que muchos aseguraban que no tenía arrugas por ese sempiterno moño negro salpicado de canas. Sus ojos oscuros, pequeños y vivaces, se agitaban de un lado a otro sin perder de vista su mercancía, y cuando algo la molestaba, fruncía la boca de labios finos. Menuda y flaca hasta parecer un junco y pese a su escaso metro cincuenta de estatura Gertrud era capaz de hacer temblar al más temido. Esa mujer rezumaba autoridad y no dudaba en usar su lengua viperina cuando alguien no acataba sus normas.

Como era de esperar, allí estaba cuando Emily entró en el almacén acompañada de su hijo Cody. La recién llegada habría preferido con mucho encontrarse con Pete Schmidt, un hombre afable de rostro rubicundo y siempre sonriente. Inhaló lentamente para darse ánimos, porque ya sabía lo que estaba a punto de suceder: tendría que humillarse para conseguir los artículos de primera necesidad de la lista arrugada que aguardaba en su bolsillo. Echó un vistazo a la calle, donde la lluvia se cebaba engrosando los charcos que amenazaban con tragarse las ruedas de las carretas. La suya esperaba a pocos metros y Emily se compadeció de *Sansón*, su viejo caballo, un animal tranquilo que aguantaba con resignación el tamborileo de la lluvia con los cascos hundidos en el barro. Era absurdo esperar a que Pete regresara de donde estuviera; si ella y Cody salían, se calarían hasta los huesos en un abrir y cerrar de ojos, y lo único que conseguirían sería un buen catarro. Su orgullo tendría que sufrir las consecuencias del arisco carácter de Gertrud. Oteó el local desde la puerta y descubrió que en ese momento no había más clientes; al menos en eso tendría suerte: nadie sería testigo de su vergüenza.

—¡Cierre la puerta!

La voz de Gertrud restalló como un latigazo en el ambiente tranquilo del almacén. ¿Cómo había notado su presencia si no había hecho ruido con la puerta, y Gertrud no había levantado la mirada de su libro de cuentas?

La mujer la estudió desde detrás de sus gafas pequeñas y redondas esbozando una sonrisa que provocó un escalofrío en Emily.

—Señora Coleman, justo estaba pensando en usted hace un momento.

De haber provenido de cualquier otra persona, esa frase habría sido una bienvenida. Viniendo de Gertrud, en cambio, era una clara alusión a lo que Emily le debía. El dedo índice de la mujer golpeaba rítmicamente el libro de cuentas, atrayendo la mirada de la recién llegada. Esta tragó el nudo que llevaba anidado en la garganta desde que había salido del rancho. No supo qué contestar, de manera que avanzó hacia el mostrador y sus pasos resonaron sobre el suelo de madera, al ritmo de los fuertes latidos de su corazón. Estrechó la mano de Cody para infundirse valor y el niño le devolvió el apretón, consciente del mal trago que les esperaba. Llegó al mostrador de madera con una vitrina de un extremo a otro dividida en compartimentos, donde se exponían artículos tan dispares como fruslerías de encaje y municiones de rifle.

Emily se dispuso a hablar cuando Gertrud alzó una mano para atajarla.

—Espere aquí, tengo que sacar una cosa al mostrador.

Emily asintió agradecida por esos minutos de gracia. Madre e hijo intercambiaron una mirada. Cody le dedicó una sonrisa vacilante enseñando el hueco que un incisivo de leche había dejado la noche anterior al caerse mientras cenaba. Aquel gesto tan sincero e inocente le llegó a Emily al alma, hasta el punto de que se agachó para besarle la coronilla al pequeño con toda la ternura de una madre.

Atrás oyó un ruido, pero no se dio la vuelta, porque en ese momento Gertrud regresaba con una bandeja de manzanas recubiertas de reluciente caramelo. Desprendían un olor dulzón que arrancó a Cody un suspiro de deseo. Instintivamente el pequeño se puso de puntillas agarrando el filo del mostrador para ver de cerca esas delicias brillantes y sabrosas. Le encantaban, de hecho habría dado cualquier cosa por un bocado, pero en casa el azúcar era un lujo que no se podían permitir, y mucho menos para un despilfarro como manzanas caramelizadas. Se pasó la punta de la lengua por el labio inferior con los ojos fijos en la tentación.

—Aparta, niño —le ordenó Gertrud, y agitó una mano delante de las narices de Cody, como si su simple presencia pudiera contaminar las manzanas—. Ya sabes que no puedes permitirte una.

Emily apretó los labios, sintiendo el impulso de alargar la mano y agarrar uno de los palitos de madera clavados en las manzanas para dárselo a su hijo. Reprimió el gesto, consciente de no poder pagar semejante capricho. Carraspeó tragándose la congoja y se sacó la lista del bolsillo de su abrigo húmedo.

—Buenos días, señora Schmidt. Necesitaría estos artí...

La interrumpió el chasqueo de lengua de Gertrud, que la miraba con una condescendencia insultante.

—Todavía nos debe los últimos tres encargos, señora Coleman.

Emily arrugó la lista en el puño. Gertrud ya le había advertido anteriormente de que no le fiaría más. Aun así necesitaba aquellas cosas tan sencillas.

—La última vez le dije que a finales de mes llevaremos el rebaño a Dodge City. Cuando nos paguen, saldará mi deuda con ustedes. El señor Schmidt estuvo de acuerdo.

—¿Sigue con esa absurda idea? ¿Llevará un rebaño con un cojo, un gandul y un indio?

—Yo también iré y ayudaré —intervino Cody—. Tengo casi nueve años y sé montar a caballo y manejar el lazo.

Gertrud ni siquiera se molestó en mirarlo, sino que clavó los ojos en la lista que Emily había dejado sobre el mostrador.

—Es una insensatez. Debería ser más responsable y vender la propiedad junto con el rebaño a Cliff Crawford. Sabe que está interesado en esas tierras desde que se estableció en el condado. Es una locura que una mujer lleve un rancho ella sola.

—Mi marido volverá... —aseguró en voz baja Emily.

Un nuevo chasqueo de lengua la interrumpió.

—¿Cuánto tiempo hace que el cabeza hueca de su marido se marchó a Oregón en busca de oro, señora Coleman?

—Seis meses —murmuró, consciente de que Gertrud lo sabía a la perfección.

—¿Y cree que volverá?

Su mirada inquisitiva encogió a Emily. Todos sabían que Gregory se había marchado seis meses antes en busca de oro, dejando a su familia sola en un rancho aislado con tres personas para ayudar a su mujer. Pero nadie sabía cuándo regresaría, ni siquiera su esposa.

—Volverá —insistió Emily—. Y llevaremos el rebaño a Dodge City —reafirmó, devolviendo la mirada a la mujer—. Por favor, necesitamos esos artículos.

Gertrud apretó los labios y los surcos que iban de las aletas de la nariz a las comisuras de los labios se acentuaron. Leyó en silencio la lista.

—Esto es pan para hoy y hambre para mañana. ¿Es consciente de los peligros a los que tendrá que enfrentarse para llegar a Dodge City? Además, una vez allí ningún hombre querrá hacer negocios con una mujer.

—Gregory ya había apalabrado la venta del ganado, el comprador nos espera a finales de mes.

—Esta será la última vez —sentenció Gertrud—. Tiene que pagarnos lo que nos debe, y si a final de mes no lo hace, hablaré con el sheriff.

Emily asintió, sintiéndose como una niña a la que estuvieran dando una reprimenda. Se obligó a tragarse las palabras que pugnaban por escapar de sus labios, como que todos sabían que las básculas del almacén de Gertrud estaban manipuladas a favor de los Schmidt; lo que pesaba una libra para Gertrud, era algo menos en cualquier otra balanza.

—Por supuesto —convino Emily a desgana—. A final de mes tendrá el dinero que le debemos.

Gertrud estudió la lista y arqueó las cejas.

—¿Huevos? ¿Acaso sus gallinas ya no ponen?

—Se murieron —informó Emily con una nueva oleada de vergüenza.

—Insensata —musitó la otra.

Gertrud la examinó unos segundos en silencio hasta que algo captó su atención justo detrás de Emily. Entornó los ojos antes de volver a posar su mirada en Cody y su madre.

—Tendrán que esperar a que Pete regrese. No seré yo quien salga con este tiempo para

cargar la carreta.

—¿Y cuándo llegará? —inquirió Emily, conteniendo un suspiro de alivio, Gertrud parecía haber capitulado.

—No lo sé. Puede que no vuelva hasta esta tarde.

—No puedo esperar tanto...

—Es lo que hay. Ya que no paga, no pretenderá que se le dé un trato preferencial.

Emily era consciente de que Gertrud la estaba castigando.

—Yo podría cargar mi carreta y Cody me ayudaría...

—Ni hablar —negó Gertrud, regodeándose—. Pete es el encargado de eso y nadie más lo hará. Tendrá que esperar; ni usted ni el niño tienen fuerza suficiente para cargar esos sacos.

—No puedo esperar tanto, se nos hará de noche.

—No debería haber venido sola con un niño —espetó Gertrud.

—Yo cargaré la compra de la señora.

Una voz profunda provino de la espalda de Emily, que se dio la vuelta con un sobresalto. Tuvo que levantar la cabeza para ver el rostro del hombre vestido de negro de los pies a la cabeza. Su ropa, así como su sombrero de ala ancha, goteaban dejando un charco en el suelo de madera. Lo único que se le veía era el rostro, porque hasta las manos estaban enfundadas en cuero desgastado.

Emily registró todo en unos segundos y finalmente se fijó en los ojos del desconocido; eran azules, tan claros que asustaban por su frialdad. Le recordó la nieve azulada del invierno cuando se reflejaba el cielo en ella. Si no hubiese sido por las pupilas negras y el filo que rodeaba el iris de un azul mucho más intenso, habría tenido ojos de ciego. La nariz era recta con un ligero abultamiento en el centro. De ahí bajó a los labios firmes y ligeramente carnosos. La barbilla prominente estaba partida por una cicatriz que se prolongaba por la parte derecha de la mandíbula. En aquel rostro no había nada suave, todo eran planos y ángulos, y la barba de varios días no ayudaba a suavizar unos rasgos tan masculinos.

Instintivamente Emily dio un paso atrás sin apartar la mirada del desconocido. Su mano buscó la de su hijo, que se pegó a ella al momento.

—Gracias por su ayuda, pero no puedo aceptarla. No nos conocemos...

—Es una estupidez. Yo no tengo nada que hacer y usted ha de irse cuanto antes.

Aquella voz profunda la sobresaltó una vez más, parecía provenir del interior del ancho pecho cubierto de cuero reluciente por la lluvia.

—No puedo pagarle.

—¿Acaso le he pedido que me pague?

El desconocido parecía morder las palabras y su voz sonaba ronca, como si no hablara con frecuencia.

—No, pero...

Los ojos claros del hombre dejaron de observar el rostro asustado de Emily y se clavaron en Gertrud, quien le sostuvo la mirada con inquina.

—Prepare todo lo que la señora ha pedido, yo la ayudaré a cargar la carreta. Con esta lluvia, dentro de una hora los caminos estarán tan embarrados que apenas logrará llegar hasta su casa si espera unos minutos más.

—¿Y usted quién es? —inquirió Gertrud secamente.

—Eso no importa. Cuando haya acabado con la señora, quiero esto. —Le lanzó sobre el mostrador una lista corta garabateada en un trozo de papel sucio.

Gertrud la leyó y asintió.

—Está bien. No es asunto mío quién sea usted y si ayuda a la señora Coleman. Desde luego, no voy a ser yo quien cargue su carreta.

Apenas hubo acabado de hablar cuando la mano del desconocido pasó por encima del hombro de Emily y agarró el palito de una de las manzanas caramelizadas. Sin una palabra se la tendió a Cody. Este buscó los ojos de su madre, dividido entre el deseo de hincarle el diente a la manzana y el miedo que le inspiraba el hombre, que le parecía un gigante. La duda del niño pareció irritar al desconocido.

—¡Cógela!

Cody se sobresaltó y se aferró aún más fuerte a la mano de su madre. Emily se enderezó, aunque el gesto no sirvió de mucho, porque apenas llegaba al hombro del desconocido.

—No puedo pagarla —dijo con toda la dignidad de la que fue capaz.

—¿Quién le ha dicho que la pagará usted? —gruñó el hombre. Volvió a mirar al niño con el ceño fruncido—. Cógela, aprovecha lo bueno que te ofrezcan porque nunca sabrás cuándo volverá a suceder.

Emily se moría por dar un manotazo al desconocido, sin embargo sabía de sobra que su hijo adoraba las manzanas caramelizadas y, aunque le resultara irritante dar la razón a un hombre tan mal educado, no podía saber cuándo tendría Cody la oportunidad de volver a disfrutar de una golosina. Las expectativas no eran halagüeñas y a esas alturas, si el hecho de pisotear un poco su amor propio era el precio por conseguir algo que su hijo deseaba, lo pagaría de buena gana.

—Cógela y dale las gracias —cedió finalmente, tragándose el orgullo.

—Y usted, caballero, ¿tiene dinero suficiente para todo lo que me ha pedido? —intervino Gertrud con malicia—. La munición que desea es cara...

En silencio y con la vista clavada en Cody, que mordisqueaba la manzana con timidez, el hombre sacó un pequeño fajo de billetes enrollados y húmedos y lo arrojó sobre el mostrador.

—Ahí tiene, coja lo que sea mientras cargo la carreta.

Emily quiso decirle que Gertrud le cobraría más de lo que costara la compra si no estaba pendiente de la cuenta, pero al final decidió guardarse el consejo.

Gertrud chasqueó la lengua en gesto reprobatorio.

—Pues venga a por los sacos de la señora Coleman.

De nuevo en silencio, el hombre siguió a Gertrud dejando a Emily y Cody frente al mostrador. Los dos se miraron, todavía consternados.

—Es un pistolero, mamá —susurró el niño—. ¿Has visto sus Colts? Lleva dos colgados al cinto, como los pistoleros...

Emily había vislumbrado las armas cuando el desconocido sacó el dinero. Tragó con dificultad; no sabía si acababa de aceptar la ayuda de un asesino. No entendía por qué la socorría, no parecía de esa clase de hombres. Se preguntó qué habría oído de la conversación que ella había mantenido con Gertrud. Supuso que el desconocido se habría enterado de sus apuros económicos y eso la mortificó hasta la médula, pero lo peor era que habría averiguado que estaba sola. Reprimió un estremecimiento de miedo. Puso un dedo sobre los labios pegajosos de su hijo para acallarlos.

—No digas nada más y cómete la manzana antes de que salgamos de aquí o se te empapará con la lluvia.

En ese momento el hombre apareció con dos sacos cargados sobre los hombros como si no pesaran nada. Se la quedó mirando sin moverse. Emily se removió incómoda ante un escrutinio tan poco amistoso. La ayudaba, y sin embargo la atravesaba con su mirada helada.

—¿Qué? —espetó él—. ¿Dónde está su carreta?

Emily enrojeció hasta las orejas al comprender de repente que no la estaba admirando, sino que esperaba a que le guiara. ¿Y quién se molestaría en mirar a una mujer como ella, vestida como una monja y con el pelo pegado a la cabeza por la lluvia, que ni la lona encerada había impedido que se empapara?

—Sí, claro. Sígame, está aquí, delante de la barbería —explicó ella precipitadamente, abochornada por su torpeza—. Antes había otra carreta delante y no pude acercarla más. Si me espera aquí, la pondré justo enfrente para que no tenga que mojarse más de la cuenta.

Cuando se disponía a salir, recibió un empujón que la apartó de la puerta y el hombre salió. Sus pasos resonaron en la acera de madera, protegido por el alero del tejado del almacén de los Schmidt. Después el desconocido bajó los tres escalones y se acercó a la carreta de Emily sin importarle el barro que le manchaba las botas ni la lluvia que se le echó encima con violencia. Descargó los sacos y los tapó al momento con la lona. Acto seguido regresó al almacén y se metió de nuevo en la trastienda. Salió cargado con un barril lleno de patatas y cebollas sin dirigir ni una mirada a Emily y su hijo. Durante unos minutos, la silenciosa escena fue repitiéndose mientras la señora Schmidt amontonaba la compra del hombre sin dejar de observar el proceso. Cuando el desconocido salió por última vez, la tendera chasqueó la lengua.

Ese sonido seco exasperaba a Emily, lo odiaba.

—No sé si sabrá lo que está haciendo aceptando la ayuda de ese hombre. Lleva la muerte pintada en la cara.

Las palabras de Gertrud la estremecieron. ¿Y si ese desconocido le pedía algo a cambio? No precisamente dinero, sino tal vez algo más peligroso. Sintió frío, mucho frío. Cuando iba al pueblo, hacía lo posible por pasar inadvertida porque todos sabían que estaba sola, sin un marido que la protegiera de cuantos pudieran considerarla una presa fácil. Se palpó el arma que llevaba en el bolsillo interior del abrigo y eso le dio algo de confianza, aunque su puntería fuera pésima. Y tenía el pequeño puñal que Nube Gris le había entregado antes de salir. Lo llevaba en la caña de la bota, pegado a la media de lana.

El hombre la sacó de sus cavilaciones plantándose delante de ella como un árbol en medio del camino.

—Ya lo tiene, ahora márchese cuanto antes. La lluvia arreciará enseguida y podría quedar atascada en el barro.

—¿Por qué me ayuda? —susurró para que la señora Schmidt no la oyera.

Los ojos de hielo la contemplaron en silencio unos segundos, sin parpadear.

—Porque me recuerda a una persona. ¡Y váyase ya!

La cogió del brazo y, con un movimiento fluido de la otra mano, alzó a Cody para llevárselo en volandas pegado a su cuerpo. Los sacó del almacén sin darles tiempo a despedirse de la señora Schmidt. Esta no los perdió de vista hasta que pasaron el amplio ventanal que daba a la calle. Los llevó hasta la carreta cargada, los ayudó a instalarse y se las arregló para que la lona

cubriera la carga al tiempo que los protegía de la lluvia.

Una vez madre e hijo estuvieron acomodados, él se quedó observándolos, con las botas hundidas en el barro y sin despegar los labios. Emily quiso decirle algo agradable, pero no se le ocurría nada. La había ayudado y aparentemente no iba a pedirle nada a cambio. Sin embargo, ¿qué se le decía a un hombre que no deseaba ni que le dieran las gracias? Se limitaba a permanecer allí plantado, esperando a que se marcharan, como si eso fuera lo último de una prueba autoimpuesta para demostrarse que podía permitirse ser un buen cristiano y ayudar al prójimo.

—Debería repasar la cuenta de su compra —le aconsejó ella.

El desconocido asintió en silencio.

—Me llamo Emily y este es mi hijo Cody —añadió finalmente, cohibida. La mirada de hielo la intimidaba a pesar de la ayuda.

El hombre asintió una vez más, en silencio.

—¿No va a decirme su nombre? —preguntó ella.

—No creo que eso sirviera de nada. No volveremos a vernos, solo estoy de paso.

Emily agarró las riendas, consciente de que él se quedaría allí hasta que se marcharan. Los regueros de lluvia que le recorrían el sombrero y el guardapolvo no parecían molestarle en absoluto, y cualquiera habría dicho que era inmune al frío y al viento, que convertía las gotas de lluvia en gélidas agujas. Ella asintió. Ya era hora de volver al rancho; tenían por delante un buen trecho y con el mal tiempo tardarían mucho más de lo habitual.

—Entonces adiós, señor desconocido —se despidió Emily—, y gracias por su ayuda. Que dios le bendiga.

Azuzó suavemente a *Sansón*, que agitó la cabeza y echó a andar dócilmente con lentitud. Se negó a mirar atrás, aunque se moría por hacerlo, porque estaba convencida de que su misterioso buen samaritano seguiría allí hasta que ellos dos se perdieran de vista.

Cuando la carreta estaba ya a varios metros, el hombre se pasó una mano por la cara para apartar las gotas de lluvia que se le adherían a la barba incipiente. Los ojos no se despegaban de la carreta que traqueteaba por la calle enlodada.

—Me llamo Sam Truman —susurró más para sí mismo que para que ella lo oyera.

2

Sam maldijo una y otra vez la lluvia que se le colaba por el cuello y se le deslizaba por la espalda hasta empaparle la camisa. *Rufián*, su caballo, avanzaba a paso lento, sorteando los desniveles que la lluvia estaba dejando en el camino.

Le era imposible dejar de pensar en la mujer del almacén y su hijo. Cuando le dijo que le recordaba a alguien, pensaba en su hermana Mary Jane. Se parecían: las dos eran menudas, con el cabello castaño y grandes ojos marrones que parecían comerse el resto del rostro. Las dos tenían la piel muy blanca y se sonrojaban con facilidad cuando se ponían nerviosas. Pero las similitudes acababan ahí. Mary Jane estaba muerta, y la mujer del almacén, no.

Tampoco tenía muy claro por qué la había ayudado; hacía mucho que cualquier señal de bondad había desaparecido de su persona. En concreto desde que regresó de la guerra catorce años antes y se encontró el rancho de su padre quemado hasta los cimientos y a toda su familia asesinada por unos comancheros. Los vecinos los enterraron en la loma cerca de la casa y lo único que quedó de ellos fueron otras tantas cruces de madera con sus nombres burdamente tallados. Desde entonces llevaba mucho tiempo vagando de un lado a otro y había pasado los últimos tres años trabajando en una mina de oro en Oregón.

En esos momentos se dirigía al este, no había decidido aún dónde se instalaría, pero cuanto más lejos del sur, más atrás dejaba los recuerdos. Después de vagabundear de un estado a otro, quería volver a empezar una nueva vida alejada de todo lo que le recordara a su familia.

Los ojos de la mujer volvieron a atormentarle recordándole que él también sabía lo que era no tener quien le ayudara. La tendera, esa vieja víbora, se había ensañado recalando lo que Emily le debía por el simple placer de mortificarla. Y la pobre mujer había aguantado la vergüenza con dignidad, cogida de la mano de su pequeño, que parecía un cachorro con aquellos ojos color miel. Su sobrino Julian había tenido su misma edad, unos nueve años, cuando fue cruelmente asesinado a manos de los comancheros.

Se sacudió el recuerdo de su sobrino y el de Emily Coleman. Tenía que pensar en otras cosas, como poner distancia entre Carson y él. Durante tres años trabajaron en la misma veta en la mina, con una diferencia; Carson era un vago peligroso que no dudaba en recurrir a su navaja para cubrir sus vicios sin cansarse demasiado en la mina. Por su parte, Sam no pensaba más que en acumular cuanto pudiera para largarse de allí. Unos días antes de abandonar el barracón mohoso donde llevaba viviendo tres malditos años, sorprendió a Carson registrando sus pertenencias. No tardaron en llegar a las manos y los demás empezaron a apostar a su alrededor

azuzándolos como animales. Sam logró finalmente asestarle un puñetazo que dejó a su contrincante inconsciente, pero al momento supo que debía salir de allí cuanto antes. Carson había echado el ojo al oro de Sam y sin duda estaba dispuesto a conseguirlo a cualquier precio con la ayuda de sus amigos. Ya lo había visto acuchillar a un hombre a traición por mucho menos de lo que él escondía en el barracón.

De eso hacía ya una semana; desde entonces había dejado atrás Oregón y se adentraba en Kansas con la intención de buscar algo que le permitiera asentarse. Era consciente de que sería difícil, pero en el este se estaban asignando parcelas y él aspiraba a tener su propio rancho.

Un movimiento le llamó la atención y las orejas tiesas de *Rufián* le confirmaron que algo los acechaba. La lluvia le entorpecía la vista convirtiendo todo lo que le rodeaba en un borrón difuso. Oteó el camino frente a él: el sendero bordeaba la linde de un bosque oscuro que la escasa luz del día convertía en una trampa. No pensaba cruzarlo, prefería dar un rodeo. No tenía prisa, aunque la lluvia lo estuviese calando hasta los huesos. Se metió una mano bajo el guardapolvo, dispuesto a desenfundar su arma ante cualquier peligro.

No tuvo tiempo de reaccionar: una sombra se le echó encima desde un árbol y lo derribó. Sam cayó muy cerca de su caballo, que se encabritó y se alejó trotando. Enseguida aparecieron cuatro hombres. Estaba rodeado. No pudo hacer nada cuando la primera patada le dio en el estómago dejándole sin aire en los pulmones. Se dobló por la mitad, intentando protegerse la cara con los brazos. La segunda patada, que no se hizo esperar, le dio en los riñones. Soltó un gruñido de dolor. La tercera pierna que arremetió contra él para darle en la cabeza no tuvo oportunidad de acertarle, ya que la agarró con las manos y derribó al hombre. Se le tiró encima, ignorando las punzadas de dolor que le laceraban el cuerpo. Golpeó la boca de su atacante con el puño arrancándole un grito. No se reprimió y volvió a aporrear.

Dos atacantes lo agarraron de los brazos alejándolo del cuerpo que segundos antes había estado golpeando. La lluvia le cegaba hasta tal punto que apenas acertaba a distinguir los rostros de sus atacantes, pero la voz de Carson le reveló quiénes eran.

—Vaya, vaya... Sí que sabes pegar —dijo con voz burlona. Acto seguido le asestó un puñetazo en el vientre.

Sam boqueó buscando aire. No pudo reponerse, ya que un nuevo puño se estrelló contra su mejilla. Notó que la sangre le inundaba la boca y se le colaba por la garganta. Un nuevo golpe le cegó el ojo derecho. Diminutos puntos blancos estallaron detrás del párpado. Ya no sabía si lo que se deslizaba por su cara era la lluvia o su propia sangre.

—¿Dónde tienes el oro? —preguntó Carson, agarrándolo del pelo. Le echó la cabeza atrás con tanta brusquedad que Sam notó como le crujían las vértebras del cuello—. ¿Dónde lo has escondido?

—No me queda nada —farfulló Sam con la boca llena de sangre—. Lo perdí todo en una partida de póquer.

Un puñetazo más lo dejó tan aturdido que se quedó colgado de los dos hombres que lo sostenían. Después perdió la cuenta de los golpes, lo único que sabía a ciencia cierta era que apenas lograba pensar. Los puñetazos se abatían sobre él como la lluvia helada.

—Regístradlo —ordenó Carson.

Lo dejaron caer en el lodo y se dispusieron a despojarlo de todo lo que llevaba encima.

—¿Qué hacemos con sus Colts? Son de lo mejor, mirad las culatas de nácar —exclamó uno

de ellos.

—No es lo que nos interesa —soltó Carson dando una patada a uno de los revólveres. Buscó a su alrededor—. Registrad su caballo, tiene que estar en las alforjas.

Rufián los observaba a una distancia prudencial, desconfiando de los desconocidos. Los hombres fueron acercándose lentamente con los brazos abiertos. Sam ya no representaba una amenaza: permanecía tirado en el barro con el rostro ensangrentado mientras uno de los atacantes lo apuntaba con su arma.

Lograron acorralar al caballo y enseguida le sujetaron las riendas que colgaban por debajo de la cabeza. Carson se dispuso a vaciar al instante el contenido de las alforjas y soltó un grito de rabia cuando constató que lo que buscaba no estaba allí. *Rufián* se encabritó, asustando a los hombres, y se alejó trotando.

Carson volvió junto a Sam y le pateó las costillas.

—¿Dónde tienes el oro?

—No me queda nada —repitió Sam con un hilo de voz.

—¡En tres años no te he visto tocar una carta! —gritó Carson.

Sam le miró con el único ojo que podía abrir.

—Puedes patearme hasta dejarme inconsciente, pero no conseguirás mi oro porque ya no lo tengo.

Como respuesta Carson lo golpeó hasta que Sam quedó hecho un ovillo en el suelo.

—¿Y ahora qué hacemos con él? —preguntó uno de los hombres.

—Colgadlo —ordenó Carson, asestándole una última patada en la cara—, pero de los pies. Si ya no tiene el oro, no nos sirve de nada.

La lluvia había convertido el camino habitual para llegar al rancho en un río de barro intransitable. Emily tuvo que retroceder para tomar otro mucho más largo. Rezó para que fuera seguro, porque si ese también se convertía en una trampa para las ruedas de la carreta, se veía pasando la noche bajo la lona en medio de la llanura. Azuzó suavemente a *Sansón*, alentándolo a apurar el paso. El animal avanzaba con prudencia, escarmentado por el susto que los tres se habían llevado al intentar cruzar lo que habitualmente habría sido un arroyo de pocos centímetros de profundidad y que se había convertido en un río peligroso.

—Tengo hambre —se quejó Cody bajo la lona.

—Lo siento, pero ya te has terminado el pan y el queso; no nos queda nada más. No sé cómo puedes tener hambre con todo lo que has tragado esta última hora.

En efecto, Emily no se explicaba dónde metía su hijo todo lo que ingería al cabo del día, porque el niño estaba flaco como un palo. Le estudió el perfil ceñudo. No se parecía en nada a su padre, todos decían que era el vivo retrato de su madre. Esperaba que su hijo fuera más fuerte que ella, más alto y más valiente. No habían tenido una vida fácil, ni antes de que se marchara Gregory Coleman ni después. A sus nueve años, Cody era un chico trabajador que ayudaba cuanto podía a su madre o a los chicos del rancho. No temía ensuciarse ni le hacía ascos a cualquier tarea con el ganado. Emily anhelaba poder darle todo lo que deseaba, como una simple manzana caramelizada. El corazón se le encogió al recordar cómo se la había comido el pequeño, al principio con vacilación, después con glotonería. Una vez acabada la delicia, se estuvo

chupando los dedos pringosos hasta que los dejó relucientes. Aquel recuerdo la llevó de nuevo a pensar en el hombre del almacén, consciente de que en adelante siempre que viera una manzana caramelizada su imagen volvería a su mente.

Se había quedado con ganas de averiguar el nombre del desconocido, saber algo más de ese hombre de ojos claros y aspecto amenazador. Evocó su imagen bajo la lluvia, observando cómo se marchaban, callado, con la mirada fija sin parpadear. No volverían a verse y en cuestión de unos pocos días el desconocido se convertiría en un recuerdo difuso. En cierto modo eso la apenaba, porque para ella representaba la prueba tangible de que la bondad podía aparecer en el momento más insospechado y bajo la apariencia de un hombre que parecía un heraldo de la muerte.

El traqueteo de la carreta empezaba a adormilarla. Llevaba levantada desde las cinco de la madrugada y los párpados se le cerraban en cuanto se relajaba. El frío que se le colaba por la falda empapada no la ayudaba a espabilarse. Intentó aferrarse con más fuerzas a las riendas y las agitó en un vano intento de animar también a *Sansón*.

—¡Mamá! ¡Mira!

La voz excitada de Cody bastó para que ella se irguiera en el asiento. Siguió el punto que el pequeño dedo señalaba en el camino frente a ellos. Un caballo aguardaba junto a un árbol del linde del bosque que tenían a su izquierda. No le costó mucho distinguir lo que el animal empujaba suavemente con la cabeza. Un hombre colgaba de una rama, atado por los pies. No podía verle la cara, porque el guardapolvo le pendía de los brazos tapándole la cabeza. La camisa también le colgaba, dejando al aire una buena porción de piel que mostraba señales de haber recibido una verdadera paliza.

Emily se estremeció y llevó lentamente una mano bajo el asiento, donde guardaba el rifle. Lo sacó con gestos pausados sin dejar de atisbar a su alrededor. Vio objetos tirados en el camino, como la silla de montar, las alforjas, una manta empapada de barro, unos pocos utensilios de cocina y algo que podría haber sido una muda de ropa, hecha jirones. Tiró de las riendas con una mano y apuntó con el rifle buscando un posible peligro escondido. Solo se oía el ruido monótono de la lluvia; por lo demás todo parecía en calma. Temerosa, se deslizó hasta el suelo con cuidado sin bajar el rifle. Era muy consciente de que por esos caminos podía encontrarse con cualquier desalmado que no dudaría en matarlos por lo que llevaban en la carreta.

—Cody, acerca la carreta un poco más, pero ve despacio.

El niño obedeció y guio a *Sansón* hasta que estuvo a la altura del otro caballo, que los observaba con desconfianza. Por su parte, Emily se acercó al hombre. Con la punta del cañón levantó el guardapolvo lo suficiente para ver el rostro. Ahogó un jadeo cuando vio la cara ensangrentada, tan golpeada y abotargada que apenas si se le veían los ojos. Temió que estuviera muerto, porque no se movía. Tragó saliva, indecisa; aunque estuviese muerto, no podía dejarlo allí colgado del árbol, a merced de los cuervos. Sin embargo, tampoco tenía con qué cubrirlo, y debía darse prisa para llegar cuanto antes al rancho. Dividida entre lo que consideraba un deber cristiano y lo que le dictaba la prudencia, se quedó mirando aquel rostro castigado.

Un gemido salió de la boca del hombre. Emily se sobresaltó, sorprendida.

—Dios mío, está vivo —susurró—. ¡Cody! Acerca la carreta un poco más y déjala justo debajo del hombre. Está vivo.

Cody se apresuró a obedecer, apartando al otro caballo mientras su madre se sacaba la navaja

de la bota y cortaba la cuerda. Cuando el cuerpo cayó sobre la lona se oyó un gruñido apenas humano y el hombre se hizo un ovillo resollando con dificultad.

—¿Quién es? —quiso saber Cody, más impresionado que asustado.

—No lo sé. —Lo cubrió como pudo con el guardapolvo, tapando la piel que había quedado expuesta—. Cody, recoge las cosas que están tiradas por el camino y ata las riendas del caballo a la carreta.

Mientras daba órdenes a su hijo, Emily buscó una manta seca que guardaba debajo del asiento. No la había sacado pensando que, si debían pasar la noche en la carreta, al menos tendrían algo con que abrigarse bajo la lona. Lo arrojó como pudo y le echó una esquina de la lona encima sin importarle que el barril de patatas y cebollas quedara a la intemperie.

El hombre se quejó suavemente. Con sumo cuidado, Emily le apartó de la cara el pelo empapado y cogió una cantimplora para limpiarle la sangre acumulada en los párpados. El herido abrió los ojos lentamente. Cuando Emily pudo ver esas pupilas tan pálidas como el hielo, sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Cielo santo —musitó. Era el desconocido de la tienda; nadie más podía tener esos ojos claros y fríos—. ¿Qué le han hecho?

—Mi caballo —barbotó él con dificultad.

—Mi hijo lo está atando a la carreta. Los llevaremos con nosotros a nuestro rancho.

—Mis cosas...

—Las recogeremos todas, tranquilícese.

El hombre cerró los parpados sin añadir nada más. Emily se preguntó si habría perdido el conocimiento, porque apenas si le oía respirar.

—Mamá, mira lo que he encontrado.

Cody sostenía por las anillas los Colts de empuñadura de nácar con el índice de cada mano.

—Mételos en las alforjas y déjalo todo aquí.

Bajó de la carreta para ayudar a su hijo. La silla de montar estaba tirada en el camino, embarrada. Aunque pesaba mucho debido a que el cuero se había empapado, la izó hasta dejarla cerca del hombre, que no había vuelto a abrir los ojos.

—¿Le habrán asaltados unos ladrones?

—No lo sé, no se han llevado el caballo ni la silla de montar...

Buscó a su alrededor, inquieta. Cuanto antes se alejaran de allí, más seguros estarían todos. Se subió al pescante con el rifle colgado del hombro y se abrigó bajo la lona como pudo.

—Vámonos, Cody. No quiero quedarme ni un minuto más aquí.

3

El herido no dio señales de recuperar el sentido durante todo el camino y el miedo espoleó a Emily. No volvió a sentir los embates del sueño. Con el rifle pegado al cuerpo, echaba miradas al bulto cubierto con la lona, rezando para que el hombre aguantara. La luz del día se extinguía lentamente y las sombras del camino la inquietaban cada vez más. El único consuelo era que había dejado de llover, aunque el camino había quedado hecho un barrizal resbaladizo.

A su lado Cody fruncía el ceño, tan concentrado como su madre en vigilar todo lo que los rodeaba. Él también era consciente de que quienes habían agredido al desconocido podían toparse con ellos. El pequeño estaba tenso y no abría la boca más que para preguntarle a su madre si estaba cansada.

—Estoy bien —le contestaba ella en un susurro, demasiado nerviosa para hablar con normalidad.

Cuando divisaron finalmente la casa en la ladera de la colina, los dos soltaron un suspiro de alivio. Las ventanas estaban iluminadas, lo cual significaba que los esperaban. Emily agitó las riendas y por fin *Sansón* apuró el paso, también consciente de que por fin llegaba a su destino. Cuando pararon la carreta frente a la casa, la puerta se abrió y Kirk echó a andar hacia ellos cojeando.

Era un hombre mayor y hasta donde alcanzaba la memoria de Emily, él había estado allí cuando el padre de ella había llevado las riendas del rancho con mano firme pero con generosidad para todo aquel que necesitara su ayuda..., menos con su hija.

—Ya era hora de que llegarais...

Emily saltó al suelo sin fijarse en los charcos.

—Ayúdame, Kirk.

Mientras se dirigía a la parte trasera de la carreta otro hombre salió de la casa, un joven de algo más de veinte años de pelo negro como la noche y ojos oscuros. Era un indio que llevaba trabajando con ellos desde que tenía siete años, cuando el padre de Emily lo encontró entre los matorrales, asustado y hambriento.

—¿Quién es? —preguntó este último cuando Emily apartó la lona.

—No lo sé —contestó ella—, pero hay que ayudarlo. Le han dado una paliza y no sé si tendrá algún hueso roto.

Los dos hombres intercambiaron una mirada de incredulidad.

—No sabes quién es y lo has traído aquí —dijo Kirk con su voz aguda.

—Él nos ayudó en el pueblo —explicó Cody, y se puso a contar lo ocurrido en el almacén.

Emily apenas los escuchaba; estaba demasiado pendiente del rostro del herido, tan magullado que resultaba irreconocible. De no haber sido por los ojos, no habría sabido quién era. Pensar que lo habían golpeado y colgado de los pies después de haberla ayudado le encogía el corazón.

—Dejad de hablar como viejas cotillas y ayudadme a meterlo en casa.

—¿Y por qué no lo llevamos a la cuadra?

Era la voz de Douglas, que casi nunca abría la boca. Todos lo miraron, como solía ocurrir siempre que ese hombre alto, fornido y callado se dignaba decir algo. Era el último vaquero contratado por Gregory y, para sorpresa de todos, cuando Emily anunció al resto de los empleados que no podía seguir pagándoles, él decidió quedarse, junto con Kirk y Nube Gris.

—Porque está muy mal —replicó Emily con un deje de impaciencia. Si Gregory hubiese dado la orden de meterlo en casa, nadie habría rechistado, pero con ella siempre discutían las órdenes—. No os quedéis ahí como pasmarotes. Cody, ocúpate de dejar las patatas y las cebollas cerca del fuego para que no se pudran. Vosotros, ayudadme a meterlo en casa.

—¿Y dónde le acostará? —insistió Douglas.

—En mi cama —respondió ella con exasperación. Una vez más los tres hombres la miraron como si se hubiese vuelto loca, lo que colmó la paciencia de Emily—. ¿Queréis moveros de una vez? Nube Gris y Douglas, llevadlo dentro, a mi cama. Kirk, ayuda a Cody a descargar la carreta y después ocúpate de *Sansón*.

Los hombres decidieron que Emily estaba llegando al límite y acataron sus órdenes, aunque de mala gana. Así pues, agarraron al herido con brusquedad y lo llevaron, sin importarles si le hacían daño o no. Una vez dentro de la oscura habitación, lo tiraron sin contemplaciones sobre el lecho.

—Nube, tráeme toallas y una jofaina con agua templada. Douglas, ayúdame a quitarle la ropa.

El aludido la miró con el ceño fruncido.

—No irá a desnudarlo, ¿verdad?

Emily no esperó y se dedicó a soltar los botones del grueso guardapolvo de cuero, que tal vez le había protegido un tanto de la paliza. El hombre, que pesaba mucho y no podía colaborar, gruñó cuando ella intentó quitarle la prenda. Douglas se mantenía al margen, contemplándola con una expresión de reprobación. Crispada por la actitud del hombre, lo fulminó con la mirada.

—Soy una mujer casada, por si lo has olvidado, y sé qué aspecto tiene un hombre desnudo. Y ahora, si piensas ayudarme, empieza ya. Si no, sal de mi habitación y encárgate de *Sansón*.

Douglas soltó un suspiro de resignación y se acercó. La ayudó en silencio, esbozando una mueca de compasión al ver el maltratado rostro del desconocido.

—Está hecho una pena —dijo finalmente.

Nube Gris entró con la jofaina sujeta entre las manos y las toallas colgando de un brazo. Mientras lo dejaba todo junto a la cama silbó suavemente al reparar en el trato que había recibido ese hombre. Algunas zonas de su cuerpo ya estaban tomando una tonalidad morada y al día siguiente estarían negras. El rostro no presentaba mejor aspecto, con los párpados hinchados, un corte en la sien, el labio partido y media cara inflamada.

—Le han dado una buena —observó Douglas—. Tal vez se lo mereciera. ¿Cómo se le ha ocurrido traerlo aquí? —la recriminó sin esconder su enojo.

—Esta es mi casa y puedo traer a quien se me antoje. Las botas —le indicó con un gesto de cabeza—, quítaselas. Nube, tráeme un paño para lavarlo.

El joven salió al momento, no porque la jefa lo hubiese ordenado, sino porque presentía que se estaba fraguando una discusión entre Emily y Douglas. Este último se mostraba excesivamente protector con ella, lo que muchas veces la enfurecía.

—Me parece que ha actuado usted de forma muy imprudente. Mañana este tipo podría volver en sí y robarle, si no algo peor.

Emily apretó los labios. No quería discutir con Douglas, estaba demasiado angustiada al constatar que, a pesar de los zarandeos, el herido no daba muestras de volver en sí. Se concentró en el rostro castigado y se dio cuenta de que por primera vez podía fijarse en el color del pelo. Lo tenía negro y demasiado largo. No era una sorpresa, porque la barba de varios días era morena, así como las cejas y las pestañas largas, negras como la noche.

«Resiste», rezó en silencio, desoyendo las recriminaciones que seguían cayendo sobre ella como la lluvia que la había calado hasta los huesos.

—¿Y ha pensado dónde dormirá usted mientras él descansa a cuerpo de rey?

—Con Cody —contestó sin mirarlo. Se dispuso a soltar el cinturón del herido cuando una mano firme le agarró la muñeca. Para su sorpresa, era Douglas quien la frenaba.

—Yo me encargo de eso, salga de aquí.

Se zafó con un gesto brusco. Ya se estaba cansando de ese pesado.

—Creo que eres tú quien debe salir. Ve a ver si Kirk necesita ayuda con *Sansón*.

El vaquero tensó los puños y no se movió.

—¡Fuera! —gritó Emily.

Douglas salió con la espalda rígida y ella por fin pudo desnudar al herido. Fue dejando la ropa empapada en el suelo, sin preocuparse por si se mojaba la alfombra. Se sentía responsable, ya que él la había ayudado sin esperar nada a cambio. Ahora era el momento de devolverle el favor. Lo cuidaría hasta que pudiera seguir su camino.

Su desnudez no la incomodó, porque lo trataba como a su hijo cuando el pequeño estaba enfermo y la fiebre le subía hasta hacerle castañear los dientes. Le pasó con sumo cuidado el paño húmedo por el rostro, el cuello y el pecho firme. Lentamente fue bajando por los brazos largos y musculosos hasta el vientre plano. No prestó atención a su entrepierna, para ella no era más que un apéndice que permitía concebir un hijo cuando un hombre hacía uso de ello con una mujer. Gregory se lo había dejado bien claro: para una mujer el sexo no era más que un trámite necesario para tener descendencia.

Apartó de la mente el recuerdo de su marido. Pese a los seis meses que llevaba fuera y la delicada situación en la que la había dejado, no lo echaba de menos.

Siguió lavando al herido con gestos meticulosos para no infligirle más dolor. Con un esfuerzo lo puso de lado y siguió por la espalda hasta que su mano se quedó en el aire. Al desnudarlo no se había fijado, pero en ese momento le llamaron la atención las laceraciones que presentaba la piel. Pasó el índice por una de esas líneas. Eran marcas antiguas, blancas e irregulares. En algún momento del pasado lo habían azotado. Eso la llevó a estudiar el cuerpo grande e inmóvil. No eran las únicas señales: el hombro derecho mostraba una cicatriz de bala, otra línea le cruzaba el costado izquierdo transversalmente, y en el muslo derecho lucía una quemadura.

Todas aquellas cicatrices la impulsaron a mirarlo con otros ojos. ¿Quién era ese hombre y qué vida había llevado hasta entonces? La guerra entre el Norte y el Sur había acabado más de diez años atrás. Le estudió el rostro en vano y tuvo que recurrir al recuerdo de esa mañana para deducir que tendría más de treinta años. Era posible que hubiera participado en esa guerra; por su acento sureño, incluso podía haber luchado y perdido todo: hogar, dignidad, esperanzas.

Llevada por una ternura que solo sentía por su hijo, le acarició el cabello húmedo apartándose de la cara. Un hombre que había sufrido tanto tenía dos salidas: convertirse en un animal dispuesto a herir como habían hecho con él, o cerrarse a cuanto le rodeaba protegiéndose tras un escudo para no volver a sufrir. Él la había ayudado, por lo tanto aún era capaz de sentir compasión, y no le había hecho ningún daño, lo que significaba que seguía sintiendo respeto por los demás. Tal vez ese hombre misterioso todavía tenía una oportunidad de ser feliz en el futuro.

Cuando el enfermo estuvo limpio, lo arropó con varias mantas y se sentó en una silla junto a la cama. Debería cambiarse de ropa, comer, descansar, pero algo la obligaba a quedarse con él y velar su sueño, esperando que recobrará cuanto antes la consciencia. Lo único que la impulsó a ponerse en pie, pasados unos minutos, fue el pensamiento de que su hijo la necesitaría. Cerró los postigos de las ventanas, apagó la lámpara de aceite y salió de puntillas.

Fuera, en la sala que hacía las veces de cocina y comedor, todos la miraron con diferentes expresiones. Ella únicamente se centró en su hijo, que se mostró preocupado por el herido.

—¿Se pondrá bien, mamá?

—Sí, mañana estará mucho mejor.

Al menos eso esperaba ella, porque no había médicos en la zona y si ese hombre tenía alguna costilla rota o una lesión interna, no sabría qué hacer con él.

4

Sam apenas pudo abrir los ojos cuando fue saliendo de la nube algodonosa que lo envolvía. Poco a poco fue tomando conciencia del dolor que le martilleaba el cráneo y de que el cuerpo apenas le respondía. Se quedó quieto intentando recordar y averiguar dónde se encontraba. Lentamente pasó una mano por las mantas que lo abrigaban. Ese sencillo gesto fue un suplicio, así que se vio obligado a desistir de indagar un poco más. Se notaba el pecho comprimido y le costaba respirar. Aquella oscuridad le estaba poniendo nervioso y su visión limitada no contribuía a calmar su inquietud.

En algún lugar oyó que una puerta se abría y cerraba al momento. Estaba en una casa, a juzgar por el aroma a guiso y el colchón blando de paja en el que estaba acostado. ¿Cómo había llegado hasta allí? Su último recuerdo era el cielo encapotado visto desde abajo y la lluvia que para él caía del revés. Carson y sus hombres le colgaron por los pies, no recordaba mucho más porque perdió el conocimiento enseguida. Alguien había dado con él y se lo había llevado. No encontraba otra explicación.

Captó ruidos al otro lado de la puerta, una persona que andaba con pasos cortos. Sin pretenderlo, el recuerdo de la mujer del almacén y su hijo regresó a su memoria. Estarían lejos, al abrigo de su casa, o al menos eso esperaba él. Mientras la vieja víbora mortificaba a la desconocida, él se enteró de muchos más detalles de su vida de los que habría deseado averiguar. Supo que el marido de la señora Coleman llevaba seis meses buscando oro en Oregón. ¿Quién en su sano juicio dejaba esposa e hijo sin protección para aventurarse a buscar oro? Si él tuviese una familia, su bienestar sería lo primero, pero no tenía a nadie y tampoco lo buscaba. Para la clase de vida que llevaba, habría sido una tortura arrastrar a una mujer por esos caminos peligrosos o por los pueblos que se habían ido creando alrededor de las minas, con toda la escoria imaginable. Aquello no era vivir, sino sobrevivir.

La puerta se abrió lentamente dejando entrar un hilo de luz, que bastó para deslumbrarlo. Se subió un poco más la manta para protegerse. Unos pasos vacilantes se fueron acercando hasta detenerse junto a la cama. Sam permaneció en silencio rezando para que no fuera alguien peligroso, porque en su estado no podía defenderse más que un recién nacido.

—¿Señor?

La voz infantil le sorprendió, bajó de nuevo la manta y distinguió la silueta de un niño recortada por la luz que entraba por la puerta abierta. No pudo ver mucho más.

—¿Señor? —insistió el pequeño—. ¿Se encuentra mejor?

—¿Dónde...? —La voz fue apenas un susurro ronco. Carraspeó y lo intentó de nuevo—. ¿Dónde estoy?

Sentía la boca como si la tuviera llena de algodón; ni él mismo estaba seguro de haber entendido lo que acababa de decir.

—En nuestro rancho, señor, en el condado de Ellsworth. ¿No lo recuerda? Mi madre y yo lo encontramos en el camino.

En el hueco de la puerta se recortó la silueta de otra persona, una mujer menuda de cabello castaño.

—Cody, te dije que no le molestaras. Necesita descansar.

El niño se dio la vuelta enseguida al oír a su madre.

—Pero, mamá, lleva tres días durmiendo. Tal vez tenga hambre.

—Cody, ve fuera y ayuda a Kirk.

El niño titubeó un instante y salió arrastrando los pies. Cuando caminó junto a su madre, esta le acarició el cabello corto en un gesto tierno que no pasó desapercibido a Sam. La voz de aquella mujer le resultaba conocida, así como el nombre del niño: Cody. ¿Dónde lo había oído antes? Era un nombre corriente, podía haber sido en cualquiera de los pueblos por donde había pasado en los últimos días.

La silueta femenina se acercó a las dos ventanas y abrió los postigos. Una luz grisácea se abrió paso por la estancia, cegándole. Cerró al instante los párpados, que se notaba inflamados. Oyó que los pasos se acercaban a la cama y se sobresaltó al notar una mano pequeña y fresca posarse suavemente en su frente.

—¿Cómo se encuentra?

Aquella voz era suave, con una entonación agradable. La curiosidad pudo más que el temor a verse de nuevo deslumbrado por la claridad; con aprensión trató de enfocar la vista hasta que poco a poco los rasgos de la mujer se fueron haciendo cada vez más claros y definidos. Una emoción desconocida se agitó en su pecho. Era la mujer del almacén tal y como la recordaba: menuda y de aspecto frágil como un cervatillo. Permanecía de pie con los dedos entrelazados a la altura de las esbeltas caderas que ni el horrendo vestido gris lograba afeardar. Los puños se veían desgastados y el cuello de batista blanca lucía un zurcido. No se podía decir que la señora Coleman fuera una belleza elegante, aun así sus ojos tenían algo que atraían como el agua a un sediento en pleno desierto. De repente se dio cuenta de que llevaba un buen rato estudiándola en silencio y que ella esperaba una respuesta.

—Me siento como si una manada de bisontes me hubiese pisoteado.

—Si hubiese sido el caso, no habría estado peor. Mi hijo y yo le encontramos colgado de un árbol, atado por los pies.

—Me cuesta respirar.

—Le vendé las costillas, tal vez haya apretado demasiado. Si me permite, podría aflojar el vendaje.

Sam asintió, pero cuando trató de incorporarse, la habitación empezó a dar vueltas a su alrededor. Se llevó una mano a la cabeza al tiempo que se dejaba caer sobre la almohada. Ella se acercó enseguida.

—¿Se ha mareado?

—Sí, la cabeza me va a estallar.

—Tengo un poco de láudano, si quiere.

Sam alzó una mano y la agitó, incapaz de hablar, porque temía devolver. El estómago le bailaba amenazando con vaciarse.

—No —logró murmurar.

Se sobresaltó cuando la señora Coleman le apartó las mantas y, sin decirle nada, se puso a soltar los nudos que mantenían fija la venda. Se la fue aflojando con gestos precisos y cautelosos para no dañarle. Sam trató de ayudarla arqueando la espalda, pero aquel pequeño esfuerzo lo dejó exhausto. Cuando hubo terminado, Emily volvió a taparlo con cuidado.

Sam tardó varios minutos en poder hablar. Se sentía tan agotado que los párpados se le cerraban y sudaba como si hubiese corrido hasta el agotamiento.

—¿Quiere comer algo? Puedo traerle un poco de caldo de verdura.

—No, gracias. —Inhaló lentamente y volvió a soltar el aire con cuidado. Con la venda aflojada podía respirar mejor, aunque el pecho seguía doliéndole como si una piedra se lo comprimiera. Volvió a respirar con cuidado hasta que encontró las fuerzas necesarias para seguir hablando—. ¿Dónde están mis cosas?

—He lavado su ropa, pero la camisa está hecha jirones. Podría zurcirla, aunque no creo que valga la pena. Le daré una camisa de mi marido, si no le importa. También he limpiado su sombrero y su guardapolvo, y Cody se ha encargado de quitarle el barro a su silla de montar. Dice que en cuanto esté bien seca le dará grasa. Su caballo está con los nuestros en la cuadra, lo cepillamos y le damos de comer y beber. Está bien atendido. Ayer Kirk aceitó sus Colts; están en sus alforjas, a los pies de la cama.

Emily hablaba en voz baja, consciente de la debilidad del hombre acostado en su cama. Su aspecto era realmente alarmante: los moratones se le habían puesto casi negros, la hinchazón del ojo apenas le dejaba abrir el párpado y el labio inferior estaba abultado con un corte profundo. Sin hablar del pómulo tumefacto. Eso era lo que podía ver en ese momento, pero lo que las mantas escondían era también preocupante. La noche anterior, cuando todos se fueron a dormir, Kirk la ayudó a vendarle las costillas por temor a que tuviese alguna rota debido a los golpes que había recibido. Estaba asustada porque sus conocimientos médicos eran escasos y temía equivocarse. Se sobresaltó cuando oyó la voz ronca proveniente de la cama.

—Gracias, señora Coleman.

—Usted me ayudó y yo le ayudo ahora.

Sam la miró a los ojos. Lo que él había hecho no había sido más que cargar unos cuantos sacos, en cambio ella le había bajado de aquel árbol y se lo había llevado a su casa sin saber quién era, sin duda salvándole la vida.

—Le debo mucho, señora Coleman.

Emily se removió, incómoda.

—No se canse hablando. Le dejaré dormir un poco más y a mediodía le traeré algo para comer.

Ella se disponía a abandonar la habitación cuando Sam recordó algo.

—Me llamo Sam Truman.

Los labios de la señora Coleman se curvaron ligeramente esbozando casi una sonrisa.

—Encantada, señor Truman.

Le dejó solo saliendo con pasos cortos, sin hacer ruido, como un ratón.

No cerró la puerta, de manera que Sam la oyó moverse al otro lado de la pared. Se centró en estudiar la estancia. Era un dormitorio pequeño con una cama de matrimonio. Frunció el ceño: estaba acostado en la cama de la señora Coleman, no habría otra cama de matrimonio en el resto de la casa. Ese pensamiento le avergonzó, porque eso significaba que la había dejado sin su lugar para descansar. Demonios, esa mujer era demasiado generosa, cualquier otro en su lugar no habría dudado en dejarle en un montón de paja con una manta como mucho para abrigarse. Siguió estudiando lo que le rodeaba; frente a él había una cómoda toscamente tallada y a los pies de la cama un baúl cuya tapa se veía golpeada y arañada. Junto al lecho había una silla de aspecto incómodo y, al otro lado, una pequeña mesa con una lámpara de aceite. El suelo era de madera y, aunque se veía limpio, hacía mucho que había perdido su lustre. Era una habitación sencilla y limpia, pero las paredes amarillentas y cuarteadas reclamaban a gritos una mano de pintura.

El agotamiento fue vencéndolo y se dejó llevar por una bruma de sueño, sintiéndose seguro como no lo había estado en los últimos diez años.

En la cocina, Emily se afanaba preparando la comida para los hombres. No lograba apartar de su mente la preocupación que le atenazaba la garganta. No era solo por el señor Truman; la precaria situación del rancho también la acongojaba. Antes de final de mes tenían que llevar el ganado a Dodge City. El viaje suponía todo un reto, ya que solo serían cinco personas para ocuparse de todo el trabajo, y eso contando con la ayuda de Cody, que pese a poner toda su voluntad, no dejaba de ser un niño de nueve años. Además, Kirk estaba limitado por su cojera. Quedaban Nube Gris y Douglas. Ella llevaría la carreta con los víveres, de manera que los hombres tendrían que guiar las reses sin que ninguna se desviara. Tardarían varios días, siempre que no se encontraran con ningún peligro, y una vez allí, Emily rezaba por encontrar al señor Hans Linker. Si no aparecía, sería la ruina para ellos, porque por desgracia nadie querría hacer negocios con una mujer, o sencillamente le robarían hasta las botas. Sintió un escalofrío. Era preciso salir adelante; de lo contrario, perdería el rancho y se quedarían sin su hogar.

Sumida en estos lúgubres pensamientos, no oyó que Douglas entraba y se sobresaltó cuando lo vio a su lado.

—Por favor, Douglas, deja de andar con tanto sigilo.

El hombre la miró fijamente a los ojos sin decir nada. Aquellas miradas silenciosas la ponían nerviosa porque se sentía como si la desnudara. Decidió ignorarle esperando a que se decidiera cuanto antes a soltar lo que fuera.

—¿Cómo está el tipo? —preguntó finalmente.

—Todavía muy débil. Se llama Sam Truman.

—Eso no es mucha información. Podría ser un ladrón, un asesino o un violador. No debería estar aquí, en la casa, con usted todo el día metida entre estas cuatro paredes.

—En estos momentos hasta yo podría derribarle. Deja de preocuparte por mí, Douglas. No corro ningún peligro.

Este apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Gregory no vería con buenos ojos lo que hizo usted con ese tipo.

—Pero como él no está, yo soy la responsable de la casa, del rancho y de cuantos viven aquí.

Su voz sonó mucho más seca de lo que habría deseado, pero Douglas se empeñaba en recordarle su debilidad, algo que no necesitaba, porque las limitaciones de su condición no hacían más que aumentar su frustración día tras día. Gregory o cualquier hombre, por inepto que fuera, tenía más poder que una mujer. Para muchos, el género femenino apenas si podía abrir la boca; las mujeres nacían para servir y tener hijos, obedeciendo hasta la humillación. Era la peor de las cárceles, una condena perpetua a la esclavitud.

La puerta volvió a abrirse y Nube Gris apareció. Se acercó mirándolos con cautela, consciente de la tensión que se respiraba entre Emily y Douglas. Este lo fulminó con la mirada.

—¿Qué haces aquí, inútil? Te he dicho que limpiaras la cuadra y rellenaras los abrevaderos de los caballos.

Emily se irguió, indignada. No soportaba que Douglas humillara a Nube Gris, pero el indio contestó antes de que ella pudiera hacerlo.

—Está todo hecho. Kirk me ha pedido que cogiera el linimento para su pierna porque le duele.

Douglas entornó los ojos sin apartar la mirada del indio. Exasperada, Emily se interpuso.

—Douglas, seguro que tienes que hacer algo fuera. Yo buscaré el linimento para Kirk.

El hombre se marchó, no sin antes lanzar una mirada hosca al indio. Por suerte este permanecía sereno, pero ella sabía de sobra que tras esa aparente calma escondía la humillación que latía en su interior cada vez que le trataban de manera tan injusta.

—Lo siento —susurró cuando se quedaron solos—. Si no le necesitara, le habría echado hace tiempo, pero no podemos prescindir de su ayuda. Trabaja sin cobrar.

—¿Y eso no te parece sospechoso?

Emily frunció el ceño.

—¿Por qué lo dices? Prometí que le pagaría en cuanto cobrara el dinero de la venta de las reses en Dodge City.

—No me fío de él.

Emily se dejó caer en un banco junto a la larga mesa donde servía las comidas. Estaba abatida, a punto de perder el último atisbo de esperanza.

—No sé qué hacer, Nube Gris. Estoy asustada. Si era desgraciada con Gregory, ahora que se ha ido me siento aún peor. No sé si desear que regrese o rezar para que no vuelva nunca. ¿Qué pasará cuando vendamos el ganado?

Nube Gris se sentó a su lado, sin tocarla, y permaneció en silencio meditando una respuesta. A pesar de ser tan joven, era cabal y reflexivo. No hablaba a la ligera y Emily siempre le escuchaba con atención.

—Podríamos dedicarnos a cultivar cereales.

—Esta parte de Kansas es tierra de ganadería. Además, los que intentaron cultivar trigo vieron sus cosechas arruinadas por las plagas y la sequía.

Nube Gris negó con la cabeza.

—Hace unos días me acerqué al arroyo del árbol caído y me encontré con un ruso que lleva en Kansas unos dos años. Estaba de paso y estuvimos hablando mientras su caballo descansaba. Me dijo que se había traído de su país semillas de un trigo diferente, que se planta en otoño y se recolecta al final de la primavera. De esa manera evitan las sequías del verano y en invierno hay menos riesgo de que las plagas destruyan las cosechas.

Emily consideró las palabras de Nube Gris. Podía ser una salida a su problema. Había oído hablar de esos rusos que se estaban instalando en la zona, pero esa gente no solo se enfrentaba a los caprichos del clima, también tenía que protegerse de los ganaderos que les plantaban cara porque cercaban sus tierras para proteger los cultivos. Los ganaderos odiaban los alambres de espino porque las reses se herían con los pinchos.

—No lo sé... —musitó Emily.

—Tres hombres, un niño y una mujer no pueden llevar un rancho. Apenas logramos salir adelante, y lo sabes.

Emily se pasó una mano por la frente, de repente le dolía la cabeza.

—Podría vender las tierras a Cliff Crawford.

Al momento desechó esa idea. Si lo hacía, todos se quedarían sin hogar, no solo ella y su hijo, sino también Kirk y Nube Gris. ¿De qué vivirían?

—¿Por qué no te marchaste con los vaqueros hace unos meses? Podrías encontrar trabajo en algún rancho, eres hábil con el lazo y un excelente jinete. Además, sabes cuidar de los caballos.

Nube Gris sonrió con tristeza.

—Donde fuera me tratarían como a un perro. Sabes tan bien como yo que no soy más que un indio con ropa de hombre blanco. Ellos únicamente ven el color de mi piel, no miran más allá. Este ha sido mi hogar porque tu padre me recogió cuando mataron a mi familia. Tus padres siempre me trataron con respeto. Fuera de aquí, soy escoria. Pero si decides vender, acataré tu decisión. Son tus tierras.

—Son de Gregory —musitó Emily con la mirada fija en las tablas del suelo—. El día que me casé con él, se convirtió en el dueño de todo lo mío.

Nube gris era consciente del desasosiego de Emily y se sentía impotente por no poder ayudarla. Gregory era una bestia sin compasión. Él permanecía en el rancho por los motivos que acababa de enumerar, pero también para protegerla del marido, que tendía a golpear indiscriminadamente a su mujer o a su hijo.

—Pero ahora no está. Eres tú quien debe tomar las decisiones.

—¿Y si plantamos trigo, como dices, y Gregory desapueba mi decisión cuando regrese?

—No te adelantes al mañana. Ahora Gregory no está y, la verdad, no creo que vaya a volver. Tú tampoco deberías mentirte, sabes que no regresará.

Emily lo miró fijamente y sintió un ligero temblor.

—¿Eso cómo lo sabes?

—Lo presiento.

No añadió más. Fue a un armario, abrió la puerta y cogió el linimento para Kirk.

Emily permaneció sentada en el banco con la mirada fija en el suelo. Si su condición de mujer la limitaba en todo, como si llevara un velo que la hiciera invisible a los ojos de los hombres, Nube Gris sufría el desprecio constante de los demás, hombres, mujeres y niños, como si fuera poco más que un gusano. Tal vez por eso lo apreciaba tanto: porque entendía su soledad. El rancho era el único lugar donde el indio se sentía seguro, como ella. Fuera, todo resultaba amenazante y cruel, aunque en los últimos años incluso su hogar se había convertido en una pesadilla.

Se resistió a dejarse llevar por los recuerdos, con todo estos se colaron traicioneros en su cabeza haciéndola retroceder unos años, cuando conoció a su marido. Gregory llegó al rancho

buscando trabajo y su padre lo contrató. Al principio se conformó con mirarla de lejos y ella se sintió en una nube de felicidad por ser el centro de atención de un hombre tan fuerte y apuesto. La primera vez que él le dirigió la palabra, Emily empezó a balbucear frases, cohibida y encantada. A pesar de vivir rodeada de hombres, su padre la había protegido, alejándola de los vaqueros que iban y venían por el rancho.

Pero cuando Gregory llegó a ellos, su padre no era el mismo; la muerte de su mujer lo había dejado sumido en un mar de tristeza y ya no estaba tan pendiente de su hija. Eso permitió que Emily empezara a escaparse para encontrarse con Gregory. Él la sedujo con palabras bonitas, la engatusó como una serpiente a un ratón y, cuando la tuvo embelesada y enamorada, pidió su mano a su padre, quien, para sorpresa de la joven de diecisiete años, accedió sin poner la menor objeción.

El casamiento se celebró enseguida y la pareja se instaló en una de las cabañas del rancho. La noche de bodas no resultó como ella esperaba. Su flamante marido se mostró brusco e impaciente hasta el punto de convertir lo que Emily había supuesto la unión más perfecta entre un hombre y una mujer en algo desagradable. A oscuras, cuando Gregory se durmió dándole la espalda, la joven lloró hasta que los ojos se le secaron. Aquello no fue más que el prelude de lo que estaba por llegar.

Su padre fue dejando cada vez más el rancho en manos de Gregory, y según este iba ganando poder, se mostraba cada vez más autoritario y violento. La primera bofetada la sorprendió tanto que apenas si pudo abrir la boca. Tardó meses en recibir la siguiente, cuando nació Cody y el bebé lloraba por las noches. Él la hizo responsable y le cruzó la cara hasta dejarla aturdida. La vergüenza le impidió acudir a su padre; al fin y al cabo, los asuntos de una pareja eran algo privado que no debía airearse.

Aprendió a detectar los cambios de humor y desaparecer con el bebé, al que su marido apenas aguantaba a su lado. Lo que no imaginó fue que la situación empeoraría con la muerte de su padre. Entonces el matrimonio se trasladó a la casa principal y Gregory se convirtió en un verdadero déspota. Trabajaba cada vez menos y se limitaba a ir y venir a caballo, armado con una fusta que descargaba sin compasión. Muchas veces Nube Gris era el blanco de sus golpes. Durante todos esos años, Emily no entendía por qué el joven indio no se marchaba del rancho e incluso llegaba a interponerse entre Gregory y su mujer para recibir el golpe destinado a ella.

Sin embargo, lo peor estaba por llegar. Hasta que Cody cumplió los siete años, Gregory lo ignoró, pero poco a poco el niño fue también víctima de su padre y esos golpes dolían a Emily más que los que ella recibía. No tenía a nadie a quien recurrir, aunque de todas formas nadie la habría ayudado, porque un hombre era el dueño absoluto de su familia y podía castigarlos a su antojo con total impunidad.

Cuando Gregory le habló de irse a Oregón, Emily no se lo creyó y pensó que era una fantochada más de su marido. No se lo imaginaba trabajando en una mina, esforzándose por encontrar oro, cuando tenía el rancho en las manos. No obstante rezó noche tras noche para que se fuera. De manera que cuando una mañana constató que su marido no estaba, como tampoco su caballo, Emily comprendió que se había marchado sin despedirse, aunque esto no la sorprendió. Ese día lloró de felicidad por el paréntesis de calma que se le presentaba.

Después llegaron los problemas económicos. Gregory los había dejado sin nada para hacer frente a las deudas. Lo único que quedaba era el ganado.

5

El ruido de la lluvia tamborileando contra los cristales de las ventanas despertó a Sam. Enseguida se ubicó, reconoció la habitación, el aroma a cocina casera, y el estómago le rugió de hambre. Eso era buena señal. Se movió con cuidado intentando sentarse. Esperaba sentir un nuevo mareo, pero por suerte la cabeza parecía algo más estable que esa misma mañana. Porque seguiría siendo el mismo día, ¿no? La duda le inquietó. El niño había dicho que estuvo tres días durmiendo. ¿Habrían pasado otros tres días sin que él se diera cuenta?

Al otro lado de la pared no se oía ningún ruido. Supuso que alguien se asomaría, pero no fue así. Fuera oía las voces de dos hombres. Recordó a la arpía del almacén y lo que le había dicho a Emily. La señora Coleman quería llevar su ganado a Dodge City con tres hombres y un niño. Aquello era una locura, pero también tenía que recordar los apuros económicos que la vieja cara de palo había mencionado. Si la señora Coleman no conseguía vender el ganado, sin duda se vería en un grave aprieto, porque si debía dinero a los dueños del almacén, sin duda debería más a otros. Llevar un rancho era costoso y tendría que pagar a los vaqueros, aunque solo fueran tres. Y una vez que vendiera las reses, ¿qué harían?

Pensó en el joven Cody. El chico le caía bien, se le veía espabilado y obediente con su madre. Él había sido un buen hijo, pendiente de ayudar a su padre, respetuoso con su madre y su hermana. Llevó una vida sencilla pero feliz, era trabajador y creía en valores que merecían ser defendidos, hasta que estalló la guerra entre el Norte y el Sur. Cometió la locura de pensar que debía luchar contra la injusticia. Nadie podía ser dueño de la vida de otro ser humano. Creía que podía cambiar algo. Fue un necio, un estúpido idealista, y los sueños de convertirse en héroe lo abofetearon de la manera más cruel. La guerra era brutal, una zorra voraz que sacaba lo peor de cada hombre. Diez años después, algunas noches se despertaba con el cuerpo bañado en sudor, el corazón desbocado y la mente atormentada por imágenes sangrientas.

Se sacudió esos recuerdos. Su cuerpo le exigió que atendiera sus necesidades. Buscó a su alrededor y encontró su ropa pulcramente doblada sobre la silla, con una camisa que no era la suya. Soltó un gruñido al incorporarse lentamente. Se movía como si el aire fuera agua y le entorpeciera los movimientos. Sacó las piernas y un pensamiento cruzó su mente embotada: estaba desnudo bajo las mantas. Arqueó las cejas y enseguida se arrepintió por el dolor que le produjo en toda la cara aquel sencillo gesto. Gimió al ponerse en pie sobre la alfombra trenzada. Dio un paso inseguro, luego otro más, hasta que finalmente llegó a la silla. Ya estaba sudando copiosamente. Se preguntó cómo lograría ponerse los pantalones sin desmayarse. Sentirse tan

débil le mortificaba; se sabía vulnerable, a merced de los habitantes de la casa.

Veinte minutos después resollaba como un animal agotado. Solo había conseguido ponerse los pantalones y las botas. Ya no le quedaban fuerzas para más. Torpemente se echó la camisa por encima de los hombros ahogando una maldición. Cada gesto le suponía un suplicio. Caminó hacia la puerta con los brazos extendidos, rezando por alcanzar el marco y poder descansar. A ese paso, llegaría al exterior al día siguiente, si no se moría antes por el camino.

La puerta principal se abrió y notó el frío sobre su piel sudorosa. Se estremeció con fuerza, lo que a punto estuvo de echar a perder sus esfuerzos por mantener su precario equilibrio. Logró agarrarse con fuerza a la madera del marco de la puerta. Dios, no recordaba haber estado tan débil desde que lo azotaron. En aquel entonces deseó morir, pero en ese momento únicamente quería llegar a la letrina. Lo poco que le quedaba era su dignidad.

Oyó una exclamación aguda y unos pasos irregulares que se acercaban presurosos.

—¿Adónde crees que vas?

Sam se fijó en el rostro arrugado de un viejo desdentado. La barbilla y la nariz casi se tocaban y los labios eran una finísima línea fruncida apenas visible. Su pelo gris estaba recogido en una coleta mediante una cinta de cuero, dejando a la vista una piel curtida por el sol. Era lo más parecido a un pellejo.

—Necesito ir a la letrina.

Los hombros del viejo se sacudieron y Sam dedujo que se estaba riendo en silencio. Se enderezó todo lo que pudo, que no fue mucho, porque las costillas le dolían a rabiar.

—Ahí tienes un orinal, chico.

—No uso un orinal desde que mi madre me quitó los pañales —rezongó Sam.

La risa silenciosa regresó, lo que le fastidió un poco más.

—Si Emily te encuentra, se pondrá hecha una furia.

—Más furioso me pondré yo si no llego a tiempo a la letrina. En lugar de reírse de mí, ayúdeme a andar sin que me desplome como un leño.

La puerta se abrió de nuevo y, por la exclamación que oyó, supo que la señora Coleman había sorprendido a su paciente en pie. Al instante notó que las pequeñas y frescas manos de la mujer le rodeaban la cintura. El contacto le produjo un calorcillo que le sorprendió.

—¿Cómo ha podido levantarse, por el amor de Dios?

—Señora —empezó Sam con toda la dignidad que le quedaba, que no era mucha—, hay cosas que un hombre tiene que hacer de pie, si me permite que se lo diga.

La risa ahogada del viejo lo incomodó un poco más. Por su parte Emily enrojeció hasta las orejas.

—Tiene un orinal en la habitación, señor Truman.

Sam inclinó la cabeza para mirar a la cara a la señora Coleman. Durante unos segundos se fijó en aquellos ojos pardos y pensó que eran preciosos, como los de una cría de gamo, con espesas pestañas y unas delicadas cejas del color de la canela en rama. También distinguió unas pocas pecas que le salpicaban la nariz pequeña y algo respingona. El ruido de la puerta al abrirse lo sacó de su contemplación. Cody apareció acompañado de dos enormes perros de aspecto fiero.

—Buenos días, señor Truman —le saludó el niño con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Se encuentra mejor?

—No hasta que llegue a la letrina —masculló. Aquello estaba resultando cada vez más

humillante.

—Cuando estoy enfermo, uso el orinal.

Sam apretó los dientes, ignorando las punzadas de dolor que eso le causó.

—Si alguien más me habla del maldito orinal, se lo pongo de sombrero hasta las orejas. — Enseguida se arrepintió de su exabrupto, porque el niño dio un paso atrás, arrojándose a los dos perros—. Lo siento... —se disculpó, mirando a Cody.

—Cariño, saca los perros de aquí, lo manchan todo de barro —le pidió Emily, que se había puesto tensa a su lado. Dio un paso atrás soltando a Sam y este echó de menos su calor enseguida—. Ya que el señor Truman no quiere usar el orinal, Kirk, ¿podrías ayudarlo?

A pesar de su aspecto amenazador, los perros se dejaron guiar, comportándose como corderos mansos cuando Cody los empujó. El niño no le miraba y eso molestó a Sam, porque sabía que le había asustado.

—Chico —dijo con lo que él consideraba una voz suave, pero que en realidad no fue más que un gruñido—. No me vendría mal un par de piernas más.

Cody lo miró de reojo, a unos pocos metros. Parecía meditar la petición y Truman se preguntó si llegaría a pisar la letrina antes de perder la compostura delante de la señora Coleman.

—¿Seguro que no quieres usar el orinal? —preguntó Kirk con un brillo divertido en los ojos rodeados de arrugas. Se rio de nuevo—. Ya sé lo que has dicho hace un momento, pero corro muy rápido cuando quiero, aunque tenga una pata tiesa.

Sam soltó un suspiro de fastidio. Prefería morir de frío a usar el orinal, pero esa gente le estaba poniendo entre la espada y la pared. Cody pareció compadecerse de él, porque se acercó, tímido, y le pasó una mano por la cintura, algo más seguro.

—Yo le ayudaré —murmuró sin mirarle a la cara.

—Gracias —masculló Sam.

Fue laborioso, pero finalmente llegó a su destino: una tosca y diminuta cabaña a pocos metros de la casa. Cuando salió se sintió un poco mejor, pero al llegar a la altura de la señora Coleman el estómago decidió recordarle que llevaba varios días sin tomar nada. Emily oyó la protesta de sus tripas.

—Mamá, me parece que el señor Truman tiene hambre —dijo Cody con una risita.

—Sí, eso parece —respondió Emily sin dejar de mirar a su invitado. No le gustó que ese hombre hablara con tanta brusquedad a Cody, pero también había advertido que el señor Truman trató al momento de enmendar su tono amenazador solicitando la ayuda al niño. Tal vez fuera su forma de pedir disculpas y eso era más de lo que Gregory había hecho con su hijo—. Acostadlo enseguida. Creo que ya ha hecho demasiados esfuerzos por hoy.

Obedientes, lo condujeron de nuevo a la cama. Sam se dejó descalzar, pero frunció el ceño cuando trataron de quitarle los pantalones. Kirk volvió a reírse por lo bajo y señaló con la cabeza los calzoncillos largos que había sobre la silla.

—Creo que con eso estarás más cómodo, aunque debo confesar que te he visto el culo, chico, y no es para tanto.

Emily se apresuró a salir de la habitación. Ya le había visto desnudo, pero entonces el señor Truman había estado inconsciente. Despierto y mirándola como si quisiera borrarla de la estancia, prefería dejar en manos de Kirk el trabajo de ayudarlo. Se dispuso a calentar una sopa espesa de verdura. Sirvió un generoso tazón y esperó a que avisaran de que su invitado estaba

cómodamente acostado.

Pensar que ese hombre ocupaba su cama la turbaba cada vez más. El día anterior, cuando entró para darle algo de comer, no tuvo el valor de despertarle. El sueño era reparador y cuanto más descansara, antes se recuperaría su cuerpo. Esa certeza la entristeció. No sabía por qué, pero el mero hecho de pensar que el señor Truman se marcharía y ella no volvería a verlo la dejó deprimida. Se había quedado allí sentada velando su sueño relajado durante un buen rato, hasta que Douglas entró y la sorprendió. No era un hombre hablador, pero desde que ella cuidaba del herido, el vaquero se mostraba más locuaz que nunca, hasta tal punto que Emily echaba de menos sus silencios inquietantes.

Kirk salió señalando el interior de la habitación.

—Ya está acostado y con los calzoncillos puestos.

El viejo se alejó riéndose, dejándola con el tazón humeante en una mano y una cuchara en la otra. Esperó a que su hijo también saliera, pero Cody no apareció. Se asomó con cuidado, con la intención de espiar lo que estaba ocurriendo en la habitación. Las cejas se le arquearon cuando vio a su hijo en la silla y el señor Truman sentado muy tieso en la cama y tapado con las mantas. Los dos permanecían en silencio y sin mirarse, pero allí estaban, juntos.

Cody huía de la presencia de su padre porque le tenía miedo, Douglas le inspiraba recelo y nunca se acercaba a él, solo se sentía cómodo con Nube Gris y Kirk. Emily se extrañó de que su hijo permaneciera a solas con el señor Truman, sin asustarse de la mirada fría del hombre.

En cuanto entró, dos pares de ojos se clavaron en ella. Cody se levantó de un salto y acercó la silla un poco más a la cama para su madre. Ella le sonrió y se sentó.

—Aquí le traigo un poco de sopa. Lleva varios días sin comer y no creo que su estómago admita nada más consistente. Además, podría dolerle al masticar.

Sam asintió. No estaba acostumbrado a que lo trataran con tanta amabilidad, y eso le hacía sentirse como si le pincharan. Carraspeó.

—Gracias, señora Coleman.

En esos catorce años podía contar con los dedos de una mano las veces que había dado las gracias por algo. Desde que conocía a la señora Coleman, no hacía otra cosa que agradecer sus atenciones.

—De nada —murmuró ella sin mirarle.

6

Aquella noche Sam se negaba a cenar en la cama. Llevaba toda la tarde rezongando; no estaba acostumbrado a permanecer ocioso y empezaba a aburrirse. Los demás iban y venían, entraban y salían mientras él los miraba desde la cama. No, al menos se levantaría y cenaría sentado a la mesa como una persona, no como un desecho postrado. Aunque le dolía todo el cuerpo, su orgullo le impedía seguir recibiendo las atenciones de la señora Coleman. Lo único que le frenaba era el recuerdo de lo que le costó ponerse los pantalones y las botas esa misma mañana. No estaba seguro de poder vestirse solo.

Vio su oportunidad cuando Cody pasó por delante de la puerta; si no se daba prisa, la señora Coleman entraría con la cena y se la daría como a un niño. Chistó para llamar la atención del pequeño, que retrocedió asomando la cabeza.

—Esta mañana me has ayudado, y te lo agradezco mucho. Ahora me preguntaba si podrías echarme una mano.

El niño abrió unos ojos como platos. Vestido con unos pantalones de pana negra sujetos con tirantes y una camisa blanca abotonada hasta el cuello, parecía una réplica reducida de un hombre. Nervioso, se toqueteó un tirante.

—¿Me necesita? ¿A mí?

—No veo a nadie más por aquí. —Flexionó el dedo índice para indicarle que entrara y el niño le obedeció, hechizado. Sam se asombró de la ingenuidad de los más pequeños, que nunca veían el peligro. No había nadie más en la casa, estaban ellos dos solos, y él bien podría haber sido una amenaza. Sin embargo, Cody ya estaba a su lado, aguardando expectante a pesar de su reticencia, como si Sam ejerciera una atracción irresistible en la voluntad del pequeño—. Tráeme la ropa y ayúdame a vestirme.

Apenas había acabado la frase y Cody ya llevaba en las manos los pantalones y la camisa. Con cuidado y una sonrisa tan deslumbrante como un amanecer, le ayudó a vestirse. Aguantó sin quejarse el peso de Sam cuando se apoyó en él al ponerse en pie y subirse los pantalones, y le abotonó la camisa con el ceño fruncido de concentración. Cuando hubo acabado con las dos prendas, sus ojos fueron de inmediato a los pies desnudos. Sam siguió la mirada del pequeño.

—¿Dónde están mis calcetines? —gruñó, intentando hacer caso omiso de los pinchazos que le martirizaban las costillas. Una vez más estaba sudando de pies a cabeza y se sentía extenuado, hasta tal extremo que tuvo que sentarse en la cama. Aquella debilidad le irritaba tanto que apretó los puños.

Para su sorpresa, la sonrisa de Cody desapareció y retrocedió, pálido.

—No lo sé, señor.

Sam estudió el rostro del niño, que se mantenía a una distancia prudencial, como si esperara que algo le cayera encima si permanecía a su lado. Los ojos del pequeño iban de la cama a la puerta, preparado para salir corriendo. Su cambio de actitud le sorprendió.

—Cody, no voy a hacerte nada.

Pero el niño permaneció en silencio, tenso como una liebre asustadiza.

—¿Cody?

—Puedo preguntarle a mi madre —propuso, nervioso.

—No, no le digamos nada a tu madre.

Los ojos de Cody fueron al baúl.

—Podríamos coger un par del baúl.

—¿Crees que no le importará?

Cody encogió sus delgados hombros.

—A mí no me importaría, solo son unos calcetines.

Sam fingió que se rascaba la barba para esconder una sonrisa. También le vendría bien afeitarse, no era de los que disfrutaban adornando su cara con barba o bigotes, pero eso debería esperar. Lo primero era llegar a la cocina.

—Por si acaso, te prometo que no diré que me has dejado un par.

Cuando la señora Coleman entró envuelta en una corriente de aire frío con los brazos cargados de leña, Sam ya estaba sentado muy tieso en una mecedora, junto a la chimenea que había cerca de la mesa del comedor. A su lado Cody esperaba la reprimenda de su madre por haber ayudado al señor Truman cuando ella había dejado bien claro que este debía descansar. Emily observó a la extraña pareja que formaban y se guardó las recriminaciones. Su hijo era la viva imagen de la inocencia y a su lado Sam Truman parecía aún más peligroso. Sin embargo, ambos parecían cómodos el uno con el otro.

Dejó la leña junto a la vieja cocina y con un hierro abrió la pequeña puerta para avivar el fuego. En silencio sacó del horno dos hogazas de pan que tapó con un paño limpio, consciente del escrutinio de Truman. Cohibida, removi6 el guiso con una cuchara de madera, intentando encontrar en vano un tema de conversación. No sentía miedo, pero no sabía nada de él, ni siquiera por qué le habían apaleado en aquel camino en medio de la nada para después abandonarlo para que se muriera como un perro sarnoso.

Los ojos de Sam seguían a la señora Coleman. No se estaba quieta ni un momento; sus manos revoloteaban de un lado a otro, pelando verduras, amasando o fregando. Se la veía cansada y a esas horas del día su moño no era más que un revoltijo de rizos castaños a punto de escapar de las horquillas.

Consciente de su ajeteo y visto que no parecía querer hablar, Sam se dedicó a estudiar la estancia en forma de ele. La parte más larga era donde se ubicada la cocina, que también hacía las veces de comedor. En la pared más alejada había un par de butacas tapizadas con un descolorido brocado azul, y cuyas patas finas y labradas parecían demasiado frágiles para sostener el peso de una persona. Las butacas estaban flanqueadas por dos mesas redondas, recubiertas con tapetes de encaje amarillento, que sostenían dos delicados quinqués. Era el único mobiliario elegante de la casa, al menos por lo que él había podido ver. Todo lo demás era tosco,

como en el dormitorio de matrimonio, donde todo estaba muy limpio pero desgastado y pedía a gritos algo de mantenimiento. Las paredes encaladas mostraban el hollín que el humo de la chimenea había ido dejando año tras año, revelando el abandono de muchos detalles como mantener limpio el tiro de la chimenea.

La parte más corta de la ele era donde se encontraban los dos dormitorios de la casa. El de la señora Coleman era el que se encontraba más cerca de la puerta principal y a continuación estaba la habitación de Cody.

Aquel repaso superficial de la casa le llevó a preguntarse si el señor Coleman no tenía ojos en la cara para ver todo lo que él había captado con una sola mirada. ¿Acaso el bienestar de su familia era lo de menos para él? Era bastante evidente que le importaba bien poco. Volvió a prestar atención a la señora Coleman. Ella, en cambio, revoloteaba en la cocina como una abeja afanosa. A su lado Cody la ayudaba cargando agua, trayendo y llevando lo que su madre le pedía.

—¿No tienen una bomba de agua dentro de la casa?

Madre e hijo intercambiaron una mirada que duró un segundo pero que no pasó desapercibida a Sam. Finalmente contestó ella:

—No, no la necesitamos.

—Se ahorraría tener que entrar y salir una y otra vez.

Ninguno de los dos contestó, como si ese tema estuviese ya zanjado desde hacía tiempo.

Aquella noche Sam cenó en la mesa con los demás y tuvo oportunidad de conocer a los otros dos hombres. El indio le pareció un tipo tranquilo de mirada franca, pero el otro, Douglas, era harina de otro costal. Apenas abrió la boca y cada gesto le dijo a las claras que no le quería allí. Sam le ignoró; prefería prestar atención a Cody y a su madre. Los dos se parecían mucho, frágiles y vulnerables. No podía dejar de pensar en la reacción del niño cuando le ayudó; era asustadizo, siempre listo para salir corriendo o pegándose a las faldas de su madre. Reconocía ese miedo, lo había visto en otros ojos, en mujeres y niños, asustados de sus propias sombras.

La voz de Douglas le hizo prestar atención a lo que se estaba diciendo en la mesa. En ese momento Nube Gris estaba siendo el blanco de la inquina de su compañero.

—¿Dónde te has metido esta tarde?

El indio permaneció impasible, ignorando el tono acusador de Douglas. Se llenó la boca con una cucharada de guiso de venado y masticó lentamente.

—He ido a averiguar una cosa de la que Emily y yo hablamos ayer.

La manaza de Douglas se estampó sobre la mesa, haciendo que todo se tambaleara. Como era de esperar, Cody se fue acercando a su madre y ella tragó con dificultad.

—Ni se te ocurra tomarte estas confianzas con nuestra jefa, gusano. Para ti es la señora Coleman.

—Douglas —empezó la aludida—, Nube Gris me llama Emily desde hace años y nunca me ha faltado el respeto.

El hombre decidió ignorar el comentario y siguió descargando su frustración sobre el indio.

—No lo hacía cuando Gregory vivía aquí. Pero ahora el indio de mierda se envalentona porque el jefe no está. Qué se habrá creído...

A pesar de llevar un año en el rancho, Douglas no sabía nada de la amistad entre Emily y Nube Gris, ni que Gregory los sorprendió hablando poco después de casarse con ella y descargó

su enorme puño en la mejilla del indio, dejándole medio inconsciente. Luego lo zarandeó como a una muñeca rota y lo amenazó con matarlo si volvía a acercarse a su mujer. Aquella advertencia supuso una barrera entre ella y su amigo, que desde aquel día mantuvo una actitud exageradamente correcta. Cuando Gregory se marchó, fue Nube Gris quien inició un acercamiento, pero Emily temía que su marido regresara de improviso y se enterara por los demás de que había hablado con él. Con el paso de las semanas fue cediendo a su anhelo por volver a compartir la complicidad que los había unido en el pasado. Por supuesto, Douglas fue testigo del renacer de la amistad entre Emily y Nube Gris y no disimulaba su desaprobación.

—Douglas, déjate de tonterías —le avisó Kirk—. Nadie te ha nombrado el guardián del rancho en ausencia de Gregory.

—¿Y se puede saber qué has ido a averiguar? —insistió Douglas, centrado obstinadamente en Nube Gris.

El aludido echó una ojeada a Emily y esta esperó a que se explicara.

—He ido a ver al ruso que cultiva trigo más al norte. Se llama Serguéi Vasíliev.

Todos esperaron a que siguiera. Douglas fue el único que frunció el ceño.

—¿Y a nosotros qué nos importa un tipo que cultiva trigo?

Nube Gris y Emily intercambiaron una mirada que irritó aún más al vaquero.

—¿Qué estáis tramando? —inquirió de mala manera, sin perderlos de vista.

Emily carraspeó, molesta por su tono.

—He pensado que cuando volvamos de Dodge City, podríamos sembrar trigo. No podemos seguir llevando un rancho nosotros solos, es demasiado trabajo.

La risa de Douglas la interrumpió.

—Crawford nunca consentirá que plante trigo en estos pastos. Odia las vallas que esos granjeros ponen para proteger los cultivos. Cada vez que puede las derriba. De manera que nunca permitirá que tan cerca de su rancho tiendan cercas que impidan que sus animales lleguen hasta la orilla del río.

—Tendrá que aceptar lo que yo decida —indicó Emily—. Que yo sepa, estas tierras son mías y no del señor Crawford.

—Las tierras son de Gregory —le recordó Douglas.

—Y no sabemos nada de él desde hace seis meses, ni una carta, ni una señal. Nada en seis meses —expuso ella, cada vez más tensa. Sus ojos buscaron los de Kirk—. ¿Tú qué opinas?

El viejo se rascó la nuca, dividido entre la lealtad a Emily y el razonamiento de Douglas. Había visto al padre de Emily levantar ese rancho a partir de la nada. Aunque nunca fue de los más grandes ni de los más ricos, sí fue el orgullo de Greyson, un hombre íntegro, buen marido y padre, que se deslomaba trabajando por su familia. Por desgracia, Kirk fue testigo de la pésima gestión de Gregory y del declive del rancho, que en su momento había llegado a tener más de mil cabezas de ganado y que entonces apenas poseía trescientas reses, repartidas en varios kilómetros a la redonda. Antes de final de mes tendrían que reunir el ganado y buscar los becerros que hubiesen nacido esa primavera, marcarlos y ubicarlos en los corrales para emprender el camino a Dodge City. Un trabajo que superaba la capacidad de tres hombres, un niño y una mujer.

—Yo he trabajado toda mi vida en ranchos, no entiendo nada de cultivar trigo. Además, como dice Douglas, Crawford no te dejará en paz si decides sembrar. —Se pasó una mano arrugada por el pelo—. Pero también soy demasiado viejo para pasar horas a caballo vigilando

reses y aquí hay demasiado trabajo para tres hombres. Tal vez la labor de una granja sea más llevadera.

El silencio se adueñó del lugar, solo se oía el ruido de los cubiertos golpeando los platos, el sisear de las mechas de las lámparas de aceite y el crepitar del fuego en la chimenea. Sam los observaba a todos, cada uno perdido en sus pensamientos. La que más le preocupaba era la señora Coleman, que más que comer jugaba con la comida de su plato. A su lado Cody agachaba la cabeza, sin mirar a nadie. La tensión entre el indio y Douglas era palpable. Durante la discusión no abrió la boca, porque no habría sido capaz de dar la razón a ninguno de ellos. Tres hombres y una mujer eran poco para atender un rancho, pero convertir en campos de trigo lo que hasta entonces habían sido pastos para ganado también sería azaroso y peligroso si el vecino se oponía.

—Debería vender las tierras a Crawford. —La voz de Douglas sonó demasiado fuerte y Emily levantó los ojos del plato con un sobresalto.

—Si vendiera las tierras nos quedaríamos sin hogar. ¿Adónde iríamos? ¿De qué viviríamos? Mientras conservemos el rancho, Cody y yo tendremos un lugar donde quedarnos. Además, todo esto era de mi padre y no pienso vendérselo a Crawford; puede que lo convierta en una granja, pero no dejaré que ese hombre se instale en mis tierras.

Douglas clavó los ojos en Emily y Sam se puso alerta. No le gustaba la actitud dominante de aquel hombre. En su mirada había algo que le inquietaba, como si diera por hecho que ella era suya.

—Antes de irse, Gregory ya comentó su intención de vender las tierras a Crawford después del viaje a Dodge City.

Emily ahogó una exclamación de enojo.

—Eso no puede ser cierto, el rancho era de mi familia y...

Cerró la boca al cruzar la mirada con Kirk y Nube Gris. Ellos agacharon la cabeza, lo que confirmó las palabras de Douglas. Sin hacérselo saber, Gregory había estado planeando vender las tierras como si ella no fuera más que un mueble, sin opinión, ni voz ni voto. Enrojeció de indignación y vergüenza. Así era Gregory, un animal desalmado que no se molestaba en pensar en su familia, todo lo que quería era el dinero que podía sacar del ganado y las tierras. ¿La habría abandonado después de conseguir lo que deseaba? Y lo más importante, ¿la habría abandonado ya?

No entendía a su marido. Era un hombre vago, incapaz de sacrificar ni una gota de sudor trabajando en el rancho, pero se había marchado en busca de oro en una mina donde tendría que trabajar a brazo partido. No tenía sentido.

Volvió a lo que Douglas acababa de revelar y alzó la barbilla.

—No venderé estas tierras porque son mías, aunque en un papel diga que pertenecen a Gregory. Yo nací aquí, me crié aquí y mi hijo también. No pienso vender el rancho.

Con el rabillo del ojo vio que Sam la contemplaba sin disimulo con una mirada que no dejaba entrever sus pensamientos. La avergonzaba que la considerara una inútil con la que no servía de nada compartir las decisiones de la casa. Todos parecían conocer las intenciones de Gregory, menos ella.

—Bien, Nube, dínos qué has averiguado esta tarde.

Nube Gris ignoró el resoplido de Douglas.

—Es posible plantar trigo en estas tierras si elegimos bien las parcelas. Las que están cerca del río tienen la ventaja de que si el invierno o la primavera son secos, se puede drenar agua para poder regar. Serguéi me ha enseñado un sistema de irrigación increíble. Nosotros también podríamos hacernos uno. Además me ha aconsejado que sembremos en las laderas de las lomas y en perpendicular a la pendiente; de esa manera si llueve mucho, el exceso de agua correrá por la loma sin estancarse y pudrir las raíces.

Emily le escuchaba con atención, sin perderse detalle, lo que animó a Nube Gris a seguir su exposición.

—Para arar, Serguéi nos aconseja que compremos dos bueyes, pero también podemos hacerlo con caballos. Él nos pondría en contacto con un compatriota suyo que nos vendería las semillas. También podemos cultivar maíz, es una buena tierra para ello.

El entusiasmo de Nube Gris resultó contagioso y Emily sonrió dejándose llevar por las perspectivas de futuro. Por primera vez pensaba que podían conseguirlo, una pequeña luz al final del túnel en el que llevaba años escondida. Quería ser dueña de su vida, pensar en su hijo y legarle algo más que un puñado de tierra. La única nube a esa futura felicidad era el posible regreso de Gregory. Se estremeció al pensar en cómo reaccionaría su marido.

—Me gustaría hablar con ese hombre —dijo Emily, apartando la imagen de Gregory sudando rabia con el puño alzado. Llevaba seis meses rezando noche tras noche para que su marido nunca regresara—. Cuando volvamos de Dodge City y tengamos claro lo que nos queda después de pagar las deudas, podremos hacer planes.

—¿Ya ha pensado en qué dirá Crawford cuando se entere? —preguntó Douglas con hostilidad.

Emily se pasó una mano por la frente con impaciencia apartándose el mechón que se le había escapado del moño.

—En estos momentos Crawford es la menor de mis preocupaciones.

7

Emily creía que ya no quedaba nadie en la cocina, Kirk fue el último en irse a la cabaña que compartía con Nube Gris y Douglas. Suponía que el señor Truman se habría acostado, aunque no le había pedido ayuda para desnudarse. Se preguntó cómo se habría quitado las botas. Sabía que no era asunto suyo, pero de todas formas le daba lástima. Su aspecto no había mejorado mucho.

Durante la cena apenas habló, pero escuchó con atención cada palabra, lo que la avergonzó. En su propia casa debía discutir cada decisión como si fuera una niña. ¿Qué pensaría Truman de su situación? Consideraría que era una inútil, incapaz de tomar las riendas de su vida.

Salió de la habitación de Cody tras comprobar que el niño estaba dormido. Habitualmente se lavaba en la cocina cuando se quedaba sola, pero la presencia de su invitado la obligaba a hacerlo en la pequeña habitación de su hijo con la escasa luz de un quinqué. Anduvo con cuidado por la cocina en penumbra con la jofaina llena de agua jabonosa. El camisón de franela apenas la abrigaba de las corrientes de aire que se colaban por debajo de la puerta y se arremolinaban en torno a sus tobillos desnudos. Se disponía a abrir para tirar el agua cuando una sombra junto a la chimenea la sobresaltó.

El señor Truman estaba sentado en silencio con la vista fija en los rescoldos de las brasas, cuyo débil resplandor le confería una apariencia adusta. Su perfil era regio y la curva de su barbilla pronunciada se difuminaba en la oscuridad por la barba. Era tan grande que la mecedora parecía la de un niño.

—No debería abrir la puerta a estas horas —comentó con voz ausente y sin mirarla.

Los ojos de Emily fueron del hombre a la jofaina que sostenía.

—¿Y qué quiere que haga con el agua sucia?

—La puede tirar mañana. ¿Dónde duermen los demás?

Con un suspiro, Emily dejó su carga junto a la puerta y se acercó a la chimenea, arrebujándose en el chal de lana. Se sentía inquieta, como siempre que se quedaba a solas con él.

—¿Necesita ayuda para acostarse?

—No.

Seguía sin mirarla, lo que la molestó. Se irguió todo lo que pudo.

—Entonces me iré a la cama.

—No ha contestado a mi pregunta.

Emily resopló, molesta. La manera de hablar del señor Truman era como la de un militar que exigiera obediencia, y ella estaba cansada de agachar la cabeza. No obstante contestó:

—En una cabaña a unos cien metros de aquí. Cody y yo no estamos solos y la puerta está bien cerrada.

Sam no le dijo que las puertas se abrían por las buenas o por las malas, no servía de nada preocuparla más de lo que estaba en su precaria situación. Desde la cena no lograba dejar de pensar en lo que se había dicho acerca de los problemas de la señora Coleman. No quería involucrarse, pero algo en él le empujaba a averiguar más. Se repetía una y otra vez que su interés no era más que agradecimiento por la hospitalidad de una mujer demasiado confiada, pero no era idiota. Sencillamente le inquietaba la seguridad de aquella mujercita de aspecto delicado como una muñeca de porcelana, que no parecía echar de menos a su marido.

—En el almacén la oí decir que llevarían su ganado a Dodge City a finales de mes. ¿Por qué no va a Abilene? Está más cerca.

Viendo que el señor Truman estaba de humor hablador, Emily se sentó muy erguida en la otra mecedora, agradeciendo el lánguido calor de las brasas. Para su sorpresa, Truman se puso en pie y, con una mueca de dolor que no pudo disimular, echó un leño y reavivó el fuego, antes de sentarse nuevamente sujetándose las costillas con una mano.

—Mi marido pensó que en Abilene tendríamos más dificultad en vender nuestro ganado compitiendo con ranchos como el XIT Ranch o el JA Ranch. La mala fama de Dodge City hace que muchos rancheros prefieran no arriesgarse a adentrarse en el condado de Ford.

Sam asintió, pensativo.

—Tendrán que evitar las granjas del centro del estado. ¿Cuántas reses llevarán?

—Unas trescientas más los terneros que hayan nacido esta primavera.

—No es mucho ganado, comparado con las tres mil cabezas que Jesse Chisholm lleva hasta Abilene cada año. Tal vez sea mejor que vayan a Dodge City, pero es un viaje largo.

—Es lo que tenemos —musitó Emily con la vista fija en el suelo.

—¿Ya han empezado a reunir el ganado?

—Sí —contestó ella.

Extendió las manos para calentárselas echando miradas de reojo a su acompañante. Se encontraba a menos de un metro y, a pesar de la poca luz, era consciente de cada línea y plano de su rostro severo.

—Tendrán que marcar los becerros que hayan nacido estos últimos meses.

El señor Truman parecía repasar el trabajo pendiente más para sí mismo que para ella. Aunque no sabía dónde quería ir a parar, le dijo lo que esperaba oír:

—Sí. Después las reuniremos en los corrales y saldremos para Dodge City.

Por fin Sam la miró a los ojos, pensativo. Esa mujer no sabía dónde se estaba metiendo, era una auténtica locura. Y no se trataba únicamente del trabajo que tenían por delante en el rancho, era también cruzar la llanura hasta Dodge City sin contratiempos, recorriendo una media de veinte kilómetros al día a la intemperie, durmiendo en el suelo envueltos en una manta y masticando el continuo polvo que las reses levantarían a cada paso. No era vida para una mujer y su hijo. Sin hablar de los peligros a los que tendrían que enfrentarse una vez llegaran a la ciudad.

Conocía esa zozobra que le palpitaba en el pecho, la misma que años atrás le empujó a lanzarse de cabeza a una guerra que echó a perder su vida. Sería un idiota si se dejaba llevar por esa debilidad, era más sensato ceñirse a su plan de seguir hasta el este dejando atrás los problemas de la señora Coleman. Entonces cometió el error de mirar al suelo, donde vio los pies

pequeños y blancos muy juntos, sosteniéndose de puntillas. Enseguida subió la mirada por el camisón de franela abotonado hasta el cuello y finalmente al rostro. Otro error, porque ella le observaba con la curiosidad de una niña. ¿Qué edad tendría? Desde luego, demasiado joven para llevar sobre los hombros todos sus problemas. Evidentemente, necesitaba ayuda. Kirk y Nube Gris parecían gente de fiar, pero Douglas le inspiraba desconfianza, sin duda escondía algo turbio. «Otro error», le avisó una vocecilla. No debía pensar en las necesidades de la señora Coleman; hasta el momento esa mujer había sabido salir adelante sin él y lo mismo ocurriría en el futuro.

—Entonces le deseo suerte, porque se dispone a emprender una locura.

Emily notó el peso de las preocupaciones. Durante unos instantes el entusiasmo de Nube Gris la había sacado del torbellino de problemas que parecía cebarse en ellos y el rancho, pero no podía obviar la realidad. El señor Truman estaba en lo cierto: era una locura. Pese a ello no tenían más remedio que intentarlo, ya no les quedaban más opciones. La única salida era llevar el ganado a Dodge City y vendérselo al señor Linker.

—Lo conseguiremos —dijo más para convencerse a sí misma que para el señor Truman.

Sam la estudió con el reflejo de las llamas en el pelo castaño todavía recogido en un moño flojo. El calor le había ruborizado las mejillas y los ojos le brillaban con una débil esperanza. «No te dejes embaucar —se dijo en silencio—, no pienses que puedes salvarla». Apartó la mirada, molesto consigo mismo. No era un caballero, era un tipo que deseaba vivir su propia vida, no luchar las batallas de otros.

—Le agradezco todo lo que ha hecho por mí, señora Coleman. Creo que pasado mañana podré volver a viajar. —Tras un carraspeo prosiguió—: Me gustaría pagarle por todas las molestias, pero los que me asaltaron me dejaron sin dinero. Aun así podría...

—No tiene que pagarme nada en absoluto. Si lo hiciera, me ofendería. Digamos que ha sido un favor por otro.

Emily no dejó que su voz transmitiera la tristeza que le producía la marcha del señor Truman. Lo sabía de sobra, sabía que tarde o temprano tendría que irse, pero poner una fecha a ese día le resultaba descorazonador, y lo peor era que no lo entendía, porque era un hombre arisco, de pocas palabras y mirada impávida.

Se puso en pie, arrebujándose en el chal.

—Buenas noches, señor Truman.

—Buenas noches, señora Coleman.

La siguió con la mirada mientras ella se alejaba. ¿Qué historia escondían esos ojos tristes? Muchas lágrimas y decepciones, sin duda, pero ¿quién no había perdido algo o a alguien en esos últimos años? Cada uno tenía que sobrellevar sus propias penas.

Se levantó lentamente y fue hasta la habitación a oscuras. Una vez dentro hizo lo posible por desnudarse sin emitir un gruñido de dolor. Se metió en la cama pensando en la mujer que se habría dormido en la habitación contigua. Se la imaginó con un bonito vestido floreado y el pelo trenzado con cintas de colores, sonriendo despreocupadamente. Esa debería haber sido la señora Coleman, pero por el motivo que fuera, todo indicaba que no había sido feliz en su matrimonio y la preciosa flor se había marchitado.

A la mañana siguiente Sam se despertó sintiéndose algo mejor. Al menos pudo vestirse sin resollar como un animal. En la cocina se encontró un desayuno bajo un paño limpio de lino: unas gruesas rebanadas de pan untadas con mantequilla, un tarro de miel y unas lonchas de jamón asado de aspecto jugoso. Sobre la cocina una cafetera todavía tibia estaba llena de café. Muy cerca, dos masas de pan fermentaban a la espera de ser horneadas y una jarra de leche recién ordeñada con una espesa capa de crema en la superficie se enfriaba. Junto a la ventana, una jarra desportillada de barro adornaba la estancia con flores silvestres. Todo aquel despliegue tan hogareño le recordó la época en que vivía con sus padres y cada mañana su madre le preparaba el desayuno en un silencio reconfortante. Aquello le hizo añorar la vida sencilla, marcada por el ritmo del trabajo.

Las tripas de Sam rugieron anticipándose a lo que le prometía el desayuno y dejó atrás los recuerdos dolorosos. Se sentó y empezó a comer vorazmente. Una vez más recordó la situación económica de la señora Coleman y se sintió como un malnacido. Cody le había llevado a su habitación todo lo que su madre y él encontraron en el camino y no había dinero, pero disponía de algo más que bien podía servir a su anfitriona. No podía comer en la mesa de una mujer como Emily y no aportar nada. Se sorprendió al pensar en ella nombrándola mentalmente por su nombre de pila.

«Mal asunto», pensó. Era preciso irse de allí cuanto antes.

Media hora después salía de la casa protegido con su guardapolvo, que no lucía tan buen aspecto desde hacía años. Oteó a su alrededor y, como en el interior, todo precisaba unos cuantos arreglos. Pese a ello, la casa con forma de ele se veía acogedora con el techo a dos aguas y la fachada de madera y troncos. Alrededor de las ventanas crecían enredaderas con las primeras campanillas azuladas asomándose tímidamente al pálido sol. Debajo, unas verbenas de color rosa oscuro surgían por entre los matorrales. No sabía dónde estaba, no tenía ni idea de la distancia que la señora Coleman había recorrido desde que lo recogiera en el camino, pero aquel lugar, que parecía olvidado de la mano de Dios, tenía cierto encanto que se ajustaba a su dueña.

Examinó el paisaje circundante. Al frente, una vasta extensión ondulante se perdía en el horizonte uniéndose con el cielo de primavera, salpicada de árboles agrupados como si necesitaran pegarse unos a otros por temor a perderse en aquel mar de pastos verdes. A la derecha se alzaban unas edificaciones de madera que tenían que ser el establo y la cuadra, donde se encontraría su caballo, al que no veía desde que perdió el conocimiento. Más allá una pequeña cabaña con una tosca chimenea se cobijaba entre arbustos de aspecto espinoso: el hogar de los tres hombres del rancho. Aún más lejos divisó dos grandes tanques de agua llenos hasta arriba. Los graneros presentaban el mismo aspecto tosco y descuidado que el resto de las edificaciones. Por lo demás, todo se veía desierto. Aquel lugar debería haber hervido de vida y actividad, sin embargo, el canto de algún pájaro era el único ruido de la pradera que interrumpía el silencio.

Fue hasta la bomba de agua y llenó un balde que encontró ahí mismo, sobre un tocón. Se lavó la cara con cuidado y se secó con los picos del pañuelo que llevaba anudado al cuello.

A lo lejos reconoció el mugido del ganado y los gritos de los jinetes que guiaban a los animales. Se fue acercando hasta que llegó a una zona que no se veía desde la casa. Dejó atrás las cuadras hasta que dio con varios corrales comunicados por pasillos estrechos, listos para la

llegada del ganado. Subido a una valla, Cody esperaba. El pequeño contemplaba un grupo de reses que se acercaban azuzadas por dos jinetes. Un par de perros, los mismos que había visto dos días antes, corrían en los flancos del rebaño e impedían que alguna se despistara. Los jinetes iban atrás, empujando a los animales a seguir adelante.

Sam los contempló. Uno de ellos era Nube Gris, pero el otro no le resultaba conocido. No podía ser Kirk ni Douglas, ya que parecía mucho más pequeño, aun así manejaba con soltura su montura, agitando un látigo que restallaba sobre las cabezas de las reses. Se acercó un poco más y ahogó una exclamación cuando reconoció a la señora Coleman. Era el segundo jinete. Aquello lo pilló desprevenido. Nunca habría imaginado a la delicada Emily subida a horcajadas sobre un caballo, guiándolo con tanta destreza.

Las reses entraron en tropel, atropellándose unas a otras. Los largos cuernos característicos de la raza longhorn sobresalían como un bosque de astas por encima de sus pieles moteadas. Sam se llevó el pañuelo a la boca para protegerse del polvo que levantaron los animales. El ruido a su alrededor era ensordecedor: los perros corrían en torno al corral ladrando y el ganado acorralado contestaba mugiendo tras las vallas, todo salpicado con los gritos de los dos jinetes, que guiaban los últimos rezagados hasta la entrada del corral. Aquella escena recordó a Sam cómo era trabajar al aire libre, sobre un caballo dócil y rápido, pendiente de cada movimiento del compañero.

Cody cerró el corral en cuanto entró el último animal y aseguró el pestillo de madera con los labios apretados. El hombrecillo de la casa llevaba puesto un sombrero de ala ancha que le iba grande y le llegaba casi hasta los ojos. Una corriente de aire se lo llevó justo cuando Emily se acercaba. Ella desmontó y revolvió el pelo de su hijo con una sonrisa. Por primera vez la veía relajada, sin la tirantez que la hacía encoger la boca o fruncir el ceño. Varios mechones se habían escapado del sombrero y le enmarcaban el rostro feliz. La vio intercambiar una broma con Nube Gris y el joven se echó a reír, dando a su patrona un ligero empujón con el hombro.

¿Estaría Douglas en lo cierto con respecto a Nube Gris y Emily? Los contempló sin que ellos se percataran y no vio más que una conversación amistosa. Al cabo de unos minutos, el indio se alejó con un gesto de la mano y se dirigió hacia el corral. Emily siguió andando con la cabeza gacha y una leve sonrisa en los labios. Detrás de ella Cody corría tras un perro que llevaba en la boca el sombrero. Esa vez fue Sam quien sonrió al ver los torpes intentos del pequeño por recuperarlo. Corría como un cachorro que acabara de aprender a andar, iba trazando eses y de vez en cuando tropezaba con sus propios pies, aleteando con los brazos para recuperar el equilibrio. Emily se había parado para ver cómo su hijo luchaba tironeando del rabo del perro y se echó a reír. Entonces Sam perdió interés por el niño y clavó su atención en ella. Se había quitado el sombrero y una larga trenza, que le llegaba a la cintura, se balanceaba con cada movimiento. Algo en el interior de Sam se removió, algo apenas perceptible y sin embargo real, un ligero encogimiento, un latido en vilo, un suspiro reprimido. No lo reconocía porque era algo desconocido para él.

No pudo permanecer al margen por más tiempo y echó a andar hacia ellos. Cuando los alcanzó, Cody ya había ganado la batalla con el perro e intentaba recomponer el sombrero, bastante maltrecho. Madre e hijo le sonrieron a la vez cuando se percataron de su presencia y aquella sensación reapareció. Ambos tenían el mismo gesto, una expresión luminosa como un amanecer.

—Buenos días, señor Truman —le saludó Emily.

Cody trotó hasta él.

—Buenos días, señor Truman. ¿Se encuentra mejor?

Sam prefirió prestar atención a Cody, porque mirar a la cara a Emily le turbaba como ninguna mujer había conseguido ni con las artimañas más osadas.

—Buenos días. Ya me encuentro mucho mejor.

Echó una ojeada a la mujer, que deslizaba entre los dedos el filo de su sombrero. Se fijó en su atuendo: una amplia falda pantalón que le permitía montar a horcajadas y dejaba a la vista unas botas que le parecieron de juguete. Se abrigaba con un grueso chaquetón de paño de lana gris y un pañuelo le protegía el cuello. A pleno sol el cabello brillaba con destellos rojizos. A pesar de tener el rostro polvoriento, los ojos chispeaban de felicidad, borrando cualquier otro detalle. Seguía sonriendo enseñando unos dientes pequeños y bien alineados, como pequeñas perlas perfectas.

—¿Ha desayunado? —preguntó ella suavemente.

—Sí, gracias. Estaba todo muy bueno.

Cody le sacudió la manga con nerviosismo.

—¿Quiere ver a su caballo?

Sam asintió con seriedad.

—Por supuesto, espero que se haya portado bien.

El niño hinchó pecho, satisfecho por lo que iba a decir.

—Yo he cuidado de su caballo, señor Truman, y también he limpiado su silla de montar. Es una buena silla y habría sido una lástima que se echara a perder.

Sam echó otro vistazo a Emily y durante unos segundos sus miradas se cruzaron. No fue mucho, pero sí suficiente para que él diera un paso atrás como si le hubiesen asestado un puñetazo en el pecho.

—¿Nos acompaña, señora Coleman?

—No, tengo que volver a la casa para preparar la comida y hornear el pan. Le dejo en buena compañía, Cody es el amo de la cuadra. Nadie mejor que mi hijo para enseñarle nuestros caballos.

Sam se sintió decepcionado, pero recapacitó al momento. Era lo más sensato. Asintió e hizo un gesto con la cabeza al niño para que le enseñara el camino, aunque en realidad ya sabía dónde estaba la cuadra. Se separaron y Emily tomó el camino de la casa con pasos tranquilos, como saboreando todo lo que la rodeaba. No cabía duda: amaba esa tierra tanto como a su hijo, y estaba a punto de perder su rancho, el hogar de su familia.

Taciturno siguió al niño, que parloteaba agitando las manos mientras le explicaba que esa mañana iban a separar los novillos para marcarlos. Estaba nervioso porque su madre le había asegurado que podría ayudar con los hierros. La responsabilidad que le esperaba le hacía tartamudear de expectación. Sam permaneció en silencio, emitiendo de vez en cuando unos ruidos que bien podrían ser una respuesta. Y por lo visto Cody lo entendía así, porque le miraba, escuchaba el ruido de Sam y seguía asintiendo, como si eso mismo fuese lo que él habría dicho. El chico se conformaba con un poco de atención para sentirse feliz.

Una vez en la cuadra, los caballos asomaron las cabezas en cuanto entraron. *Rufián* relinchó al percibir a su amo y agitó la crin en señal de alegría. Pero para sorpresa de Sam, la cabeza del

animal se acercó primero a Cody y le empujó con suavidad el hombro, antes de buscar las pequeñas manos removiéndolo con cuidado los belfos y haciéndole cosquillas.

—No tengo nada para ti —dijo Cody riendo—. Siempre me registra cuando me acerco —añadió a modo de explicación.

—Por eso le llamo *Rufián*, porque si pudiera, te robaría la comida bajo tus propias narices.

Viendo que no conseguía lo que deseaba, *Rufián* prestó atención a Sam, agitando la cabeza de arriba abajo. Era su forma de decirle que llevaba demasiado tiempo encerrado. No le vendría mal ensillarlo y dar una vuelta con él, de esa manera podría medir su resistencia si deseaba irse al día siguiente. Y recordando su reacción al ver a la señora Coleman esa misma mañana, era urgente alejarse cuanto antes.

—¿Dónde está mi silla de montar? —No pudo evitar entrecerrar los ojos cuando el niño se la señaló colocada sobre el pasamanos de una barandilla. Se la veía reluciente, con el cuero satinado por la grasa, mientras que las tachuelas y el pomo centelleaban suavemente bajo la escasa luz que entraba por la claraboya del techo—. Has hecho un trabajo excelente, Cody. La has dejado como nueva.

El niño sonrió, orgulloso.

—Ha sido un placer, señor Truman.

El pequeño se enderezó como un soldado de juguete, los brazos firmes a cada lado y la cabeza bien alta. Sam no pudo resistirse y le dio un golpecito a su sombrero de manera que le tapó los ojos. Cody se rio al tiempo que se lo enderezaba.

—Voy a dar una vuelta con *Rufián*, le vendrá bien salir y trotar un rato.

—¿Le ayudo a ensillarlo, señor?

Había tanta ansiedad en la voz aguda del pequeño que Sam no fue capaz de rechazarlo. Renuente, asintió sin decir nada. «Vete cuanto antes o la madre y el niño te reblandecerán el cerebro».

8

La cena no fue muy alegre, al menos por parte de Emily, consciente de que Truman se marcharía al día siguiente. Era mejor así, porque su cuerpo respondía cada vez con mayor intensidad cuando se encontraba a su lado. No obstante seguía sin entender por qué se sentía siempre tan alterada cuando estaba cerca, ya que él no mostraba emociones, no hablaba mucho y apenas la miraba a la cara. Seguramente la veía como una mujer insulsa con ropa vieja y poco favorecedora.

Hasta entonces no había prestado atención a su atuendo, porque Gregory se había encargado de arruinar su autoestima. Además, prefería vestir de manera cómoda para moverse con soltura por el rancho a lucir volantes y lacitos. Pero desde hacía unos días habría agradecido tener al menos un vestido bonito, para esa última noche, de manera que Sam Truman la recordara como a una mujer interesante y atractiva. Sin embargo se conformó con uno gris y descolorido. Qué más daba si era invisible a sus ojos.

En la mesa la conversación volvió a derivar en un enfrentamiento entre Douglas y Nube Gris. Emily intentó sosegar los ánimos, pero, pese al temperamento impasible del indio, Douglas le provocaba con insinuaciones que minaban el propósito de Nube Gris de ignorar los insultos. Tarde o temprano llegarían a las manos y uno de ellos acabaría mal. Nube Gris era más bajo y delgado, pero Emily sabía que podía tumbar a Douglas con su agilidad y resistencia. Este último era pura fuerza bruta y, si pillaba desprevenido al indio, no tendría ninguna consideración. Fue Kirk quien puso fin a la discusión asestando un puñetazo sobre la mesa.

Como era de esperar, Cody se encogió agachando la cabeza hasta casi tocar el plato con la nariz. Sam entornó los ojos. Le había costado mantenerse al margen, decidido a no involucrarse, pero la actitud de Douglas con Emily despertaba su suspicacia. Temía por ella porque la mujer no parecía percatarse del deseo latente en las miradas que el vaquero le lanzaba. No podía decirse lo mismo de Nube Gris, que, mucho más protector que acosador, vigilaba a Douglas cada vez que Emily andaba cerca. El problema sería aún mayor cuando emprendieran el camino a Dodge City, pues Douglas tendría muchas oportunidades de quedarse a solas con ella sin que el indio pudiera hacer nada.

Se sermoneó en silencio: no era asunto suyo y Nube Gris velaría por ella. También estaba Kirk, y Cody, que siempre andaba pegado a las faldas de su madre.

Ya era noche cerrada cuando Sam salió a tomar el fresco antes de acostarse. Emily se había metido en la habitación de Cody. Si hacía como la noche anterior, volvería a salir para tirar el

agua, de modo que esperaría hasta que ella estuviese en la cama. Fuera el aire era frío, y en el cielo despejado las estrellas centelleaban a millares. Agradeció la calma del momento después de la tensión de la cena. Se dio la vuelta cuando la voz de Kirk le llegó desde un banco de madera cerca de la puerta. Instintivamente llevó la mano derecha a la cadera buscando su arma y para su sorpresa iba desarmado. Desde que despertó en la cama de Emily, no había vuelto a colgárselas de las caderas.

A la débil luz de la luna, el viejo estaba liándose un cigarrillo, pero el temblor de las manos echó a perder el intento y Kirk soltó una maldición.

Sam se acercó a él en silencio y se sentó a su lado.

—¿Le echo una mano a cambio de uno?

Kirk soltó un bufido de irritación.

—Estas manos no se están quietas. —Le tendió el saquito de tabaco y el taco de papel de liar con un ligero temblor—. Adelante, chico, seguro que te sale mejor que a mí.

Unos segundos después los dos fumaban tranquilamente sin decir nada, aunque Sam era consciente de las miradas de reojo de Kirk. Aguardó; el viejo no tardaría mucho en soltar lo que tuviese que decir. Y en efecto, habló.

—Entonces te vas mañana. ¿Hasta dónde piensas viajar?

—No lo sé todavía, solo sé que iré más al este.

—Ajá —masculló Kirk tras una calada—. Pensé que te quedarías un tiempo por aquí.

Sam se envaró esperando lo que temía, sin embargo Kirk no siguió. Permanecieron en amistoso silencio, rodeados por los suaves rumores nocturnos.

—Esta noche Emily está tardando en acostarse —musitó el viejo, distraído—. Anoche también tardó, me fui cansado de esperar.

Sam arqueó una ceja, sorprendido.

—¿Espera aquí todas las noches?

—Sí, aguardo aquí para que no me vea hasta que abre y tira el agua. Entonces, cuando ya ha cerrado la puerta, me voy a la cama. Algunas veces Nube Gris me acompaña.

—¿Y Douglas?

Kirk soltó un resoplido de desprecio.

—Sabe muy bien que no es bienvenido aquí de noche. Apenas le toleramos en la mesa, pero le necesitamos en el rancho. Es el único vaquero que se quedó cuando Emily anunció a los chicos que no podía pagarles. Aunque para ella es un misterio, para nosotros, no. Se ha quedado por la chica.

Aquellas palabras no pillaron desprevenido a Sam, no era difícil entender las intenciones de Douglas. El problema era la ingenuidad de Emily, ajena al efecto que causaba en los hombres.

—¿De modo que os quedáis aquí hasta que la señora Coleman se acuesta?

Kirk dio una calada. La punta del cigarrillo se iluminó en un punto incandescente en la noche.

—Sí. Solo nos tiene a nosotros, un joven indio y un viejo. —Soltó una risita carente de alegría—. Y no es mucho. No pudimos hacer gran cosa cuando Gregory estaba aquí, así que ahora al menos le debemos cuidar de ella y del pequeño.

Sam se volvió para mirar con más atención al viejo.

—¿Qué quiere decir?

Por toda respuesta Kirk dio una nueva calada lenta seguida de un silencio. Sam pensó que no le diría nada, justo cuando su curiosidad le aguijoneaba a saber más.

—Gregory es una bestia con los puños demasiado rápidos —explicó Kirk, finalmente.

Sam sintió un estremecimiento que le nacía de las entrañas.

—¿Pega a su mujer y a su hijo?

Kirk asintió en silencio y la brasa de su cigarrillo, que mantenía en la comisura de la boca, hizo visible el movimiento. Los puños de Sam se cerraron de pura frustración. Pegar a una mujer o un niño le parecía una bajeza sin justificación posible. Eso explicaba el carácter asustadizo de Cody y la tristeza que se advertía en la mirada de Emily. Más que nunca los vio como ratones asustados.

—¿Acaso la señora Coleman no tiene familia que la ayude?

—Greyson y Louise no tuvieron más hijos, de manera que Emily no tenía más familia. Cuando se casó con Gregory, su padre ya no era el mismo. Desde la muerte de Louise deambulaba de un lado a otro a caballo, apenas le veíamos el pelo. Podía estar días fuera sin que nadie supiera dónde se metía. —Kirk chasqueó la lengua—. Además, no creo que Emily se hubiese atrevido a decir nada a su padre. Greyson era un buen hombre, pero autoritario; en su casa se hacían las cosas a su manera y nadie abría la boca. Louise era como un pajarillo asustadizo y nunca le llevó la contraria a su marido. Con el ejemplo de sus padres, sin duda la chica pensó que un hombre es el amo y señor de su casa y que nadie la habría apoyado. Además, al principio solo eran... —dudó un instante hasta que casi escupió la palabra—, accidentes. La cosa cambió cuando Greyson murió.

Sam cerró los ojos e inhaló profundamente al imaginar a Emily prisionera de su matrimonio con un hombre violento en un rancho aislado.

—¿Nadie en el rancho intentó ayudarla?

Kirk negó con la cabeza.

—A la muerte de Greyson muchos hombres se fueron cuando conocieron al nuevo dueño del rancho y sus maneras. Muchos se compadecían de Emily, pero nadie podía hacer nada: era su marido y tenía la ley de su parte. Yo le mantenía alejado de la casa cuando le notaba nervioso, cuando sus ojos lucían ese brillo que presagiaba lo peor. Nube Gris también se interpuso a su manera. Los vaqueros que fueron llegando después aprendieron enseguida que la mujer del jefe era intocable, de forma que ni siquiera le dirigían la palabra.

—Dios mío —susurró Sam, horrorizado ante la confesión de Kirk. Contempló la pradera oscura imaginando a una joven sola a merced de un hombre furioso en una cárcel sin barrotes, y la sangre empezó a hervirle.

»¿Qué edad tenía cuando se casó con ese hombre?

—Dieciocho años recién cumplidos. —Kirk enmudeció unos segundos y siguió—: Emily creció rodeada de chicos, pero su padre la mantenía alejada de todos ellos. Era como si tuviese una barrera invisible a su alrededor, nadie podía hablar con ella si Greyson no estaba presente. El único amigo que tuvo fue Nube Gris, y creo que el viejo consintió esa amistad porque estaba convencido que su hija nunca se fijaría en un indio. El viejo consideraba al chico como una especie de mascota para su hija. El rancho está bastante aislado, de manera que Emily se sentía muy sola. Cuando Gregory la vio, creo que entendió la vulnerabilidad de la chica y la engatusó.

La historia de Emily era, por desgracia, la de muchas jóvenes; nadie se entrometía en un

matrimonio, ni la ley consideraba delito que un hombre pegara a su mujer. Sencillamente, se consideraba un problema privado que debía llevarse en silencio, incluso con vergüenza por parte de la víctima, que indefectiblemente se callaba los malos tratos.

—¿Y su marido lleva seis meses fuera?

Kirk escupió frente a él, a continuación tiró lo que quedaba del cigarrillo y aplastó la colilla con el tacón de la bota.

—Sí, y espero que no vuelva a pisar el rancho. Ojalá se lo hayan comido los coyotes. Emily sonríe de nuevo, incluso ha vuelto a montar a caballo. Y el pequeño ya no se esconde en cualquier agujero si alguien lo mira a los ojos.

—¿Sabe adónde ha ido el señor Coleman?

—Eso es lo curioso. Gregory es un vago sin remedio, no le gusta trabajar. Pero hace unos meses apareció un tipo de Oregón contando que allí el oro estaba en todas partes como si lloviera del cielo, que en muy poco tiempo uno podía hacerse rico. Durante unos días Gregory fanfarroneó diciendo que se iría a Oregón en busca de oro. De manera que, cuando una mañana desapareció con su caballo, todos dimos por sentado que se había marchado en busca de su maldito oro. La verdad, nadie le echó de menos, excepto tal vez Douglas, que es de su misma calaña.

—Pero tiene la propiedad del rancho. ¿Por qué buscar oro?

Kirk resopló y Sam se preparó para una mala noticia.

—El año pasado el invierno fue muy duro, especialmente frío, tanto que la nieve nos llegaba a las rodillas. Los animales no tenían nada que comer porque Gregory no fue previsor. Tuvo que comprar heno a Crawford endeudándose hasta las cejas. Con la partida de reses que llevamos a Dodge City ese año apenas pudimos cubrir las deudas; perdimos muchos animales durante el invierno y los que quedaban estaban más flacos que un mosquito. Entonces Gregory tuvo otra genial idea y se empeñó en comprar un semental de la raza hereford que le costó un ojo de la cara. El imbécil pensaba cruzar las longhorn con su muchacho, como lo llamaba. El animal murió el verano pasado de una cornada de un macho longhorn sin dejar mucha descendencia. Gregory volvió a pedir ayuda a Crawford, que se apresuró a darle lo que le pedía, sabiendo que su vecino estaba cavando su propia tumba. Todavía le debemos bastante a Crawford, y el plazo se nos está echando encima. Por eso es importante llevar el ganado a final de mes a Dodge City. Si no lo conseguimos, Crawford se quedará con el rancho por un puñado de dólares. Como verás, el rancho ya no era muy valioso para Gregory, sabía que apenas podría salvarlo con la partida de ganado de este año.

Sam suspiró. Cuanto más sabía, peor se sentía. La tentación de ceder a su impulso de ayudar a Emily iba más allá de la preocupación. Aquella mujer andaba sobre arenas movedizas sin saberlo.

—¿Por qué Crawford está tan empeñado en conseguir este rancho?

—El agua. El río se bifurca en estas tierras y a Crawford solo le llega el ramal menos caudaloso. Algunos veranos incluso llega a secarse. Sin embargo, aquí siempre hay agua en abundancia.

—Y si la señora Coleman vallara sus tierras para plantar...

—Crawford se volvería loco. Necesita el agua, y la manera de asegurársela es comprando todo el rancho, no es únicamente cuestión de ampliar su propiedad. Tal vez haya sido bueno que

Gregory se largara, porque habría acabado vendiéndoselo todo a Crawford por casi nada. De hecho ya lo había comentado poco antes de largarse.

—¿Cree que volverá?

—No lo sé —contestó Kirk en tono de cansancio—. Tal vez reaparezca un día. Nube Gris está convencido que no regresará. Cuando le pregunto por qué está tan seguro no contesta, pero parece muy seguro de ello. Ese chico algunas veces es como una tumba. Por eso se le ha metido en la cabeza sembrar trigo. Podría ser una estupenda idea, no haría falta plantar todo el puñetero rancho, pero Crawford le hará la vida imposible a Emily. —Se hizo un silencio denso y crispado que apenas duró unos segundos—. Y bien sabe Dios que es una mujer trabajadora, pero todo parece torcerse sin remedio. Necesita a alguien más que un viejo cojo como yo.

Sam meditó las palabras del anciano y una sospecha hizo que le clavara la mirada sin parpadear.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

Kirk se puso en pie estirándose hasta que todos los huesos de su cuerpo crujieron. Soltó algún que otro gruñido y bostezó.

—No lo sé —contestó al fin—, quizá porque eres un tipo que sabe escuchar... O sencillamente porque soy un viejo chismoso que no sabe mantener la lengua quieta. —Echó una mirada a la puerta cerrada—. Creo que esta noche no esperaré; me voy a dormir. Cuida de ellos, Truman.

Kirk se alejó con sus andares de pato mareado dejando a Sam meditabundo. ¿Qué narices había querido decir Kirk al pedirle que cuidara de ellos? ¿Se refería a esa noche o a mucho más? Negó en silencio, soltando una palabrota. «Demasiada información», se dijo exasperado. Ya no podría ver a Emily y a su hijo sin pensar en los maltratos a los que se veían sometidos en manos de un desalmado como Gregory.

El frío de la noche empezó a hacer mella y se estremeció. Era hora de acostarse, porque a la mañana siguiente tenía por delante un largo día de viaje para llegar a ninguna parte. De repente ya no le parecía tan importante llegar al este de un punto indeterminado. ¿Acaso le esperaba alguien? Nadie, a nadie le importaba dónde estuviese o si se moría de asco en algún agujero.

Se dirigió a la puerta con pasos lentos, dividido entre el impulso de huir cuanto antes de ese rancho y el deseo de quedarse. La última opción era la más peligrosa, porque hasta entonces se le había escapado un detalle, o sencillamente no había querido pensar en ello, y era que Emily pertenecía a otro hombre. Cuando ya se disponía a empujar la puerta, esta se abrió y una lluvia de agua templada le dio de lleno en la cara y el pecho. A renglón seguido oyó una exclamación ahogada.

—Lo... lo siento —balbuceó Emily dando un paso atrás. La jofaina se le escapó de los dedos y se aferró el camión con cara de pánico y los puños apretados.

Sam se secó la cara con la manga de la camisa de algodón. Dio un paso adelante y ella retrocedió. Él frunció el ceño, dio otro paso y ella volvió a retroceder sin perderle de vista, con los ojos desorbitados como un animal acorralado. La rabia empezó a hervir en su interior al pensar en Gregory maltratando a su familia. Emily estaba asustada y temía una represalia. Y lo peor era que Sam no sabía cómo apaciguarla.

—No pasa nada —aseguró en voz baja y para su desgracia no sonó tranquilizador.

Su voz era demasiado grave y, en cuanto bajaba una octava, su tono más bien transmitía

amenaza, como un animal a punto de saltar sobre su presa. Hasta entonces esa característica le había resultado útil, porque no le gustaba alzar la voz, de manera que cuando se enfadaba o quería advertir a alguien de que estaba a punto de perder los estribos, esa voz baja y ronca como un gruñido ponía en alerta al más atrevido. Por no mencionar su mirada; sabía de sobra que muchos pensaban que sus ojos no eran normales por su color tan claro. Él los había heredado de su madre, pero en una mujer pequeña y menuda no habían surtido el mismo efecto que en un hombre curtido por la guerra como él. En el ejército susurraban a sus espaldas que esos ojos celestes eran los que sin duda tendría la muerte si se presentara con forma humana.

Emily retrocedió otro paso y de repente echó a correr hacia la habitación de su hijo. Fue la gota que colmó el vaso: Sam la alcanzó en dos zancadas. La sujetó de un brazo y le dio un tirón. Ella le golpeó el pecho, reavivando el dolor agudo en sus costillas magulladas, pero él apretó los dientes para no emitir un solo sonido. La envolvió en un abrazo con una mano en el cabello suelto y la otra en la cintura, lo que le permitió sentir el temblor que se había adueñado del cuerpo envarado de Emily. La compasión por ella y por el miedo que la atenazaba, y que sin duda tardaría en desaparecer, le comprimió el pecho. Emily no confiaría en ningún hombre si no aprendía que no todos eran bestias sin compasión, que podía dar la cara sin esperar lo peor, confiar en sí misma.

Con mucho cuidado de no avasallarla, le acarició la cabeza como habría hecho con un animal herido. Emitía ruidos reconfortantes sin atreverse a pronunciar una palabra por temor a asustarla otra vez. La rigidez tardó en remitir, pero los temblores persistieron. Al cabo de un momento oyó los sollozos silenciosos de Emily, un llanto seco que la sacudía de la cabeza a los pies. Instintivamente estrechó el abrazo y descansó la mano sobre la cabeza agachada, invitándola a apoyar la mejilla en su pecho. Era tan menuda que ni siquiera le llegaba a la barbilla y entre sus brazos le pareció quebradiza, como el cristal. Sin saber muy bien cómo empezó, Sam se percató de que la estaba acunando, meciéndose de un lado a otro con suavidad como haría para dormir a un niño inquieto. Ignoraba de dónde le salía ese gesto protector, porque ya no recordaba cuándo había sido la última vez que se preocupó por alguien.

El corazón de Emily latía desbocado; sin pretenderlo, había reaccionado como lo habría hecho con Gregory, huyendo del peligro. Y allí estaba, en brazos de un hombre al que apenas conocía y que la acunaba con delicadeza, un gesto que no habría imaginado en un hombre tan imponente y de aspecto tan amenazador. Pese al consuelo que Truman le estaba prodigando con la torpeza de un oso, el miedo persistía, así como la vergüenza por su debilidad. Era consciente de lo pequeña que era comparada con Sam. Sus brazos la envolvían por completo y su ancho pecho era tan duro como templado. Si lograra controlar el miedo, el azoramiento que la dominaba por instinto cuando percibía un peligro, ya fuera real o imaginario, tal vez un día dejara de huir y plantara cara al destino y a todos los Gregory del mundo.

Cuando el temblor fue remitiendo poco a poco, el bochorno se adueñó de Emily, quien sintió que el rostro se le encendía según se iba ruborizando. Iba vestida únicamente con un camisón y estaba en brazos de un hombre. Los puños que aferraban la camisa de Truman se fueron aflojando. De alguna forma, él tuvo que notar el casi imperceptible movimiento, porque se detuvo y dejó caer lentamente los brazos. Emily no se sobresaltó cuando Truman le sujetó la barbilla obligándola a alzar el rostro. Con una delicadeza desesperante le secó las lágrimas con los pulgares, sin dejar de mirarla a los ojos enrojecidos por el llanto.

—Nunca he lastimado a una mujer. No vuelva a huir de mí.

Si no estuviese tan mortificada se habría reído, tal vez de manera histérica, porque le resultó gracioso que se lo dijera precisamente con la misma voz que unos minutos antes la había asustado tanto.

—No volverá a suceder, señor Truman —aseguró en un hilo de voz.

Y era cierto, no volvería a huir de él porque a la mañana siguiente los dejaría y no lo vería nunca más. Aquel pensamiento hizo que sus ojos volvieran a colmarse de lágrimas. Se puso de puntillas y se atrevió a hacer algo que la dejó tan sorprendida como a él. Le besó en la mejilla recubierta de barba áspera. Después se fue corriendo a la habitación sin mirarle, con el eco de sus latidos resonando en cada rincón de su ser.

Sam permaneció en el mismo sitio varios minutos, procesando lo que acababa de vivir. Era absurdo, pero aquel beso tan ingenuo como sutil le había golpeado de lleno en el pecho. Se marcharía por el bien de los dos, porque si se quedaba allí, la señora Coleman se convertiría en algo inalcanzable, despertando anhelos que le estarían vetados con una mujer casada.

9

Sam agradeció que no hubiese nadie en la casa cuando se despertó. No quería despedidas, no deseaba tener que decir adiós mirando los ojos de cachorro de Cody, y menos aún dejar atrás a la señora Coleman. Cuanto antes se marchara, menor sería la tentación de quedarse, porque desde la noche anterior no conseguía sacársela de la cabeza.

Cuando se puso las cartucheras en torno a las caderas, los dos Colts le parecieron más pesados de lo habitual. Se anudó la cinta a los muslos como remate y se puso el guardapolvo. Cargó las alforjas al hombro, decidido, y cogió el sombrero antes de echar una última ojeada a la habitación. En la mesa de la cocina le esperaba el desayuno. Dudó un segundo, pero finalmente salió de la casa con un extraño nudo en la garganta. Fuera el día se presentaba soleado. Un suave viento ladeaba las hierbas altas de la pradera en un grácil ondear que provocaba un susurro envolvente. Por lo demás no se oía nada. Con pasos lentos se dirigió a la cuadra, donde los caballos que quedaban asomaron la cabeza con curiosidad. *Rufián* relinchó al tiempo que pateaba el suelo de su cubil, presagiando una salida.

Sam le acarició la testuz con la palma de la mano y de inmediato el caballo le rebuscó en los bolsillos algo que comer. Hasta entonces no se le había ocurrido que *Rufián* era lo más parecido a su único pariente: ya no le quedaba nadie excepto un caballo goloso y algunas veces temperamental. Podía pasar días sin hablar con ningún ser humano, sin embargo su caballo era un atento y silencioso oyente que nunca le llevaba la contraria ni le decía a la cara que su vida era una sucesión de lugares sin nombres. Un enorme vacío se adueñó de Sam. Lentamente ensilló su montura cuidando cada detalle y tomándose su tiempo, hasta que *Rufián* empezó a impacientarse. Colocó las alforjas como último detalle y pasó la mano por el cuero contando todas las tachuelas de su silla, que brillaban con un satinado dorado. Sonrió al pensar en cuánto se había esmerado Cody.

Cuando se disponía a sacar a *Rufián* de la cuadra vio movimiento en el establo. Un segundo después se oía un ruido débil, sofocado. Caminó atento, con su caballo a la zaga, hasta que identificó aquel sonido y se tensó: alguien estaba llorando. Se asomó dejando atrás a *Rufián*, que se dedicó a mordisquear algunas flores cerca de la puerta.

En el establo entraba luz suficiente para iluminar el espacio desierto. Según fue adentrándose, los sollozos remitieron poco a poco hasta enmudecer.

—¿Señora Coleman?

La respuesta fue el silencio. No sabía muy bien por qué daba por sentado que era Emily la

que lloraba. Y si lo pensaba bien, no era su llanto, que tenía todavía muy fresco en la memoria; de hecho, esa era la causa de que apenas hubiera dormido. Quien estuviese llorando era otra persona.

—¿Quién anda ahí?

Instintivamente apartó el faldón de su guardapolvo dejando al aire su Colt, con la mano derecha suavemente apoyada en la culata. El lugar estaba demasiado vacío, algo no le cuadraba, pero no se preocupó por ello porque acababa de oír un ruido al otro lado del tabique de madera, donde debería haber estado *Bella*, la vaca lechera de Emily.

—¿Señor Truman? —preguntó una trémula y acongojada voz infantil.

Sam estuvo a punto de soltar una maldición. El chico estaba llorando y él quería irse de allí cuanto antes. Caminó hasta el lugar de donde provenía la voz y se encontró al pequeño agazapado en un rincón con una hoz en una mano. Los ojos se veían hinchados por el llanto y la barbilla le temblaba ligeramente. Aquella imagen le desconcertó.

—¿Por qué te has escondido de mí?

El pequeño se limpió la nariz con la manga de la camisa antes de contestar.

—No creía que fuera usted, porque ayer dijo que se iría esta mañana temprano.

Sam dejó caer el faldón del guardapolvo para que tapara su arma.

—Me he despertado un poco más tarde de lo que había previsto. Pero eso no explica por qué lloras y por qué está el establo vacío.

La barbilla del niño volvió a temblar, esta vez con más fuerza, y las lágrimas regresaron a sus ojos.

—Mamá se ha ido temprano esta mañana para ayudar a Nube Gris a reagrupar las reses que puedan haber ido hacia el este. Me ha encargado ordeñar a *Bella*..., y lo he hecho... Lo he hecho... —Cody hipó y rompió a llorar abiertamente.

Sam se rascó la frente echándose de paso el sombrero hacia atrás. La noche anterior tuvo que consolar a la madre y esa mañana le tocaba al hijo. Aquello se estaba convirtiendo en una costumbre que no quería instalar en su vida. Allí de pie se debatía entre dejar atrás esos últimos días o ayudar al niño, porque era evidente que algo había ocurrido. Se agachó junto a Cody y le palmeó con torpeza la estrecha espalda, que se sacudía. Solo quería darle un poco de consuelo, lo que no previó fue que el niño se le lanzara al cuello barbotando entre lágrimas.

—*Bella* se ha escapado... No sé cómo ha pasado..., yo he cerrado la puerta... He vuelto y no estaba... La he buscado... Mamá se enfadará mucho...

Los sollozos se intensificaron y Sam notó que las lágrimas del niño le humedecían la piel del cuello. Apenas le entendía, porque Cody hablaba pegado a él, estrechándole con tanta fuerza que casi le estrangulaba. Le dio miedo devolverle el abrazo; el cuerpo de Cody se sentía muy pequeño contra el suyo. Si Sam abría al máximo la mano con los dedos separados, la distancia que había entre el pulgar y el dedo meñique cubría el ancho de la espalda del pequeño, en la que las vértebras se notaban con total claridad, así como los omóplatos. Cody era tan pequeño y frágil que parecía un pajarillo asustado.

—¿Qué voy a decirle a mamá cuando vuelva? —estaba diciendo el niño—. Sin *Bella* no tendremos leche, ni mantequilla, ni nata...

La voz quebrada del pequeño le llegó lejana, porque Sam sentía deseos de patearse el trasero. Debería haberse ido nada más despertarse en lugar de remolonear. Ahora estaba allí, con el

pequeño llorando a moco tendido en los brazos. Y lo peor era que no deseaba dejarlo a su suerte.

—¿*Bella* se ha escapado otras veces?

—Sí, pero la he buscado donde suele ir y no está...

Por fin miró a Sam con unos ojos tan grandes como los de su madre, cálidos, bondadosos y cándidos. El pequeño confiaba en él. Lo dejó en el suelo y le palmeó la coronilla con cierta incomodidad.

—¿Hace mucho que se ha escapado?

Cody asintió con pesar y volvió a temblarle la barbilla.

«Más lágrimas no», pidió Sam en silencio.

—Pues vamos a buscarla. ¿Tu madre te deja montar a caballo?

Cody dejó de retorcerse las manos y se las llevó a los tirantes. Alzó la cabeza para mirar a la cara a Sam.

—¿Me ayudará, señor Truman?

Tras un suspiro de resignación, el hombre asintió. Cody todavía hipaba cuando llegaron a la cuadra. *Sansón* se dejó ensillar con docilidad, agitando la cabeza de arriba abajo. Tras ajustar los estribos para que el niño estuviese seguro, le colgó del pomo de la silla una cuerda con el lazo ya hecho y salieron en busca de *Bella*.

El pequeño le señaló por dónde había buscado y Sam se dedicó a rastrear huellas hasta que dio con unas que podían ser de la vaca. Siguieron el sendero que serpenteaba entre los pastos altos. Cody iba con la cabeza gacha, aún avergonzado por haber sido tan descuidado como para dejar que *Bella* se escapara. Sam le echaba ojeadas sin decir nada, no era asunto suyo sermonear al chico por no haber prestado más atención. Aun así la postura encorvada de sus hombros, que le hacía parecer todavía más pequeño, le conmovía mucho más que cualquier llanto, porque evidentemente el niño era el juez más intransigente de sí mismo.

—¿Hacia dónde vamos por aquí? —preguntó para romper el silencio afligido de Cody.

—Hacia el rancho de Crawford. Espero que *Bella* no se haya adentrado en sus tierras.

—¿Hay algo que pueda resultar interesante para *Bella* por aquí?

—¿Y cómo voy a saber lo que quiere una vaca?

Sam estuvo a punto de romper a reír. En efecto, ¿cómo iba a saber Cody lo que empujaba a una vaca a escapar? De repente notó un cambio en la actitud de su compañero; Cody se irguió con los ojos muy abiertos.

—Seguro que ha ido a la orilla del río; allí hay alfalfa que le gusta mucho. Ya ha ido hasta allí otras veces, pero no me acordaba.

Satisfecho, Cody dedicó una sonrisa deslumbrante a Sam y este se la devolvió, procurando disimular de cara al pequeño las emociones que despertaba en él. No tardaron en llegar al río Big Blue. Siguieron la orilla, que, con las últimas lluvias, se había convertido en un lodazal. Las sospechas de Sam se convirtieron en realidad cuando vieron a *Bella* metida en el fango hasta las rodillas. Sus vanos intentos por salir no hacían más que hundirla cada vez más.

Cody quiso adelantarse, pero Sam le sujetó la brida para frenar a *Sansón*, que obedecía ciegamente a su jinete.

—No, *Sansón* podría verse en la misma situación que *Bella*. Quédate aquí.

Sam llegó hasta donde empezaba el fango y cogió su lazo. Con gestos precisos fue aflojando la cuerda y empezó a trazar círculos sobre su cabeza hasta que estiró el brazo para lanzar el lazo.

Cayó sobre la cabeza de *Bella* y se deslizó hasta el grueso cuello. Repitió la misma maniobra con la cuerda de la silla de Cody. Ató los dos cabos en los pomos de las sillas de ambos caballos y los puso de espaldas a *Bella*, que mugía lastimeramente.

—*Cuando te diga, azuza a Sansón. Tenemos que ayudarla a salir, ella sola no puede.*

Los caballos se resistían al tirón y patinaban en el barro. Cansada, *Bella* intentaba avanzar con torpeza, pero cada paso le suponía un esfuerzo que la dejaba exhausta. Sam guiaba su montura a la vez que tiraba de *Sansón* de las bridas.

—Venga, Cody, azuza a *Sansón*.

El niño apretaba los labios, concentrado en sujetar las riendas para que su caballo no se desviara intentando escapar del esfuerzo. Echaba frecuentes miradas por encima del hombro, nervioso por los mugidos de *Bella*.

Tras unos minutos angustiosos las maniobras dieron sus frutos y finalmente la vaca se vio libre de la prisión del lodazal. Enseguida fueron a ella tras apearse de un salto de sus monturas irascibles, que escarbaban con los cascos.

Cody abrazó el rollizo cuello de la vaca sin importarle si se manchaba de barro.

—Vaca tonta —le decía con la voz trémula—, no vuelvas a escaparte...

Sam ató uno de los cabos a su silla y recogió el otro. No decía nada, pero tenía tantas ganas de regañar al niño como de abrazarlo para tranquilizarlo, ya que, pese a haber sacado a *Bella* de su trampa, se le veía agitado. Le dejó unos minutos, mientras contemplaba el paisaje que los rodeaba. Ya estaba hecho. Una vez que llevara al animal y al niño de nuevo a la casa, ya nada le ataba allí.

—Vamos, Cody. Tenemos que volver —dijo muy a su pesar.

Antes de prever la intención del niño, este le abrazó por la cintura, escondiendo el rostro contra su chaleco.

—Gracias, señor Truman.

La mano de Sam se quedó en el aire, a punto de acariciarle la coronilla. Dudó hasta que se dejó llevar y le pasó la mano por el suave pelo.

—No vuelvas a descuidarte y asegúrate de cerrar la puerta del establo.

Cody asintió en silencio.

El regreso fue algo más animado. Cody todavía parecía nervioso mientras hablaba, pero sus ojos brillaban de alivio. Sam le escuchaba, asintiendo en silencio cuando el momento lo requería. Era fácil estar con el pequeño, no había artificios, ni segundas intenciones. Todo en él era claro como el agua, cada emoción se reflejaba en su rostro.

Unos gritos les llamaron la atención y ambos vislumbraron un rebaño pequeño de reses guiadas por dos jinetes. Sam enseguida reconoció a Nube Gris y Emily. Los animales avanzaban perezosos, deteniéndose a cada momento para arrancar pasto y masticar con parsimonia. Para espabilarlas, los látigos de los jinetes restallaban sobre las astas. Sam sintió un nudo en la garganta. No quería acercarse, no quería mirarla a los ojos y decirle adiós.

10

A su lado Cody se debatía entre el deseo de ir al encuentro de su madre y el impulso de volver a la casa para que Emily no se enterara del incidente con *Bella*. Sam sonrió para sí mismo al pensar que el pequeño sería el primero en contar la verdad a Emily, ateniéndose al castigo. Como si Cody le hubiera leído el pensamiento, agachó ligeramente la cabeza y la euforia provocada por el rescate de *Bella* se diluyó un poco.

—Tendré que decírselo a mamá, ¿verdad?

—Creo que sería lo correcto. Si no te haces responsable de tus actos, acabarás convirtiéndote en un cobarde.

Cody asintió muy serio, consciente de que Sam le estaba dando un consejo que tendría que seguir en cada momento de su vida; y lo haría porque él quería ser como el señor Truman, no como su padre.

—¿Se lo digo ahora? —preguntó con un hilo de voz.

—Mejor una vez que estéis en casa. ¿Temes el castigo?

Cody negó con la cabeza sin apartar los ojos de la distante figura de su madre, que seguía azuzando el ganado.

—No, ella no es como él...

Se interrumpió y echó una mirada de soslayo a Sam. Este no insistió: no preguntaría al pequeño, no hurgaría en la herida sabiendo que Cody había sido una víctima de su padre.

De repente vio tres jinetes que se acercaban al galope, directos al ganado. Algo se tensó en su interior y provocó una vibración, la que siempre precedía al peligro. Ese sexto sentido siempre le había puesto en guardia salvándole la vida. Tal vez no fuera un sexto sentido, sino la costumbre de vivir rodeado de posibles amenazas, lo que le llevaba a reconocer la inminencia de una situación conflictiva. Y en efecto, los recién llegados se metieron entre las reses asustándolas. Los animales se dispersaron mugiendo mientras Emily y Nube Gris intentaban controlar la desbandada. Los tres jinetes empezaron a disparar al aire, alejando con el bullicio las pocas reses que se habían quedado cerca.

—Cody, ve a tu casa. Mete a *Bella* en el establo y enciérrate en casa. No abras a nadie que no conozcas.

—Pero quiero ayudar a mamá...

—Cody, no hay tiempo —ordenó sin perder de vista la escena—. Obedece como un buen soldado y, si Douglas o Kirk aparecen, mándalos aquí para que nos ayuden.

A desgana Cody agarró el cabo que Sam le tendía, y se alejó, acompañado de *Bella*, echando miradas preocupadas a su madre. Sam no se lo pensó mucho: espoleó los flancos de *Rufián*, que respondió con un relincho, y se adentró entre los pastos al galope. La mano derecha de Sam estaba preparada, apoyada en la culata de su Colt, mientras la otra sujetaba las riendas.

Una vez conseguido el primer objetivo, los jinetes empezaron a rodear a Emily y Nube Gris, disparando al aire con la intención de acorralarlos. El caballo de ella se estaba poniendo demasiado nervioso, corcoveaba y tropezaba con la grupa de la montura del indio. Uno de los jinetes se acercó un poco más a Emily y la levantó sin esfuerzo de la silla para pasarla a la suya, desoyendo sus gritos. Nube Gris intentó ayudarla, pero una culata se estrelló contra su sien, aturdiéndolo. Un instante después, cayó al suelo entre las patas de su propia montura y se hizo un ovillo, protegiéndose la cabeza de los cascos del asustado animal.

Sam urgió a *Rufián* a ir más rápido. El caballo obedeció de buen grado la orden silenciosa al tiempo que él evaluaba la situación. Aunque su primer instinto era ayudar a Emily, Nube Gris corría el peligro de acabar pisoteado bajo los cascos del caballo aterrado por los disparos y los gritos de los hombres. Dirigió su montura hacia el hombre que había golpeado al indio y, sin previo aviso, sacó su arma agarrándola por el cañón y la utilizó para golpear la cara del hombre con la culata. El tipo se cayó al suelo, desmadejado como un trapo. Acto seguido Sam sacó su segundo Colt con la izquierda y disparó al otro jinete apuntando al hombro derecho, rezando para que fuera diestro. La detonación se propagó como un trueno por la pradera. El jinete se mantuvo sobre su montura, tambaleándose entre gritos de dolor. Finalmente Sam apuntó con la mano derecha al tercer hombre, el que sostenía a Emily. Esta estaba pálida y sus ojos desencajados iban de Nube Gris a él.

—Suéltala —ordenó Sam con una calma que no revelaba la rabia que bullía en su interior—. Suéltala y lárgate con tus amigos.

El hombre aflojó su presa en torno a la cintura de Emily. Ella se deslizó torpemente hasta el suelo. Apenas pisó tierra, corrió hacia el indio para atenderlo. Uno de los jinetes recogió del suelo a su compañero inconsciente y lo echó sin miramientos sobre la silla de montar de su caballo; acto seguido se subió al suyo, sin dejar de mirar a Sam y sujetándose el hombro herido, que sangraba copiosamente.

—Esto no quedará así. —Escupió con rabia—. Crawford no se quedará de brazos cruzados.

La cabeza de Emily se alzó de repente.

—¿Y por qué iba a tomar represalias Crawford? Habéis entrado en mis tierras, asustado a mi ganado y herido a uno de mis hombres. La que debería pedir explicaciones a Crawford soy yo.

Sam se mantenía a una distancia que le permitía controlar los movimientos de los tres vaqueros. Sus ojos iban de uno a otro, pendientes de cualquier cambio.

—Fuera de las tierras de la señora Coleman —volvió a ordenar.

Uno de los jinetes se lo quedó mirando. La actuación de Sam los había tomado por sorpresa; su rapidez al disparar, su sangre fría y esa mirada de hielo decían a las claras que era un hombre peligroso. En pocos segundos había derribado a uno y disparado a otro mientras apuntaba con la otra mano al tercero. El desconocido era ambidiestro, manejaba con igual pericia las dos manos. Cuando Crawford se enterara de que la señora Coleman había contratado a un pistolero, se subiría por las paredes, porque todos sabían que el patrón codiciaba las tierras del rancho vecino.

—Ya nos veremos las caras —escupió el que había sostenido sobre su silla a Emily. Sus ojos

fueron a la mujer con una mirada grosera y una media sonrisa—. Sobre todo la señora y yo...

Un disparo hizo volar su sombrero por los aires. Nadie dudó de la proveniencia del disparo, aunque Sam ni siquiera había pestañeado. Fue el aviso de que no tentaran más a su suerte. Cuando desaparecieron a lo lejos, Sam se apeó de su montura y fue junto a Nube Gris, que permanecía sentado sosteniéndose la cabeza entre las manos. Emily le acarició el pelo con suavidad, sin apartar la mirada de la sangre que se deslizaba entre los dedos del indio. Se sacó del recatado escote de la blusa un pañuelo para posárselo en el corte de la sien, lo cual provocó que el herido diera un respingo.

Sam arqueó las cejas. No había imaginado que la señora Coleman pudiera esconder cosas en su corpiño. Al percatarse de por qué había sacado ese trocito de batista blanca, unos celos poco habituales en él le patearon el estómago. Desvió la mirada, incómodo por esa emoción totalmente fuera de lugar, que nada tenía que ver con él.

—Nube —estaba diciendo Emily—, ¿crees que podrás volver solo a casa?

—¿Y tú adónde piensas ir?

Emily recorrió con una mirada triste la llanura, en la que se veían algunas reses diseminadas aquí y allí. Los hombres de Crawford habían echado a perder el trabajo de toda la mañana.

—Intentaré recuperar todas las reses que pueda y las llevaré a los pastos donde están las otras.

Nube Gris le cogió el pañuelo y se lo presionó contra la sien.

—Ni hablar, no irás sola.

Intentó ponerse en pie, pero las rodillas le fallaron y solo logró mantenerse erguido gracias a la intervención de Emily.

—No puedes ayudarme, Nube. Estás muy aturdido por el golpe y la caída. Es mejor que te vayas a casa y, si está Kirk, que te ayude a ponerte algo en la herida.

—No te dejaré sola mientras esos tipos sigan por aquí.

Emily soltó un suspiro a medio camino entre la exasperación y el desconsuelo.

—En tu estado no serás de ninguna ayuda y alguien tiene que procurar reunir el ganado. La única que puede hacerlo soy yo, no hay nadie más...

Sam arqueó las cejas y se echó atrás el sombrero para rascarse la frente. Estaba allí, tan visible como la nariz en el centro de la cara, y le ignoraban. Carraspeó, descansando el peso sobre una pierna con la cadera ladeada y los brazos en jarras.

—Yo puedo ayudarla.

Emily se estremeció al oír su voz de barítono. Si bien sus piernas temblaban del susto que se había llevado por el ataque de los jinetes de Crawford, verle allí aún en sus tierras la perturbaba mucho más. Después del beso de la noche anterior, no se atrevía a mirarle a los ojos. Seguramente pensaba que era una desvergonzada, como poco.

—Ya ha hecho suficiente, señor Truman —señaló en voz baja.

—No, Emily —la sermoneó Nube Gris con una mueca de dolor—. Ya que Truman se ofrece, acepta su ayuda. Si no, entonces me quedo.

Picada en su amor propio por verse tratada como una desvalida, se irguió inútilmente, porque de todos modos siguió sintiéndose muy pequeña frente a Sam. Los miró a los dos con los ojos entornados.

—Puedo hacerlo sola. Tal vez no logre reunir todas las reses, pero conseguiré llevar unas

cuantas con las demás. Ya hemos abusado de la buena voluntad del señor Truman y nos conviene entender que debe seguir su camino. Seguramente alguien le estará esperando. —Algo la aguijoneó a pronunciar estas últimas palabras, un sentimiento desagradable que le encogió el corazón; hasta entonces no había pensado que alguien podía estar esperándole donde fuera, tal vez una mujer, unos hijos, una familia. Tragó con dificultad. Era absurdo sentir celos de alguien a quien no conocía y por alguien que desaparecería tarde o temprano de su vida—. No puedo aceptar su ayuda...

—No me espera nadie —contestó él antes de pensarlo, y esas palabras le sonaron patéticas porque revelaban lo vacía que era su vida.

Se midieron con la mirada, él de repente decidido a llevarle la contraria a Emily y ella deseosa de perderlo de vista cuanto antes. Nube Gris, por su parte, soltó un suspiro de exasperación. Se sentía mareado y el estómago le palpitaba a punto de vaciarse si no se sentaba enseguida. Le fallaron las rodillas y Sam se apresuró a sujetarlo antes de ayudarlo a montar. El indio casi se desplomó contra el cuello de su caballo con los ojos cerrados, en un intento de controlar el mareo que amenazaba con derribarlo de nuevo. Aun así, encontró las fuerzas para entornar los párpados.

—Truman, quédate con ella y ayúdala... —susurró—. Algunas veces es muy cabezota y no atiende a razones.

Sam asintió y palmeó la grupa del animal, que echó a andar lentamente.

Emily resopló de indignación al ver que prescindían de su parecer y fue a recoger del suelo su sombrero y el látigo, que se le había caído cuando el jinete la cogió por la cintura. No era únicamente la presencia de Sam lo que la mortificaba por el recuerdo del beso, era el hecho de constatar que no había sido capaz de reaccionar cuando esos hombres se les echaron encima. Y aunque no quería admitirlo, tenía muy claro que las intenciones de sus agresores habían sido ir mucho más allá que darle un simple susto. Se estremeció. Odiaba sentirse tan vulnerable, incapaz de reaccionar; no sabía hacer otra cosa que encogerse, asustada. Con rabia enrolló el látigo y se golpeó el muslo con él.

—No sirve de nada castigarse ahora.

La voz de Sam le llegó mucho más cerca de lo esperado y se sobresaltó. Se dio la vuelta para encararse con él, aunque para eso tuvo que alzar el rostro, porque apenas le llegaba a la barbilla.

—¿Y usted qué sabe? Es un hombre, es alto, es fuerte. No siente pánico, no se encoge hasta quedarse paralizado por el miedo.

Ni siquiera se daba cuenta de que estaba encarándose a un hombre al que apenas conocía, cuya presencia debería amedrentarla, que la superaba en estatura y peso, que podría echársela al hombro como una niña sin que ella pudiera hacer nada para defenderse. Le golpeó el centro del pecho con el índice.

—No tiene ni idea de lo que siento. Odio ser débil, tener que agachar la cabeza y someterme. Me he pasado la vida obedeciendo a los hombres de mi familia, a mi padre y a mi marido, sin que nadie, ¿me oye?, nadie me preguntara lo que quería. Y ahora, llega usted y me mangonea porque ha disparado a un hombre y derribado a otro mientras yo estaba aterrada como un conejo. Pues le diré que no me considero una mujer valiente, pero ya empiezo a estar cansada de ver cómo pisotean mi orgullo. Si le digo que puedo reunir el ganado sola, lo haré. Sin su ayuda.

Estaba siendo poco coherente, era consciente de ello, pero de alguna manera necesitaba

desahogarse y, a pesar del aspecto de Sam, no le tenía miedo. Este la estudiaba en silencio, sin mover un músculo, sin pestañear, como si nada de lo que ella dijera le afectara.

—¿Me está escuchando? —inquirió Emily.

Sam se la quedó mirando unos segundos más. Con el acaloramiento del enfado sus mejillas se veían arreboladas y los ojos le brillaban de indignación y rabia contenida. Y eso era bueno, era bueno que no le tuviese miedo; al menos no salía corriendo como la noche anterior ni se echaba a llorar. Prefería la mujer que se enfrentaba a él al ratón asustado que ni siquiera se atrevía a levantar la cabeza.

—Está enfadada conmigo —constató, como si eso le sorprendiera.

Emily dio un paso atrás.

—No... No estoy... No... —Se encogió mirando a su alrededor con desolación—. No estoy enfadada con usted, estoy enfadada con los hombres en general...

Sam esbozó lo que habría sido una sonrisa de no ser porque solo una comisura de la boca se alzó imperceptiblemente.

—¿Y yo no pertenezco a ese género, señora Coleman?

Emily fue consciente de que se ruborizaba. Sí, era un hombre. Todavía recordaba el contacto de sus fuertes brazos al rodearla y la seguridad que le había proporcionado el hecho de apoyarse en su pecho. Lo recordaba con demasiada nitidez y eso la atormentaba.

—Ya me entiende, señor Truman. No puedo depender de usted. Tiene que irse, seguir su camino.

—Se lo debo, me salvó la vida, y me temo que mi intervención no hará más que empeorar la relación con su vecino.

Emily negó con la cabeza.

—No me debe nada, ya se lo dije.

Sam dio un paso acercándose lo suficiente a ella para ver con claridad que las pupilas se le dilataban. Vio que se mordía el labio inferior y sintió deseos de acariciar esa delicada piel rosada. Era una locura, si tuviese dos dedos de sentido común, se subiría a su caballo y desaparecería al momento; pero no. Allí estaba, convenciéndose de estar haciendo lo correcto, encaprichándose de una mujer casada en apuros. En pocas palabras, aquello iba directo al desastre.

—Cuando tomo una decisión, no suelo cambiar de opinión, señora Coleman. He decidido quedarme, lo quiera o no.

—No puedo pagarle...

—¿Le he pedido dinero a cambio de quedarme?

Emily dio un paso atrás, consciente de los latidos de su corazón.

—¿Y qué espera a cambio de su trabajo?

Sam se encogió de hombros con una indiferencia que no sentía.

—Un techo, comida, ropa limpia y un trago de vez en cuando si es posible. Cuando llegemos a Dodge City, si sigue sintiéndose en deuda conmigo, podrá pagarme lo que usted crea conveniente. Solo pongo una condición.

—¿Cuál? —preguntó Emily tragando, lentamente. Sabía que era un error aceptar la ayuda de Sam, pero no supo cómo rechazarlo una vez más sin ser grosera.

—No obedezco órdenes de nadie. Siempre hago lo que creo correcto; puedo aceptar un consejo, pero no órdenes. ¿Queda claro?

Emily asintió, aunque una pequeña vena de irritación la impulsó a achicar los ojos.

—Yo soy la dueña del rancho, señor Truman, y desde luego no voy a consentir que nos mangonee a todos.

—No es esa mi intención, señora. Solo hablo por mí. Nada de órdenes, y menos de una mujer que no sabe usar un látigo cuando se ve en peligro.

Emily abrió los ojos como platos mientras las mejillas se le encendían de indignación.

—¡Estaba asustada!

—Pues aprenda a controlar sus emociones y sus miedos. Si está decidida a llevar el ganado a Dodge City, se enfrentará a muchos peligros, muchos contratiempos y tendrá que reaccionar con rapidez, sin dudar, sin dejarse dominar por el pánico. Si lo desea, le enseñaré a defenderse con un látigo. ¿Sabe disparar con un Colt? ¿Tiene algún arma?

Emily inhaló con fuerza al tiempo que apretaba los puños.

—Sí, tengo un revólver, y no, no soy muy buena disparando pero...

—Nada de peros, señora Coleman. A partir de mañana, a primera hora, le enseñaré a apuntar al menos; no me gustaría recibir un disparo perdido porque no controla su arma. Y una cosa más, a partir de mañana irá armada cada vez que salga de la casa, incluso cuando vaya a regar las plantas.

Emily quiso mandarlo al diablo, echarlo de sus tierras, arrojarle a la cara sus consejos, pero para ser sincera consigo misma, debía admitir sus flaquezas. El señor Truman tenía razón, aunque eso le sentara como un trago de bilis. Pues bien, aprendería a defenderse.

—Para ser un hombre que no obedece órdenes, señor Truman, no se cohíbe a la hora de darlas —espetó con sequedad.

Sam ladeó la cabeza.

—Solo son consejos, señora Coleman —señaló con una suavidad que pilló desprevenida a Emily.

—Consejos —bufó mientras se daba la vuelta y caminaba hasta su caballo—. Todos los hombres son iguales...

11

Crawford no prestaba atención a los quejidos de Jack en la habitación contigua. Estaba demasiado preocupado por las noticias que los tres jinetes le habían llevado esa mañana. Y de no ser porque su sobrino era el que maldecía entre lamentos, no se habría planteado el castigo y habría echado de una patada en el trasero a esos tres idiotas por intentar agredir a la señora Coleman. Pero no le gustaba nada la idea de que un pistolero se hubiera presentado para ayudar a Emily; no podía hacer oídos sordos a la teoría de Jack, quien aseguraba que ella lo había contratado. Si era el caso, todo su plan de quedarse con el rancho vecino por la deuda contraída por el idiota del marido peligraba. No, no podía quedarse de brazos cruzados esperando a que la señora Coleman llegara a Dodge City con su ganado y consiguiera dinero suficiente para saldar su deuda.

Se bebió el último trago de su vaso y se encaminó hasta la habitación de su sobrino. Presentaba una brecha en lo alto de la frente que sangraba profusamente. Tenía la nariz tan hinchada y amoratada que Crawford esbozó una mueca de dolor nada más entrar. Unos profundos cercos morados rodeaban sus ojos inyectados en sangre. La silenciosa ama de llaves, Irina, intentaba en vano ponerle un paño sobre el corte de la frente.

—Deja de lloriquear —ordenó Crawford—. Si no hubieras entrado en las tierras de la señora Coleman, nadie te habría herido. Ha sido una estupidez, solo llevas tres semanas aquí y ya te metes en problemas con tus dos amigos. Cuando le dije a tu madre que podías trabajar en mi rancho, eso no incluía convertirme de paso en tu niñera.

—No ha sido para tanto —replicó Jack a la defensiva, apartando una vez más la mano de Irina—. Solo estábamos divirtiéndonos un poco.

Crawford hizo un gesto al ama de llaves para que saliera. En cuanto quedaron los dos hombres solos, el dueño del rancho se sentó junto a la cama, pensativo.

—¿Dices que ese hombre conocía a la señora Coleman? ¿Estás seguro de que no fue un encuentro fortuito de un hombre que quiso ayudar a una mujer en apuros?

Jack negó con la cabeza e inhaló por la boca entreabierta al tiempo que se apretaba el paño con cuidado sobre la frente.

—No, Cass dice que la llamó por su apellido —explicó con voz gangosa—. Apareció tan de repente que no me dio tiempo a nada.

Crawford permaneció callado con la vista fija en el fuego de la chimenea, considerando aquel contratiempo. El hecho de que Gregory se hubiera marchado dejando sola a Emily con un rancho

sin vaqueros había sido un regalo del cielo. Con tres hombres, la señora Coleman no habría podido hacer gran cosa, aunque se estaba mostrando mucho más decidida de lo que él había imaginado. Esa pequeña mujer era más tozuda que una mula y llevaba días reuniendo ganado con la intención de llevarlo a Dodge City. Un hombre más no es que fuese mucho, pero para él significaba una molestia. Sobre todo si era tan hábil con un arma.

—Si quieres el rancho —intervino Jack—, la señora Coleman no puede llevar su ganado a Dodge City, tío. Si consigues el dinero, pagará su deuda.

—No puedo forzarla a aceptar mi oferta. Le propuse que me vendiera el ganado y las tierras, pero se negó. No llegará a Dodge City, es una locura.

—Ha reunido casi todo su ganado —le informó Jack—. En pocos días podría iniciar el viaje. Crawford asintió en silencio.

—Lo sé. No ha servido de nada diseminar las reses, ellos han recorrido las tierras de punta a punta y han dado con ellas.

—Pueden sufrir un accidente de camino a Dodge City —se aventuró a decir Jack.

—Podrían..., pero si la señora Coleman ha contratado a un pistolero, sería arriesgado. No quiero que nada me relacione con cualquier accidente. Aunque...

Jack esperó a que su tío siguiera, pero no tardó en impacientarse al ver que este parecía abstraído en sus pensamientos.

—¿Qué piensas hacer?

Crawford pareció salir de su despiste.

—¿Estarás listo para seguirlos hasta Dodge City?

—Sí, una nariz rota no me lo impedirá.

—Bien. Irás con tus dos amigos. —Clavó la mirada en su sobrino—. Y no harás nada que yo no te haya ordenado.

Crawford se puso en pie.

—¿Adónde vas? —quiso saber Jack, consciente de que su tío estaba tramando algo.

—Quiero ver con mis propios ojos a ese hombre. —Se acercó hasta que sus piernas dieron con el larguero de la cama y sin previo aviso abofeteó a Jack, que ahogó un grito de dolor—. No vuelvas a ponerme en un apuro. Aquí mando yo, y el hecho de que seas el hijo de mi hermana no te hace especial. Dame un motivo y te arrancaré el pellejo.

La mañana pasó en un suspiro. Tras cabalgar en un intento de reunir una vez más las reses de esa zona del rancho y llevarlas hasta donde estaban las demás, Emily y Sam regresaron a la casa cubiertos de polvo y agotados, sobre todo ella. Le dolía el brazo derecho de manejar el látigo, los muslos y el trasero por llevar toda la mañana montada a caballo, y el orgullo debido a las constantes indicaciones de Sam para enseñarla a manejar el látigo con más destreza. Sin embargo, pese a todos sus males, se guardó mucho de quejarse delante de Sam, que se mostraba tan cómodo sobre su caballo que jinete y montura se fundían hasta parecer uno solo. No intercambiaron muchas palabras, a excepción de las órdenes de Sam, apenas las necesarias para dar a saber lo que necesitaban. Emily fue consciente de su presencia en todo momento, como si la mirada del señor Truman la taladrara a cada movimiento. Se sentía juzgada, evaluada como una novata, y lo peor era que su torpeza ante los hombres de Crawford no le permitía afirmar que

no lo fuera.

Al llegar a la casa, Cody salió corriendo y se ofreció a ayudar con los caballos.

—¿Cómo está Nube Gris? —preguntó Emily al tiempo que echaba a andar hacia la cuadra sujetando las riendas de su yegua.

—Kirk llegó hace un momento y se lo llevó a la cabaña para que se acostara. Nube Gris dice que mañana estará bien. ¿Quieres que me ocupe yo de *Rina*? Puedo hacerlo. También puedo encargarme del caballo del señor Truman...

Cody se mostraba demasiado solícito y las miradas que intercambiaba con Sam alertaron a Emily. Las mejillas arreboladas de su hijo delataban su nerviosismo.

—Cody, ¿ocurre algo que deba saber?

Una vez en la cuadra, el niño dejó colgando las riendas de *Rina* y se metió las manos en los bolsillos, agachando la cabeza.

—Por mi culpa, *Bella* se escapó esta mañana y se fue hasta la orilla del río. Si el señor Truman no me hubiese ayudado a sacarla... —La voz se hizo apenas audible—. No sé qué habría pasado...

Cansada, Emily miró la espalda de Sam, que empezaba a cepillar a *Rufián*, aparentemente ajeno a la confesión del niño. Volvió a centrarse en Cody.

—Dejaste la cancela abierta.

El pequeño asintió con pesar. Arrastró la punta de una bota contra el suelo de madera.

—Fui a por agua para *Bella* después de dejarle el cubo de avena..., pero me entretuve con un lagarto así de grande que salió de debajo de una piedra —acompañó sus palabras con un gesto que señalaba el tamaño del lagarto— y lo seguí... Cuando volví, *Bella* ya no estaba en el establo...

Emily cerró los párpados unos segundos. Perder a *Bella* habría sido una ruina; gracias a ella tenían leche en abundancia con la cual hacía quesos y mantequilla que ocasionalmente vendía a algunos vecinos, pero lo más importante era que abastecía las necesidades de la casa. Castigar a su hijo se le antojaba un suplicio. No pensaba pegar al pequeño, teniendo en cuenta todos los castigos que había sufrido a manos de Gregory. Se devanó los sesos pensando en un escarmiento ejemplar, aunque no se le ocurría ninguno, ya que cualquier tarea que le encomendara era algo que Cody habría hecho igualmente sin necesidad de que lo castigara. Su hijo siempre se mostraba dispuesto a ayudar sin chistar. Con el rabillo del ojo vio que Sam se daba la vuelta con las riendas de *Rufián* en una mano. Sin pensarlo, colocó a Cody a sus espaldas irguiéndose.

—¿Qué va a hacer con esas riendas? —espetó ella a la defensiva.

Sam arqueó las cejas y señaló un gancho en un poste, justo detrás de Emily.

—Colgarlas. —Truman entrecerró los ojos—. ¿No pensará que iba a pegar a Cody?

Emily apretó los labios y negó sintiéndose como una idiota.

—Por supuesto que no...

Sin dar más vueltas al asunto, Sam pasó junto a los dos y colgó las riendas.

—Cuando tenía la edad de Cody —empezó sin mirarlos—, mi madre me castigaba obligándome a leer la Biblia durante horas. Era tan aburrido que me desesperaba. Mi padre le decía que era un castigo demasiado blando, pero yo no lo veía así porque, después de una hora, me entraban ganas de tirarme de los pelos.

Emily escondió una sonrisa con una mano y tosió.

—Sí, creo que su madre era una mujer muy sabia. Nada como leer las santas escrituras para recapacitar sobre nuestros errores.

Cody infló los carrillos frunciendo la nariz en muestra de una queja silenciosa. No le gustaba leer y menos aún permanecer sentado. Con todo esperó a que su madre hablara, dispuesto a aceptar el castigo.

—Creo que voy a tomar ejemplo de la madre del señor Truman. Cody, esta tarde, mientras yo hago la colada, tú me leerás la Biblia.

Los carrillos de Cody se desinflaron de golpe.

—Pero le dije a Kirk que le ayudaría a marcar los terneros... Yo iba a mantener el fuego y vigilar que los hierros estuviesen listos...

—Pues tendrá que buscar a otro para que le ayude.

Cody salió de la cuadra cabizbajo y arrastrando los pies de manera exagerada. Una vez solos, Emily miró a Sam.

—Gracias.

—No hay de qué, señora Coleman.

Llevado por un impulso, se acercó a ella y le colocó tras la oreja un mechón que se había escapado de la trenza. Se fijó en sus ojeras y en la palidez de su rostro, que delataban su cansancio. Le habría gustado ordenarle que se fuera a la cama y descansara, pero él no era nadie y ella era una mujer casada.

—Nunca dude de mis intenciones, yo no pego a las mujeres ni a los niños, aunque eso no me convierte en un santo.

Salió sin añadir nada más, dejándola sola y desconcertada.

12

El olor a pelo y carne quemada inundó las fosas nasales de Sam cuando Kirk apartó el hierro al rojo vivo del cuarto trasero del ternero. Este salió disparado en cuanto se vio libre de sus ataduras. Sam se limpió el sudor de la frente al tiempo que enrollaba el lazo con el que había sostenido las cuatro patas del animal. La tarde llegaba a su fin y la luz empezaba a menguar adoptando un tono grisáceo.

—Este es el último —señaló Douglas, quitándose los desgastados guantes de cuero.

—Perfecto —exclamó Kirk, y tiró el hierro que aún sostenía junto al fuego que Sam estaba sofocando con paladas de tierra—. Ahora me vendría bien un buen trago.

Douglas no contestó nada y se alejó sin dirigir ni una mirada a los otros dos hombres. Desde que se había enterado de que Sam se quedaba en el rancho y viajaría a Dodge City, apenas si había abierto la boca. Kirk chasqueó la lengua.

—Creo que no le hace gracia que te quedes —opinó sin perder de vista la espalda de Douglas mientras este se alejaba en dirección a la cabaña donde dormía.

Poco le importaba a Sam lo que Douglas pensara de él mientras se mantuviera alejado de Emily. Contempló el paisaje que le rodeaba, empezando por el corral donde los terneros recién marcados se acercaban a los comederos, pasando por la cabaña que los tres hombres del rancho compartían, y acabando finalmente en la fachada de la casa. Emily salía en ese momento cargada con un barreño lleno de ropa recién lavada. Detrás, Cody la seguía leyendo con voz titubeante y resignada. El pequeño tropezó y la Biblia que sostenía salió volando para acabar en el suelo, unos pasos más allá del niño. Su madre le dijo algo en un tono tan bajo que Sam no acertó distinguir si le estaba regañando. El caso es que Cody cogió la Biblia, la limpió con el antebrazo y la abrió para reanudar alicaído la lectura, mientras su madre tendía la colada.

Sam ahogó una risa. Recordaba muy bien lo aburridos que le parecieron esos castigos en el pasado, que siempre fueron motivo de burla de su hermana. Ella se pavoneaba delante de él, sonriente, y enumeraba todas las cosas que haría mientras su hermano estaba castigado. El recuerdo le encogió el corazón, porque rara vez se dejaba llevar por la añoranza del pasado, cuando tenía una familia, un hogar y todo le parecía posible.

A su lado Kirk le dio un codazo, sacándolo de sus cavilaciones, y le tendió una pequeña petaca.

—Bebe, te sentará bien.

La abrió y olió con reticencia: el contenido de la petaca habría podido inflamar hasta la nieve.

El aroma a alcohol era tan fuerte y penetrante que esbozó una mueca. Con todo bebió y tragó, ahogando un jadeo cuando sintió el paso del fuego líquido de la bebida hasta su estómago. Kirk se rio mientras le daba una palmada en la espalda.

—Esto es lo mejor, whisky casero y del bueno. No de ese que venden los Schmidt, que está tan aguado que apenas si se entera uno cuando bebe un trago.

Sam asintió tratando de encontrar el aliento. De repente se sentía acalorado y le lloraban los ojos. No solía beber, el alcohol era el peor enemigo cuando uno vivía solo y tenía que cuidar de sí mismo sin confiar en nadie. Se quitó el pañuelo del cuello para limpiarse el sudor. Tras el esfuerzo de sostener a los terneros y el trago de fuego líquido, se moría por darse un baño, pero en casa de Emily no había donde tener un poco de intimidad. Echó una ojeada a Kirk.

—¿Dónde puedo bañarme?

—Si no temes congelarte el trasero, puedes ir al río, pero es peligroso si no sabes nadar, porque hay mucha profundidad y la corriente es muy fuerte. —Señaló con la barbilla una pequeña cabaña que casi no se veía en el lateral de la casa—. Ahí hay una cuba lo suficientemente grande para que te sientes. Si quieres entretenerte en llenarla, puedes bañarte.

Sam asintió y le devolvió la petaca a Kirk. Sin pensárselo volvió a mirar a Emily, que seguía tendiendo la ropa. Se la veía frágil, pero trabajaba sin descanso. Esa misma mañana la había observado. No se quejó ni una sola vez y aguantó como una valiente, pese al cansancio que se reflejaba en cada línea de su rostro. Y después de preparar la comida para todos ellos, se puso con la colada. Su pequeña persona escondía una fuerza de voluntad que parecía no tener fin, y con cada detalle que descubría de ella, la admiraba un poco más. A pesar de ser una mujer asustadiza, levantaba la cabeza y seguía adelante. Su empeño en llevar el ganado hasta Dodge City era una prueba de ello.

—Voy a ver cómo está Nube Gris. Se ha llevado un buen golpe en la cabeza. Menos mal que la tiene dura —dijo Kirk con una risita.

Bebió un trago y chasqueó la lengua con satisfacción. Sin añadir nada, se guardó la petaca en el bolsillo trasero de los pantalones y se alejó con su paso irregular. Sam caminó hacia Emily, como atraído por una corriente demasiado fuerte para resistirse a ella. Según se acercaba, la voz de Cody se hacía cada vez más clara. Cuando el niño lo vio, sus ojos le imploraron que intercediera a su favor. Sam reprimió la sonrisa que pugnaba por asomar a sus labios.

Emily echó un vistazo por encima del hombro cuando oyó sus pasos.

—¿Ya habéis acabado de marcar los terneros? —preguntó y colocó la última pinza de madera para sujetar unos calcetines.

—Sí.

Emily le sonrió en respuesta. Sam notó que algo se le expandía en el pecho, algo cálido que le hizo fruncir el ceño.

—Kirk me ha dicho que puedo bañarme en la caseta de allí —dijo, señalando en dirección a la pequeña construcción de madera.

—Sí, claro. En cuanto acabe le dejaré ropa de Gregory, si a usted no le importa llevar la de otro hombre. En la cocina, debajo del fregadero, hay trozos de jabón y en el arcón a los pies de la cama donde ha dormido encontrará toallas para secarse.

La voz de Cody ya no se oía. Sam le guiñó un ojo en un gesto de complicidad. El pequeño sonrió como si compartieran una broma que solo ellos podían entender; Emily no se había

percatado de que ya no leía.

—Gracias, señora Coleman.

El retumbar de los cascos de unos caballos al galope lo interrumpió. Cuatro jinetes se acercaban directos hacia ellos. A su lado notó que Emily se ponía en guardia.

—Cody, entra en casa —le ordenó a su hijo.

Este obedeció enseguida, agradecido de no tener que seguir con el castigo. Salió corriendo mientras Sam estudiaba a los cuatro hombres.

—¿Quiénes son? —preguntó, aunque ya se lo imaginaba.

—El que lleva el sombrero blanco es Crawford.

—Una bonita diana para quien quiera pegarle un tiro —musitó Sam, sin apartar la mirada del punto blanco que se acercaba.

Instintivamente colocó las manos sobre las culatas de sus armas y con los pulgares acarició el filo, listo para desenfundar.

—Señora Coleman, no se aleje de mí.

—Absténgase de disparar, señor Truman. No quiero empeorar las cosas —contestó ella con sequedad, debido a la aprensión que le causaba la visita de su vecino.

Sam arqueó las cejas con una mirada de soslayo a la mujer menuda, que se estaba secando las manos en el delantal.

—¿Es una orden o un consejo, señora Coleman?

—Es usted un hombre muy irritante, ¿lo sabía?

Sam esbozó una media sonrisa que desapareció enseguida, porque Crawford ya estaba frente a ellos. No se bajó de su montura y se acercó tanto que tuvieron que alzar la cabeza para mirarle a la cara.

—Señora Coleman —la saludó el recién llegado, que se había adelantado a sus hombres. Estos permanecían en segundo plano pero sin apartar la mirada.

Sam los estudió. Todos ellos iban armados y sus rostros no sonreían ni se mostraban amigables, todo lo contrario. Crawford, por su parte, fruncía el ceño. Era un hombre de unos cincuenta años, robusto, con el cabello gris y un espeso bigote blanco que le rodeaba la boca y bajaba hasta la barbilla. Sus ojos eran pequeños y los clavaba en Emily como si quisiera intimidarla. Ella estaba tan rígida que parecía a punto de quebrarse.

—Señor Crawford.

—Esta mañana uno de sus hombres ha herido a uno de los míos y ha golpeado a mi sobrino —expuso el tipo, sin andarse con rodeos.

Emily se irguió y tragó con dificultad. No obstante, plantó cara a su vecino.

—Sus hombres estaban en mis tierras y agredieron a Nube Gris sin motivo alguno.

—El indio —escupió Crawford, que deslizó la mirada despectiva de Emily a Sam—. Y usted tiene que ser el responsable de la nariz destrozada de mi sobrino.

Sam dio un paso adelante.

—Sí, señor. Su sobrino puede dar las gracias de que solo le rompiera la nariz.

Crawford apretó los labios, consciente de la postura de Sam, quien a pesar de parecer relajado no apartaba las manos de sus armas. Lo evaluó de pies a cabeza y, cuando sus miradas se encontraron, vio los ojos de un hombre frío que no temía enfrentarse al peligro. No sabía de dónde lo había sacado Emily, pero se había buscado un tipo peligroso. Refrenó su rabia; no

estaba allí para provocar un enfrentamiento.

—Mi sobrino es un poco impetuoso, pero creo que la reacción de ustedes ha sido desmesurada. Solo estaban divirtiéndose, no pretendían herir a nadie.

Samladeó la cabeza, listo para contestar, pero Emily le tomó la delantera.

—Nube Gris no opina lo mismo, por no mencionar que echaron a perder todo el trabajo de la mañana asustando a mis reses.

A pesar de mostrarse firme, la voz de Emily temblaba ligeramente.

Crawford entornó los ojos.

—Ah... sí. Está reuniendo las reses para llevarlas a Dodge City. Veo que sigue con esa insensatez. Mi oferta sigue en pie, señora Coleman. Mis intenciones son honestas, podría esperar hasta la fecha señalada para saldar su deuda y quedarme con sus tierras por nada, pero no quiero aprovecharme de una mujer sola...

—Cuando llegue la fecha tendré el dinero que se le adeuda, señor Crawford —intervino Emily.

El hombre se inclinó un poco hacia ella.

—¿Cree que podrá llegar hasta Dodge City y vender su ganado? Solo una mujer podría pensar en semejante disparate. No lo logrará.

—Pero la señora Coleman está dispuesta a intentarlo y lo conseguirá —intervino Sam, que no dejaba de vigilar a los demás hombres.

—¿Y usted quién es? —quiso saber Crawford—. ¿De dónde ha salido?

—Quién soy importa poco, y de dónde vengo no es de su incumbencia —contestó Sam con tranquilidad.

Crawford refrenó la rabia que se le atascaba en la garganta.

—Si cree que voy a consentir que dispare usted a mis hombres, está muy equivocado.

—Entraron en mis tierras sin permiso —le recordó Emily, cada vez más nerviosa. A pesar de la aparente calma de los otros tres hombres, era evidente que estaban listos para obedecer ciegamente a su jefe. Aun así se negaba a dejarse llevar por el miedo.

—Asustaron unas cuantas reses y se metieron con un indio. No era para dispararles —insistió Crawford. Inhaló lentamente—. No quiero problemas con mis vecinos...

—Pues controle de cerca a su sobrino y compañía —le ordenó Sam.

Crawford se fijó en aquellos ojos claros que destacaban en el rostro parcialmente cubierto por la tupida barba de varios días. Mostraban una determinación inquietante, la de un hombre seguro de sí mismo y dispuesto a encararse con los problemas. Una vez más se preguntó cómo había llegado hasta el rancho de Emily y cómo una mujer como ella podía controlar a un hombre que se parecía demasiado a un depredador solitario.

—¿Qué pensará su marido cuando vuelva y se encuentre con este pistolero? —inquirió, entornando los ojos.

Emily agachó la cabeza.

—Ahora mismo no está en casa —contestó sucintamente.

—Muy conveniente, ¿no cree? —musitó Crawford, evaluando a la pareja. Aunque el desconocido guardaba las distancias, era evidente que se mostraba protector con Emily—. Sé que no solo me debe dinero a mí, está endeudada hasta las cejas. ¿Cómo piensa pagar a este hombre?

Emily respiró hondo al tiempo que alzaba la cabeza.

—Eso no es asunto suyo.

Sam deseaba acercarse a ella y ponerse delante para que Crawford dejara de contemplarla con esa mirada que bien podía tacharse de despectiva.

—¿No ha pensado en los comentarios que suscitará su presencia?

—No es el único hombre de mi rancho, también están Kirk, Nube Gris y Douglas.

La sonrisa que asomó a los labios de Crawford crispó a Sam, quien se acercó un poco más a Emily.

—Una mujer tan joven es muy vulnerable... —empezó Crawford—, y un hombre es imprescindible para cubrir sus necesidades, pero cuatro...

Los otros tres vaqueros se echaron a reír. Por su parte, Emily enrojeció hasta la raíz del pelo. Estaba tan indignada que las palabras se le atropellaban en la boca sin que saliera ninguna. Lo que Crawford dejaba entender la mortificaba; era ingenua, no sabía mucho de los hombres, pero comprendía lo que su vecino daba a entender.

Sam dio un paso adelante y agarró las bridas de la montura de Crawford. Su voz fue afilada como una navaja, demasiado baja para que ella le entendiera, pero lo suficientemente alta para que su interlocutor le oyera.

—Si le falta el respeto a la señora Coleman, le daré motivos para estar cabreado conmigo.

—Mis hombres van armados.

Sam le clavó la mirada, sin pestañear.

—Lo sé, cuatro hombres armados para hablar con una mujer me parece muy valiente por su parte. Aun así, antes de caer, me lo llevaré conmigo, señor Crawford. Lárguese de estas tierras y deje en paz a la señora. —Con el rabillo del ojo Sam vio que los otros tres vaqueros desenfundaban las armas—. Lárguese —repitió, arrastrando las palabras.

Crawford sabía que una retirada era lo más sensato. Pese a ello, ardía en deseos de dar una buena lección a ese tipo arrogante. Cuando se disponía a mandarlo al infierno, Kirk apareció en su campo de visión armado con un rifle. A su lado, el indio, con la cabeza vendada, sostenía otro. No apuntaban a nadie, pero estaban alerta.

—Un hombre más no es nada —dijo finalmente Crawford—. No conseguirá llegar a Dodge City.

—Eso ya lo veremos —replicó Sam soltando las bridas. El caballo cabeceó con energía—. No es bienvenido, señor. Deje en paz a la señora Coleman y controle a sus hombres.

Emily temblaba tanto que estaba segura de que todos oían el castaño de sus dientes. Por mucho que intentara ser valiente, el miedo la dominaba. No estaba acostumbrada a manejar esas situaciones, no sabía cómo imponer su voluntad. La vergüenza se mezcló con el miedo hasta empañarle los ojos. Apretó los puños en un intento de controlarse y cuando habló su voz fue un lamentable intento de seguridad.

—Nos veremos el mes que viene, señor Crawford, y tendrá su dinero.

13

Emily no esperó a que los jinetes desaparecieran a lo lejos, se dio la vuelta y se metió en la casa temblando y odiándose por su debilidad. La mirada socarrona de Crawford tras oírla fue como una bofetada. Después fue incapaz de enfrentarse a Sam, de modo que huyó hacia la protección de su cocina, donde se sentía segura.

Dentro, Cody la miró en silencio, consciente de la turbación de su madre. Se acercó y la abrazó por la cintura, escondiendo el rostro contra su vientre. Emily le devolvió el abrazo, luchando por tragarse las lágrimas de desprecio, el que sentía por sí misma. Cuando oyó que la puerta se abría y se cerraba, no se dio la vuelta. Sabía que era Sam, y no soportaba que la viera derrumbarse por tan poco; al fin y al cabo no había sucedido nada, pero el miedo era insidioso y se colaba en su interior en cuanto percibía una amenaza, susurrándole al oído que no era más que una mujer asustadiza, condenada a agachar la cabeza como un cordero.

—Cody, ¿podrías salir un momento e ir con Kirk? —pidió Sam con amabilidad.

El niño buscó los ojos de su madre, que apretó los dientes. Sabía que Sam no se iría y, si tenía intención de reñirla por su debilidad, prefería que su hijo no estuviera presente. Asintió levemente, aunque le costó desprenderse de la calidez de su pequeño. No se dio la vuelta cuando oyó el suave chasquido de la puerta. El interior quedó sumido en el silencio. Se dirigió a la alacena y sacó los platos para la cena. Sin mirar a Sam, que permanecía en el mismo sitio, colocó los cubiertos sobre la pila de platos, tensa, esperando los gritos. Pero estos no llegaban, y ese mutismo la crispaba cada vez más.

—¿Qué quiere? —preguntó finalmente, con voz cansada.

No hubo respuesta, como si estuviese sola, lo que la llevó a mirar por encima del hombro. Allí estaba Sam, grande y fuerte como un árbol. La observaba con ojos vacíos de toda emoción. Emily se estremeció, pero no de miedo; eso lo sabía porque el miedo era un compañero fiel y constante en su vida.

—¿Qué quiere, señor Truman? —insistió con un hilo de voz.

Sam pareció salir de su mutismo, porque se acercó a ella y se colocó de frente junto a la mesa con los brazos en jarras.

—Señora Coleman, tiene un problema.

La risa que escapó de la boca crispada de Emily sonó amarga.

—No me diga.

Sam asintió con la cabeza, apretando los labios, y su largo cabello negro y ondulado se agitó.

—Sí, y tiene que remediarlo.

—¿Y cómo considera que debo hacerlo? —preguntó Emily con un sarcasmo que la sorprendió.

Sam miró a su alrededor como si buscara algo, hasta fijarse en los platos y los cubiertos que esperaban sobre la mesa. Permaneció pensativo. El problema de Emily era que su miedo la controlaba porque no sabía dejar salir la rabia que sus ojos revelaban algunas veces. Era fuerte, mucho más de lo que ella misma suponía, y no era consciente de ello. Se encogía frente a las amenazas, demasiado acostumbrada a ceder.

—Enfadándose, señora.

—¿Enfadándome? ¿Cree que con una pataleta voy a arreglar mis problemas?

—No, su problema es que no sabe enfadarse. Debería haber puesto en su sitio a su vecino, haberle mandado al infierno por presentarse aquí armado y humillarla delante de todos por algo que ha hecho su sobrino, no usted. —Hizo una pausa y soltó un suspiro—. Estaba en su derecho a defenderse y Crawford lo sabía; aun así él ha venido y la ha provocado. Si sigue por este camino, si no aprende a enseñar los dientes, por más que consiga el dinero para saldar sus deudas se le echarán encima a la primera de cambio.

Emily negó, sin entender.

—¿Cree que si me enfado, los demás me respetarán y mis problemas desaparecerán?

—En parte, sería un buen principio para que la respetaran.

Emily alzó las manos y a continuación las dejó caer, sin creer en las palabras de Sam. Para él era fácil, porque en su caso una sola mirada bastaba para arredrar al más valiente, sus ojos de hielo intimidaban sin que abriera la boca. Pero ¿ella? Se reirían en sus narices.

—No creo que sirva de nada.

—Los demás sienten su miedo, saben que usted no devuelve los ataques ni las ofensas. Ya va siendo hora que aprenda a decir basta.

Y sin previo aviso dio un manotazo a los cubiertos, que salieron disparados sobre la mesa. Algunos cayeron al suelo con estrépito. El ruido sobresaltó a Emily, que dio un paso atrás.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó con los ojos abiertos como platos.

—Enfádese, señora Coleman.

Emily negó en silencio, demasiado pasmada por el gesto de Sam. Paralizada y consternada vio que cogía un plato y lo alzaba. Volvió a negar en silencio, incapaz de entender ni de reaccionar. No lo haría, no tenía sentido. Se sobresaltó cuando el plato se hizo añicos contra el suelo. Abrió la boca y la cerró. No entendía a Sam, se había vuelto loco.

—¿Por qué? —preguntó con un hilo de voz.

Sin una palabra, Sam agarró otro plato, sin dejar de mirarla. Arqueó una ceja, esperando. Tres segundos después el segundo plato quedó destrozado.

—No haga eso. —Emily negó con una mano sobre la boca—. No...

—Enfádese, señora Coleman. Maldiga, mándeme al cuerno, écheme de su casa.

Con un nuevo plato en una mano, volvió a sondear el rostro de Emily. Cuando no vio lo que esperaba, lo estrelló de nuevo contra el suelo. Esa vez Emily emitió un grito que fue lo más parecido al quejido de un ratón. Sam chasqueó la lengua, como hacía Kirk, y fue a por el cuarto.

—¡No! —gritó ella, estirando una mano.

Pero el plato sufrió el mismo destino que sus compañeros de aventura.

—¡Está loco! ¡Nos dejará sin platos donde comer!

Sam asintió, satisfecho.

—Eso está mejor, pero necesito más ímpetu. Con ese tono tal vez impresione a las abuelas.

Fue tan rápido que Emily no tuvo tiempo de reaccionar y un quinto plato quedó roto en cien pedazos.

—¡Pare de una vez! Se ha vuelto loco, completamente loco. ¿Y qué derecho tiene a romper mis platos?

Sam sonrió levemente.

—Eso es casi perfecto, pero un poco más de genio estaría...

Esa vez fue Emily quien reaccionó y colocó una mano sobre los pocos platos que quedaban sobre la mesa.

—¡No! ¡No romperé ninguno más! ¿Me oye? Son míos. Mire cómo ha dejado el suelo. Es un bárbaro. Ha roto cinco platos de mi vajilla.

Sam vio que la otra mano de Emily se cerraba en un puño. Iban por buen camino. Se las arregló para agarrar otro plato, el que estaba justo debajo del que ella protegía, y lo rompió sin el menor arrepentimiento. En esa ocasión Emily gritó, pero en su expresión hubo una diferencia significativa: estaba indignada y alterada. Sus ojos brillaban y las mejillas presentaban un sonrojo prometedor.

—¡Pare de una vez, bruto sin seso! —Para sorpresa de Sam, le propinó un empujón con las dos manos—. ¡Fuera de mi casa, animal! Y no vuelva a poner una mano sobre mis platos, ¿me oye?

—¿Y si lo hago? —preguntó Sam con una voz muy suave y una media sonrisa en los labios.

—Yo... yo... —Emily buscó a su alrededor y, frustrada, alzó un plato—. Se lo romperé en la cabeza. ¿Me oye?

Allí estaba ella, con los ojos echando chispas y amenazándolo con un plato. Sam se echó a reír como no había hecho en mucho tiempo. La carcajada le salió espontáneamente, pillándole tan desprevenido como a Emily. Pero ella no reaccionó de la misma manera y le dio otro empujón con la mano libre.

—¡No se burle de mí!

La risa recrudeció y Emily sintió que la indignación crecía en su interior, como una nube de vapor que se expandía hasta ocupar hasta el último rincón de su ser, desalojando todo lo demás.

—¡Deje de reír! —gritó.

Pero cada vez que Sam la miraba con el plato en alto, las carcajadas iban en aumento.

Emily entrecerró los ojos. La había provocado, dejado sin platos, para, después, reírse de ella en sus narices. Y todo ello en su cocina, su cocina, donde siempre se había sentido segura, al menos cuando Gregory no estaba. El recuerdo de su marido intensificó las emociones y la indignación dio paso a la rabia. No fue consciente de lo que su mente le ordenaba, no se paró a pensar: se dejó guiar por sus emociones y le rompió el plato en la cabeza.

La risa cesó al momento. Sam se llevó una mano a la cabeza sacudiéndose el aturdimiento. Le dolía, no era insoportable, pero le molestaba lo suficiente como para esbozar una mueca. Se palpó suavemente donde le palpitaba, asegurándose de no tener ningún corte.

—¿Le he hecho daño? —preguntó Emily con los ojos muy abiertos.

No podía creer lo que había hecho. Ella nunca había agredido a nadie, nunca se había dejado

llevar de esa manera. Y lo más preocupante era que en el momento que le golpeó sintió una tremenda satisfacción, como si toda esa presión saliera de golpe, proporcionándole una gran sensación de alivio.

Los ojos de Sam fueron a la mesa. Quedaba un plato, el único superviviente de la locura que Emily le achacaba. Extendió la mano y lo agarró con un resto de risa en los labios.

—¡No! —gritó ella. De un tirón se lo arrebató y lo pegó a su pecho en un gesto protector—. ¡No! Es mío.

Se dio cuenta de lo infantil que sonaba aquello, pero no dejaría que Sam lo rompiera, porque en este punto ya todo era una cuestión de orgullo.

Sam se acercó pisando los trozos de loza, que crujieron bajo sus botas. Se la veía tan tierna que la habría abrazado, y ese mismo impulso fue lo que le frenó. No tenía que olvidar que era una mujer casada. Ya más calmado, le colocó el dichoso mechón de cabello que siempre se le escapaba de la trenza y se lo remitió detrás de la oreja.

—Tiene razón, es suyo. Por eso le cedo el honor.

—¿Qué? No pienso romperlo.

Sam ladeó la cabeza.

—Venga, señora Coleman. Haga algo por el simple hecho de satisfacerse. ¿No le ha sentado bien romperme el plato en la cabeza?

Emily quiso negarlo, pero para ser sincera debía admitir que le había sentado de maravilla. Era un plato, un recuerdo de su matrimonio, de su ajuar. Un estúpido plato. Lentamente, sin dejar de mirar a los ojos a Sam, hipnotizada como un ratón por una serpiente, alejó el objeto de su pecho y alzó la mano. Vio algo en aquellos ojos pálidos: regocijo, picardía, diversión, satisfacción, y acto seguido rompió el plato.

—Perfecto —susurró Sam—. A partir de ahora tiene que recordar lo que ha sentido y no olvidarlo. Puede parecer una estupidez, pero cada vez que ponga en su sitio a un malnacido como Crawford o una amargada como esa mujer del almacén, volverá a sentir esa satisfacción. —Miró a su alrededor—. Bien, ahora voy a bañarme.

Emily salió del trance en el que se sumió al oír la voz de Sam y corrió hasta la puerta. Se colocó delante con los brazos abiertos en cruz.

—¡No! No pienso dejarle salir de aquí si antes no me ayuda a limpiar este desastre.

Los ojos de ella recorrieron el suelo salpicado de cerámica blanca. Allí donde miraba encontraba restos de la debacle. En lugar de sentir pena o nostalgia por su vajilla, la inundó el deseo de reír. Primero fueron las comisuras de los labios las que temblaron ligeramente, después sonrió y finalmente estalló en unas liberadoras carcajadas.

Sam la estudiaba como lo haría un naturalista frente a una nueva especie, con el mismo asombro, la misma felicidad, y las carcajadas de Emily se le contagiaron. Aquella mujer estaba hecha para reír, como se la había imaginado la otra noche, cuando se la figuró con un vestido floreado y riéndose despreocupada. Los dos se carcajearon, tímidos, casi sin mirarse, hasta que poco a poco fueron serenándose.

—Señor Truman, está usted loco.

—No, señora Coleman, estoy muy cuerdo, pero usted saca lo peor de mí.

Lo dijo muy serio, erguido y tieso como un marqués, una postura que a Emily se le antojó ridícula, porque a sus ojos Sam era como el agua, sus movimientos eran fluidos, seguros, no

dudaba, no vacilaba. Nada en él era rígido. Y sin saber por qué, Emily rompió a reír. Esta vez se fue acercando, sosteniéndose el estómago con una mano. En un gesto inconsciente se apoyó con la otra en el pecho de Sam. Sus ojos se colmaron de lágrimas de alegría que se enjugó con una manga sin abandonar el contacto con Truman, ajena al hecho de que él ya no reía y sin percatarse de su mirada fija.

—No, señor Truman, es usted el que saca lo peor de mí —dijo finalmente ella en un jadeo.

«Ojalá», pensó Sam, porque esa mano, tan pequeña y ligera, le estaba llegando al corazón y se lo estaba aprisionando de manera peligrosa. A pesar de la camisa y el chaleco, sentía su calidez, un suave peso reconfortante. Se la tomó con cuidado y soltándola dio un paso atrás.

—Es mejor que empecemos a limpiar todo esto, antes de que lleguen los demás.

—Sí —convino Emily, que no entendía el cambio de actitud que había percibido en Sam.

14

El cielo azul pálido parecía no tener fin y se unía con un mar esmeralda salpicado de álamos que se elevaban como velas también verdes, lo que confería al paisaje una tonalidad monocromática y aburrida. Llevaban tres días avanzando a paso de tortuga. El constante mugido del ganado, sumado al polvo que levantaba, convertía la comitiva en una pesadilla que amenazaba con acabar con los nervios de Emily. Sentada sobre el pescante de la carreta, soñaba con darse un baño y despojarse del polvo que parecía cubrirla por completo. Lo notaba en los ojos, en la nariz reseca, las orejas, y lo masticaba con cada bocado. Ni siquiera los tragos de agua lograban mitigar la sensación.

Desde que dejaron atrás el rancho, el sol había hecho acto de presencia y se derramaba inclemente sobre la pradera ondulada. Sin embargo, las noches eran frías y ninguna manta era lo suficientemente abrigada para ayudarla a entrar en calor. Y todavía tenían por delante muchos kilómetros. Sam había propuesto seguir el cauce del río Smoky Hill y bajar hacia el sur hasta Dodge City. De esa manera tardarían más, pero el ganado siempre dispondría de agua. Todos apoyaron su propuesta, menos Douglas, que se mostraba cada vez más taciturno y desaparecía en cuanto acababa con su cometido.

Emily echó un vistazo a la parte trasera del carromato, donde Cody dormitaba bajo la lona que Sam y Nube Gris colocaron sobre los arcos. Su hijo tenía la increíble capacidad de dormir a pesar del traqueteo, el calor, la cacofonía de las ollas entrechocando y el mugido incansable del ganado que los rodeaba. Tumbado sobre unas mantas y entre sacos de harina, café, frijoles y tocino, Cody cerraba los ojos y caía rendido en dos segundos. Emily volvió a prestar atención a su alrededor; los hombres guiaban al rebaño con la ayuda de los perros, que corrían inagotables. Buscó a Sam y enseguida dio con su silueta grande y polvorienta.

Suspiró sin darse cuenta. Desde la tarde de locura, cuando Sam le enseñó a enfadarse rompiendo los platos, apenas si habían hablado. A excepción de la hora que pasaron juntos a la mañana siguiente.

Después del desayuno, la había esperado fuera.

—Ya es hora de que aprenda a disparar, señora Coleman.

Emily frunció el ceño.

—Tengo muchas cosas que hacer —arguyó, poco dispuesta a revelar otra faceta que no dominaba. Sabía sostener un rifle, sabía cargarlo, podía disparar, pero su puntería era nefasta. Además, nunca había disparado con un Colt.

Sam se mostró inflexible.

—No hay excusas, tiene que saber defenderse.

A regañadientes, lo siguió hasta una zona aislada donde esperaban unos tacos de madera a distintas alturas. Emily los estudió, recalcitrante.

—Estamos muy lejos.

—Estamos a unos pocos metros de los blancos. Hasta un ciego daría con ellos.

Emily se colocó donde Sam le indicaba y sostuvo el arma, que le pareció muy pesada. Siguió las indicaciones, asintiendo, y apuntó. A su lado Sam carraspeó.

—Señora Coleman, si cierra los ojos es imposible que acierte.

—Pero si usted acaba de decir que hasta un ciego daría en el blanco —argumentó ella de mala gana.

La respuesta fue un suspiro.

—Bien, pues olvide lo que he dicho. Dispare con los ojos abiertos.

Pero cada vez que Emily apretaba el gatillo, los ojos se le cerraban y erraba el tiro. Resignada, esperó las recriminaciones. Para su sorpresa, Sam se situó detrás de ella y la envolvió con sus brazos. Le habló muy cerca del oído y colocó las manos sobre las suyas.

—Fíjese en el final del cañón y busque el punto donde quiere que vaya la bala. No apriete el gatillo con brusquedad. Sea suave, sostenga la culata sin ponerse rígida, como si fuera un pajarillo. Es cuestión de acostumbrarse. Despacio, señora Coleman, muy despacio y con mimo.

La voz de Sam le llegó como un susurro ronco y la barba le hizo cosquillas en la mejilla. De repente se sintió azorada, notó que el corazón se le aceleraba y que las mejillas se le inflamaban. Apretó el gatillo y dio a uno de los tacos de madera, que cayó al suelo, al otro lado de la piedra que lo sostenía. Dio un grito de alegría que se convirtió en un gemido. Detrás de ella, Sam se reía entre dientes.

—El disparo habría sido perfecto si hubiese apuntado a ese blanco, pero estábamos apuntando al que está intacto sobre la piedra.

Desanimada, Emily bajó el cañón y se sacudió el brazo.

—No estoy hecha para esto —farfulló de mal humor—. El Colt pesa demasiado.

Oyó que Sam chasqueaba la lengua. De nuevo volvió a sujetarle los brazos hasta que estuvo en posición.

—No se olvide del plato que me rompió en la cabeza, recuerde lo bien que se sintió. Si consigue dar donde apunta, se sentirá aún mejor, se lo aseguro.

Una vez más su cuerpo respondió a la voz de Sam. Y también le llegó su olor, a ropa limpia, a jabón y a pólvora. Una combinación que le pareció extraña, porque había algo más, un inconfundible aroma masculino. Aunque su pulso volvió a acelerarse, siguió las instrucciones de Truman. Se centró en lo que hacía; quería, necesitaba agradecerle, hacer algo para que Sam se sintiera orgulloso de ella. Y dio en el blanco correcto.

Sam no la dejó celebrar el acierto y volvió a colocarla, pero esa vez no se quedó pegado a ella, sino que dio un paso atrás. Emily se mordió la punta de la lengua y cerró un ojo, centrándose en el punto que Sam le había señalado al final del cañón. No perdió de vista el taco de madera y apretó suavemente. El blanco no se cayó al suelo, pero se tambaleó peligrosamente.

—Casi —dijo Truman detrás de ella—. Vuelva a intentarlo.

—Y si doy en el blanco, ¿cuál será mi premio? —preguntó Emily, sonriendo. Lo miró por

encima del hombro, esperando una respuesta.

Sam no apartaba los ojos del rostro alegre de Emily y quiso prometerle un beso, un beso profundo y muy largo, hasta que ambos se quedaran sin aliento, pero se guardó las palabras y, a cambio, se mordió la lengua. Se sentía como una polilla que se acerca demasiado a la llama, a sabiendas de que se quemaría. Quedarse junto a ella sin tocarla como deseaba le resultaba un auténtico calvario. Pese a repetirse constantemente que era una mujer casada, su mente jugaba con las fantasías que acudían con frecuencia a su imaginación hambrienta.

—Mi eterna admiración, señora Coleman.

—Oh... —Emily pareció decepcionada. Se dio la vuelta y apuntó una vez más.

¿Por qué había preguntado una cosa tan absurda?

Sentada en la carreta, Emily volvió a preguntarse cómo se le había ocurrido semejante estupidez. ¿Qué esperaba? Ella era una mujer casada y había coqueteado con Sam. Tal vez por eso no volvió a compartir la camaradería que tanto la confortaba. Y desde entonces echaba en falta la presencia de Sam. Después de la lección de tiro, Emily fue con Nube Gris hasta el rancho de los Gosselt, que cuidarían del poco ganado que no quería vender, junto con *Bella*, su vaca lechera. No volvió hasta bien tarde y se acostó enseguida.

A la mañana siguiente esperó a que le diera una nueva lección de tiro, pero fue Nube Gris quien se encargó de ello, ya que Sam había ido al pueblo. Decepcionada, no disfrutó tanto como el día anterior. Desde entonces apenas hablaban; Sam siempre iba a caballo y Emily se turnaba con Kirk para llevar la carreta. De noche, antes del ocaso, se instalaban junto al río. Emily estaba tan cansada que preparaba la cena sobre la hoguera que alguno de los hombres encendía y, tras asearse malamente dentro de la carreta, al abrigo de la lona encerada, se dormía junto a su hijo.

En el horizonte se elevó una columna de humo que todos vieron. Emily buscó con los ojos a Sam, que ya se acercaba a ella. Truman se bajó el pañuelo con el que se protegía del polvo.

—Quédese aquí con Kirk y Douglas; Nube Gris y yo iremos a ver qué ocurre. —Los ojos de Sam fueron al Colt que Emily llevaba en las caderas. No se podía decir que fuera muy buena disparando, pero al menos ya no cerraba los ojos ni daba al blanco equivocado.

—¿Qué cree que puede ser? —inquirió Emily. Volvió a fijarse en la columna, inquieta.

—No lo sé, tal vez alguien que quema rastrojos.

Sam tiró de las riendas de *Rufián* para que se diera la vuelta cuando oyó a Emily.

—Tenga cuidado.

Sam la miró por encima del hombro y la preocupación que vio en sus ojos le agradó. Se permitió el lujo de contemplarla unos segundos más. Hasta con la cara manchada de polvo y las guedejas de pelo suelto enmarcándole el rostro, le pareció preciosa. En los tres días que llevaban de viaje, la piel se le había enrojecido por el sol, sobre todo en las mejillas y la nariz, lo que le daba un aspecto pudoroso, como si se avergonzara de algo o estuviese agitada. Una vez más su imaginación traicionera la vio así de sofocada, pero tumbada en una cama y mirándole a los ojos. Respiró hondo, pensando que aquello iba por mal camino.

Por suerte, Cody asomó la cabeza por encima del hombro de su madre.

—¿Qué ocurre?

—Nube Gris y yo vamos a averiguarlo.

Según se iban acercando, Sam comprendió que no se trataba de un granjero quemando rastrojos: no era la época, ya que todo estaba aún muy húmedo por las últimas lluvias y no se

habían recolectado las cosechas. En cuanto pasaron la siguiente colina, encontraron una casa, o lo que quedaba de ella, desde donde se elevaba una columna de humo negruzco. Frente a ella, dos personas estaban arrodilladas y abrazadas, contemplando lo que seguramente había sido su hogar.

La pareja ni siquiera se dio la vuelta para mirarlos cuando Sam y Nube Gris se acercaron. Hasta que no se apearon de sus monturas, el hombre no echó un vistazo por encima del hombro. Con un brazo sostenía a una joven y con la otra mano sujetaba un viejo Griswold. Sam lo reconoció porque durante cuatro años fue el arma del ejército confederado. El arma se veía tan maltrecha que se preguntó si no estallaría en la mano del hombre si este disparaba con ella. Al fijarse en el rostro de la pareja que permanecía en silencio, se percató de lo jóvenes que eran; ella apenas tendría veinte años y él aparentaba escasos veinticinco, si no menos, porque era difícil escrutar los rostros manchados de hollín y surcados de lágrimas debidas al llanto y al escozor producido por el incendio de su casa. Vio que el joven apretaba los dientes y se ponía en pie al tiempo que ayudaba a la joven a levantarse. Ella se apoyaba en él como si sus piernas no lograsen sostenerla.

—¿Podemos ayudarles en algo? —preguntó Sam mientras se acercaba alzando ligeramente las manos a los costados en señal de buenas intenciones.

Detrás Nube Gris sujetada las riendas de los caballos sin dejar de buscar a su alrededor alguna amenaza.

El chico señaló la casa calcinada con un gesto de la cabeza.

—Ya no se puede hacer nada, el fuego lo ha destruido todo.

—¡No ha sido el fuego! —gritó la chica, que pareció salir de su aturdimiento—. Fueron esos hombres...

No pudo acabar la frase y rompió a llorar escondiendo el rostro en el hombro de su compañero.

—¿Unos hombres? —insistió Sam.

—Tres —contestó el joven—. Eran tres hombres. Se presentaron anoche pidiendo que les dejáramos usar nuestra cuadra para dormir y algo de comida. —Apretó las mandíbulas mientras cerraba los ojos unos segundos—. Mi hermana les preparó algo para comer y les dejamos mantas. Esta mañana a primera hora se presentaron en la casa mientras yo estaba recogiendo leña. Cuando volví, nuestro hogar ya estaba en llamas.

Los ojos del joven brillaban de frustración y rabia. Abrazó con más fuerza a la joven, que lloraba de nuevo.

—¿Fueron esos hombres los que incendiaron la casa?

—Sí —contestó ella entre sollozos—. Después de desayunar, empezaron a beber y manosearlo todo. Uno de ellos se me acercaba mucho y me tocaba el pelo, hasta que le pedí que me dejara en paz. Se echó a reír y fue como si le hubiese dicho lo contrario, porque intentó besarme. Me escapé e intenté salir, pero me alcanzó enseguida. Los otros dos se reían mientras miraban. —En ese punto de su relato, el rostro se le contrajo en una mueca de repugnancia y el llanto recrudesció—. Me tiró sobre la mesa frente a la chimenea volcando la lámpara de petróleo, que se derramó en el suelo. El hombre se me echó encima y yo me defendí como pude. —Cerró los ojos y tragó con dificultad—. Yo intentaba arañarle y pataleaba para alejarle. Tiré un cojín de una silla que estaba junto a la mesa y fue a parar al filo de la chimenea encendida. Ardió al

momento, a partir de ahí se prendió la mancha de petróleo derramado. El fuego se propagó enseguida. Uno de los hombres me quitó de encima a su amigo y huyeron. Intenté echar agua, pero mientras llenaba un cubo, el fuego seguía avanzando, hasta que ya no pude entrar...

Escondió el rostro contra el cuello de su hermano.

Sam oteó a su alrededor. La casa no era más que un amasijo de madera carbonizada que desprendía un calor abrasador. Se fijó en las gallinas muertas diseminadas frente a las estructuras negruzcas.

—¿Y eso? —inquirió Sam con un gesto de la cabeza.

La joven se sorbió la nariz con una manga.

—Cuando se marchaban, derribaron la valla del gallinero y empezaron a disparar a las gallinas que se escapaban.

—Fue cuando volví —siguió el hermano—. Oí los disparos y vine corriendo, pero cuando llegué ya no estaban.

—No podrías haber hecho nada, Joshua, eran tres y tu revólver es un trasto viejo que se encasquilla. Te habrían matado... —señaló entre hipidos la joven.

—No debería haberte dejado sola estando esos hombres en la cuadra... —La abrazó con fuerza, escondiendo la cara en el pelo sucio de cenizas de su hermana—. Lo siento, Edna, lo siento... Podrían haberte...

No pudo acabar porque la voz se le quebró.

Nube Gris y Sam se miraron, impotentes.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Sam.

—Marcharnos de aquí —contestó Joshua—. Deberíamos habernos ido hace cuatro meses, cuando nuestros padres murieron de fiebres tifoideas, pero pensé que podíamos salir adelante... —Su mirada enrojecida recorrió el paisaje y finalmente se posó sobre lo que quedaba de la casa y las gallinas muertas—. Ya no nos queda nada...

—Tenemos una tía en Jacksonville —informó Edna—. Cuando nuestros padres murieron, nos ofreció su casa. Es viuda y vive sola, es la maestra de una pequeña escuela...

Sam buscó ayuda en Nube Gris.

—No creo que a Emily le importe —apuntó el indio, hablando por primera vez.

Sam asintió.

—Nosotros nos dirigimos a Dodge City, adonde llevamos nuestro ganado. Si lo deseáis, podéis viajar con nosotros, aunque debo advertiros de que el viaje será lento. Una vez allí, podréis coger el tren hasta Jacksonville.

—No tenemos con qué pagar los billetes —masculló Joshua, avergonzado.

—Coged lo que os quede y ya os preocupareis de los billetes cuando llegue el momento.

En pocos minutos los dos hermanos recogieron las escasas pertenencias que les quedaban y las apilaron en una sábana manchada que se había salvado por estar en remojo en un barreño junto a la bomba de agua. Joshua sacó de la cuadra un caballo viejo y cansado y una mula aún más vieja, mientras Edna fue a por una vaca flaca, que pastaba en el prado junto a la casa. Cuando regresó, Nube Gris se acercó a ella para ayudarla a subirse a la mula, pero dio un paso atrás cuando Edna lo miró con miedo. Joshua se acercó enseguida apartando a Nube Gris.

—No me como a las mujeres —dijo el indio con sarcasmo.

—Nube... —le advirtió Sam—, están asustados.

El indio se alejó unos pasos para montar en su caballo.

—O tal vez sea que desconfían de mí por el color de mi piel.

Sin añadir una palabra más, Nube Gris golpeó suavemente los flancos de su montura con los talones y se alejó a paso tranquilo. Sam contuvo una mueca de fastidio, echó un vistazo a los dos hermanos: Edna subida a la mula y Joshua, a su lado, sobre el caballo. Los dos observaban con desconfianza la silueta del indio mientras este se distanciaba. Aquella mirada molestó a Sam más de lo que habría querido admitir. No hacía mucho que conocía a Nube Gris, sin embargo, lo poco que sabía del chico le gustaba, tanto por su honradez como por el trato que dispensaba a Emily y Cody. Había sido testigo de cómo Douglas le provocaba y Nube Gris nunca perdía los estribos, nunca mostraba la faceta violenta que muchos atribuían a los de su raza.

—Pondría mi vida en manos de Nube Gris —aseguró a los dos hermanos con brusquedad—, y os aconsejo que lo recordéis. Si me entero de cualquier muestra de desprecio hacia él, os largareis por vuestra cuenta.

—Es un indio —señaló Joshua, como si Sam no hubiese reparado en ese detalle.

—No me digas. Pues a juzgar por el color de su pelo yo creí que sería sueco. Venga, carga tu caballo con vuestras cosas, que nos vamos.

De regreso en un silencio incómodo, Sam puso su montura junto al caballo del joven, que apenas aguantaba el peso de su jinete. Algo le inquietaba y quería salir de dudas.

—¿Qué aspecto tenían esos tres hombres?

—Normales, ni altos ni bajos. Bueno, uno tenía la nariz inflamada y amoratada, como si le hubiesen dado un buen golpe, y hablaba con voz gangosa.

—¿Dijeron adónde se dirigían?

—Hacia el sur. No sé más.

Sam no siguió preguntando, sus sospechas se veían confirmadas. Lo que ignoraba era si el sobrino de Crawford y sus amigos estaban tramando algo por cuenta propia o si obedecían órdenes de su jefe. Ahora su preocupación era averiguar si impedirían que llegaran a Dodge City o si los esperarían en la ciudad.

15

Emily ya no podía permanecer sentada; la impaciencia por saber algo más la aguijoneaba hasta impedirle estarse quieta. Se bajó de la carreta y anduvo de un lado a otro observando a Cody. El pequeño jugaba a tirar piedras a los perros, que corrían, buscaban entre el pasto y regresaban dejándoselas a los pies.

Estaba tan concentrada en su hijo que se sobresaltó cuando oyó la voz de Douglas a su lado. El vaquero la miraba sin pestañear con una intensidad que la molestó.

—Ha sido un error —dijo él sin más explicaciones.

—¿A qué te refieres? No te entiendo.

Douglas dio un paso adelante y se plantó frente a ella, tapándole la vista.

—Dejar que ese hombre nos acompañe a Dodge City. No le conocemos, no sabemos nada de él. ¿Ha pensado que bien podría robarle el dinero una vez vendido el ganado?

Para Emily, la simple idea de que Sam pudiera robar algo era ridícula, pero se guardó de sonreír. La actitud dominante de Douglas la irritaba y se sorprendió a sí misma al constatar que no había dado un paso atrás como habría hecho en otras circunstancias. Con todo su actitud autoritaria, como si tuviese algún derecho, sin hablar de cómo se dirigía a ella, con una libertad fuera de lugar, la inquietaba. Cuando Gregory estaba en el rancho, Douglas nunca se había permitido las confianzas que se tomaba últimamente en su trato con ella. A los pocos días de la desaparición de su marido, empezó a dirigirse a ella con la misma familiaridad que Kirk o Nube Gris, con la diferencia que estos dos llevaban años formando parte de su vida y ella aceptaba la confianza de buen grado, porque representaban la familia que ya no tenía. Pero Douglas no era amigo suyo, ni siquiera le caía bien; lo toleraba porque no le quedaba más remedio.

—Tampoco sabíamos nada de ti, Douglas, como pasa con todos los vaqueros que buscan trabajo. Si todos tuviesen que dar su árbol genealógico o sus antecedentes, no podríamos contratar a nadie.

Douglas apretó los dientes y un músculo le tembló en la mejilla izquierda. De no haber sido por su perpetuo ceño fruncido y el rictus de la boca habría sido un hombre atractivo; aun así, Emily veía algo en sus ojos oscuros, sentimientos ocultos, emociones que parecía sofocar delante de ella y que la impulsaban a guardar las distancias sin saber de qué se trataba.

—Es un pistolero, un hombre peligroso.

Emily empezaba a impacientarse.

—Hasta ahora no ha hecho nada reprochable.

Para desagrado de ella, Douglas se hizo con la punta de la trenza, que descansaba sobre un hombro. Ensortijó el índice en el bucle que remataba la mata de pelo.

—Yo podría cuidar de usted, Emily. Lo sabe, ¿verdad? No necesita depender de un hombre como Truman.

De un manotazo, le quitó la trenza de las manos.

—No necesito que nadie cuide de mí, puedo hacerlo sola.

Douglas sonrió con ironía.

—Ya. Como hizo cuando Crawford fue al rancho la última vez, ¿no? Temblaba tanto que no sé cómo pudo llegar hasta la puerta. Reconózcalo: es una mujer débil que necesita a un hombre que vele por ella. Piense en su hijo, tan pequeño. ¿Podría usted protegerle? Piénselo bien, pero no tarde mucho o podría arrepentirse.

—¿Estás insinuando algo?

El grito de Kirk los interrumpió. Emily echó un vistazo a su hijo, que ya corría hacia Nube Gris. No sabía cómo interpretar las palabras de Douglas. ¿La había amenazado con hacerle daño a Cody?

—No te acerques al niño —espetó con la ira latiendo en su interior—. Y no tengas ninguna duda de que soy capaz de proteger a mi hijo.

Le dejó atrás al tiempo que se reunía con Nube Gris. Aún intranquila por las palabras de Douglas, decidió apartar de su mente al vaquero y se centró en su amigo, cuya expresión ceñuda revelaba su disgusto.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está el señor Truman?

El indio se apeó de su montura y revolvió el pelo a Cody dándole las riendas, después sonrió a Emily para tranquilizarla.

—No te preocupes, Truman está a punto de volver. Nos hemos topado con una casa incendiada. Los dueños son dos hermanos muy jóvenes que se han quedado sin nada. Van a reunirse con su tía, que vive en Jacksonville. Sam y yo hemos pensado que podrían venir con nosotros hasta Dodge City. Allí tomarán el tren hacia el sur. ¿Te parece bien?

—¿Y quién te ha dado autoridad para que decidas? —espetó Douglas con malos modos.

Emily se sobresaltó al oírlo tan cerca. Sintió la tentación de mandarlo a paseo, alejarlo de una vez por todas de su vida. No obstante seguía necesítándolo, al menos hasta que acabara ese viaje; en cuanto pudiera le pagaría lo que le debía y esperaba perderle de vista.

—¿De qué autoridad me hablas? ¿De la que tú no tienes? —contestó el indio con una sonrisa ladeada.

Douglas se echó hacia él con la clara intención de golpearlo, pero Emily se interpuso entre ellos.

—¡No! No quiero peleas. Douglas, ve a ver si Kirk necesita ayuda.

El vaquero no apartó la mirada torva del indio y este tampoco retrocedió.

—No me hables así, indio asqueroso. No eres nadie, no lo olvides.

Nube Gris fue a replicar, pero Emily le puso los dedos sobre los labios para acallararlo.

—No, no repliques. —Se dio la vuelta para enfrentarse a Douglas—. Te he dado una orden, ve a ayudar a Kirk.

—Está muy equivocada al rodearse de estos hombres. Si Gregory estuviese presente...

—Pero no está —lo interrumpió ella secamente—, y yo decido, te guste o no.

Durante unos segundos, que a Emily le parecieron angustiosos, Douglas la taladró con un brillo en la mirada que la hizo estremecerse. Instintivamente quiso dar un paso atrás, huir de esos ojos amenazadores. Se asemejaban demasiado a los de Gregory, con la misma furia que podía estallar en cualquier momento. Recordó las palabras de Sam esperando encontrar el valor para seguir plantando cara a Douglas, pero el miedo empezaba a susurrarle que una retirada a tiempo siempre era lo más sensato. Casi sintió cómo su cuerpo retrocedía, dispuesto a ceder ante la mirada. No obstante Emily se irguió cuadrando los hombros, pese a los temblores que la sacudían por dentro con tanta fuerza que se sorprendió al hablar sin vacilar ni tartamudear como siempre le sucedía con Gregory.

—Obedéceme, vete con Kirk.

El reto entre ambos fue interrumpido por otro grito de Kirk a lo lejos saludando a Sam, que ya asomaba en lo alto de la colina. Como había dicho Nube Gris, iba acompañado de dos personas, un hombre y una mujer.

—¿Están heridos? —quiso saber Emily, echando a andar hacia los tres jinetes que se acercaban. Echó un vistazo por encima del hombro a Douglas, que seguía en el mismo sitio sin perderla de vista. Volvió a prestar atención a Sam, ignorando el miedo que se le colaba bajo la piel.

Una vez estuvo junto al caballo de este, se concentró en la pareja. La sorprendió que fueran tan jóvenes y parecían muy afectados. El hombre ayudó a la chica a bajar de la mula y se presentaron a Emily.

—Me llamo Joshua Manning y esta es mi hermana Edna.

En pocas palabras Sam la puso al corriente de todo y Emily estuvo de acuerdo con él.

—Por supuesto que podéis viajar con nosotros. Meted vuestras cosas en el carromato. Señor Truman, ya se ha hecho tarde. Podríamos buscar un sitio para acampar esta noche, de ese modo Edna y Joshua podrán asearse y descansar. Además, tengo ropa que lavar. —Se dio la vuelta para hablar con Nube Gris—. ¿Por qué no intentas cazar algo para la cena?

—Un disparo podría asustar el ganado —objetó Sam.

Nube Gris sonrió de oreja a oreja, pero sus ojos no se alejaban de los hermanos Manning.

—¿Es que no sabes que los indios somos unos demonios, que cazamos con las manos desnudas y matamos a nuestras presas a mordiscos?

Emily ahogó una expresión de sorpresa, ignorando que el indio lo decía por los hermanos, que lo observaron horrorizados. Nube Gris se dirigió en silencio hacia el carromato, donde se hizo con un arco y un carcaj lleno de flechas. Saludó a los demás alzando un brazo y soltó un grito espeluznante que hizo palidecer a los Manning. Acto seguido se alejó corriendo con el sigilo y la elegancia de un felino.

—¿Por qué ha dicho una cosa tan horrorosa? —preguntó Emily, asombrada por la actitud tan poco propia de su amigo.

Sam se rio por lo bajo.

—No lo sé. —Echó un vistazo de soslayo a los dos hermanos, quienes se mantenían unos pasos atrás. Sus rostros revelaban su conmoción—. Venga, tenemos que organizar unas cuantas cosas.

Al cabo de una hora, ya instalados cerca del río, Emily se alejó en compañía de Cody, cargada con una cesta llena de ropa sucia. Joshua y Edna la seguían para asearse y cambiarse de

ropa. Sam pensó en ayudarla, pero en ese momento apareció Nube Gris; de una de sus manos colgaban tres liebres flácidas, la otra sostenía el arco, que se balanceaba con cada paso. A pesar de la ropa y el cabello corto, nadie habría dudado de su ascendencia. La piel cobriza, el cabello negro como la noche, y por encima de todo, los ojos oscuros lo delataban, aunque había algo más, algo que sin duda llevaba en la sangre: su capacidad para moverse siempre en silencio fundiéndose con el entorno. Sam se alegraba de que estuviera a su lado en lugar de tenerlo como enemigo, porque pese al carácter afable del joven indio no dudaba de su capacidad de matar si fuera necesario.

Mientras Nube Gris desollaba las liebres, Sam se puso a afilar ramitas para ensartar las piezas y asarlas sobre el fuego, al tiempo que Kirk preparaba un guiso de frijoles que acompañaría la carne. En un silencio amigable, Sam recordó las palabras de Joshua y eso rompió su sensación de tranquilidad. Estaba disfrutando de ese viaje a Dodge City, más de lo que habría imaginado, pero el peligro que se cernía sobre ellos, en concreto sobre Emily, empañaba su buen humor.

—Creo que los tres tipos que incendiaron la casa de los Manning eran el sobrino de Crawford y sus dos amigos.

—No me sorprende —replicó Kirk—, Crawford tiene que hacer lo posible para que Emily no consiga el dinero. El problema es averiguar qué estarán tramando.

—¿Por qué no aceptó Emily la oferta de Crawford? —preguntó Sam—. Se habría ahorrado muchos problemas.

Kirk emitió un gruñido de disgusto.

—Para empezar, la oferta de Crawford era ridícula. Se jacta de no querer aprovecharse de una mujer, sin embargo sabe que el rancho vale mucho más y es consciente de que ella está al límite. Además, sin la presencia de Gregory, no sabemos hasta qué punto sería válida una venta, ya que al casarse, todos los bienes de Emily pasaron a ser propiedad de su marido. Y por último, ella ama el rancho, ha nacido allí, es su hogar, el único que ha tenido.

Sam volvió la vista hacia el río, donde Emily estaría haciendo la colada, aunque no podía verla, porque los árboles creaban una pared que impedía distinguir la orilla. Por un estrecho sendero divisó a los hermanos Manning, que regresaban. No había rastro de Emily ni de Cody.

—Nube Gris, intenta no asustar a esos dos —pidió, señalando a los aludidos con la cabeza.

El indio emitió un bufido.

—Aunque me tirara al suelo para que me pisaran el cuello, seguirían considerándome un salvaje. La gente como ellos no ve más allá de sus prejuicios.

—Tal vez los hayan educado para temer a los indios —opinó Kirk.

Se sacó la petaca del bolsillo mientras estudiaba a los dos jóvenes, que caminaban sosteniendo una cesta entre ambos, y bebió un buen trago. Chasqueó la lengua con satisfacción y ofreció la petaca a sus compañeros. Nube Gris negó en silencio, pero Sam se sintió obligado a aceptar, de modo que bebió un poco. Notó el rastro que dejaba la bebida a su paso hasta asentarse en el estómago. Parpadeó varias veces.

—Dios, Kirk, si sigues bebiendo esto, te matará.

—Qué va, al contrario. Este whisky mata cualquier bicho malo, hasta las enfermedades.

Cuando Joshua y Edna se acercaron lo suficiente, Sam los interpeló:

—¿Y la señora Coleman?

—Está en el río lavando la ropa que le queda mientras su hijo se baña —explicó Joshua.

—Me ha pedido que tienda esto —indicó Edna, que hacía lo posible por no mirar hacia Nube Gris.

Los dos se veían limpios y por fin se les distinguía el rostro. Se parecían mucho, los dos tenían el cabello rubio muy claro, la piel blanca, de las que enrojecen enseguida al sol, y sus ojos eran azules, rodeados de pestañas espesas y coronados con cejas un poco más oscuras que el pelo. Eran de constitución delicada y estatura media; todo en ellos proclamaba a voces que no estaban acostumbrados a trabajar en una granja. Muchos soñadores embarcaban a sus familias en una odisea hacia el Medio Oeste en busca de tierras, aventuras y oportunidades, pero pocos eran los que conseguían adaptarse y salir adelante. Sam habría apostado cualquier cosa a que la historia de los chicos sería como la de muchas de esas familias. Los observó allí plantados, cohibidos y rehuyendo mirar hacia donde se encontraba Nube Gris. Aquello volvió a molestarle, pero entonces se fijó en lo jóvenes que parecían, mucho más de lo que Sam había calculado al principio.

—¿Qué edad tenéis? —quiso saber.

—Mi hermana cumplirá dieciocho años dentro de dos meses y yo acabo de cumplir los veinte —informó Joshua. Carraspeó y señaló la ropa mojada que goteaba en la cesta de mimbre—. La señora Coleman nos ha pedido que tendiéramos la colada.

Nube Gris se puso en pie tras enterrar los desechos de las liebres y se sacudió la tierra de los pantalones sin mirar a los hermanos.

—Yo me encargaré de poner unas cuerdas entre los árboles. Ven y ayúdame —le pidió a Joshua.

El joven entornó los ojos mirando al indio.

—¿Me estás dando órdenes?

Nube Gris se volvió sin prestarle atención y dijo por encima del hombro.

—Piensa lo que quieras.

El indio cogió una cuerda del carromato y echó a andar hacia los álamos. Indecisa, Edna buscó los ojos de su hermano. Era necesario colgar esa ropa, quería que la señora Coleman se sintiera satisfecha con ellos porque le daba pavor viajar sola con su hermano hasta Dodge City. Con esos hombres, Joshua y ella estaban a salvo. Al menos eso pensaba hasta que veía a aquel indio, entonces el recelo y el miedo la dejaban sin iniciativa.

—¿Joshua?

Kirk se rio por lo bajo, pero se alejó en dirección contraria para remover el guiso en la lumbre. Sam estuvo tentado de poner los ojos en blanco.

—Ya os he dicho que Nube Gris es de fiar, no os hará ningún daño. Joshua, ve con él y ayúdale a sujetar las cuerdas. Edna, ve tú también y tiende la ropa; cuando hayas acabado, vuelve con la señora Coleman por si necesita la cesta. Después ayudad a Kirk. También necesitaremos más leña para el fuego si no queremos que se apague esta noche. —Echó un vistazo a su alrededor. Douglas vigilaba el ganado al otro lado de la pradera—. Kirk, esta noche deberíamos organizar guardia, de dos en dos.

—Me parece bien... ¿Qué vas a hacer tú ahora?

—Voy a echar un vistazo, por si veo algo... —Miró fijamente a los Manning, que seguían allí plantados—. ¿No os he dicho lo que tenéis que hacer? —espetó secamente.

Los dos se sobresaltaron y se dirigieron a desgana hacia donde estaba Nube Gris,

cuchicheándose al oído. La risa de Kirk llamó la atención de Sam.

—¿De qué te ríes? A mí no me hace gracia que sean tan desconfiados con Nube Gris. No deberían olvidar que los malnacidos que les destruyeron la casa eran hombres blancos, no indios, y menos aún el que tenemos con nosotros.

—Me río de Nube Gris. No sé por qué se molesta tanto. No es la primera vez que lo desprecian o rechazan, y él siempre ha hecho oídos sordos. Esta vez parece que le pinchan el trasero cada vez que esos dos están cerca. Me da que es más bien cosa de la chica. —Kirk movió las ralas cejas arriba y abajo varias veces, lo que le confirió un aspecto ridículo—. ¿Me entiendes?

—Vaya, Kirk, no pensé que esos detalles te importaran.

—He llegado a un punto en el que la vida de los demás me resulta mucho más interesante que la mía. Ve a echar un vistazo, esos tipos podrían estar merodeando por aquí. Yo me haré cargo de la lumbre y vigilaré a esos dos —señaló con una mano a Joshua y Nube Gris— para que no acaben enzarzándose en una pelea.

Cuando Sam se disponía a caminar hacia *Rufián*, la voz aflautada de Kirk le frenó, o acaso fue más bien lo que dijo.

—No creas que no te observo, y te aseguro que también tendré un ojo puesto en Emily.

—¿A qué viene eso? —inquirió con aspereza.

—Los ojos hablan mucho más claro que las palabras —replicó el anciano sin mirarle, pendiente de la olla en el fuego—, y tu mirada de hielo no me engaña.

Sam fue a replicar, pero Kirk ya le daba la espalda, dando por zanjada la conversación. Caminó hasta *Rufián*, que agitó la cabeza al verlo. ¿Acaso no sabía disimular lo que Emily despertaba en él? ¿Tan transparente se había vuelto?

16

Edna y Joshua acababan de llevarse lo que quedaba de la colada. Emily se secó el sudor de la frente con la manga y vio que la tela blanca quedaba manchada con el polvo adherido a su piel. Echó un vistazo atrás. Los árboles creaban suficiente cobijo como para que los demás no la vieran. Miró con envidia a su hijo, que llevaba un buen rato retozando en el agua clara y poco profunda. La suave corriente se había llevado los restos de jabón y un poco más arriba unas enormes rocas planas le permitirían secarse al sol si se subía encima tras el baño.

Sin pensárselo, se despojó de las botas, las medias, la blusa y la falda. Se dejó los calzones, que le llegaban a las rodillas, y la camisola de finos tirantes, que acababa en las caderas. Con regocijo cogió lo que quedaba de jabón y se metió en el agua. Estaba fría, sin embargo lo agradeció, porque el enérgico lavado de la colada la había dejado sofocada. Los pies descalzos patinaban sobre el suelo pedregoso recubierto de una fina capa de líquenes acuáticos. Con cuidado se fue acercando a Cody, que soltó un grito de alegría al ver a su madre.

—¡Mamá! Mira cómo me tiro de la roca.

Como una anguila se contorsionó hasta encaramarse a la roca plana en el centro del cauce y se lanzó al agua, salpicando todo a su alrededor. Emily sonrió, aunque no pudo evitar hacer una mueca. El agua le llegaba a la cintura y una vez pasado el sofoco le estaba costando sumergirse. Cody sacó la cabeza chapoteando con las manos y los pies hasta colgarse del cuello de su madre. Ella ahogó un grito al notar el cuerpo de su hijo, frío comparado con el suyo. Entre risas, Emily tropezó y acabó zambulléndose hasta la cabeza. Los dos salieron jadeando y se salpicaron.

—¡El jabón! —exclamó Emily—. Se me ha escapado.

Siempre solícito, Cody salió braceando hacia el trozo de jabón, que se alejaba flotando. Cuando regresó junto a su madre se arrepintió de haberlo rescatado, porque Emily empezó a enjabonarle la cabeza.

—¡Mamá, que ya estoy limpio!

—Calla y cierra los ojos o te entrará jabón y te escocerá.

Mascullando protestas, Cody se dejó lavar y acabó riéndose y retorciéndose cuando su madre le hizo cosquillas debajo de los brazos. Una nueva pelea se estableció entre madre e hijo hasta que Cody empezó a temblar con los labios pálidos.

—Sal y sécate con la manta que he dejado en la rama. Vuelve a colgarla cuando te vayas. Yo me quedaré un rato más y me lavaré el pelo.

Una vez fuera, Cody se vistió dando saltitos para entrar en calor y salió corriendo hacia el

campamento. Emily se relajó por fin en tres días. Se dejó flotar como Nube Gris le enseñó años atrás, cuando se escapaban y se bañaban en la charca, lejos de los ojos de su padre. El sol entraba en diminutos puntos luminosos entre el follaje de los árboles y creaba sobre su cabeza una película dorada salpicada de motitas de polvo y polen. Con la cabeza medio sumergida no oía nada, excepto su respiración lenta y profunda; sentía su corazón latir en calma mientras el agua le acariciaba las extremidades. Cerró los parpados dejándose llevar por la paz del momento y lo primero que vio en su mente fueron los ojos gélidos de Sam, que ya no le parecían amenazantes, ni siquiera fríos, sino recelosos de revelar demasiado de sí mismo.

Ese hombre despertaba su curiosidad y se sentía atraída por él, lo cual debería haberla avergonzado porque, aunque Gregory no estuviese a su lado desde hacía seis meses, seguía siendo una mujer casada. Con todo, aunque sabía que era un pecado y que su alma ardería en el infierno por ello, no se sentía ligada a su marido. Le tenía miedo y nunca la hizo feliz, a excepción de aquellos primeros meses durante los cuales la engatusó con mentiras. Nunca se atrevió a mirar a los ojos a ningún otro hombre, convencida de que todos eran autoritarios y poco tolerantes por naturaleza. Su padre había sido el otro ejemplo de su vida: siempre adoró a su mujer, pero no consintió que nadie en casa le rebatiera una orden. Con Sam no se sentía tan indefensa. Se rio levemente al recordar la tarde de los platos rotos. Solo Sam, a pesar de su aspecto ceñudo, era capaz de algo tan alocado sin resultar ridículo.

Saliendo de su letargo empezó a lavarse sin dejar de pensar en Truman y preguntándose qué opinaría de ella. ¿La vería bonita al menos? No era una mujer que deslumbrara a los hombres, no tenía los pechos grandes ni las caderas generosas, ni siquiera llevaba corsé para realzar la esbeltez de la cintura, porque habría sido una locura ponerse una prenda como esa para trabajar. Y su ropa era sosa, pensada para aguantar muchos lavados, no para seducir. ¿Cómo se sentiría con un elegante vestido de satén como los que aparecían en los catálogos de venta por correspondencia que algunas veces Gregory había llevado al rancho? Su marido nunca le permitió pedir nada que se considerara un lujo, de forma que Emily tuvo que limitarse a admirar los vistosos trajes ajustados a la cintura de avispa de las modelos dibujadas, con sus profundos escotes y las caderas realzadas mediante un polisón bajo la falda estrecha, que se abría al final como una flor alrededor de los tobillos. Las colas le parecían complicadas de llevar y se preguntó cómo hacían las mujeres para no tropezar con tanta tela.

Estaba tan concentrada que no oyó que alguien se metía en el agua al otro lado de las rocas. Sam nadó relajando los músculos, cavilando si debía hacerle saber a Emily que estaba al otro lado de la barrera que los separaba. Se dejó llevar por el impulso cuando la vio jugando con Cody y se apeó de *Rufián*, al que dejó sujeto a una rama entre los árboles. Los espío procurando no hacer ruido, deseando formar parte de tan conmovedora escena. La risa de Emily le hizo sonreír, así como los intentos del pequeño de zafarse de las manos de su madre cuando esta se propuso lavarle. Al irse Cody, pensó en alejarse, pero Emily se quedó retozando en el agua, dejando al descubierto su cuerpo apenas velado por la camisola y los calzones, que se pegaban a su cuerpo haciendo aún más deseables sus curvas.

¿En qué estaba pensando esa mujer? ¿No se daba cuenta de lo incitante que era? Allí estaba, inconsciente del efecto que podía causar en un hombre, medio desnuda y ofreciéndose a la vista como un sacrificio pagano a todo aquel que se acercara al río. En ese momento decidió meterse. Si a ella no parecía molestarle la idea de que alguien la viera, no iba a ser él quien se privara de

un baño para quitarse el polvo de encima. Se desprendió de la ropa, colocó las botas sobre el sombrero, dejó las armas cerca de la orilla y finalmente se adentró con sigilo en el agua. Durante unos segundos, hizo lo mismo que Emily y flotó con los ojos cerrados.

Había recorrido el contorno del campamento en busca de huellas que pudieran revelar la presencia de alguna amenaza, pero no había hallado nada alarmante. Sin duda esos tipos se habían alejado, poniendo distancia entre ellos y el desastre causado en la casa de los Manning. Con todo, esa noche montarían guardia prestando más atención de lo habitual. Se cuestionaba si debía contárselo a Emily. Si lo hacía ella se preocuparía, pero estaba en su derecho de saber la verdad. Así iría con más cuidado y dejaría de hacer estupideces, como bañarse sola en el río sin nadie que la protegiera.

—¿Quién anda ahí?

La voz de Emily le llegó desde el otro lado de las rocas. «A buenas horas», pensó Sam, quien acto seguido se sumergió hasta que solo la cabeza quedó al descubierto.

—Soy yo.

—¡Señor Truman! ¿Cómo puede bañarse estando yo en el río?

Aunque la oía perfectamente, de momento no la veía. De repente la cabeza empapada de Emily apareció al otro lado de la roca del centro. Sam se acercó y se apoyó con los antebrazos sobre la superficie rugosa y cálida por el sol.

—Yo también quería quitarme el polvo del camino. ¿Le queda algo de jabón?

Emily frunció el ceño, avergonzada; unos minutos antes había estado pensando en él, y ahora se encontraba a menos de un metro, tan poco vestido como ella. Sintió que el rostro se le encendía. De mala gana tendió la mano que sostenía lo que quedaba del jabón y lo dejó a medio camino, como un punto intermedio entre ambos.

—Debería haber esperado a que yo me fuera.

—¿Y verla salir medio desnuda? Bueno, pues la próxima vez lo tendré en cuenta.

Los labios de Emily formaron una O de estupor por el descaro de Sam. Se dispuso a contestar, pero él la interrumpió.

—Es usted una inconsciente por bañarse sola. No debería hacer esas cosas, señora. Podría meterse en un lío.

—¡No había nadie!

—Yo estaba presente sin que usted lo supiera. Podría haber sido alguien peligroso.

—¿Y eso le hace más seguro que cualquier otro hombre?

—Usted dirá...

Indignada, Emily entornó los ojos.

—En este momento me gustaría tener en mis manos una sartén para aplastarle la cabeza, señor Truman.

Sam se echó a reír con ganas.

—He creado un monstruo.

A pesar de la indignación y la vergüenza, Emily se contagió del buen humor de Sam y se consintió una sonrisa cómplice. Si era sincera consigo misma, se alegraba de compartir esos momentos de intimidad con él. Llevaban cuatro días sin intercambiar más que unas pocas palabras imprescindibles y le echaba de menos. Sam siempre conseguía que se comportara como una mujer distinta, como si él supiera qué hacer o decir para hacerla sentir más segura de sí

misma. No como Douglas, que se empecinaba en recordarle su debilidad.

—Espere a que ajuste mi puntería y se echará a temblar —le avisó con una sonrisa traviesa—. Todos me temerán.

Sam se rio de nuevo, pero la risa se fue desvaneciendo cuando se fijó en los níveos hombros de Emily. Las gotas de agua que salpicaban la piel captaban la luz y centelleaban como perlas de cristal. Y sus ojos se veían grandes e inocentes en contraste con los labios sensuales.

El silencio se alargó entre los dos, pero ninguno de ellos se movió, ambos cautivos de sus pensamientos. Emily no quería romper el hechizo del momento y él deseaba reunirse con ella y abrazarla. El anhelo era tan grande que a duras penas lograba contenerse. Aquello había sido una dulce locura, sin embargo la pregunta de Emily le enfrió los ánimos.

—¿Quién le azotó, señor Truman?

Al momento Emily se arrepintió de su atrevimiento, no debería haberse tomado semejante confianza.

—En la guerra entre el Norte y el Sur.

Enseguida entendió que había cometido un error, porque sin mover un solo músculo Sam empezó a replegarse sobre sí mismo y su mirada se convirtió en una llamarada de fuego gélido. Emily agachó la cabeza. Quería saber más de Sam, necesitaba averiguar cómo llegó a convertirse en el hombre solitario que era. Vacilante, consideró la posibilidad de sincerarse con él en un intercambio de penurias, porque la actitud de Sam así como las cicatrices de su cuerpo revelaban que había sufrido.

Inhaló lentamente y dejó salir el aire hasta que los pulmones le ardieron. Costaba sincerarse, reconocer lo que había sido su mayor vergüenza. Empezó a hablar sin alzar la mirada de la roca.

—Gregory me pegaba y me humillaba —susurró—. Me castigaba obligándome a permanecer horas de rodillas con los brazos en cruz por no ser la esposa que él esperaba. No me dejaba ver a nadie y menos aún hablar con los vaqueros que trabajaban en el rancho. Me pasaba días sin salir de la casa más que para coger agua. Por eso nunca pedí a Gregory que instalara una bomba de agua en la cocina: era la única excusa que tenía para salir de vez en cuando...

Sam apretó los labios. Emily estaba desnudándose de la manera más cruda, evocando las humillaciones a las que Gregory la había sometido. Entornó los párpados, dividido entre seguir escuchando o interrumpirla, no obstante permaneció callado y ella pareció interpretarlo como una invitación a seguir.

—Nunca me atreví a decírselo a mi padre, ni a nadie. Me avergonzaba, temía que me dijeran que la culpa era mía por ser tan torpe... —Le escocían los ojos y el pecho se le contraía al recordar—. Pero todo eso no fue nada comparado con lo que sentí cuando mi marido pegó por primera vez a Cody. Al principio Gregory apenas si prestaba atención al niño, hasta que un día mi pequeño se interpuso en el camino de su padre cuando este se disponía a salir. Le mojó las botas, fue su único error. Gregory le cruzó la cara con una bofetada que lo tiró al suelo... —La voz se le quebró. Por primera vez desde que empezara a hablar, se atrevió a mirarlo a los ojos. No quería ver compasión en esa mirada pálida, no lo soportaría. Sin embargo, lo que distinguió la perturbó más si cabía: era rabia en estado puro, una furia incontenible que refulgía como una llama.

Durante unos minutos permanecieron callados, conscientes de la soledad que los rodeaba. El agua se deslizaba gorgoteando en torno a la roca, envolviéndolos en un mismo abrazo. Sam

apenas si lograba contener la ira que las palabras de Emily provocaban en él. Si había sido difícil oírlo de boca de Kirk, el hecho de que ella misma se lo contara con el dolor reflejado en los ojos era como si alguien hurgara en una vieja herida.

—¿Por qué me lo cuenta, señora Coleman?

—Porque le considero mi amigo... —murmuró Emily—. Y los amigos comparten recuerdos.

—Hace años que no sé lo que es la amistad, y mucho menos con una mujer. No creo que sea posible.

—Nube Gris es mi amigo.

—Pero yo no soy Nube gris...

Emily soltó un suspiro de decepción, temiendo haberse equivocado al contarle lo desgraciada que era en su matrimonio. Su marido tenía razón: era una estúpida cabeza hueca, incapaz de hacer nada a derechas. ¿Por qué iba a querer un hombre como Sam ser amigo de una mujer como ella? Un ser débil que acababa de reconocer que no había sido capaz de proteger a su hijo.

—Siento haberle molestado.

Ya se disponía a alejarse cuanto antes cuando le oyó:

—Me alisté en las tropas de la Unión pensando que estaba haciendo algo que cambiaría el mundo. —Una risa amarga le escapó de los labios apretados—. Era un joven idealista y pensaba que ningún hombre podía ser dueño de otro. Tan seguro estaba de mí mismo que no escuché a mi padre, que se oponía a que fuera a la guerra. —Permaneció en silencio unos minutos, con aire inexpresivo. Para sorpresa de Emily siguió hablando—: Nos tendieron una emboscada y acabamos en un campo de prisioneros en Andersonville, en el estado de Georgia. Bien podrían habernos pegado un tiro antes de llevarnos a ese infierno. Allí nos hacinaron en condiciones infames, sin apenas comida. Los prisioneros se morían de hambre, disentería, infecciones, cuando no se mataban entre ellos. Los guardias no hacían nada. ¿Qué más daba? Al fin y al cabo, entre todos estábamos ahorrándoles trabajo.

La voz de Sam era impersonal, ausente, y la mirada andaba perdida en los recuerdos que Emily se arrepentía de haber incitado. Tendió una mano hacia él, deseando tocarlo, para aliviar el dolor que se ocultaba detrás de su frialdad, porque no conseguía encontrar las palabras necesarias para ofrecerle consuelo.

Por su parte Sam seguía hablando:

—Supe que si no escapaba, acabaría muriendo en aquel agujero. ¿Sabe lo más gracioso? Estábamos junto a un lago que se llamaba irónicamente Sweet Water. —Finalmente la miró a los ojos, y más que nunca a Emily le parecieron dos esquirlas de hielo—. Me escapé con un amigo, Virgil Dawson. Conseguimos cavar un agujero bajo la valla de madera, noche tras noche, y de día lo ocultábamos con sacos de arpillera. Una noche conseguimos colarnos y echamos a correr a oscuras, conscientes de que no habría una segunda oportunidad.

—Señor Truman... —susurró Emily con la garganta oprimida—, no tiene por qué seguir...

—No se lo he contado a nadie —reconoció, casi sorprendiéndose de hablar de ello en voz alta, pero por primera vez quería hacerlo—. Virgil estaba más débil que yo y llegó al límite de su resistencia. No pudo seguir...

Sam pareció fijarse en la mano que Emily le tendía. Posó la suya encima con suavidad y la sujetó como si fuera un pajarillo, elegante y frágil. La tomó entre sus dedos, asombrándose de lo pequeña que era comparada con la suya, tan blanca y primorosa, unida a la muñeca, cuya piel era

tan pálida que se distinguía el enramado de las venas azuladas que subían por el antebrazo. Acarició el dorso con el pulgar, distraído porque en su mente volvía a estar en aquel bosque junto a Virgil.

—¿Qué pasó? —susurró Emily.

—Me quedé, no podía abandonarlo... —La voz le salió áspera y ronca. Hacía tanto tiempo que no se permitía hacer memoria que los recuerdos le salían como lija abrasándole la garganta—. Nos encontraron, y en cuanto vieron que Virgil estaba demasiado agotado, le pegaron un tiro en la cabeza. Me llevaron de vuelta al campo de prisioneros porque necesitaban dar ejemplo. Nada más llegar me ataron a un poste y me azotaron. No recuerdo cuántos latigazos me dieron, perdí la cuenta, solo quería dejar de sentir y la única manera de hacerlo era morir, de modo que cerré los ojos y esperé.

Emily intentó tragarse el nudo que le atoraba la garganta y parpadeó para alejar las lágrimas.

—Pero sobrevivió...

La mirada ausente de Sam se clavó en los ojos llorosos de Emily.

—Sí. En cuanto recuperé las fuerzas, volví a escaparme. Esta vez lo hice solo, sintiéndome como un cobarde por no pensar más que en mí.

—No podía llevarse a todos los prisioneros.

—No... —susurró Sam.

Emily se puso de puntillas sobre las piedras del río y estiró la otra mano para envolver la de Sam entre las suyas. No le importó que el agua se estuviese enfriando según bajaba el sol: necesitaba estar junto a él.

—¿Qué hizo después?

—Volví a mi regimiento y seguí luchando con más odio que nunca. Me alisté para ayudar a derrotar una injusticia y no encontré más que lo peor de mí. Ya no me importaba arriesgarme, me ofrecía voluntario para las misiones más peligrosas, pero cuanto más me arriesgaba, más suerte tenía. La muerte parecía esquivarne. Cuando terminó la guerra, tenía las manos manchadas de la sangre...

—Las guerras son así...

Sam ladeó la cabeza.

—Está empeñada en justificarme, señora Coleman, pero después del conflicto seguí matando. Seguí matando para quien mejor me pagara durante más de diez años. Eso no me convierte precisamente en una buena persona.

Emily se envaró.

—¿Está tratando de asustarme? ¿Acaso quiere que le tenga miedo?

Sam acarició con el pulgar una de las manos de Emily.

—¿La asusto, señora?

—No, pero me estoy enfadando con usted. No me parece el tipo de hombre que se regodea recriminándose por lo ocurrido en tiempos de guerra. Y lo que hizo después... —Negó con vehemencia—. Yo no voy a juzgarle. No he sido una persona muy valiente, ni un ejemplo que seguir. Fui una mujer cobarde que debería haber plantado cara a Gregory la primera vez que me abofeteó, debería haberme ido del rancho para proteger a mi hijo de su padre, pero no lo hice. Me quedé encogiéndome de miedo cada vez que Gregory alzaba un poco la voz. Le concedí el poder de humillarme, permití que me arrebatara la autoestima, llegué a creer que no valía nada y

que mi hijo no se merecía algo mejor. Me alejó de los pocos amigos que tenía, y yo no se lo impedí. Ahora por orgullo me empeño en llevar mi ganado hasta Dodge City, cuando debería haber vendido el rancho para instalarme en una ciudad donde Cody podría ir a una escuela y tener amigos de su edad, no un indio y un viejo.

Sam esbozó una sonrisa ladeada.

—Es usted más dura que yo juzgándose, señora Coleman.

—¡Deje de llamarme señora Coleman! Soy Emily. Coleman es el apellido de Gregory, no el mío.

—Está bien, Emily...

Ella arqueó las cejas esperando que él le devolviera la invitación a que lo llamara por su nombre, pero no fue así.

—¿No va a ofrecerme que le llame Sam? —preguntó dividida entre la sorpresa y la decepción.

Truman volvió a reírse, a pesar de haber desnudado parte de su alma delante de esa pequeña mujer. A su lado las barreras caían y se revelaba tal y como era realmente: un hombre sediento de afecto, que llevaba más de una década deambulando solo y se mentía a sí mismo al asegurar que no necesitaba a nadie. Era un imbécil, porque se moría por una mujer casada.

—Llámeme Sam...

—Ya era hora, pensé que no me lo diría.

Pese a la sonrisa, Emily se estremeció de frío. Las sombras ya llegaban hasta la roca y el sol se ocultaba tras los árboles.

—Es mejor que salga, o se enfriará.

Emily entornó los párpados.

—Dese la vuelta.

Sam obedeció a desgana.

—¡Y no haga trampa! —le ordenó.

—Como usted diga, señora.

Emily se rio por lo bajo al oír el tono engañosamente dócil de Sam y se fue alejando, sintiendo cómo el agua fría le mordía los pies entumecidos. Ya no aguantaba más y dudó si podría sostenerse en pie en la orilla.

Sam ladeó la cabeza para mirarla por encima del hombro y la garganta se le secó al ver que la fina tela se le adhería a la piel adoptando el tono rosáceo de los glúteos apretados por el frío. Sus caderas eran estrechas, pero con una exquisita forma de corazón respingón de lo más deseable. Más arriba la cintura se estrechaba y la espalda esbelta se cimbreaba con cada movimiento de los brazos al intentar equilibrar los pasos que Emily daba en el agua hasta salir. Entonces el hombre volvió a mirar al frente, tenso de deseo. La oyó farfullar, debatirse con la ropa que se le pegaba y no se colocaba donde debía. Sonrió para sus adentros; hasta cuando se enfadaba le parecía deliciosa.

—¡No tarde en volver al campamento o se quedará sin cena! —le gritó Emily antes de salir corriendo.

En sus prisas por alejarse cuanto antes de Sam, Emily corrió por el estrecho sendero que la conducía al carromato, donde los demás estarían listos para cenar. Las sombras se alargaban en el prado creando zonas oscuras e insondables. Se sobresaltó cuando de pronto alguien la

interceptó.

—¡Kirk! —exclamó, llevándose una mano al pecho.

—No deberías andar por ahí. —Los ojos perspicaces del anciano la recorrieron y acto seguido frunció el ceño en un gesto de desaprobación—. ¿Has estado bañándote sola?

Emily echó un vistazo por encima del hombro. Desde allí no se veía el cauce del río, por lo que Sam quedaba oculto.

—Solo ha sido un momento...

—Ya... —musitó Kirk, buscando algo por encima del hombro de Emily—. No habrás visto a Sam, ¿verdad?

—¡No! Claro que no...

Cuando Truman regresó junto al fuego, los hermanos Manning estaban sentados, junto a Cody y Emily, hablando en voz baja mientras Kirk tocaba el arpa de boca. Nube Gris y Douglas montaban guardia.

Al percibir el aroma de la carne asada que se mezclaba con el guiso de frijoles de Kirk notó que su estómago empezaba a protestar. Apuró el paso para sentarse cerca del viejo vaquero. No se atrevió a mirar hacia donde Emily estaba hablando con Edna. Solo al coger el plato de hojalata, que ella le tendió minutos después, se arriesgó a fijarse en su rostro; los labios de Emily esbozaban una sonrisa apenas perceptible y sus ojos brillaban con la misma intensidad que el fuego de la hoguera. Compartían un secreto, el baño del que habían disfrutado juntos, a apenas medio metro el uno del otro, y las confidencias que habían compartido parecían haber creado un puente entre ellos dos.

Sam supo que estaba perdiendo la partida, su resistencia se resquebrajaba cada día un poco más dejando al aire el deseo de acercarse a Emily hasta tenerla tan metida bajo la piel que nunca más pudiera salir. Era consciente de estar condenándose a amar a una mujer que no era libre, que pertenecía a otro hombre. Un hombre que la maltrataba. En ese momento supo que si un día Gregory volvía, nunca más le pondría una mano encima a Emily, ya procuraría él que el señor Coleman lo entendiera.

—Tú y yo montaremos el siguiente turno de guardia —le explicó Kirk—. De modo que cena y descansa cuanto antes.

17

El río Smoky Hill se interponía, amplio y turbulento, en el camino a Dodge City. Sam se había adelantado a la comitiva a fin de buscar un lugar seguro por donde cruzar el cauce y allí estaba esperando a que se reunieran con él. Eso le daba tiempo para pensar en Emily sin preocuparse de que le sorprendieran. No había dormido mucho en los dos últimos días pensando en ella y en cómo se sintió tras confesarle su pasado en la guerra. Volver a confiar en alguien le era tan ajeno como permitir que le despojaran de sus revólveres, pero Emily lo desarmaba con sus sonrisas y su inocencia. A pesar de los malos tratos de su marido y la vida solitaria a la que se había visto sometida, no había perdido la capacidad de creer en los demás, y su ingenuidad la llevaba a confiar en él sin conocerle.

El golpeteo de los cascos del caballo de Nube Gris lo sacó de sus pensamientos.

—¿Cruzaremos por aquí? —preguntó el recién llegado.

—Sí, en ambas orillas tenemos espacio suficiente para reunir el ganado y el río no es muy profundo en esta zona. El carromato cruzará el primero, pero antes iremos tú y yo al otro lado y con cuerdas ayudaremos a los caballos de tiro a vadear el cauce. El único problema es que el fondo es muy pedregoso y las ruedas podrían atascarse. Una vez que lo consigamos, haremos cruzar el ganado.

Nube Gris asintió en silencio sin apartar los ojos del agua.

—No es profundo, pero hay mucha corriente.

Dicho esto, se apeó y tiró una rama, que se alejó rápidamente, vapuleada por los remolinos de agua. Sam se reunió con Nube Gris y, sin pronunciar palabra, se quitó el cinturón con las armas colgando y se las tendió junto con su sombrero. Acto seguido se quitó las botas y los calcetines.

—Bien, ahora sabremos si la corriente es tan fuerte como para arrastrarme. Si puedo llegar sin problema al otro lado, un ternero lo conseguirá.

—¿Por qué no te atas una cuerda a la cintura?

—No te preocupes, no es la primera vez que cruzo un río.

Se fue metiendo muy despacio pisando con cuidado. Aunque el agua estaba muy fría, él siguió adelante tanteando el fondo. Poco a poco el nivel fue subiendo hasta llegarle a la cintura. En efecto, la corriente lo empujaba con fuerza, pero de momento podía seguir adelante. Cuando el agua le llegó al pecho tuvo dificultades en controlar su cuerpo, que se veía impulsado por la violencia del agua. Oyó un grito a sus espaldas y miró por encima del hombro. Emily estaba

sentada sobre el pescante de la carreta y señalaba un tronco que flotaba en el río e iba directo a él.

Sam intentó apurar el paso sin éxito, porque la corriente le impedía avanzar. Se ayudó con los brazos sin apartar los ojos del tronco, que se acercaba demasiado rápido. Le faltaban unos tres metros para alcanzar la otra orilla, pero en ese lado del río la pendiente era más abrupta y el agua seguía siendo tan profunda que le llegaba a los hombros, lo que le dificultaría salir. Con un último vistazo al tronco, comprendió que no lo conseguiría y le golpearía de lleno en la cabeza.

Ignoró los gritos de los demás, cada paso era como moverse en arenas movedizas. Estaba a punto de ser arrollado por el leño. Si no tomaba una decisión al instante, quedaría inconsciente en cuanto recibiera el golpe. No lo pensó y se zambulló bajo el agua dando fuertes brazadas. Sintió que las ramas del tronco le arañaban la espalda. Una se le enganchó en la camisa y empezó a arrastrarlo. Trató de llevar los brazos por encima de la cabeza, procurando soltarse de la rama. La corriente lo arrastraba y el madero le impedía salir a la superficie a tomar aire. Desistió de su empeño y con rapidez, al menos toda la que el agua turbia le permitía, se desabotonó la camisa. El lodo que le rodeaba impedía que pudiera orientarse. Los pulmones le ardían, clamando por aire. El tronco siguió arrastrándolo hasta golpearlo contra una roca que sobresalía del lecho. Un dolor agudo le azotó la cadera. Durante unos segundos se quedó sin resuello y por primera vez sintió miedo. Tironeó con fuerza hasta que la tela acabó cediendo, y finalmente pudo salir, ahogando un jadeo al tomar aire. Se aferró a una roca de la orilla y descansó la cabeza en la superficie templada por el sol. La notaba irregular y rugosa, pero le pareció tan acogedora como una almohada de pluma.

—¡Sam! ¡Sam!

Alguien lo llamaba según se iba acercando. Cuando logró abrir los párpados, Nube Gris se acercaba con dificultad sobre su caballo y tironeaba de las riendas de *Rufián*. Logró impulsar a su montura para que saliera del agua llevándose con él al otro caballo, una vez fuera se apeó y se arrodilló junto a Sam. En su rostro se reflejaba la preocupación, pero en cuanto vio que Truman abría los ojos y le miraba con una media sonrisa en los labios, se echó a reír.

—Vaya susto nos has dado.

—Vaya susto me he llevado yo con ese maldito tronco.

Nube Gris señaló con la cabeza la orilla, donde los demás los contemplaban en un silencio tenso.

—Si Kirk no hubiese agarrado a Emily, se habría tirado al agua. Se ha puesto histérica y, cuando te ha visto salir, ha empezado a echar espuma por la boca. Creo que se ha asustado mucho.

—Esa mujer se preocupa demasiado, no necesito que nadie cuide de mí.

Sam trepó torpemente por la orilla embarrada para salir del río y aceptó el pañuelo de Nube Gris para secarse la cara. Se peinó con los dedos apartándose del rostro el pelo mojado.

—Bien, ahora sabemos que por donde pensábamos pasar las reses más jóvenes no podrían salir sin aplastarse unas a otras, y desde luego la carreta no puede vadear el río por ahí. La orilla en este lado es muy abrupta. —Al señalar por donde había entrado, advirtió que el tronco lo había arrastrado varios metros. Una punzada del miedo que se había adueñado de él bajo el agua regresó, pero al instante se lo sacudió de encima—. Tienen que ir en diagonal, de esa manera les costará menos luchar contra la corriente y saldrán por aquella zona. La orilla es más llana.

—Bien, empezaremos con el carromato.

Nube Gris gritó agitando los brazos, indicando por dónde Emily tenía que dirigir los caballos. Las dos mujeres iban sentadas en el pescante y Cody asomaba la cabeza detrás con los ojos como platos. Cada metro fue un suplicio; las ruedas se atascaban en las rocas del fondo y los animales se debatían luchando contra la corriente. Sam y Nube Gris tiraban de los arreos guiándolos entre gritos.

La travesía fue tan laboriosa que cuando acabaron, Emily sudaba y respiraba entrecortadamente. Le dolían los brazos y apenas si conseguía soltar las riendas. Entre el susto que le había dado Sam al cruzar el río y el esfuerzo de conducir la carreta por las aguas turbulentas, se sentía tan tensa como la cuerda de un arco y algo pulsaba por salir, un grito que se le había atascado en la garganta. Nada más pisar tierra, soltó el aire que llevaba conteniendo sin percatarse de ello.

—¿Se encuentran bien?

La voz de Sam le llegó lejana, traspasando la bruma del miedo y la tensión. Y fue el detonante que su mente esperaba. Volvió la cabeza para mirarlo a los ojos desde lo alto de la carreta.

—¡Tú! —gritó apuntándole con un dedo acusador—. ¡Tú! —repitió al tiempo que se bajaba del pescante, empujándolo sin miramientos—. ¿Cómo has sido tan irresponsable? ¡Ese tronco podría haberte matado!

—Sí, señora, pero estoy aquí, sano y salvo.

—¿Sano y salvo? —repitió con cierto tono de pánico en la voz—. Has tenido suerte, estúpido insensato. ¡Casi me matas del susto!

A su alrededor, Nube Gris, Cody y Edna los observaban con los ojos muy abiertos; los dos chicos porque no habían visto nunca a Emily tan enfadada y Edna esperando un arranque de cólera por parte de ese hombre cuya mirada la aterrorizaba.

—No creo que sea para tanto... —arguyó Sam, tan sorprendido como los demás.

—¿No? —Lo empujó con una mano—. ¡No vuelvas a darme semejante susto! ¿Me oyes?

Sin esperar una respuesta, se puso a rebuscar en la parte trasera de la carreta y sacó una camisa seca que tiró a la cabeza de Sam. Después se alejó a grandes zancadas: tras la rabia las lágrimas amenazaban con escapar de su control y no quería que nadie la viera llorar. Cuando Sam desapareció bajo el tronco, Emily pensó que el corazón iba a parársele. Hasta que no lo vio salir, no pudo respirar, aunque siguió con un puño metido en la boca para ahogar el grito que pugnaba por salir. Jamás en su vida había sentido tanto miedo, ni siquiera cuando Gregory aparecía con ese brillo iracundo en los ojos y se desataba el infierno en la casa.

Se dejó caer detrás de un árbol y el primer sollozo brotó, seguido de otro, hasta que se convirtió en un llanto inagotable. Necesitaba dar salida a todo ese torbellino de emociones, de lo contrario acabaría estallando. Cuando sintió una mano sobre el hombro, profirió un grito ahogado.

—¿Mamá?

Cody se arrodilló a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

—Ya estamos bien, mamá, todo ha pasado...

Abrazó a su hijo, escondiendo el rostro en el hueco del cuello del pequeño. Sí, todo había pasado. Pero, si era así, ¿por qué su cuerpo seguía temblando?

—Yo también me he asustado mucho —confesó Cody en un susurro—. Pensé que íbamos a volcar, pero lo hemos conseguido. —Acarició el pelo húmedo de sudor de su madre—. Somos fuertes, ¿verdad, mamá?

En la voz del niño se advertía una vacilación que a Emily le llegó al corazón. Las lágrimas regresaron con más intensidad.

—Sí, somos muy fuertes.

—Cuando sea mayor, seré tan valiente como Sam y nadie se atreverá a hacernos daño — declaró Cody con la voz de un niño que ya quería ser un hombre.

Emily asintió, profundamente conmovida por las palabras del pequeño. Gregory no solo había maltratado el cuerpo de Cody, había minado la confianza de su hijo con sus palabras cargadas de desprecio. Nunca más volvería a amenazarlos, se juró Emily en silencio. Nunca más consentiría que nadie le robara la dignidad, ni a ella ni a su hijo.

Mientras tanto, el ganado iba cruzando el río con menos contratiempos que la carreta. Instintivamente, las reses se orientaron y fueron saliendo, dejándose guiar por los jinetes. Los perros emergieron del agua y se sacudieron enérgicamente, salpicándolos a todos.

—¿Y Joshua? ¿Por qué no ha cruzado todavía? —inquirió Nube Gris, que observaba al chico en la otra orilla, solo y sin atreverse a adentrarse en el agua—. ¡Vamos! Que no tenemos todo el día.

El joven fue entrando lentamente, pero su caballo se encabritaba, nervioso, de tal forma que a duras penas conseguía controlarlo. Estaba aterrado, el corazón le latía tan rápido que sentía el eco en su garganta contraída. Al otro lado oía los gritos de ese estúpido indio increpándolo. En cuanto cruzara el río, le daría su merecido por hablarle como si fuera un cretino. Azuzó su montura, que avanzó a regañadientes.

Edna se acercó a Nube Gris con el corazón en un puño sin apartar los ojos de su hermano. Sabía perfectamente qué le ocurría a Joshua y también entendía que no hubiese dicho nada; era orgulloso y preferiría morder el polvo a reconocer que el agua le daba pavor. No sabía nadar, como ella. La noche anterior, cuando Sam explicó que iban a cruzar el río al día siguiente, Edna intentó convencer a su hermano de que admitiera su miedo, pero él le hizo jurar que mantendría la boca cerrada. Si un indio podía hacerlo, él también. Sin embargo, a la vista estaba que el miedo había acabado por dominarlo.

—¡Maldito sea! —gritó Nube Gris—. ¡Controla tu caballo pero no lo ahogues!

Edna se acercó un poco más.

—Joshua no sabe nadar —susurró sin mirarle.

—¿Qué? —inquirió Sam, que la había oído a pesar de los gritos del indio—. ¿Por qué no lo ha dicho?

Edna no supo qué contestar a punto de romper a llorar. Estaba sola entre el indio y el hombre de ojos de hielo. Si algo le ocurría a su hermano, no tendría a nadie en quien confiar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nube Gris, sobresaltándola.

Joshua seguía avanzando, pero a medida que se adentraba en el río, el pulso se le aceleró hasta resultar doloroso. Los brazos rígidos tensaban demasiado las riendas y el caballo se resentía, lastimándose con el bocado. Sin embargo, aunque sabía de sobra lo que ocurría, no podía aflojar. El agua ya le llegaba a las piernas, fría y peligrosa, enlodada tras el paso de todas las reses. Pensó que si se caía, no vería el cielo y se ahogaría allí mismo aunque el agua no le

cubriera. La cabeza empezó a latirle, la respiración se le aceleró y el sudor le recorrió la espalda como dedos viscosos.

—¿Qué has dicho? —insistió Nube Gris. Ya no gritaba a Joshua, porque estaba más que claro que algo iba mal.

—Mi hermano no sabe nadar —repitió Edna con un hilo de voz.

Sam y el indio se miraron exasperados.

—Voy yo —propuso Sam.

—No, voy yo —le rebatió Nube Gris, tirando su sombrero al suelo con brusquedad—. Quiero ver su cara de idiota cuando entienda que un indio le ha salvado el culo.

No bien hubo acabado su frase, Edna gritó. La montura se había encabritado y derribado a Joshua, que desaparecía en el agua. Nube Gris echó a correr con la cuerda que Sam le había tirado y empezó a nadar con fuertes brazadas a pesar de la corriente. No tardó mucho en llegar al chico, pero este se aferró a su cuello, amenazando con ahogarlos a los dos. No tuvo más remedio que asestar un puñetazo a Joshua, que quedó inconsciente en el río. Solo entonces consiguió atarle la cuerda bajo las axilas y regresó con la ayuda de Sam, que tiraba del otro cabo.

Joshua no tardó en recuperar la consciencia, tosió y escupió agua, tumbado de lado en el barro de la orilla. Junto a él, el indio empapado recuperaba la respiración arrodillado en el lodo. En cuanto sus miradas se encontraron, Joshua entornó los ojos.

—Me has pegado —dijo, ofendido.

—Si no lo hubiese hecho, nos habrías ahogado a los dos. ¿Por qué demonios no has dicho que no sabías nadar?

Joshua enseguida fulminó con la mirada a su hermana, que se encogió.

—No la mires así, no era necesario que nos dijera lo evidente —le recriminó Nube Gris—. La próxima vez, sé sincero. A veces el orgullo es el peor consejero.

Dicho esto, se puso en pie y se alejó sin dirigir ni una mirada a los dos hermanos.

Sam también los dejó. Tenía sus propias preocupaciones, como localizar a Emily y averiguar si se encontraba bien, porque su reacción lo había pillado totalmente desprevenido. Se acercó a Cody cuando este apareció entre los álamos.

—¿Dónde está tu madre?

El pequeño señaló con un dedo. Sam le acarició el pelo.

—Has sido muy valiente, Cody. Puedes estar orgulloso, tanto de ti como de tu madre.

Una sonrisa iluminó el rostro pecoso del niño, como si Sam le hubiese regalado el cielo.

—Gracias, señor. Voy a ver si puedo ayudar a Nube Gris o a Kirk.

Sam aprobó el plan de Cody asintiendo y se marchó por donde había señalado el niño. Conforme se fue acercando al árbol donde Emily permanecía recostada, sus pasos fueron haciéndose más cortos. ¿Qué iba a decirle? Lo ignoraba, pero necesitaba asegurarse de no haber hecho nada que la alejara de él.

—¿Emily?

Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Ella notó que el estómago se le encogía. Enseguida se secó las lágrimas con las mangas y tomó aire.

—Estoy aquí —contestó con voz todavía temblorosa.

Sam se reunió con ella y, como había hecho Cody unos minutos antes, se arrodilló a su lado. Estaba confuso porque no entendía su llanto.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, ahora sí. —Todavía no podía mirarlo a los ojos, porque entonces Sam vería cosas que Emily prefería esconder, emociones que la turbaban. Porque las lágrimas no habían sido por haberse asustado al cruzar el río, eran porque había temido perderle. Así de sencillo.

—Siento haberte asustado con lo del tronco. No era mi intención.

La voz de Sam era grave, sin ningún matiz de ironía o broma. Debajo del agua, el miedo que lo embargó no fue porque temiera por su vida; lo que le llenó de pavor fue entender que si no salía de allí no volvería a ver a Emily. Y aún se sentía aturdido por ello, como si una docena de vacas le hubiesen pateado la cabeza. Esa emoción tan poderosa le desconcertaba, no sabía qué hacer con ella, ni cómo manejarla.

—Emily, mírame —pidió con suavidad.

Ella negó con la cabeza, en silencio, de modo que Sam le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos. Lo que vio lo sacudió como un vendaval. Emily volcaba tantas emociones en esa mirada que era como si desnudara su alma ante él. Fue más de lo esperado, porque su pecho se hinchó de alegría y temor, rabia y esperanza. No se lo pensó y tiró de ella hasta que la tuvo de rodillas, pegada a su pecho. El abrazo era tan estrecho que podría haberla lastimado, pero Emily, lejos de quejarse, se aferraba a él con la misma desesperación, con el rostro contra el cuello de Sam.

—He tenido tanto miedo... Cuando he visto que no salías del agua pensé que te había perdido —balbuceaba, aferrándose a la camisa de él—. No soportaría que te pasara algo...

Sam apretó los labios contra el pelo de Emily, incapaz de articular palabra. No sabía hablar de sentimientos y los que lo azotaban en ese momento le eran desconocidos. Lo único que le importaba era tener a esa mujer en sus brazos; ni siquiera era deseo, era algo mucho más intenso, como si Emily formara parte de su ser.

Finalmente ella logró separarse lo suficiente para mirarlo a los ojos. Le acarició la barba salpicada de barro y lo peinó con delicadeza, cuidando de no tocar los arañazos que las ramas del tronco le habían dejado en el rostro. Se sentía hipnotizada por los ojos de Sam, que en ese instante no eran de un frío azul hielo, sino como una llama ardiente, azulada y profunda.

—Bésame, Sam. Bésame una sola vez... —susurró, sin importarle que el rostro se le ruborizara como una amapola. Quería saber lo que era sentir los labios de un hombre que le importara, que la miraba como si ella fuera un ángel—. Bésame —repitió con un hilo de voz.

Fue más de lo que Sam pudo soñar nunca. Se acercó a ella lentamente, sumergiéndose en su mirada. Quería verla rendirse a él, sin condiciones, sin que nadie se interpusiera entre ellos. Los labios de Emily le parecieron tan suaves como los pétalos de una flor, frágiles y tersos, tan deseables como una fruta madura. Saboreó ese primer contacto con deleite, pendiente de cada suspiro de ella, cada cambio de sus pupilas, que se dilataban por la sorpresa y el placer. Cuando Emily cerró los ojos, el beso se hizo más profundo y ella se pegó a él, como si se estuviese ahogando. Y Sam lo entendía, porque él también se estaba ahogando en ese beso que le llegaba al alma.

Emily rezó para que no acabara nunca. Era madre, había mantenido relaciones íntimas con Gregory, sin embargo eso no fue más que una obligación desagradable, carente de sentimientos. Sam, con un solo beso, le estaba regalando emociones que desconocía, que despertaban un anhelo que la abrumaba. Su cuerpo reaccionaba con intensidad, con un calor que la envolvía, que

hacía vibrar cada fibra de su ser.

Tímidamente siguió los movimientos de la lengua de Sam, se sorprendió al percibir cómo respondía él a sus intentos titubeantes y, animada por ello, se atrevió a indagar más, descubrir cuánto placer podía regalar y recibir en un beso.

—¿Mamá? ¿Sam?

La voz de Cody los hizo volver a la realidad. Se separaron sin mirarse y se pusieron en pie de un salto. Emily tropezó con el bajo de la falda, de milagro Sam logró sujetarla del brazo. Sin embargo seguían sin mirarse, aturcidos y sorprendidos por la intensidad del momento que acababan de compartir.

Cody apareció sonriente entre los árboles.

—Mamá, Kirk pregunta si podemos seguir.

—Claro —graznó ella, y enseguida carraspeó—. Claro que sí. Ahora mismo.

—Sí —fue la respuesta escueta de Sam. Él también se aclaró la garganta—. Ya va siendo hora de que sigamos, de lo contrario no llegaremos nunca a Dodge City.

Su voz sonó grave, ronca y brusca. De reojo echó un vistazo a Emily y soltó una maldición porque tenía las mejillas tan arreboladas y los labios tan enrojecidos por el beso y el roce de la barba que todos adivinarían lo sucedido. Quiso alargar el brazo y colocarle ese dichoso mechón de cabello que siempre se soltaba de la trenza, quiso pasarle el pulgar por los labios, besarle los parpados, tumbarla allí mismo y llevarla hasta el cielo.

18

Sobre su cabeza el firmamento era un manto oscuro como tinta y salpicado por millones de estrellas relucientes. En el centro, la luna era una enorme coma suspendida en el aire. A su alrededor no se oía nada excepto el suave palpitante de la noche, algún ulular, el roce de las hojas en los árboles que el viento mecía o el fluir de la corriente del río. En esa paz Nube Gris se sentó en el suelo apoyando la espalda en una roca todavía templada por el sol de la tarde. Se quedó quieto con la vista fija en el firmamento, obligándose a recordar que él, Nube Gris, era hijo del pueblo de los Hombres del Cielo, como los llamaban sus aliados, o Invnain, como se llamaban ellos mismos. Algunas veces le costaba recordar sus propios orígenes.

A pesar de su aparente indiferencia a las provocaciones de Douglas o el rechazo de los hermanos Manning, interiormente hervía de frustración. Si algunos le trataban con respeto, como Sam o Kirk, o también con cariño, como Emily, la mayoría solo lo consideraba un indio salvaje, a pesar de no saber nada de él.

Llevaba más tiempo viviendo con los blancos que con los suyos, cuya lengua apenas recordaba. Por desgracia fueron otros indios los que acabaron con su familia, ni siquiera podía culpar a los blancos de su pérdida. Los guerreros pawnees aparecieron salidos de la nada mientras los hombres del poblado arapahoe, incluyendo a su abuelo, estaban cazando búfalos. La masacre duró menos de una hora; cuando se marcharon con cuanto pudieron acaparar —caballos, pieles, mujeres y armas— apenas quedaba nada en pie. Su madre y su hermano menor yacían muertos muy cerca del tipi de la familia; su padre, uno de los pocos que se quedaron para proteger el poblado, fue de los primeros en caer. Su hermana mayor fue raptada. Nube Gris se salvó debido a que había salido a pescar. Al oír los gritos se acercó y el pavor lo paralizó. Para su eterna vergüenza, permaneció escondido entre los matorrales mientras los pawnees destruían todo cuanto amaba.

El silencio arrojó finalmente la llanura mientras el horror de lo sucedido lo traspasó como un rayo. Entonces echó a correr tan rápido como le permitieron las piernas, sin fijarse por dónde iba ni preocuparse de adónde se dirigía. Estuvo vagando durante días, o semanas, no lo sabía, alimentándose de bayas y raíces. El padre de Emily lo encontró hecho un ovillo entre matas en sus tierras, abrasado por la fiebre. Greyson no era un hombre que se dejara llevar por sentimentalismos, pero al ver al pequeño algo le conmovió y decidió llevárselo al rancho, donde Louise le atendió hasta que la fiebre remitió, aunque no así el miedo. Se aferró a ellos, incapaz de alejarse, de abandonar lo único que consideraba seguro, a pesar de estar entre blancos.

Greyson le permitió quedarse a cambio de que trabajara en el rancho. Y fue así como Nube Gris aprendió que no todos los blancos eran crueles, y también que nunca sería realmente uno de ellos. Algunos vaqueros lo trataban con indiferencia, otros con paciencia y unos pocos, pero no por ello de forma menos humillante, lo convirtieron en el blanco de todas sus bromas e insultos.

Enseguida supo que era mejor callar que devolver las ofensas, aislarse que tratar de conversar, trabajar sin descanso para caer rendido sobre una manta como único colchón, en el heno del granero. Ese aislamiento lo llevó a fijarse en Emily, la única niña del rancho. Era unos años mayor que él, y siempre andaba sola. Su madre tenía demasiado trabajo para jugar con ella y su padre no le prestaba mucha atención. No la desatendían, no la maltrataban, pero era una niña solitaria.

Curiosamente, fue ella la que se atrevió a dar el primer paso, un día se lo encontró bañándose en la charca y le habló por primera vez. Entonces él apenas si entendía el lenguaje de los blancos, aunque desde luego ya sabía lo suficiente para detectar las burlas. Sin embargo, no captó la menor maldad en las palabras de Emily. Era una niña en busca de un compañero de juego, y se sorprendió al descubrir el mismo anhelo, la necesidad de confiar en alguien.

Desde entonces Emily y Kirk, uno de los pocos vaqueros que lo trataron con respeto desde el principio, fueron su única familia. No necesitaba más, aunque desde hacía un tiempo era cada vez más consciente de que nunca tendría la suya propia, una mujer e hijos. Los indios lo despreciaban por haber crecido entre blancos y estos lo rechazaban por su raza. No encajaba en ninguna parte y ninguna mujer, ya fuera india o blanca, aceptaría a un marginado.

Un ruido a sus espaldas le hizo ponerse en pie con una mano en el arma. Escrutó la oscuridad que lo rodeaba. Todos los demás se habrían acostado ya, menos Kirk, que montaba guardia con él y estaría en el otro extremo del campamento. De modo que buscó el origen de ese ruido moviéndose en silencio. No le costó mucho localizarlo y se quedó quieto, sin saber qué hacer. Edna estaba arrodillada, abrazada a sí misma, sollozando muy bajito para que nadie la oyera.

La contempló a la luz plateada de la luna. El cabello de la joven, rubio y ondulado, le caía como hebras de oro sobre los hombros, abrigados con un chal de lana sobre el tosco vestido de algodón. No podía verlos en ese momento, porque tenía los párpados bajados en un intento de aislarse en su dolor, pero él sabía que los ojos eran azules y grandes, siempre temerosos. Soltó un suspiro de frustración al pensar que, por más que lo deseara, no sabía cómo ayudarla, porque siempre parecía a punto de echar a correr en dirección opuesta cuando se encontraban el uno cerca del otro. Aunque su experiencia con los tres atacantes sin duda la había aterrorizado, nunca hablaba de ello. Pese a la valentía de la joven, Nube Gris la oía de noche, envuelta en la manta, removiéndose en un sueño inquieto, probablemente poblado de recuerdos que la aterraban. Pero era una mujer blanca; si él se acercaba seguramente empezaría a gritar y todos, o casi todos, creerían que la había amenazado. De modo que se mantuvo a una distancia prudencial.

—¿Te has hecho daño? —preguntó en voz baja.

El llanto cesó al momento. Edna se limpió el rostro con la manga e inhaló de golpe.

—No. No me he hecho daño... Solo necesitaba estar sola unos minutos.

—Entonces te dejo...

—¡No! —Se aclaró la garganta y volvió a pasarse la manga por la nariz—. Ya que estás aquí... —Dudó, sin encontrar las palabras—. Yo quería... Esta mañana...

Le echó una mirada de reojo. Si a pleno sol le parecía peligroso, de noche, con la luz de las

estrellas creando sombras en ese rostro cobrizo, le recordaba todavía más a un guerrero. Contuvo las ganas de salir corriendo y tomó aire para infundirse valor.

—No te he dado las gracias por lo que has hecho con mi hermano.

—Si yo no hubiese ido, lo habría hecho Sam —dijo Nube Gris restándole importancia.

—Pero has sido tú... —insistió Edna, mirándolo por fin a la cara—. A pesar de saber que Joshua te...

—... desprecia —concluyó el indio con más amargura de la que habría querido expresar en esa única palabra.

Edna asintió con la cabeza, avergonzada, y se puso en pie. Nube Gris no era muy alto, pero le parecía recio como un tronco. Todos sus movimientos revelaban una extraña mezcla de fuerza y elegancia, como si no le costara esfuerzo alguno realizar cualquier tarea.

—Siento que Joshua sea tan...

—¿Estúpido? —propuso Nube Gris.

Edna alzó la barbilla, herida.

—No te consiento que hables así de mi hermano.

—Claro que no...

Sin una palabra más, el indio echó a andar hacia el ganado.

—Espera... —Edna se aferraba al chal, incapaz de imaginar qué más podía decirle, pero no quería que se fuera enfadado con ella. El porqué era un enigma—. A mí me pareces... —tragó con dificultad—, una buena persona.

Nube gris la observó en silencio unos instantes, que a Edna le parecieron horas, y acto seguido se dio la vuelta alejándose en silencio, como si los pies apenas rozaran el suelo.

Abrigado por la oscuridad, Douglas abandonaba el campamento. La excusa había sido satisfacer sus necesidades, pero tenía otro objetivo en mente. Caminó procurando no pisar ramas. Nube Gris tenía muy buen oído, así que había elegido la zona por donde Kirk vigilaba. Sin embargo, el viejo no era idiota.

Se escabulló entre los árboles y siguió hasta dar con una rama donde alguien había anudado un pañuelo rojo. Soltó una maldición. Esos imbéciles no eran muy discretos a la hora de dejar marcas indicando el punto de encuentro. Esa misma tarde casi se cayó del caballo cuando vio el señuelo. Lo arrancó de un manotazo y se lo metió en el bolsillo.

Jack y sus dos amigos lo sorprendieron clavándole la punta de un cañón en el costado.

—Douglas, es un placer recibir tu visita —dijo Jack en voz baja y burlona.

A su lado Cass y Hank también iban armados. Douglas no se amedrentó; en lugar de encogerse como esperaba Jack, se encaró a ellos.

—Lo que habéis hecho en la granja de los Manning ha sido una estupidez —empezó sin pestañear, escrutando los rostros envueltos en sombras—. Ahora ese pistolero sabe que andáis por aquí. Le oí comentárselo al indio y al viejo.

Jack señaló a su compañero.

—Es Cass, no sabe tener las manos quietas cuando una mujer anda cerca. Yo tenía pensado irme en cuanto desayunáramos, pero él quiso jugar un rato. El fuego fue un accidente.

—Pues ahora, por culpa de vuestra torpeza, todos están sobre aviso.

—Da igual —replicó Jack quitando hierro al asunto—. ¿Vas a decirnos con quién va a encontrarse la mosquita muerta para vender su ganado?

—No hasta que llegemos a Dodge City. De hecho deberíais estar allí en lugar de rondar el ganado.

—Nos alejamos ayer, pero esta noche queríamos espiar un poco más. No nos fiamos de ti.

—Ni yo de vosotros —espetó Douglas secamente—. El trato ha quedado claro, tu tío estaba de acuerdo. En cuanto llegemos a la ciudad, Emily se pondrá en contacto con el comprador. Una vez que la venta se haga efectiva, esperareis a que nosotros regresemos con el dinero. De camino al rancho, tienen que morir todos, sobre todo el pistolero, aunque sea de un tiro en la espalda. Todos menos Emily; ella tiene que pensar que ha sido una emboscada. Es mía. Nos marcharemos con el dinero que Crawford y yo acordamos.

Cass escupió toscamente a pocos centímetros de una bota de Douglas.

—¿Y por qué ha de ser solo tuya? A mí me gusta esa mujercita y no me importaría compartirla contigo; después puedes largarte donde quieras con ella.

Douglas avanzó un paso y lo único que le frenó fue el reflejo de la luz de la luna en el cañón del Colt de Jack.

—Si le pones un dedo encima, te mato.

Cass se rio tontamente.

—Lo que tú digas...

—Largaos de aquí y esperad en Dodge City.

—Eso será si me da la gana —contestó Jack con la voz gangosa que le dejó el golpe en la nariz. No tenía muy buen aspecto; el centro del rostro seguía inflamado y los moratones se habían convertido en manchas amarillentas que le daban un color enfermizo.

—No creo que a tu tío le haga gracia que echés a perder el plan. Quiere el rancho y el dinero del ganado. Si metes la pata, no me gustaría estar en tu pellejo.

Dicho esto, Douglas se fue de allí sin mirar atrás, rezando para que Jack tuviese dos dedos de frente, porque si Sam o Nube Gris daban con ellos, no volverían vivos al rancho de Crawford. Y tal vez él tampoco.

Jack lo siguió con la mirada hasta que desapareció entre los árboles. Un día antes de salir en dirección a Dodge City, Douglas se presentó con mucha audacia en el rancho Crawford con información que enfureció a su tío. Al enterarse de que la mosquita muerta se proponía sembrar trigo en sus tierras cerca del río, se puso en pie dispuesto a descargar su ira en el primer idiota que se cruzara por su camino.

Hasta entonces nadie había cercado las tierras en el condado y todas las propiedades eran espacios abiertos que permitían al ganado ir donde hubiese pasto. Sin embargo, desde hacía unos pocos años, alemanes y rusos se estaban estableciendo en los condados cercanos y convertían las tierras en cultivos vallados en un intento de protegerlas de la voracidad de los animales. De momento nadie se había atrevido a hacerlo cerca del rancho Crawford, pero si Emily conseguía llevar adelante sus planes, sería el primer paso para que muchos siguieran su ejemplo.

Las siguientes palabras de Douglas no hicieron más que echar leña al fuego. En ese momento Jack había admirado el temple del vaquero, que no pestañeó ante la furia de Crawford. Su tío desconocía la existencia del funcionario que compraba ganado con fondos del gobierno para abastecer las reservas indias. Gregory se había puesto en contacto con él dos meses antes de

desaparecer y llegó a un acuerdo que tendría lugar en Dodge City.

Aquello echaba a perder el plan de su tío, quien daba por hecho que nadie haría tratos con una mujer o que sencillamente le tomarían el pelo. Al averiguar lo que ese funcionario iba a pagar por el ganado, comprendió que Emily podría saldar sus deudas y llevar adelante su intención de plantar trigo. Eso limitaría el acceso al agua que tanto ansiaba Crawford.

Entonces Douglas se ofreció a ser el espía que Cliff Crawford necesitaba.

—¿A cambio de qué? —preguntó el rancharo con suspicacia.

—La mitad de la venta del ganado. Usted se queda con la otra mitad y con el rancho.

Crawford se lo pensó en silencio y accedió, no sin rebajar la parte de Douglas a un tercio de la venta del ganado.

De modo que Jack, Cass y Hank llevaban días pendientes de la comitiva, siempre a distancia, excepto esa noche, porque desde que dejaron atrás la casa ardiendo de los Manning, Cass buscaba a la chica como un perro en celo. De hecho a él tampoco le habría importado pasar un buen rato con ella. Lo único que los frenaban era la presencia del indio y el pistolero; por su culpa no podían acercarse al campamento y las mujeres no solían alejarse mucho.

—¿Quién se cree que es? —escupió Cass.

—¿Te fastidia que no te deje a la mosquita muerta? —replicó Jack con ironía—. Pues deberías dejarte los pantalones puestos de vez en cuando, al menos de momento. Ya tendremos nuestra oportunidad.

—¿Entonces nos vamos directos a Dodge City? —preguntó Hank.

—Haré lo que me apetezca —sentenció Jack—. No pienso permitir que un cretino me dé órdenes.

Douglas se acercó al fuego y se metió bajo su manta sin perder de vista a Emily, que dormía junto a su hijo. Por fin veía la manera de hacerla suya sin que nadie se interpusiera su camino. Durante meses, mientras Gregory estuvo en el rancho, se conformó con mirarla de lejos. Desde el primer día supo que el patrón era un hombre peligroso y se mantuvo a distancia de su familia. Pero esa lejanía no había hecho más que avivar la atracción que esa mujer ejercía sobre él. El deseo que le inspiraba era como un fuego que lo consumía por dentro.

En cuanto Gregory desapareció, vio la oportunidad de acercarse, sin embargo el indio y el viejo velaban por ella como dos perros guardianes. Y el colmo fue la llegada de Truman. No era idiota, intuía que algo sucedía entre ellos. Los observaba con discreción, consciente de las miradas de Emily, cargadas de anhelo. Ella no sabía mentir, y lo que Douglas detectaba en sus ojos lo enfurecía. Estaba decidido: ella sería suya y de nadie más.

Por eso se presentó en el rancho Crawford. El plan propuesto le permitía romper cualquier lazo afectivo con los demás, de forma que la tendría sola y rota por el dolor de la pérdida de lo que ella consideraba su familia. Emily ni siquiera tendría la oportunidad de volver al rancho, porque sin el dinero de las reses, también lo perdería. Un plan perfecto.

19

Emily agradecía que Edna se hiciera cargo de la carreta, lo cual le permitía ir a caballo junto a los hombres. Aunque eso supusiera un esfuerzo agotador, siempre era preferible a permanecer sentada, con horas por delante para pensar. Desde el beso, apenas si conseguía estar más de veinte minutos sin mirar a Sam. En su mente se repetía la escena una y otra vez, evocando el calor del abrazo, la suavidad de las caricias o el mareo que casi la dejó sin fuerzas cuando tuvo que separarse de Sam al oír la llamada de Cody.

Era una mujer casada y debería haberse sentido avergonzada, pero, al fin y al cabo, y para su mayor mortificación, fue ella quien le pidió que la besara. En ese momento le pareció correcto. Sin embargo, cuando las emociones se fueron asentando, vio con claridad la locura que la había llevado a los brazos de Sam. Desde entonces le echaba ojeadas sin atreverse a mirarlo a los ojos.

La noche anterior se reunieron todos en torno a la hoguera para cenar. No supo si fue fortuito o no, pero se encontró sentada a su lado, percibiendo el calor del cuerpo grande que se movía abarcando todo lo que le rodeaba, como si su aura necesitara más espacio que la de los demás. Emily sospechaba que no era otra cosa que su propio calor por tenerlo tan cerca.

La noche fue larga y le costó dormirse, así que supo cuándo Douglas se alejó del campamento y cuándo regresó. Fue consciente de los pasos sigilosos de Edna, que estuvo ausente un tiempo que le pareció largo y preocupante. Estuvo considerando la posibilidad de ir en su busca hasta que la oyó acostarse no muy lejos de donde se encontraba ella. Los ruidos de la noche le parecieron más inquietantes, la oscuridad que les rodeaba, más allá del resplandor del fuego de la hoguera, profunda y peligrosa, y por encima de todo, fue sensible a la presencia de Sam, aparentemente dormido envuelto en su manta.

¿Cómo podía dormir cuando ella vibraba con cada respiración? ¿Acaso el beso no había tenido la misma importancia para él? Aquella duda le revoloteaba en la cabeza desde entonces, y este fue el motivo de que saltara de alegría en cuanto vio que podía ir a caballo.

La pradera parecía no tener fin, salpicada de bosquecillos de arces y nogales. El cielo despejado anunciaba un día caluroso a pesar de estar aún en primavera, lo que auguraba horas sufriendo el azote del polvo y la irritación causada por el sudor en cada centímetro de piel que quedara al descubierto. En lo alto divisó una sombra planeando. Se protegió los ojos con una mano en forma de visera y admiró el vuelo elegante de un águila calva. Tan absorta estaba en su contemplación que no oyó que alguien se acercaba.

—Ponte un sombrero o te quemarás la cara.

La voz autoritaria de Sam la sobresaltó y se aferró con más fuerza a las riendas.

—Me da calor.

Él negó en silencio y, sin más explicaciones, estiró el brazo y le colocó sobre la cabeza el sombrero de ala ancha que colgaba en la espalda de Emily. Se lo encasquetó con decisión y le agitó un dedo bajo la nariz de manera admonitoria.

—No quiero estar pendiente de ti como si fueras una niña.

Aquellas palabras la indignaron. Se enderezó cuanto pudo sin caerse del caballo, que se removió intranquilo.

—No soy ninguna niña.

La sonrisa lenta y perezosa de Sam la pilló desprevenida, porque hasta ese momento él también había evitado quedarse a solas con ella.

—Lo sé, y por eso te vas a portar como una mujer sensata y responsable. Protégete del sol, no te alejes, no te rezagues. Si tienes una emergencia, lo que sea, avisa a quien esté más cerca de ti, pero bajo ningún concepto te quedes sola.

—¿Crees que esos hombres, los de Crawford, andan cerca?

—No es que lo crea, lo sé. Lo que ignoro es a qué esperan. Han tenido oportunidades de crear problemas, sin embargo se conforman con merodear de lejos como chacales esperando los restos de la carnaza.

—¿No podemos hacer nada?

—Podríamos explorar los alrededores, pero eso nos retrasaría y tendríamos que dividirnos. Tal vez sea precisamente lo que esperan. Si lo hiciéramos, eso dejaría el ganado desprotegido. No somos muchos para tantas reses, cada uno tiene su cometido. Creo que lo mejor es seguir adelante, tratar de llegar cuanto antes a Dodge City y vender el ganado. El problema también estaría a la vuelta.

—El dinero —musitó Emily, cada vez más preocupada.

—Sí, y es más lógico. Es arriesgado robar ganado marcado, pero el dinero desaparece enseguida. —Sam se encaminó hacia la cola de la comitiva con Emily a su lado—. De hecho, eso es lo que yo haría: esperararía que vendieras las reses y te robaría el dinero.

Emily le echó una mirada de soslayo, buscando algún indicio de si lo decía para asustarla.

—Sam, algunas veces creo que te empeñas en que te vea como el mismísimo demonio.

La respuesta fue una sonrisa sesgada de su compañero, lo que incrementó su aspecto de hombre despiadado, con el sombrero de ala ancha ligeramente caído sobre la frente y la barba tupida, que no hacía más que realzar los ojos claros.

—Y tú no puedes evitar parecer un ángel —replicó, dejándola sorprendida.

De Sam se habría esperado cualquier cosa, pero que la comparara con un ángel la dejaba sin palabras. Tardó unos segundos en reaccionar, todavía aturdida por la alegría.

—¿Y sueles besar a muchos ángeles? —preguntó antes de que su mente acertara a censurar sus palabras.

La sonrisa regresó, pero en su mirada brillaba de nuevo el fuego azul que la hipnotizó segundos antes de besarla tan solo un día antes.

—No, señora, aunque hubo unas cuantas que se parecían mucho a un ángel hasta que sacaban las uñas.

Emily achicó los ojos mirando al frente. No quería que vislumbrara los celos que palpitaban

como fogonazos en su interior. Imaginar a Sam tomando a otras mujeres entre sus brazos se le antojaba insoportable. Soltó un suspiro de fastidio. No tenía ningún derecho a sentirse tan posesiva con el pasado de Sam, pero ¿qué pasaba con su futuro?

—No me arrepiento del beso de ayer —susurró sin atreverse a ver qué decían los ojos de Sam.

El silencio la impulsó a volverse. A su lado él clavaba la mirada al frente con el rostro inexpresivo. Emily agachó la cabeza. No debería haber sacado a relucir el beso, era una chiquillada. Para Sam no había sido más que uno de tantos en su larga vida, y teniendo en cuenta la escasa experiencia de ella, a juzgar por las recriminaciones de Gregory, habría sido el peor beso que jamás le hubiese dado una mujer.

—Yo tampoco.

Había tardado tanto en contestar que Emily se quedó desorientada, sin estar segura de si contestaba a sus palabras. Fue la mirada azul la que le confirmó que Sam y ella pensaban en lo mismo. Pero el momento apenas duró unos segundos, porque Nube Gris dio un grito y los dos advirtieron que un becerro y su madre se quedaban rezagados pastando tranquilamente. Sam volvió a prestar atención a *Rufián* y cabalgó hacia los dos animales, dejando a Emily dividida entre la más absoluta felicidad y el miedo a que un día Gregory volviera a su vida.

Un recodo en el río Smoky Hill fue el emplazamiento perfecto para pasar la noche. Emily se apeó de *Sansón* con un quejido involuntario. Le dolía todo el cuerpo y cada paso le pareció un suplicio hasta que los músculos se fueron relajando. Ayudó a Kirk a organizar el campamento con la ayuda de Cody y los hermanos Manning, mientras los demás se encargaban de los caballos junto a la orilla.

—Creo que podríamos probar suerte y echar el anzuelo para ver si esta noche podemos cambiar la cena —propuso Nube Gris al acercarse—. Empiezo a aborrecer la carne, sea como sea.

—Yo te ayudo —se ofreció Cody con los ojos brillantes de anticipación.

Edna buscó los ojos de su hermano esperando que se ofreciera, ya que a Joshua se le daba bien la pesca y siempre conseguía buenas capturas. No obstante, este se alejó sin emitir ni una sola palabra. Decepcionada, la joven agachó la cabeza. Nube Gris le había salvado en el río, sin embargo, Joshua seguía resistiéndose a admitir que le debiera algo a un indio.

—Yo voy a buscar un cubo para meter todas las truchas que saquéis del río —propuso ella, con la intención de aportar su granito de arena a la cena.

Ignoró la mirada airada de Joshua y fue a la parte trasera de la carreta. Allí se encontró con Emily, quien se proponía ir al río para hacer la colada. Esta la recibió con una sonrisa.

—Pídele a Nube Gris que te enseñe a pescar. A mí me enseñó cuando éramos pequeños y se le da muy bien. —Se rio mientras sacaba el cubo que la chica necesitaba—. Era nuestro acuerdo: él me revelaba todos los secretos de la pesca o cómo poner trampas, y a cambio yo le enseñaba a leer y escribir. Le repetía como un loro todas las lecciones que recibía de mi madre.

Edna ladeó la cabeza y buscó al indio, que en ese momento estaba hablando con Sam.

—¿Quieres decir que os habéis criado juntos?

—Bueno, no del todo. Yo tendría unos once años cuando mi padre encontró a Nube Gris, solo y enfermo, y desde entonces ha estado conmigo. —Emily le tendió el balde y la miró a los ojos—. Es un buen hombre, no te fijas solo en el color de la piel. Es noble, leal y generoso.

Edna agachó la cabeza sin saber si Emily le estaba pidiendo algo o si esperaba una respuesta. Llevaba dos días observándolo cuando él no se daba cuenta y su opinión con respecto a Nube Gris iba cambiando a medida que lo conocía mejor. Pero mientras su hermano se negara a aceptar que no era un salvaje, le sería imposible indagar un poco más. De hecho, ir a pescar con él le supondría discutir con Joshua. Como no se sentía segura de lo que debía decir, prefirió cambiar de tema.

—¿Quieres que te ayude con la colada?

Emily frunció ligeramente el ceño, pero sonrió.

—No, ve y traed mucho pescado, porque estamos todos famélicos.

La observó mientras se alejaba en pos de Nube Gris y Cody, que charlaban animadamente entre risas y empujones. Edna le caía bien. Era una chica dulce que le recordaba algo de ella. Por desgracia su hermano la controlaba demasiado, como si la chica fuera una propiedad. Era evidente que los dos se querían y estaban pendientes el uno del otro, pero Joshua ahogaba cualquier iniciativa de la joven.

Miró por encima del hombro cuando oyó a Kirk andar entre rezongos.

—¿Qué te pasa?

—Me duele la pierna —se quejó el viejo con una mueca.

Emily se acercó a él y le peinó inútilmente el pelo alborotado.

—Esta noche puedo montar la guardia en tu lugar. Descansa y duerme toda la noche.

Kirk abrió los ojos como platos de pura indignación.

—¿Estás loca, mujer? No puedo consentir que hagas una cosa así. Además, tienes tan mala puntería que podrías acabar matando a cualquiera de nosotros si te asustaras.

—Gracias por tu voto de confianza —replicó Emily.

Kirk se rio por lo bajo.

—No hay mejor sirope de arce en todo el condado que el tuyo, incluso montas a caballo mejor que muchos hombres, pero eres un desastre con un revólver.

En un arranque de ternura que Kirk escasas veces dejaba entrever, le pellizcó una mejilla.

—Estoy orgulloso de ti, pequeña. Algunas mujeres se habrían quedado en casa esperando que sus problemas se solucionaran solos, pero tú has tenido valor suficiente para decidir llevar el ganado a Dodge City. Tu padre se habría sentido muy orgulloso de ti, tanto como si hubieses sido un varón.

Las palabras del anciano conmovieron a Emily, que apretó los labios en un lastimero intento de reprimir las lágrimas que le empañaban la mirada. Su padre no fue un hombre cariñoso, nunca tenía tiempo para ella, y Emily siempre sospechó que habría preferido tener un hijo, un digno heredero para el rancho.

—¿Tú crees?

—Desde luego. Greyson tenía sus defectos, lo sé, pero siempre supo reconocer el mérito de los demás..., al menos antes de perder a Louise.

Sus palabras se perdieron en un suspiro, porque los dos recordaban al hombre derrotado por la pérdida de su esposa, la única persona capaz de arrancarle una sonrisa y de sacar el lado más bondadoso que se escondía tras la fachada de insensibilidad. Y en un mutuo acuerdo, ninguno de los dos hizo referencia a Gregory, que se aprovechó de la debilidad de Greyson para campar a sus anchas en un rancho que no le pertenecía aún, y encima despreciar a Emily, aunque sin ella

nunca habría logrado su objetivo.

Al oír unos pasos a sus espaldas, se recompusieron al momento y vieron que Sam se acercaba a ellos. Truman los observó detenidamente, sobre todo a Emily, que lucía un brillo sospechoso en los ojos.

—¿Va todo bien? —inquirió, suspicaz.

—De maravilla —le aseguró ella con una sonrisa trémula—. Le estaba diciendo a Kirk que descansara esta noche, porque le duele la pierna.

Kirk fue a protestar, pero Sam alzó una mano para acallararlo.

—Tiene razón. Cojeas cada vez más y, si no descansas, al final llegarás a Dodge City arrastrándote. Emily y yo haremos la última guardia. —Buscó a su alrededor hasta que vio a Joshua—. Josh, harás la primera guardia con Douglas.

El joven asintió sin mucho entusiasmo. Hasta entonces había dormido a pierna suelta toda la noche, pero Sam opinaba que ya era hora de hacerle partícipe del trabajo que suponía vigilar el ganado. No era necesario ser un lince, con tener los ojos bien abiertos era suficiente.

—¿Quién te ha nombrado el jefe de todos nosotros?

Douglas, cuya voz les llegó desde el otro lado de la carreta, apareció al momento con el ceño fruncido y la airada mirada clavada en Sam. La inquina era tan evidente que Emily estuvo a punto de retroceder, pero enseguida se esforzó por mantenerse erguida.

—Sam hace lo que es mejor para todos nosotros. Dime una sola cosa que nos haya perjudicado. Hace más guardias que nadie, algunas noches apenas descansa y nadie le ha oído quejarse. —Según iba defendiendo a Sam, la voz de Emily iba tomando un cariz cada vez más autoritario e indignado por la actitud de Douglas—. Apruebo cada una de sus decisiones, y espero lo mismo de todos vosotros. —Echó una mirada a Joshua—. Sam te ha dado una orden y sigues ahí plantado. ¿A qué esperas? —Volvió su atención a Douglas—. Y lo mismo te digo.

Los dos se alejaron, pero Douglas echó una última mirada a la pareja y Emily se estremeció por el odio que captó en sus ojos.

—Está cada vez más arisco —señaló Kirk—. No me gusta su actitud. Deberíamos vigilarle.

Sam asintió sin pronunciar palabra. De momento le importaban poco las miradas cargadas de odio de Douglas, no era la primera vez que un hombre se enfrentaba a él. Sin embargo las palabras de Emily todavía le retumbaban en los oídos. Su confianza era ciega, y su lealtad, abrumadora.

—¿Sam?

La voz interrogante de Kirk lo sacó de sus cavilaciones.

—Sí —contestó distraído—. Habrá que echarle un ojo. Y tú descansa —ordenó a Kirk—. Emily, montaremos guardia, pero primero iremos a por leña para la lumbre.

Era consciente de su tono autoritario, pero estaba demasiado turbado como para controlarse. Algo hervía en su interior, algo que pugnaba por salir sin averiguar si era bueno o malo.

—Pero iba a hacer la colada —adujo Emily.

—Por una vez, que la haga Edna. ¿Dónde se ha metido?

—La he mandado a pescar con Nube Gris y Cody.

—Pues ya te ayudaré yo después de recoger la leña.

—¿Tú? —exclamó Emily, atónita. Imaginarse a Sam lavando la ropa en el río le parecía tan inconcebible como verle andar sobre las manos.

Él le echó una mirada retadora.

—He sabido arreglármelas durante muchos años sin una mujer o una madre que me hicieran la colada. No creo que sea una tarea tan difícil.

Kirk se rio mientras se alejaba con su paso irregular.

—Un hombre haciendo la colada —farfullaba entre risitas, como si Sam hubiese decidido ponerse lacitos en la barba—. Vivir para ver... lo que me faltaba...

20

En el río, Edna se mantenía apartada de Cody y Nube Gris, pero no les quitaba el ojo de encima mientras el indio ayudaba al chico a colocar el anzuelo en el pequeño gancho de hierro. Arrugó la nariz cuando vio la lombriz agitarse ensartada y pensó que eso no podría hacerlo, aunque sí le apetecía lanzar el hilo y sentir el tirón de la presa. Se acercó un poco más para curiosear, olvidando la distancia que mantenía siempre entre ella y Nube Gris.

—¿Ya puedo lanzarlo? —preguntó Cody, que se removía de impaciencia—. ¿Ya?

Nube Gris se rio y le revolvió el pelo.

—Está bien, Conejo Impaciente.

El niño soltó una carcajada al oír el nombre que Nube Gris le había asignado. Le gustaba que lo comparara con un conejo, porque siempre disfrutaba viendo a esos animalillos corriendo veloces por la pradera.

Edna sonrió. La alegría de Cody era contagiosa y deseaba compartir el momento de diversión, pero su timidez la frenaba.

—¿Quieres probar?

La voz de Nube Gris le llegó muy cerca. No se había fijado en los ojos bordeados de espesas pestañas negras y coronados por unas cejas rectas, como dos firmes trazos de carbón. Siguió estudiando los rasgos angulosos pero no carentes de armonía. Los pómulos altos le conferían un aire orgulloso, así como la curva cincelada de la barbilla, y la boca le pareció casi delicada en un rostro tan masculino. De repente se dio cuenta de que llevaba un buen rato estudiándole. Al momento notó que el rostro se le encendía hasta sofocarla y dio un paso atrás.

—No... No he pescado nunca —balbuceó sin atreverse a mirarlo a la cara. Se centró en Cody, que manejaba el sedal ajeno a su turbación.

—Es fácil —aseguró este hinchando pecho—. Hasta una chica puede pescar. Mi madre lo hace y no le da asco coger lombrices. Eso es muy importante, ¿verdad, Nube Gris?

El aludido ladeó la cabeza preguntándose por qué estaría Edna tan acalorada. Al tenerla tan cerca constató que la chica era como un rayo de sol pálido y delicado. No tenía una belleza clásica, pero sí femenina, un rostro dulcemente redondeado como el de una niña. Lo que más le llamaba la atención eran los ojos, tan claros. Si bien los de Sam infundían respeto, los de Edna eran cálidos, como aguas mansas salpicadas de rayos de luz.

—Cody tiene razón, es muy sencillo. Si te da asco poner la lombriz, ya lo haré yo.

Las mejillas de Edna se tiñeron de rojo, aunque esta vez de placer.

—No me importaría intentarlo...

Nube Gris se agachó y se dispuso a preparar el anzuelo. A su lado la joven se colocó de cuclillas, pendiente de sus gestos.

—¿No te da pena la lombriz?

Los hombros del indio se sacudieron ligeramente.

—¿Te dieron pena los conejos que cenamos ayer?

—Oh... No se me había ocurrido, pero es que... —tosió sintiéndose pueril, aun así estaba decidida a decir lo que pensaba—, es que siempre he pensado que con todo lo que el Señor ha puesto sobre la tierra, como la fruta o la verdura, las bayas, la miel, la leche..., no entiendo por qué tenemos que matar para comer carne.

Se puso tan colorada que Nube Gris pensó que estallaría en llamas, y permaneció en silencio esperando a que siguiera.

—No soportaba cuando mi madre me mandaba matar un pollo. Joshua era el que siempre lo hacía, porque yo no podía... —concluyó, avergonzada.

—Todo tiene un equilibrio. Si nadie cazara a los conejos, por ejemplo, camparían a sus anchas en la pradera, comiéndose todo el pasto. Entonces dejarían a los bisontes sin nada y estos se morirían de hambre. La trucha se come la lombriz y el oso se come la trucha. Matar para comer no es crueldad. Forma parte de un ciclo natural. Pero matar para enriquecerse o como pasatiempo es degradarse y degradar nuestra tierra.

El razonamiento de Nube Gris la hizo sonreír. En cierto modo le recordaba las fábulas de Esopo que su madre le leía, llenas de lecciones.

—Tienes razón.

—Bien, pues ahora te toca contribuir a la cena. —Le colocó la caña entre las manos y le indicó dónde ponerse y cómo lanzar el anzuelo. Después dio un paso atrás y esperó.

Edna temblaba de excitación por el simple hecho de hacer algo por sí sola que nada tuviese que ver con las tareas domésticas a las que se veía condenada. Se mordió la punta de la lengua y lanzó como Nube Gris le indicó. Cuando hubo acabado esperó con la mirada fija en el punto donde flotaba el corcho.

—Y ahora ¿qué? —inquirió, impaciente.

Fue la risa de Cody la que le contestó.

—Hay que esperar a que pique un pez.

—¿Eso es todo?

Nube Gris se tumbó a la sombra de un álamo y se dispuso a mordisquear una brizna de hierba. Estaba disfrutando más de lo esperado con el entusiasmo de Edna, era casi tan infantil como Cody.

—Despertadme cuando piquen. Id con cuidado, que los peces son muy listos y podrían robar el señuelo.

Edna se concentró en vigilar el hilo que flotaba mansamente en la superficie del agua. El silencio era apaciguador y el aire olía a primavera. Por primera vez en mucho tiempo se relajó, con una sutil pompa de felicidad alojada en el pecho. Perder a sus padres en tan breve tiempo y después la casa la había dejado aterrada, y el recuerdo de lo que esos hombres estuvieron a punto de hacerle seguía atormentándola. No obstante, empezaba a contemplar el futuro con algo de esperanza, aunque ignoraba lo que le deparaba el destino en cuanto llegaran a Dodge City. Irse a

vivir con una tía a la que apenas conocían la inquietaba. No, en ese momento viviría pendiente de la caña y del hilo, disfrutando de la brisa y la compañía de Cody y Nube Gris.

—¡Edna! —gritó Cody—. ¡Mira!

El corcho se hundía en el agua, delatando la presencia de un pez.

—¿Qué tengo que hacer? —gritó Edna, con los ojos desorbitados.

—Tira, Edna —le aconsejó Cody, que había soltado su caña y pegaba saltos a su alrededor—. ¡Corre, se te escapa!

—No puedo, no sé qué hacer —balbucía con la caña bien aferrada entre las manos y los pies clavados en el suelo embarrado de la orilla.

Nube Gris se puso en pie sin prisas y se situó tras ella.

—Tranquila. Ahora tira suavemente y atrae el pez hasta la orilla.

Edna asentía, nerviosa y espoleada por el éxito obtenido en su primer intento. Se dejó guiar por el indio hasta que la trucha salió del agua, resplandeciente con colores iridiscentes.

—¡Es enorme! —exclamó Cody.

—¡Cody, que pican! —gritó a su vez Edna.

El niño apenas tuvo tiempo de agarrar su caña y empezó a tirar entre risas. Esa vez Edna también se rio feliz mientras el niño sacaba su reluciente pieza. Con los pescados en las manos, midieron el tamaño de cada captura entre burlas al tiempo que las truchas daban los últimos coletazos.

Detrás Nube Gris los contemplaba con una sonrisa en los labios.

Las risas llegaron a Emily, que no muy lejos de allí miró por encima del hombro, envidiando el alborozo proveniente del río. Suspiró volviendo a su tarea junto a un Sam meditabundo. Había esperado que nada más desaparecer entre los árboles, la tomara entre sus brazos y la besara, pero su compañero parecía sumido en sus propios pensamientos a unos pasos de ella. Frustrada, se alejó sujetando en la mano una fina rama, que descargaba golpeando los troncos. Eso era mejor que empezar a gritar, porque no se sentía con paciencia suficiente para hablar con serenidad. Sam era un hombre complejo que tan pronto la comparaba con un ángel como la ignoraba. Eso cuando no la sorprendía con su razonamiento de hombre acostumbrado al peligro. Le echó una ojeada. Había comprobado que siempre iba armado, con el sombrero calado de manera que no le vieran los ojos si él no lo deseaba. Andaba con largas y tranquilas zancadas, como si fluyera como el aire. No tropezaba, nunca vacilaba. Para ser tan corpulento, se movía con una suavidad engañosa, pensó al recordar con qué rapidez se había deshecho del sobrino de Crawford y sus dos amigos. Soltó un suspiro de desilusión y decidió que no soportaba un minuto más el silencio.

—¿Sam?

—¿Hum?

Emily entornó la mirada al ver que Sam ni siquiera se molestaba en articular una respuesta.

—¿He hecho o he dicho algo que te haya molestado? Porque llevamos un buen rato recogiendo leña sin decirnos nada. De hecho, tenemos tanta que bien podríamos venderla. —Se puso con los brazos en jarras—. Señor Truman, eres un hombre difícil de entender.

El aludido ladeó la cabeza. Justo donde se encontraba Emily un rayo de sol se colaba entre el ramaje y la iluminaba con un halo dorado que la convertía en una hada del bosque, etérea, bonita

e increíblemente deseable. Ella dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y siguió andando sorteando los obstáculos. Sam admiró el delicado balanceo de las caderas que la falda pantalón delineaba, se fijó en la cintura y subió por la espalda perfectamente silueteada por la camisa. La trenza se balanceaba con cada paso, una gruesa mata de cabello castaño con hebras caobas. Todas las noches la espiaba con discreción cuando se cepillaba las tersas ondulaciones, pero luego ella se lo peinaba de nuevo en una apretada trenza que escondía la belleza de su melena. Se moría por comprobar el tacto del cabello de Emily y enterrar el rostro en él, aspirar su aroma y mucho más. La tentación fue superior a sus fuerzas, llevaba demasiado tiempo reprimiendo el impulso de abrazarla y besarla de nuevo. En dos zancadas la alcanzó y le soltó el fino cordón de cuero que usaba para sujetarse la trenza.

Emily soltó una exclamación de sorpresa.

—¿Qué estás haciendo?

—He intentado ser un hombre honrado, pero no lo soy. Si lo fuera me alejaría de ti, porque eres una mujer casada —gruñó sin parpadear, con la mirada clavada en los ojos de Emily.

Ella tragó el nudo de emociones que le atoraba la garganta y dio un paso hacia Sam.

—A pesar de estar casada con Gregory, no me siento ligada a él. Nunca más volveré a ser su esposa, nunca más, aunque regrese. Ya no soy la misma, ya no soy una niña asustada. Mi hijo se lo merece y yo también. He aprendido a respetarme, a confiar en mí. Y sé lo que quiero —susurró finalmente, acercándose un poco más—. Quiero que me beses.

Sam enmarcó el rostro de Emily con las manos y acercó los labios tanto que ella sintió su aliento templado sobre los suyos.

—Llevo más de diez años solo, no sé cómo comportarme con una mujer como tú, pero eres mi primer pensamiento nada más despertarme y el último antes de dormirme. Y por primera vez en mucho tiempo tengo miedo, miedo de lastimarte, de perjudicarte, sin embargo soy incapaz de alejarme de ti. Me has robado la cordura, Emily.

La envolvió en sus brazos y le brindó un beso voraz, lleno de anhelos y emociones turbulentas que la dejó sin aliento. Las manos de Sam acariciaron la espalda hasta bajar a las nalgas y apretarlas contra su cuerpo, al tiempo que su lengua la seducía con caricias húmedas, envolventes y enloquecedoras. Cuando la oyó emitir un gemido apenas audible, sintió una llamarada que lo inflamó como una antorcha. Necesitaba tenerla más cerca, tan cerca que le llegara al corazón, que palpitaba de manera alocada.

Emily se aferró a sus hombros porque el suelo bajo sus pies y el bosque entero de repente habían empezado a oscilar. Todo desaparecía a su alrededor, solo quedaban ellos dos envueltos en un manto de pasión y ternura, de fuego y frenesí. Todo en ella respondía a Sam, el cuerpo le temblaba incontroladamente, vibrante de una necesidad hasta entonces desconocida.

Sam puso fin al beso y apoyó la frente contra la de Emily.

—Ojalá te hubiese conocido hace años —susurró con la respiración entrecortada.

—Yo no sería una mujer casada...

—Y yo sería otro hombre...

Durante unos minutos se miraron a los ojos, perdidos en los deseos que no se cumplirían, hasta que Emily notó un torrente de rabia que brotaba de su interior. No quería perder lo que Sam representaba para ella, porque él era la fuerza que le permitía ser esa nueva mujer. Por él se sentía capaz de vencer cualquier prejuicio.

—Yo no conozco al hombre que fuiste hace años, conozco al de ahora, y este es el que me parece digno de respetar y admirar. No me importa quién fuiste, solo me importa la persona que ahora mismo está delante de mí.

—Para todos eres la esposa de Gregory. Ante la ley eres suya, tiene todos los derechos sobre su mujer.

—¿Y no cuenta que me hiciera infeliz, que me despreciara, que no amara a su propio hijo?

Llevado por una ternura desconocida para él, le acarició la mejilla, al tiempo que le sujetaba la barbilla con la otra mano.

—Te has convertido en una pequeña guerrera, valiente y tenaz.

—Recuerda que fuiste tú quien me enseñó a enfadarme —señaló con una sonrisa temblorosa.

La besó en los párpados, un sutil roce, después fue bajando por la nariz hasta rematar la caricia con un dulce mimo a sus labios. Una caricia que se desvaneció demasiado rápido.

—¿Qué harás después de Dodge City? —preguntó ella con el corazón agitado por la incertidumbre.

—Volveré con vosotros y me quedaré hasta estar seguro de que Crawford no te crea problemas.

—¿Y después? —susurró al filo del llanto.

—No lo sé —replicó, envolviéndola en sus brazos—. Llevo demasiado tiempo viviendo al día, sin pensar en lo que haré mañana. Prever más allá me resulta imposible.

Emily bajó los párpados, reprimiendo las lágrimas. Solo lo tendría a su lado unas pocas semanas más; después desaparecería de su vida porque era una mujer casada con otro hombre.

—¿Y si Gregory no volviera nunca?

Sam le acarició el pelo con los labios.

—No lo sé, Emily. De verdad espero que no regrese, porque si lo hiciera y te tocara un pelo, le mataría. Entonces Cody ya no me vería como ahora, nunca podría mirarle a los ojos. Lo más sensato es que me vaya en cuanto vea que todo está en orden.

Emily escondió el rostro contra el cuello de Sam para que él no viera las lágrimas y deseó que Gregory estuviese muerto. Aun estando lejos, seguía robándole la felicidad. La tristeza se tornó coraje, porque de nuevo eran los demás quienes tomaban las decisiones. Esa vez era Sam el que pensaba por ella, como si siguiera siendo una niña incapaz de tomar las riendas de su futuro. Se separó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—¿Y lo que yo quiera no importa?

Sam soltó un suspiro de cansancio.

—Si me quedara no haría más que crearte problemas.

Exasperada, Emily dio otro paso atrás, abandonando el reconfortante calor del abrazo. El arrebato que la sacudía por dentro le impedía permanecer arropada por Sam, aunque fuera lo que deseaba. Era la nueva Emily, una mujer que no agacharía la cabeza nunca más.

—Pero sigues sin tener en cuenta mis deseos. —Para sorpresa de Sam, le asestó un puñetazo en el hombro que no lo alteró en lo más mínimo, lo que la enfureció aún más—. Eres como todos los hombres de mi vida, como mi padre o Gregory, que decidían por mí porque me consideraban incapaz de luchar mis propias batallas. Me he dejado pisotear, pero eso ya se acabó. No dejaré que un hombre vuelva a decidir por mí. Sam, eres un amigo; más que un amigo, eres lo que deseo. Pero si estás dispuesto a alejarte de mí pensando que me haces un favor, puedes

desaparecer en cuanto te pague en Dodge City. ¿Me oyes? Ya me las arreglaré sola.

—Emily... —La voz de Sam sonaba a advertencia—. No digas tonterías, estás alterada.

Emily entornó los ojos, con las aletas de la nariz dilatadas y los labios apretados.

—Cuando un hombre defiende lo que cree correcto, se le considera cabal. Cuando una mujer lo hace, se la tacha de histérica y caprichosa. Pues una vez más estás equivocado: nunca en toda mi vida me he sentido más segura de mí misma. No estoy alterada —concluyó con una patada al suelo—. Me siento perfectamente en mis cabales, ¿me oyes?

Y sin más, dio media vuelta para alejarse a largas zancadas, dejándolo aturdido por el arranque de genio. Nunca se le había dado bien desentrañar la mente femenina, pero verse las caras con una mujer enfadada se le antojaba un quebradero de cabeza. Por primera vez estaba pensando en otra persona que no fuera él, quería protegerla de las críticas y la suspicacia ajenas, y sin embargo Emily reaccionaba como si la hubiese tirado a un foso lleno de serpientes. Ahora estaba enfadada con él. Era más sencillo ser egoísta y no escuchar la voz de la conciencia.

21

Era todavía noche cerrada cuando Emily se arrastró fuera de la manta. Le tocaba guardia y se enfrentaba a ello con una mezcla de sentimientos que la había mantenido despierta gran parte de la noche. Aceptó con un gruñido de agradecimiento la taza de café que Nube Gris le tendía, pero al dar el primer sorbo estuvo a punto de atragantarse con el líquido ardiente que se deslizó por su garganta hasta caer como una bola de fuego en el estómago.

—Cuidado, quema —le dijo un poco tarde el indio con una sonrisa en los labios.

—Gracias por avisar —espetó ella con voz ahogada—. ¿Qué haces levantado a estas horas? Esta noche no te tocaba guardia.

—Me he despertado hace un buen rato y he preparado café. Sam ya está junto al ganado. Me ha dicho que, si estás de acuerdo, yo podría hacer tu guardia.

Emily entrecerró los ojos, irritada.

—Dije que haría la guardia esta noche y la haré.

Se puso en pie y se bebió lo que quedaba en la taza con una mueca. Caminó hasta el carromato para coger el cinturón con el Colt en su funda. Se lo colocó con gestos precisos y fue hacia la mancha oscura que formaba el ganado en la pradera, donde sin duda estaría Sam. Ignoraba cómo se comportaría con ella, porque desde que regresaron de recoger leña, apenas si se habían dirigido la palabra. Incluso Emily tenía que admitir que se había mostrado brusca con él. El hecho no había pasado desapercibido a los demás, que los espionaron sorprendidos... Todos menos Douglas, quien los observó con una sonrisa de satisfacción en los labios.

Lo localizó al instante, recostado contra un árbol. Decidió que no quería verle la cara de momento. Seguía enfadada con él por ser tan terco, por haber decidido sin contar con ella lo que era mejor para ambos. Con todo, a pesar de la indignación, sus emociones seguían bullendo en ella como un caldero a rebosar de anhelos con respecto a Sam. Aquella paradoja la enloquecía. ¿Cómo podía estar enfadada con él y desear que la besara hasta dejarla aturdida? Hasta entonces el único amor que la había colmado de tal manera era el que su hijo le inspiraba, pero lo que Sam despertaba en ella era como una tormenta desatada. Por primera vez quería pensar en ella, en lo que su corazón reclamaba a gritos. Estaba cansada de ser la última en enterarse de todo, incluso de lo que la afectaba directamente, como su futuro o sus sentimientos.

Pensando en todo lo que había dicho en el bosque llegó a la conclusión de que no había sido un arrebato del momento. Llevaba días cavilando acerca del posible regreso de Gregory, consciente de que entonces debería enfrentarse a su marido, pero cuando llegara ese momento

habría una diferencia de peso, y era que ya no le temía, al menos ya no se sentía amedrentada con el mero hecho de pensar en él. La llegada de Sam supuso un punto de inflexión, pero el cambio ya se había producido antes. Desde que su marido se fue, poco a poco volvió a disfrutar con la promesa de un día lleno de posibilidades sin que nadie la humillara. Paulatinamente fue descubriendo que era capaz de decidir por sí sola sin temer las consecuencias. Y luego Sam la hizo sentirse mujer, lo único en lo que no había pensado hasta entonces.

Se acercó a la orilla del río y mojó su pañuelo para pasárselo por la cara y el cuello. El agua fresca la espabiló. Permaneció en cuclillas observando la corriente oscura que fluía incansable. Los dos perros se acercaron gimoteando y le lamieron la cara en señal de bienvenida. Los acarició distraída hasta que se alejaron, perdiéndose en la noche.

Había exigido a Sam que se marchara en cuanto llegaran a Dodge City, eso era lo único que había dicho sin pensar, con la intención de herirle, pero ese pensamiento la estaba atormentando. Ignoraba cómo hacerle saber que no quería que desapareciera de su vida.

A sus espaldas oyó el crujido de una rama al partirse. Inhaló para darse unos segundos antes de enfrentarse a él. Se puso en pie, limpiándose en la falda las manos temblorosas. Al darse la vuelta no vio más que una silueta delineada por la luna creciente. Frunció el ceño: algo en aquella presencia no le cuadraba. Si se trataba de Sam, ni el sombrero ni la estatura eran los que correspondían. Cuando cayó en la cuenta de que se encontraba frente a un desconocido, este se le echó encima tapándole la boca con una mano y sujetándola con fuerza contra su cuerpo. El olor agrio a sudor le llegó como una bofetada, así como el tufo a alcohol del aliento de su agresor.

Intentó gesticular, gritar para pedir ayuda, pero recibió una bofetada que la dejó aturdida. Las rodillas le flaquearon y habría acabado en el suelo de no haber sido por el brazo que la sostenía. Desorientada, notó que el tipo le metía un trapo en la boca y la arrastraba hacia la zona más frondosa del bosquecillo. En ese momento el pánico se adueñó de ella y le dio fuerzas para forcejar, entorpeciendo los pasos de su raptor. Este la tiró al suelo. Emily se dio con la cabeza contra un tronco caído, lo cual no hizo más que aumentar su aturdimiento y el miedo que la embargaba, porque el hombre se le echó encima manoseándola con brusquedad. Intentó escupir el trapo al tiempo que hacía lo posible por liberarse las muñecas, que el desconocido le sujetaba con una mano. La bilis le subió a la garganta cuando notó la otra por debajo de la falda. El contacto le revolvió el estómago y le erizó la piel. Los gritos se le quedaron atascados en la garganta y apenas si lograba respirar por la nariz. Una arcada la sacudió y temió ahogarse, aunque ese era el menor de sus problemas, porque comprendió que su atacante pretendía violarla.

Se removió cuanto pudo para que la mano no siguiera subiendo por la pierna, mientras volvía la cara de un lado a otro huyendo de la boca húmeda que se restregaba contra sus mejillas, bañadas en lágrimas. No podía creer que le estuviera sucediendo algo así, a escasos metros del campamento, con Sam apostado al otro lado. Pese a la fetidez del aliento de aquel tipo, que seguía provocándole arcadas, Emily se centró en intentar arquearse, patear, todo cuanto pudiera con tal de alejarlo, aunque solo fuera unos centímetros. Sin embargo todo aquello parecía incrementar la excitación del hombre, porque su respiración se aceleraba al tiempo que se restregaba con más fuerza contra ella. En su mente un grito de desesperación brotó, una llamada hacia Sam. ¿Por qué no la buscaba? ¿Por qué no iba hacia donde ella debería haber estado? El llanto se intensificó, lo que la impedía respirar por la nariz. Volvió a retorcerse en vano y notó que el cuerpo se le bañaba en un sudor helado. Soltó un grito ahogado por la mordaza cuando la

mano del hombre dio un tirón a la cinturilla de los calzones. Las lágrimas se le deslizaban por las sienes hasta perderse en el cabello y apenas si notaba las manos, insensibles debido a la fuerza con que se las agarraba. Aquello no podía estar pasándole, no podía suceder. Cerró los ojos sintiéndose más indefensa que nunca.

De repente notó que el hombre dejaba de moverse. Al cabo de un instante una sustancia espesa y tibia se le deslizó por la cara. Se vio liberada del peso que la oprimía, al tiempo que oía el golpe sordo de algo macizo que caía su lado. No se atrevió a abrir los ojos, aún aterrada. Se sobresaltó al percibir que le quitaban la mordaza.

—Emily... —Era la voz de Sam. Le pasaba un pañuelo por el rostro mientras la ayudaba a sentarse—. ¿Estás bien? Háblame. Abre los ojos, ya no hay peligro.

Cuando la abrazó, Emily rompió a llorar y se agarró a Sam para asegurarse de que la pesadilla había acabado, temblando con tanta intensidad que los dientes le castañeaban. Sam le acariciaba el pelo sosteniéndola muy pegada a él, y eso fue lo único que importó. La fortaleza de su cuerpo era como una roca a la que aferrarse para no ponerse a gritar.

Sam no podía soltarla, su corazón latía tan rápido en el pecho que amenazaba con desbocarse. La había visto pasar de largo y decidió darle unos minutos de tranquilidad antes de ir a hablar con ella. Si hubiese tardado un poco más en decidirse... Aquel pensamiento le heló la sangre.

—¿Estás bien? —preguntó, temiendo la respuesta. Apenas si reconoció su propia voz, cargada de furia y desesperación.

Emily asintió contra la camisa de Sam. No se atrevía a separarse de él y ver el cuerpo de su agresor, porque intuía que estaba muerto. Tragó con dificultad.

—Sí, estoy bien —logró responder con voz ronca.

—¿Puedes ponerte en pie?

Emily no tenía muy claro si sus piernas la sostendrían. Se pasó una mano por la cara y notó de nuevo la humedad espesa que minutos antes se le había deslizado por el rostro. No necesitó preguntar qué era: el olor metálico se lo decía todo. Era la sangre del hombre que había estado a punto de violarla. Rompió a llorar de nuevo, incapaz de controlarse. Se sentía más humillada que nunca e inútil por no haber pensado en desenfundar su arma y disparar. Debería haberse defendido con más fuerza, debería haber sido capaz de quitarse a ese hombre de encima, pero se había sentido vulnerable, incapaz de actuar con frialdad. Una vez más el miedo la había dominado.

Sam cerró los ojos, apoyó la mejilla en la coronilla de Emily, que temblaba en sus brazos, y la estrechó con más fuerza. La sed de venganza lo azotaba por dentro hasta desear salir corriendo y asestar golpes a todo lo que se le pusiera por delante. Podrían haber violado a Emily a pocos metros de donde estaba él. Todos los sentimientos que ella despertaba en él emergieron hasta dejarlo aturdido; comprendió que la amaba más que a su vida y en ese momento supo que nunca podría renunciar a ella, aunque esa misma tarde hubiese asegurado que lo mejor para ellos era alejarse de su vida. Pero antes de dejarse llevar por el amor que colmaba cada rincón de su ser, tenía que averiguar si aún existía la posibilidad de que el agresor tuviese cómplices escondidos cerca. Emitió un silbido que rompió la quietud de la noche.

Nube Gris apareció a los pocos minutos, corriendo sigilosamente, y se arrodilló junto a ellos.

—¿Qué ha pasado?

La escasa luz nocturna no le impidió distinguir la ropa desgarrada de Emily y la sangre que le manchaba la cara. Buscó los ojos impenetrables de Sam, que le parecieron dos esquirlas de hielo.

—Un hombre ha intentado agredirla. —Señaló con la cabeza detrás de él—. Mira a ver si su cara te suena.

El indio asintió, y en silencio hizo lo que Sam le había pedido. Regresó al momento.

—Es uno de los tres tipos que me golpearon en el rancho, el que intentó llevarse a Emily.

—Hombres de Crawford —murmuró Sam sin dejar de abrazar a Emily.

Aquellas palabras parecieron sacarla de su desconsuelo, porque de pronto levantó la cabeza.

—¿Es un hombre de Crawford? —preguntó con un hilo de voz.

Nube Gris asintió sin dejar de mirar a Sam. Los dos sabían lo que tenían que hacer: los otros dos estarían cerca y era necesario encontrarlos, porque era cuestión de tiempo que atacaran de nuevo.

Sam obligó a Emily a ponerse en pie y la llevó de nuevo a la orilla del río. Cogió el pañuelo que el indio le tendió y lo humedeció en el agua para limpiarle las manchas de sangre. Ella permanecía aferrada a él, negándose a perder la seguridad que le brindaba su contacto. Sam emitió ruidos reconfortantes sin dejar de pasarle la tela por la piel sudorosa y acto seguido la besó en la frente con toda la ternura de que fue capaz.

—Ahora vete con Nube Gris.

—¿Y tú? —quiso saber ella, agarrándole el chaleco con las manos crispadas.

—Voy a asegurarme de que no hay más peligro.

Emily negó con la cabeza.

—No te vayas, no te alejes de mí —rogó con un deje de pánico en la voz—. No sabes cuántos son, podrían matarte.

Sam sonrió sin ganas. Emily le pedía que no se alejara de ella, casi como si quisiera protegerlo, cuando en realidad apenas si se sostenía en pie. Tal vez ella no comprendiera lo que se proponía, pero era necesario tomar medidas drásticas para que Crawford entendiera que no se estaba enfrentando a una mujer sola e indefensa. Le acarició el suave cabello y se lo remitió detrás de las orejas. Se sorprendió a sí mismo al advertir la ternura implícita en sus gestos: hacía mucho que no se permitía expresar sus sentimientos y había llegado a pensar que con el paso de los años estos se habían desvanecido para siempre. Pero Emily reavivaba emociones que creía muertas. Sin dejar de mirarla a los ojos, se dirigió a Nube Gris.

—Despierta a Joshua y a Douglas, que estén pendientes del ganado. Tú quédate con las mujeres y Cody.

El indio asintió y cogió por los hombros a Emily, que empezó a debatirse. Sam le tomó el rostro entre las manos.

—Ve con Nube Gris, con él estarás segura. Yo regresaré enseguida.

La mirada pálida de Sam le transmitió paz por primera vez desde que el hombre de Crawford se le echara encima. Lo abrazó con fuerza y cerró los ojos, temiendo por él. Inhaló el olor de su cuerpo, que, para entonces, ya era capaz de reconocer entre una multitud. En el breve tiempo que llevaban juntos, desde que lo vio en el almacén de los Schmidt, Sam había pasado a ocupar un espacio inmenso en su corazón, un lugar que hasta entonces había permanecido en la sombra. Disfrutó de la caricia de la mano grande que le peinaba el pelo con mimo. Escondió el rostro contra su cuello y le besó, saboreando la piel que anhelaba tocar como si fuera el cielo. Allá

donde estuviese Sam, ese era su hogar. Con todo se separó de él, solo para recibir un último beso tan ligero que casi creyó soñarlo.

Caminó junto a Nube Gris, que le había pasado un brazo por los hombros en un gesto protector. Volvió la vista atrás y se encontró con la mirada de Sam, que no la abandonaba. La ternura que segundos antes había vislumbrado en él había desaparecido por completo y, pese a la oscuridad, no le pasó desapercibida su máscara de frialdad, la de un hombre listo para matar. Comprendió que Sam estaba dispuesto a llevar la venganza hasta las últimas consecuencias y esa certeza la estremeció de horror. Quiso retroceder, volver a su lado y pedirle que no lo hiciera, que abandonara su intención de ir a por los cómplices del hombre que la había agredido. Poco le importaba que intentaran robar el ganado, el dinero o el rancho. No quería, no soportaba añadir más sangre a la que ya manchaba las manos de Sam, porque con cada hombre que mataba, Emily sabía que algo moría en él. Pero cuando se dio la vuelta de nuevo, Sam ya no estaba, y en su lugar los perros, gruñendo y gimiendo, husmeaban la sangre del hombre muerto. El corazón le dio un vuelco y se echó a temblar.

Nube Gris la estrechó contra sí, con los dientes tan apretados que le crujían. Entre sus brazos Emily tiritaba, todavía conmocionada por la agresión. Al verla tan frágil, pensó en ir tras Sam y acabar con los hombres de Crawford con sus propias manos. Ella era la única persona por quien sería capaz de dar la vida, con la excepción de Cody.

La llevó hasta la hoguera, donde Edna y Joshua los esperaban muy juntos, preocupados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Edna, acercándose enseguida. Le echó a Emily una manta por encima y la condujo hacia la hoguera, junto a la que se sentaron.

—Un hombre ha intentado agredirla.

Joshua se llevó la mano al pelo en un movimiento nervioso.

—¿Uno de los que quemaron nuestra casa? —inquirió el joven.

—Sí, fue uno de ellos. ¿Dónde están Kirk y Douglas?

—Douglas ha dicho que necesitaba ir a lo suyo —explicó Joshua, señalando unos arbustos—, y Kirk ha ido a los caballos porque habían empezado a ponerse nerviosos.

—¿Dónde está Cody?

—Duerme dentro de la carreta, no se ha despertado.

Edna colocó una taza de café caliente en las manos temblorosas de Emily y la abrazó.

—Ya ha pasado todo... —Los ojos de la joven fueron a las manchas de sangre que destacaban en el cuello desgarrado de la blusa de Emily—. Esa sangre...

—No es mía —susurró ella, sin lograr despegar los ojos del camino por donde *Rufián* y Sam habían desaparecido.

Los pasos de Douglas se fueron acercando hasta que el resplandor de la hoguera le iluminó el rostro. Nada más percatarse del aspecto de Emily frunció el ceño.

—¿Qué está pasando aquí? —Se colocó de cuclillas frente a ella—. ¿Quién le ha hecho daño? —Buscó a su alrededor con suspicacia—. ¿Dónde está Sam? Tenía que montar guardia con ella... No habrá... —Sus ojos volvieron a Emily—. No habrá...

Emily entornó la mirada, porque las palabras de Douglas insinuaban algo que la enfurecía.

—Sam no me ha hecho nada malo, al contrario. Me ha salvado de ser violada —explicó con sequedad—. Y ahora se ha ido solo en busca de los cómplices, porque el que me agredió era uno de los hombres de Crawford.

Douglas palideció.

—¿Seguro que era un hombre de Crawford? ¿Y dónde está ese hombre ahora? —Apenas si conseguía controlar el nerviosismo que lo agitaba hasta hacerle sudar.

—Muerto —aclaró Nube Gris.

—No he oído ningún disparo —musitó Douglas, cuyos ojos iban de Emily al indio.

—No ha disparado —susurró Emily, estremeciéndose al recordar la sangre espesa y tibia sobre el rostro.

—Joshua y tú seguiréis con la guardia —organizó Nube Gris—. Yo me quedaré aquí con las mujeres.

Douglas estaba tan aturdido que no opuso resistencia a las órdenes del indio, como habría sido el caso en otras circunstancias. No podía dejar de pensar en que Jack no le había hecho caso y, en lugar de ir directo a Dodge City, había permanecido cerca de ellos hasta que Cass no pudo sujetarse los pantalones. Si Sam daba con Hank y él, el plan se venía abajo.

22

Las horas pasaron con desesperante lentitud. Los primeros rayos del alba arrojaron una luz grisácea y alejaron las sombras en torno a la hoguera, que había permanecido encendida toda la noche. Nadie durmió, nadie habló, todos ellos conscientes de los sucesos y la ausencia de Sam. Emily iba y venía, entreteniéndose en cualquier actividad para no pensar en la posibilidad aterradora de no volver a verlo.

Pese a la oposición de Nube Gris, cavaron un hoyo lo suficientemente hondo para enterrar el cuerpo del agresor de Emily. Fue esta la que se negó a dejarlo a merced de las alimañas, que durante la noche ya habían merodeado en torno al cuerpo. Al ver el rostro del muerto, Joshua reconoció a uno de los hombres que habían incendiado su casa y Edna confirmó que era el que había querido forzarla. En silencio presenciaron cómo el indio y Kirk lo enterraban en una tumba anónima.

Después regresaron al campamento, donde Emily preparaba el desayuno. ¿Cuántas horas llevaba Sam fuera? Había perdido la noción del tiempo. Una y otra vez miraba el horizonte con la esperanza de verlo aparecer sobre su caballo, grande y recio, una fuerza de la naturaleza que había sobrevivido en soledad durante más de diez años. Y sin embargo Sam poseía una nobleza que él mismo se negaba a reconocer. Emily intuía que no era más que una manera de sobrellevar todo lo que la vida le había robado. Sospechaba que no era únicamente la guerra lo que le había convertido en el hombre que era en esos momentos; nunca hablaba de su familia, no los nombraba, no evocaba recuerdos, lo que revelaba que algo les había sucedido.

Aún quedaba en el aire la intención de Sam de marcharse tarde o temprano. No habían hablado más del asunto y esa incertidumbre la carcomía hasta estrujarle el corazón. Tenía que encontrar la manera de hacerle entender que sin él viviría a medias, por su hijo, pero como mujer se sentiría vacía. Le asombraba cuánto valor podía infundir el amor por un hombre. Hasta entonces solo había conocido el amor de un padre autoritario y el desprecio de un marido. Con Sam, algo crecía en su interior, algo que daba sentido a su vida.

Con esos pensamientos, Emily siguió entreteniéndose hasta media mañana en compañía de Edna, que la vigilaba en silencio. Se sentó a su lado, consciente de que la joven había sufrido una experiencia similar a la suya unos días antes. Aunque entonces no se atrevió a acercarse mucho a ella porque Edna no se había separado de su hermano, cosa lógica al encontrarse entre extraños, en ese momento experimentaba una empatía que nunca había sentido con otra mujer. No tenía amigas, ni las tuvo en el pasado. Su aislamiento la llevó a codearse con hombres que mantenían

las distancias con ella, primero por respeto a Greyson y después por temor a Gregory. Kirk y Nube Gris habían sido sus únicos amigos.

—Te pido disculpas —dijo Emily con la vista fija al frente, sentada junto a Edna.

—¿Por qué? —inquirió esta, sin entender.

Tras un silencio, Emily la miró a los ojos.

—Tú has pasado por lo que yo pasé anoche y sin embargo no te di consuelo. No me atreví a acercarme a ti.

—Está olvidado.

—No lo creo —musitó Emily, que volvía a mirar al frente—. Algunas noches te remueves mucho en sueños y lloras.

Edna agachó la mirada y con una ramita trazó círculos en la tierra seca. Era cierto, las pesadillas seguían atormentándola, pero hablar de ello la incomodaba.

—Eso también pasará, como todo lo demás.

Emily le echó un vistazo de soslayo. Edna era demasiado joven para arrastrar tantas pérdidas y permanecer firme, aun así la joven mostraba una entereza sorprendente. Quiso conocerla un poco más.

—¿De dónde era tu familia? Tu hermano y tú tenéis un acento que no es de por aquí.

—No, nos vinimos a vivir a Kansas hace cuatro años. Antes mi padre era maestro de escuela y mi madre modista. Vivíamos cómodamente en Filadelfia, pero a mi padre le entró la fiebre del Oeste, se maravillaba leyendo los relatos de los hombres que se atrevían a cruzar los límites de las fronteras, de los colonos que osaban emprender una nueva vida en tierras vírgenes. Convenció a mi madre y lo vendió todo. —Esbozó una sonrisa cargada de tristeza—. No llegamos al Oeste. Mi padre compró la parcela donde nos instalamos, convencido de que sería un magnífico granjero, pero todo lo que se puede leer en los libros no tiene en cuenta las tormentas, las sequías, los tornados, las plagas que arruinan las cosechas. No pasamos hambre, pero tampoco nos sobraba la comida. Después mi padre se puso enfermo y a las pocas semanas mi madre también. Murieron el mismo mes de fiebres tifoideas.

El corazón de Emily se encogió al pensar en lo solos que debían sentirse los hermanos Manning. Miró a su alrededor. Aquella comitiva estaba formada por personas que sufrían el mismo mal. Ninguno tenía familia propia, y por diferentes circunstancias, sus caminos se habían cruzado. Se necesitaban y se daban apoyo como en una familia.

—¿Qué haréis cuando lleguemos a Dodge City? —quiso saber Emily.

—Vender nuestra vaca, la mula y el caballo y rezar para que el dinero nos alcance para pagar dos billetes de tren que nos lleven a Jacksonville. Allí tenemos una tía, hermana de mi padre. Apenas la conocemos, pero nos ofreció su casa cuando nuestros padres murieron.

Emily asintió, aunque algo en el rostro de Edna le llamó la atención. No parecía muy feliz de irse a vivir con su tía.

—¿Por qué no os fuisteis antes?

Edna tiró la ramita a lo lejos con el ceño fruncido.

—Joshua pensaba que podríamos salir adelante, pero no fue así. Apenas conseguíamos mantenernos. Tarde o temprano nos habrían embargado la parcela, porque no podíamos pagar los impuestos atrasados. Ahora no nos queda más remedio que aceptar la oferta de nuestra tía.

—No parece alegrarte.

Edna permaneció en silencio unos minutos, pensando la respuesta.

—Mi tía nunca admitió a mi madre por ser una huérfana que se crio en un orfanato en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Se opuso al matrimonio, hizo todo lo posible por convencer a mis abuelos de que no permitieran que se casaran.

—Pero no lo consiguió.

—Porque mis padres llevaron adelante la boda sin el consentimiento de mis abuelos. Y estos les cerraron las puertas.

Emily no supo qué decir. Irse a vivir con una mujer que se había opuesto de manera tan tajante al matrimonio de su propio hermano resultaría, como poco, violento.

—Pero tu padre sabía que su hermana vive en Jacksonville. Supongo que de alguna forma mantuvo el contacto con ella.

—Después de la muerte de los abuelos empezaron a cartearse de nuevo, pero no volvieron a verse. La única vez que la vimos fue en el entierro de unos abuelos a los que no llegamos a conocer.

—¿Murieron a la vez?

—Sí. La diligencia en la que viajaban sufrió un accidente.

El silencio se instaló entre las dos mujeres, pero no fue incómodo, sencillamente permanecían juntas. Sobraban las palabras superfluas. Emily pensó en el futuro de Edna y su hermano. Joshua lo tendría más fácil, siempre podría encontrar un trabajo, pero en el caso de Edna, no lograría salir adelante sola, era demasiado joven para ello. Sin referencias favorables, nadie la contrataría, al menos para un trabajo honrado. Muchas mujeres se descarriaban debido a la soledad y la falta de medios para subsistir.

—En mi rancho siempre tendréis un lugar, tanto tú como tu hermano. Eso tenlo por seguro —declaró sin mirarla. Fijó la vista al frente porque no quería presionar a la joven, solo deseaba que supiera que tenía un lugar adonde ir si un día lo necesitaba. Emily esperaba que alguien le tendiera una mano si ella llegaba a encontrarse en esa situación.

—Gracias —susurró Edna.

La joven miró a su alrededor, más emocionada por las palabras de Emily de lo que habría esperado. Vio que Nube Gris se alejaba hacia el río, seguido de cerca por Cody. Buscó a su hermano. Pasaba mucho tiempo con ese vaquero, el único de toda la comitiva que seguía inspirándole desconfianza. Edna ya no recelaba del joven indio. Todavía no se atrevía a hablar con él sin sentirse cohibida, pero cuando recordaba la tarde de pesca, siempre asomaba a sus labios una sonrisa tímida.

Se puso en pie, dispuesta a echar una mano si Nube gris y Cody iban a pescar.

—Te agradezco el ofrecimiento, no lo olvidaré.

Emily la observó alejarse siguiendo los pasos de Nube Gris y Cody. Sonrió y rezó para que la muchacha descubriera la persona tan maravillosa que podía ser el indio. Al momento oteó el horizonte con la esperanza de ver a Sam. Se puso una mano de visera y divisó un punto que se movía, aunque estaba demasiado lejos para distinguirlo claramente. Entornó los ojos a la espera, con el corazón palpitando cada vez más rápido. Fueron los perros los que le confirmaron quién era: husmearon el aire y echaron a correr entre ladridos hacia el punto que se había convertido en una silueta oscura bajo el sol de media mañana.

Se puso en pie y la necesidad de tocarle, de asegurarse de que no estuviese herido, la impulsó

a correr tan rápido como se lo permitían sus piernas. Ni siquiera oyó la voz de Kirk, que le preguntaba adónde iba con tanta prisa, no tenía ojos más que para el jinete que se acercaba con los perros ladrando y saltando a su alrededor. Era él; reconoció a *Rufián* y después pudo distinguir sus rasgos.

Sam se bajó de un salto para acogerla en sus brazos. Los dos cuerpos chocaron en un abrazo anhelante, ambos deseosos de sentir el calor del otro. Emily escondió el rostro contra el cuello polvoroso de Sam poniéndose de puntillas, al tiempo que unos brazos ya familiares la ceñían estrechamente.

—Has vuelto —susurró Emily—. ¡He pasado tanto miedo! Me imaginaba mil peligros...

—Nada me habría impedido regresar a tu lado —contestó Sam con voz ronca.

Se miraron a los ojos durante lo que les pareció una eternidad, porque en ese momento solo contaban ellos dos. No se percataron de que los demás se acercaban y los contemplaban con diferentes expresiones en el rostro. Kirk se rascaba la frente con una sonrisilla en los labios arrugados; Edna se ruborizaba de emoción porque la escena le parecía lo más romántico que había presenciado; Joshua los miraba con curiosidad; Nube Gris con el ceño ligeramente fruncido y Cody con tal sorpresa en los ojos que parecían a punto de salirse de las órbitas. El único que permaneció un poco alejado fue Douglas, que los taladraba con la mirada porque el abrazo que estaba presenciando no hacía más que reafirmar sus sospechas.

—¿Mamá? —dijo Cody con voz vacilante.

Emily tomó conciencia de todas las miradas y dio un paso atrás, arrepintiéndose al instante, porque lo único que pedía su cuerpo era volver al abrigo de los brazos de Sam.

—Sam ha vuelto —expuso torpemente, como si con esas palabras explicara su reacción.

Todos se concentraron en el recién llegado con la misma pregunta en la mirada. Sam soltó un suspiro de cansancio. Se quitó el sombrero y se llevó la mano libre al pelo.

—No he dado con ellos. Hacia el este encontré los restos de un campamento. Por lo visto acababan de abandonarlo, porque las ascuas estaban todavía calientes. Por las huellas, allí hubo tres caballos. No seguí rastreando porque podría estar días detrás de ellos. Lo único cierto es que encontré huellas que iban hacia el sur. Se dirigen a Dodge City. El hombre de anoche tuvo que venir a caballo. Habrá que buscarlo, seguramente estará atado a un árbol.

Hubo algunas preguntas, pero enseguida todos regresaron al campamento. Sam agarró a Emily del codo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —afirmó ella con una sonrisa, pensando que si no los había encontrado eso significaba que no los había matado—. Tal vez me arrepienta luego, pero me alegro de que no dieras con ellos.

Sam le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Cuando me fui de aquí anoche, iba dispuesto a matarlos. Y lo habría hecho si hubiese dado con ellos, no lo dudes.

A pesar del significado de las palabras, la voz de Sam no delataba arrepentimiento. Emily apretó los labios y se acercó a él, tanto que sintió el calor de ese cuerpo que tanto representaba para ella. Le acarició la mejilla recubierta de barba y descubrió que era sorprendentemente suave, como el pelaje grueso y lustroso de un animal. Cayó en la cuenta de que nunca lo había visto con el rostro afeitado. Incluso el día que se encontraron por primera vez, ya presentaba una barba de

varios días. Sentía que lo conocía en lo esencial, aunque ignoraba mil detalles de su persona. Había visto su cuerpo firme cuando lo atendió, pero no sabía cómo sería el tacto de una caricia sobre esa piel castigada. Ignoraba qué aspecto tenía sin barba, y sin embargo conocía el sabor de sus labios. Se concentró en los ojos, aquellas dos ascuas pálidas que la hipnotizaban y reconocería entre un millón de ojos azules.

—No quiero que mates por mí, ni por nadie...

—Anoche maté a un hombre y no me arrepiento —expuso Sam con la voz templada—, y si alguien más quiere hacerte daño, volveré a hacerlo.

Emily le colocó los dedos sobre los labios, que le resultaron asombrosamente suaves.

—Por favor, no mates. Si en Dodge City esos dos hombres nos causan problemas, podemos ir al marshall. Allí tienen una comisión que garantiza la seguridad de los ciudadanos. La ley se encargará de ponerlos entre rejas. No quiero que vuelvas a manchar tus manos de sangre por mí.

Sam no pudo aguantarse más y tomó el rostro de Emily entre sus manos, acariciándole los labios con los pulgares. Ella no sabía lo que le estaba pidiendo. Al irse a la guerra dejó atrás a su familia y cuando regresó no quedaba nadie. Las autoridades no pudieron hacer nada contra los comancheros que cruzaron la frontera para robar, saquear y matar a sus anchas.

—No puedo prometerte eso, Emily. No volveré a dejar en manos de otro la seguridad de alguien que me importa.

Ella cerró los párpados, dividida entre la más absoluta alegría porque Sam acababa de confesarle lo más parecido a una declaración de amor y la tristeza al entender que tarde o temprano acabaría matando por ella. Abrió los ojos al sentir que la abrazaba y se dejó llevar hacia el campamento. *Rufián* los siguió, agitando la cabeza y relinchando suavemente.

—Deberías hablar con Cody —le aconsejó Sam.

Su hijo estaba sentado a la sombra de la carreta, lanzando piedras a lo lejos para que los perros se las llevaran de vuelta a sus pies. Se le veía pensativo, y el hecho de que se hubiese aislado de los demás significaba que ver a su madre abrazando a un hombre lo había desconcertado.

Fue hacia su hijo temiendo la conversación que podría alejarla de Sam irrevocablemente. Cody era la única persona por quien Emily renunciaría al hombre que amaba, aunque eso significara morirse por dentro.

Se sentó a su lado y esperó unos minutos para reordenar sus pensamientos.

—¿Crees que él volverá? —preguntó Cody en voz baja.

Su hijo nunca nombraba a Gregory, ni por su nombre ni por el apelativo que cualquier niño usaría para referirse a su padre. Hacía años que no le oía decir la palabra «papá». Emily sintió un agujonazo de pena, como siempre que pensaba en todo lo que Cody había visto u oído en su hogar.

—No lo sé. Puede que sí, puede que no.

—¿Y crees que Sam se quedará con nosotros cuando volvamos al rancho?

Cody hablaba sin apenas mirarla, aunque la tensión del pequeño cuerpo revelaba su turbación. Emily le pasó un brazo por los hombros y apoyó la mejilla sobre la suave coronilla del niño.

—Ojalá se quede para siempre —susurró ella.

El silencio se instaló de nuevo entre ellos, cada uno sumido en sus pensamientos. Emily

quería que Cody fuera quien sacara a relucir sus preocupaciones.

—¿Estás enamorada de Sam? Me refiero a si le amas como en las novelas...

—Sí, mucho.

—Pero él es tu marido. Si volviera y viera a Sam, se enfadaría mucho y lo echaría. —La voz de Cody delataba un débil temblor que entristeció a Emily.

—Sí, Gregory se enfadaría mucho. Pero, aunque regrese, tú y yo hemos cambiado. Ahora somos mucho más fuertes y le plantaremos cara. Le diremos que nos quedamos con Sam.

—No quiero que vuelva, mamá. Y quiero que Sam se quede con nosotros.

Emily cerró los ojos, llevada por un alivio que le quitó de encima el peso de la incertidumbre.

—Me gusta Sam —susurró el niño—. No se enfada conmigo, nunca me grita. Y es bueno con Nube Gris, no lo trata como Douglas. Y a ti te hace reír. Pero, mamá... —alzó el rostro para mirar a su madre a los ojos—, ¿me seguirás queriendo si Sam se queda?

Los ojos de Emily se colmaron de lágrimas. Hasta entonces ella y Cody se habían protegido en lo bueno y lo malo, se habían dado consuelo formando un círculo invisible que los protegió de los arranques de ira de Gregory. Pero, en ese momento, Cody temía verse desplazado en el corazón de su madre.

—Cariño, siempre te querré. Nada ni nadie podrá cambiar eso. Quiero mucho a Sam, pero tú —aseguró con una sonrisa trémula, tocándole la punta de la nariz—. Tú siempre serás mi hombrecito.

El niño asintió con mucha seriedad.

—Creo que debería hablar con Sam.

—¿Y qué piensas decirle?

Cody se levantó, restregándose el trasero para quitarse el polvo. Después puso los brazos en jarras, a la vez que hinchaba el pecho.

—Tengo que averiguar cuáles son sus intenciones contigo. Tengo que velar por tu... tu... —se rascó la coronilla—, tu... no sé cómo se llama, pero Kirk me dijo un día que un hombre tiene que asegurarse de que las mujeres de su familia son respetadas.

Llena de orgullo, Emily vio cómo su hijo se acercaba a Sam, quien cepillaba a *Rufián* mientras este pastaba tranquilamente. Cody era lo único bueno que le había dado Gregory, un niño digno de ser querido, amado hasta el sacrificio.

23

Arrodillada a orillas del río, Edna limpiaba las truchas que Nube Gris y ella habían pescado momentos antes. Una vez más el indio le dejó usar la caña y con regocijo ella sacó dos buenas capturas que relucieron como el más bello premio a su éxito. Incluso el indio la felicitó, arrancándole un sonrojo. Oyó unos pasos a sus espaldas y sonrió.

—Vaya, Nube Gris, has sido muy rápido en ir a por el cubo. Ni siquiera me ha dado tiempo de limpiar la primera trucha.

—Veo que ese indio y tú os habéis hecho muy buenos amigos.

La voz de Joshua rezumaba desprecio. Se arrodilló junto a su hermana.

—No quiero que pases tanto tiempo con ese hombre.

—¿Por qué? ¿Porque es un indio? —exclamó Edna, agitando ante la nariz de su hermano la trucha que sostenía—. Ni siquiera te has molestado en conocerlo. Si nuestro padre viviera, no se sentiría muy orgulloso de ti. Él nos enseñó a respetar a las personas por lo que hacen, no por lo que son.

—Nuestro padre era un soñador y ya ves cómo le fue —escupió con rabia dando un manotazo al pez, que salió disparado por el aire—. Nos trajo a este agujero...

Indignada, Edna abrió los ojos como platos.

—¡No hables así de papá!

—¿Por qué? ¿Acaso pensó en nosotros cuando decidió llevar adelante su sueño? ¡No! Nos arrastró por medio país con tantas quimeras estúpidas en la cabeza que nos condenó a vivir como campesinos. Y ahora estamos solos, sin un centavo en los bolsillos, en medio de la nada.

Edna miró a su hermano como si fuera un desconocido. Se estaba convirtiendo en un hombre rencoroso que nada tenía que ver con el chico amable que la había protegido hasta entonces.

—Me avergüenzo de ti, Joshua... —susurró, apenada.

—Y tú me avergüenzas cada vez que te veo con ese indio. Pasas demasiado tiempo con él.

—Tú pasas mucho tiempo con Douglas y no te digo nada, aunque no me gusta. No creo que sea una buena influencia para ti. No para de provocar a Nube Gris, aunque este no le devuelve los insultos.

—Porque es un cobarde —replicó Joshua con desprecio.

—¡No es un cobarde! Si lo fuera no se habría tirado al río. Sin embargo tu amigo Douglas no hizo nada.

Molesto, Joshua lanzó con fuerza una piedra al agua. El hecho de que Nube Gris lo salvara

de ahogarse seguía mortificándolo.

—Douglas estaba ocupado y no se dio cuenta.

—No, Joshua; yo estaba en la orilla y vi que Douglas se quedaba mirando sin mover un dedo. Fue Nube Gris quien se tiró al agua sin pensarlo. Luego te pusiste tan nervioso que podríais haberos ahogado los dos.

Sin argumentos para rebatirla, Joshua quiso cambiar de tema.

—No entiendo por qué no te gusta Douglas.

—No me gusta cómo mira a Emily. Hay algo en él que me inquieta.

Joshua soltó una exclamación de irritación.

—Estás imaginando cosas, Douglas no mira de ninguna manera a Emily. ¿Y tú qué sabes de cómo mira un hombre a una mujer? —añadió con una sonrisa de suficiencia.

—No puedo explicarlo, pero no me gustaría que nadie me mirara así.

—Eres una niña y no sabes lo que dices. Pero yo soy tu hermano mayor, sé qué es mejor para los dos y te ordeno que no pases tanto tiempo con ese indio. Ese sí que podría tener intenciones sospechosas. Ya se sabe cómo tratan los indios a las mujeres blancas.

—¡No sabes nada! —gritó ella—. Nube Gris siempre es respetuoso conmigo...

Incapaz de controlar su ira, Joshua agarró a Edna por el brazo sin darse cuenta de que estaba clavándole los dedos. Ella emitió un gemido.

—Suéltala —ordenó una voz pausada.

Detrás de ellos, Nube Gris se mantenía erguido con un cubo en una mano y una navaja en la otra. Joshua advirtió el brillo letal en los ojos de obsidiana y por un momento vislumbró al guerrero que el indio habría sido si hubiera vivido con su gente. El miedo le azotó, no obstante alzó la barbilla con bravuconería.

—Lárgate, Edna y yo estamos hablando.

Los ojos del indio fueron a los de la joven y percibió su dolor y el miedo que la embargaba. La rabia lo azotó por dentro.

—Solo veo que le estás haciendo daño.

Joshua tomó conciencia de lo que estaba haciendo y soltó a su hermana como si le quemara la mano. Sintió que se ruborizaba de vergüenza. Nunca había lastimado a Edna y ahora ella se sostenía el brazo justo donde él la había sujetado. La expresión herida en los ojos de su hermana lo mortificó.

Se puso en pie de un salto y se alejó sin mirar atrás.

Nube Gris se arrodilló junto a la joven dejando el cubo y la navaja a un lado. Se quitó el pañuelo del cuello para mojarlo en el agua fresca y se lo pasó por las rojeces que los dedos de Joshua le habían dejado en el brazo. Lo hizo todo con una suavidad exquisita que arrancó una mueca a Edna.

—Lo siento —susurró ella—. No es el mismo desde que nuestros padres murieron. Creo que está asustado, pero nunca lo admitiría. Es demasiado orgulloso para pedir ayuda o hablar de sus temores.

—El orgullo es el peor de los consejeros —opinó Nube Gris sin mirarla a los ojos, porque no soportaba verla tan afectada—. ¿Te duele?

—Un poquito.

El indio volvió a mojar el pañuelo y se dedicó a pasárselo por el brazo, refrescando la

quemazón.

—Si pasar tiempo conmigo ha de traerte problemas con tu hermano, es mejor que guardemos las distancias.

Aquellas palabras alarmaron a Edna. Si bien al principio el indio la había asustado, desde hacía unos días buscaba su compañía. A su lado se sentía segura, más de lo que nunca estuvo junto a su hermano, aunque eso la abochornara.

—No, por favor. Me gusta pescar contigo y con Cody. Me gusta hablar contigo, me das... — agachó la cabeza—, me das paz...

Nube Gris sonrió con tristeza. Se fijó en su mano cobriza, que sostenía el brazo pálido de Edna; una diferencia de color que siempre supondría una barrera entre ellos.

Llevaba más de cinco minutos sentado sobre un tronco seco. El silencio los envolvía, aunque a lo lejos se oía el trinar de los pájaros y el gorgoteo del río a sus espaldas. Cuando Sam sintió el tirón de Cody en la manga, dejó de cepillar a *Rufián*. Algo en el rostro del niño le indicaba que se trataba de un asunto muy serio. Echó un vistazo por encima del hombro buscando a Emily y esta se encogió de hombros con una sonrisa divertida. Le dio a Kirk el cepillo con el que estaba cepillando su caballo y atendió al pequeño.

—Tenemos que hablar —anunció Cody con solemnidad.

Sam asintió y echó a andar al compás de los pasos cortos del niño. Se alejaron lo suficiente para que nadie los oyera, y allí estaban desde hacía cinco minutos. Cody andaba cuatro pasos hacia un lado y volvía en sentido contrario delante de él. Tenía las manos metidas en los bolsillos y la cabeza agachada, en señal de concentración. Se le veía la nuca frágil, delicada a la luz del sol.

—Soy el hombre de la casa mientras él no esté —dijo de repente Cody, sin levantar la mirada del suelo ni interrumpir su paseo—. Y tengo que asegurarme de que mi madre sea feliz.

Sam asintió con un «hum» que animó al pequeño a seguir. No era necesario preguntar quién era «él».

—Antes mi madre lloraba mucho y eso no me gusta, pero, desde hace un tiempo, sonrío y se ríe, y eso sí que me gusta...

Sam reprimió una sonrisa. Cody se parecía más que nunca al hombre que sería en el futuro, respetuoso, trabajador y honrado. No entendía que un desalmado como Gregory pudiera haber contribuido en la creación de un niño tan asombroso.

—Eso está muy bien, significa que eres un buen hijo.

Cody asintió muy serio, aunque su pecho se hinchó de orgullo, porque esas palabras en boca de Sam eran todo un halago.

—Quiero que mi madre sea feliz —insistió—, y me gustaría que te quedaras con nosotros porque ella te quiere... Y yo también —remató en un susurro.

Una oleada de emociones invadió a Sam dejándolo tan aturdido como si hubiera recibido un puñetazo. Deseó coger en sus brazos al pequeño y estrecharlo contra su pecho, pero se contuvo con un nudo de nervios en la garganta, porque Cody obviaba algo indiscutible. Decidió hablarle con total sinceridad, de hombre a hombre.

—Gregory podría regresar, y la ley está con él. Es el marido de tu madre y es tu padre.

Cody dejó de andar y clavó la mirada parda, tan parecida a la de su madre, en sus ojos.

—Pero él es malo y, si algún día regresara, volvería a hacer llorar a mamá... —La voz se le quebró.

Sam no pudo aguantar más: lo cogió entre los brazos y lo estrechó cálidamente. Le resultaba extraño sentirlo tan pequeño, tan delicado, tan quebradizo como su madre. Enterró la nariz en el pelo suave, que olía a sueños por cumplir, a inocencia y a dulzura. Era una réplica exacta de Emily y ambos le necesitaban, pero nunca serían suyos.

—No te vayas —susurró Cody con la voz entrecortada—. Si él regresara, podrías proteger a mi madre. No quiero que vuelva a llorar...

Sam cerró los ojos. ¿Cómo negarse a algo que todo su ser anhelaba? Y era protegerlos de un animal como Gregory.

—Yo sería bueno, lo prometo. Ayudaría en todo lo que pudiera, leería la Biblia todas las noches. Prometo que no me quejaría —barbotó el niño, con el llanto entrecortando su alegato.

Una enorme burbuja de felicidad se coló en el pecho de Sam. Cody era el hijo que cualquier hombre habría soñado tener; era fiel, voluntarioso, valiente a pesar de su corta edad. ¿Cómo podía resistirse a algo tan precioso? Sería muy sencillo hacer oídos sordos a su conciencia y quedarse para siempre, protegerlos, darles todo lo que sus manos y su corazón pudieran conseguir.

—¿Y si tu padre vuelve? —preguntó con voz áspera por la emoción.

—Le diremos que no le queremos —replicó el niño con firmeza—, y si tú estás a nuestro lado, él no se atreverá a hacernos daño. Se irá a otro sitio.

Sam sonrió con un deje de tristeza. Si fuera tan fácil, colocaría su alma en las manos de ese niño.

—No creo que sea tan sencillo. Pero puedo prometerme que me quedaré un tiempo; después ya veremos lo que hacemos.

Cody asintió contra el pecho ancho y fuerte, conformándose con esas palabras. Haría cuanto estuviese en sus manos para que Sam se quedara con ellos, aunque tuviese que trabajar hasta caer agotado. Sería el niño más obediente y más listo de la Tierra. Con ese convencimiento, se apartó y se limpió los mocos en la manga de la camisa.

—Tengo que preguntarte una cosa —añadió con la voz aún ahogada en un resto del llanto. Esperó a que Sam asintiera. Entonces se irguió todo lo que pudo—. ¿Tus intenciones son honradas?

Los ojos de Cody brillaban por las lágrimas.

Sam reprimió una carcajada ante la incongruencia de la situación, porque por muy honradas que fueran sus intenciones, Emily nunca sería suya, mientras la barrera de Gregory se interpusiera entre ellos. Con todo se tomó la pregunta en serio y se puso de rodillas frente al niño para mirarlo a los ojos. Se maravilló al encontrar tanta inocencia y ternura. Colocó las manos, que le parecieron muy grandes, sobre los estrechos hombros del pequeño.

—Te aseguro que si pudiera me casaría con tu madre en cuanto llegáramos a Dodge City y antes te pediría su mano, esperando que me dieras tu consentimiento.

—Te lo daría —aseguró el niño con una sonrisa de orgullo.

Era la última noche que pasaban todos juntos; al día siguiente llegarían a Dodge City. Después de la cena que compartieron en torno a la hoguera, Douglas y Joshua se fueron junto al ganado para montar la primera guardia. Sam y Emily se habían sentado contra una roca, a unos metros de los demás. Kirk tocaba el arpa de boca y Nube Gris lo acompañaba con una armónica. Tantearon unas notas hasta que se pusieron de acuerdo en una melodía y la música vibrante se elevó en la noche. Cody se puso en pie de un saltó y tiró del brazo de Edna para que lo acompañara en una danza alocada en torno al fuego. Cogidos de las manos, formaban una extraña pareja en la que no quedaba muy claro quién guiaba a quién, porque chocaban continuamente el uno contra el otro, estallando en carcajadas con cada tropiezo.

Emily sonrió al ver a su hijo tan feliz. Todavía no había preguntado a Sam de qué habían hablado, pero Cody se mostraba eufórico, como si hubiese vencido una dura prueba. Ella sostenía la mano áspera de Sam escondiéndola entre los pliegues de su falda. Se la apretó suavemente y él la miró.

—Creo que tengo que enseñar a bailar a mi hijo.

Sam soltó una suave carcajada devolviendo el apretón.

—Creo que sí. A este paso acabará pisoteando tanto a Edna que mañana ella no podrá caminar.

La joven giraba una y otra vez con Cody. La música que tocaban Kirk y Nube Gris invitaba a mover los pies con rapidez, tanto que los dos bailarines eran incapaces de seguirlos, provocando más estallidos de hilaridad.

—Edna no parece muy feliz de irse a vivir con su tía. Me ha contado el motivo y la entiendo. Le he asegurado que siempre tendrá un sitio en el rancho.

Sam observó a la joven y acto seguido se fijó en los ojos de Nube Gris, que no se apartaban de la grácil silueta femenina. Otra pareja que parecía abocada a una separación irremediable.

—No creo que a su hermano le haga gracia que Edna esté muy cerca de Nube Gris.

Emily soltó un suspiro cargado de pesar. La actitud de Joshua durante la cena fue más arisca que nunca y el joven parecía encontrar la compañía de Douglas mucho más interesante que la de los demás. Lo sentía por el muchacho, porque estaba encaminándose hacia el rencor y la intolerancia. Y el vaquero no haría más que emponzoñar las ideas de Joshua.

—Lo sé, pero Edna es lo bastante mayor para tomar sus propias decisiones. Yo tenía su edad cuando me casé. —Se mantuvo en silencio unos minutos con la vista fija en la joven. Se la veía tan alegre como lo había sido ella a esa edad, cuando todo le parecía tan sencillo que pensaba que bastaba con desear las cosas para conseguirlas—. Bueno, tal vez eso no sea del todo cierto. Ya no lo sé. A su edad cometí mi mayor error.

Sam le cogió la barbilla, obligándola a mirarle.

—No. Tienes un hijo que no estaría aquí si no te hubieses casado con Gregory. No olvides lo malo, pero piensa que algo bueno salió de tu matrimonio. Yo daría el brazo derecho por un chico como Cody. ¿Sabes qué me ha preguntado esta mañana?

Emily negó, conmovida por las palabras de Sam.

—Me ha preguntado si mis intenciones eran honradas.

Los dos se echaron a reír, pero detrás de esa risa se escondía la verdad que ambos conocían.

Con la sombra de Gregory interponiéndose entre ellos, por muy profundos que fueran sus sentimientos, los juzgarían por no estar casados y a ella, en concreto, la despreciarían por estar con un hombre que no fuera su legítimo marido.

—También me ha pedido que me quede en el rancho —siguió Sam.

—¿Y qué le has contestado? —inquirió ella con el corazón encogido.

—Lo mismo que te dije a ti...

Emily cerró los ojos, desolada al oír esas palabras.

—Mírame —susurró Sam. Cuando ella alzó los párpados, las lágrimas empañaban sus ojos. Le acarició una mejilla con los nudillos—. No puedo prometerte nada más, Emily. No quiero arrastrarte en una espiral de chismorreos malintencionados y desprecio. Si por mí fuera, te llevaría conmigo, pero tienes una vida, una familia, gente que te necesita. No puedes abandonarlos.

—Pero lo que más temo es perderte. ¿Qué harás cuando te marches? ¿Volver a una vida solitaria?

Sam negó en silencio apoyando la frente en la de ella.

—Entiende que te estoy protegiendo de la mejor manera que puedo. Vives en un rancho aislado y necesitas a tus vecinos. Si me quedara, estarías en el punto de mira de medio condado. Algunos tendrían la prudencia de mantener la boca cerrada, pero muchos otros se encargarían de señalarte como una mujer adúltera, y tarde o temprano el rechazo se haría evidente. No conmigo, sé que delante de mí se callarían, pero contigo sería diferente, y por supuesto Cody se vería afectado. ¿Y qué haría yo entonces? ¿Quedarme de brazos cruzados o liarme a puñetazos con todos los que te señalaran con el dedo?

Emily fue a hablar, pero él le puso con suavidad los dedos sobre los labios.

—Ahora todo parece fácil, sin embargo dentro de unos meses podrías arrepentirte de tu decisión de enemistarte con todos por mí. Primero tienes que pensar en tu hijo; es todavía muy joven para enfrentarse a los demás. Solo te tiene a ti. Además, está el asunto del regreso de tu marido...

Ella esbozó una sonrisa trémula, Sam antepoñía la felicidad de Cody a la suya propia.

—A pesar de todo esto quiero que sepas que te has adueñado de mi corazón y que nunca te olvidaré —susurró Sam—. Te deseo como jamás he deseado a ninguna mujer. Es tan fuerte que me asusta...

Emily saboreó las palabras de Sam hasta que se colaron lentamente en lo más hondo de su pecho con la agónica sensación de que nunca olvidaría ese momento, por mucho que viviera. El destino, en un juego cruel, había puesto en su camino a un hombre que la amaba con una intensidad que nunca creyó posible, y sin embargo ella tendría que conformarse con los recuerdos de las pocas semanas que vivieron juntos.

—Yo también te amo, Sam —susurró con voz ronca de emoción—. Te amo tanto que a mí también me asusta.

No obstante, una nube ensombreció ese trance de absoluta felicidad. Sam la deseaba, y eso la preocupaba. Las relaciones íntimas entre un hombre y una mujer no eran un misterio para ella, pero lo poco que sabía evocaba recuerdos desagradables, una sumisión que la había mortificado y dejado dolorida. Pese a ello, los besos de Sam provocaban emociones turbulentas en su interior, despertaban anhelos que Emily ni siquiera había sospechado, lo que la llevaba a

preguntarse cómo sería intimar con Sam, sentir su cuerpo firme sobre el suyo, notar el roce de su piel. El mero hecho de imaginárselo bastó para despertar un palpitar desconocido en sus entrañas. Pero ¿y si decepcionaba a Sam? ¿Y si con él también resultaba una experiencia desagradable?

24

Dodge City no era como Emily había imaginado. Los rumores la describían como un antro del infierno y la comparaban con Deadwood, la ciudad más peligrosa de Dakota del Sur. Pero las calles se veían bulliciosas de vida, con gente que iba y venía, hombres ataviados con trajes elegantes y bombines, otros con el atuendo de los granjeros, o vaqueros con sus *chaps* de cuero para protegerse las piernas y las cartucheras colgando de las caderas. Las calzadas, atestadas de carretas y jinetes a caballo, eran polvorientas, pero las aceras entarimadas invitaban a entrar en todo tipo de negocios boyantes, como armerías, tiendas de ropa, barberías, almacenes generales, salas de baile, restaurantes o panaderías.

Emily lo contemplaba todo sin perder detalle, como un niño frente a un mostrador lleno de golosinas. Aunque en su caso le parecía una ciudad ruidosa y maloliente, porque en el aire flotaba la fetidez de los esqueletos de búfalos que dejaron atrás antes de entrar en la población. Con todo no podía apartar la mirada, absorbiendo cada detalle. Lo que menos le gustaba eran los bares, a cuyas terrazas, en la primera planta, se asomaban mujeres muy ligeras de ropa que interpelaban a los hombres sin el menor empacho. Más de una lanzó una invitación desvergonzada a Sam, que para alivio de Emily, este ignoró sin dudar.

Detrás iban Joshua y Douglas, que tampoco se perdían detalle, sobre todo el chico. Esa misma mañana, le había dejado dinero al joven para que mandara un telegrama a su tía con el fin de avisarla de la llegada de los dos hermanos. Douglas se había ofrecido a acompañarlo, después se reunirían con los demás frente al Long Branch Saloon. Mientras, Emily y Sam se dirigirían al Great Western Hotel, donde se suponía que debía encontrarse Hans Linker. Era urgente hablar con él cuanto antes para alojar el ganado en un lugar que tuviese agua y forraje. Kirk y Nube Gris se habían quedado con Cody y Edna a media hora de la ciudad, en un campamento provisional cerca del Fuerte Dodge, hasta que todo se arreglara.

A Emily le sudaban las manos, y la carta del funcionario, que aguardaba en el bolsillo de su falda, le pesaba como una piedra. Era su salvoconducto para llevar a cabo la transacción, porque, pese a ser una carta, a efectos legales era lo más parecido a un contrato. En esas líneas Linker se comprometía a comprar el ganado del rancho Coleman si se lo llevaban en determinadas fechas. Y estaban al límite de esa cita concertada meses atrás.

Se separaron en la calle principal y Emily se fue directa al hotel en compañía de Sam. Se fijó en una pareja. La mujer llevaba uno de esos vestidos que ella solo había visto en los catálogos por correspondencia de Wards. El modelo era de color rosa pálido y en el frente de la falda recta

mostraba un artístico drapeado que se perdía atrás, en las caderas realzadas por el polisón. El corpiño ajustado perfilaba la forma de la cintura y elevaba el pecho, con un escote cuadrado, recatado pero muy favorecedor. Completaba el conjunto un sombrero muy coqueto, ligeramente ladeado sobre una cascada de rizos sedosos. La mujer iba cogida del brazo de un acompañante que no se mereció ni una mirada por parte de Emily, que estaba demasiado embelesada con el vestido. La dama hacía girar una delicada sombrilla de encaje color marfil con la mano libre mientras hablaba con una sonrisa coqueta en los labios, dudosamente brillantes.

—¿Emily?

La voz de Sam le llegó desde muy lejos. Tardó unos segundos en salir de su trance teñido de añoranza por llevar, aunque solo fuera una vez, un vestido tan exquisito. Ese día se había puesto una falda pantalón limpia, pero arrugada, y la blusa blanca delataba demasiados lavados. No tuvo más remedio que calzarse sus robustas botas arañadas y se peinó con una trenza enrollada en la nuca. Desde luego, no resultaba precisamente un atuendo muy femenino.

—¿Sí?

Se dio cuenta de que Sam ya se había apeado de *Rufián* y atado las riendas a la barandilla de la acera.

—¿Ocurre algo? —inquirió él.

—No, claro que no —se apresuró a contestar. Se bajó de un salto, convencida de que una mujer elegante no cabalgaría a horcajadas. Se libró de la autocompasión en cuanto Sam la cogió de una mano para ayudarla mientras ella se sacudía la falda. Se enderezó y esbozó una sonrisa vacilante—. ¿Se me nota que estoy muy asustada?

Él sonrió y le colocó en su sitio un mechón rebelde que se había escapado del moño.

—No, pero si ves que no puedes controlar los nervios, déjame a mí hablar con ese hombre.

—No. Quiero llevar a cabo la transacción; al fin y al cabo he llegado hasta aquí cuando todos me decían que era una locura. Pues bien, aquí está Emily y me tragaré mi miedo.

Sam deseó abrazarla allí mismo, pero se conformó con acercarse un poco y susurrarle al oído:

—Me siento orgulloso de mi pequeña guerrera. —Le ofreció su brazo en un gesto muy galante—. Bien, señora Coleman, si me hace el honor...

Emily le hizo una escueta reverencia y posó con delicadeza los dedos sobre el brazo de Sam.

—Se lo agradezco, señor Truman.

Entraron muy dignos, con su ropa arrugada, pero felices. Una felicidad agridulce, porque cuanto antes acabara esa aventura, antes se separarían.

Se dirigieron al mostrador, donde un recepcionista ataviado con un chaleco llamativo a rayas amarillas y verdes y una camisa almidonada hasta parecer de cartón los observaba con impertinencia. El pelo negro peinado con la raya en medio llevaba tanta pomada que le brillaba como si se lo hubiese barnizado, y el bigote alargado se enrollaba en dos espirales a cada extremo.

A Emily le pareció ridículo comparado con el hombre que le sostenía el brazo. Sam era pura fuerza masculina, sin artificios, sin rastro de autocomplacencia, como si su aspecto le importara poco. Grande y fuerte, atraía la mirada de hombres y mujeres, que lo observaban con recelo por parte de ellos y admiración en el caso de las damas. No parecía ser consciente del interés que suscitaba. El único lujo que se permitía era llevar ropa limpia y bañarse cada vez que se le

presentaba una oportunidad. Aquel pensamiento la llevó a recordar el baño que compartieron y las confesiones. No soportaba la idea de verlo alejarse de su vida para seguir solo. ¿Y si alguien volvía a tenderle una emboscada? ¿Y si la olvidaba?

—¿En qué puedo ayudarles?

La voz engañosamente amable del hombre la sacó de golpe de sus pensamientos. El tono delataba cierto desprecio, pero cuando los ojos de Sam se clavaron en los suyos, el empleado tragó con dificultad y su actitud se tornó servicial.

—¿Desean una habitación?

—Estamos buscando al señor Hans Linker —informó Emily, que se aferraba al brazo de su acompañante para infundirse valor.

—Oh... sí. El señor Linker no estará aquí hasta mañana por la mañana. Ha tenido que ausentarse, pero dejó una carta para el señor Coleman. —Alzó las cejas, esperando que le confirmaran si tenía que sacar la misiva.

—Yo soy la señora Coleman. Mi marido no ha podido venir.

Las cejas del hombre se elevaron un poco más en una muda especulación y los ojos fueron de Sam a Emily. Esta se sintió avergonzada al advertir que los ojillos negros del hombre la evaluaban de manera despectiva.

—En ese caso, señora, me temo que no puedo entregársela —aseguró con condescendencia petulante—. Entenderá que mi obligación es seguir las órdenes que me han dado.

—Pero soy la esposa del señor Coleman y el señor Linker espera...

—Si su marido no se presenta —la interrumpió descaradamente— no entregaré la car...

La voz se le quedó atascada en la garganta cuando la mano de Sam lo agarró del cuello y le obligó a echarse sobre el mostrador de madera pulida.

—La señora Coleman ha hecho un largo viaje desde la otra punta del estado y está cansada —explicó con voz pausada, no sin un deje de amenaza en el timbre—. Le estaríamos muy agradecidos si nos diera la carta cuanto antes.

El hombre asintió con los ojos a punto de salirse de las órbitas. Sam lo soltó y le alisó la camisa con parsimonia.

—Siempre he pensado que unas pocas palabras son lo mejor para aclarar las cosas —explicó a Emily, que lo miraba con la boca abierta.

Ella asintió en silencio. Estaba viendo una nueva faceta de Sam, la del hombre que no temía recurrir a la violencia para conseguir lo que deseaba. Llevaba demasiados años solo valiéndose de la amenaza, lo único que muchos respetaban. Con todo no sintió el rechazo que habría imaginado unas pocas semanas antes, de modo que sonrió al empleado y tendió una mano a la espera de recibir la carta.

—Gracias, le estamos muy agradecidos.

Salieron y, nada más pisar la acera, Emily abrió la carta con impaciencia. Cuando la leyó, el estómago se le cerró en un puño, aunque enseguida soltó un suspiro de alivio. Al enterarse de que Linker no estaba, todas sus esperanzas se habían venido abajo, pero después en la misiva del funcionario leyó lo que tanto necesitaba saber. Linker seguía interesado en el ganado del rancho Coleman y esperaba encontrarse en el restaurante Beatty and Kelley al día siguiente con el señor Coleman, si a este le convenía. Aquella sería la última oportunidad, porque después se marcharía hacia Oklahoma.

—Hemos llegado a tiempo —susurró Emily—. Por un día...

La voz se le quebró. Si se hubiesen retrasado un día más, todas las penurias no habrían servido de nada. Alzó el rostro y sonrió a Sam.

—Lo hemos conseguido. Aquí me indica que ya está todo previsto para que el ganado sea llevado a los cercados del ferrocarril. Los empleados están al tanto de la llegada de nuestra partida de reses. —Se rio y no pudo evitar echarse al cuello de Sam—. Lo hemos conseguido...

Sam la estrechó allí mismo, sin importarle las miradas de los demás.

—Me siento orgulloso de ti, eres una mujer maravillosa.

—¿Sam Truman?

Una voz femenina los obligó a separarse. Detrás de Emily una mujer los observaba con los ojos muy abiertos. Rondaría los cuarenta, pero el rojo fuego de su cabello no dejaba entrever ni una sola cana. Era de estatura pequeña y su silueta evocaba un reloj de arena, con el busto generoso, la cintura diminuta y unas caderas amplias. Iba vestida recatadamente con un vestido de calicó granate con volantes blancos en el escote y las mangas. Pese a su atuendo discreto, todo en ella era llamativo, los ojos grandes, ligeramente redondos pero no carentes de atractivo, una nariz chata y la boca ancha y voluptuosa.

—¡Sam Truman! ¡Eres tú, viejo truhán!

Para sorpresa de Emily, la mujer se echó a los brazos de Sam y le plantó un sonoro beso en los labios, sin el menor reparo por encontrarse en público ni por la presencia de una desconocida. Esta sintió que el amargo sabor de los celos le inundaba la boca.

—¿Lorelei? —La voz de Sam delataba su incredulidad. Sonrió—. Vaya, te dejé en Laramie hace años y ahora te encuentro aquí. Veo que sigues tan guapa como siempre.

—Con unas cuantas arrugas más, pero soy la misma que en Laramie —aseguró la mujer con coquetería—. Bueno, no del todo. Ahora soy la viuda Brigg. Me casé hace cuatro años con un comerciante, y dejé La Dama del Sur. Me he convertido en una mujer respetable.

Emily se sentía ignorada y bullía de indignación. Las manos de la recién llegada revoloteaban por las solapas de la chaqueta de Sam con una familiaridad que sugería una relación mucho más íntima de lo aceptable. Se cruzó de brazos y sin darse cuenta empezó a dar golpecitos en el suelo de madera con un pie. Aquel ruido pareció recordar a los otros dos su presencia, porque Lorelei se dio la vuelta y la recorrió con la mirada de los pies a la cabeza. Una ceja pelirroja se arqueó ligeramente delatando su curiosidad.

—Lo siento —se disculpó Sam, y Emily habría jurado que bajo la barba se había sonrojado—. Lorelei, te presento a la señora Coleman. Emily, Lorelei es una amiga de cuando viví en Laramie.

Las dos mujeres se hicieron un gesto escueto con la cabeza y Sam dio un paso atrás notando que unas vibraciones tensas fluían entre ambas, sobre todo por parte de Emily.

—Dime una cosa, Sam —empezó Lorelei sin apartar la mirada de Emily—. ¿Tengo que pensar que acabo de hacer el ridículo delante de... de tu...?

La pregunta quedó en el aire y Emily sintió cómo su rostro se encendía por la insinuación de la descarada.

—Mi patrona —explicó Sam, incómodo por la mirada airada de Emily.

Lorelei asintió, pensativa. De repente sonrió de oreja a oreja.

—Tu patrona... ¿Y qué os ha traído a Dodge City?

Emily se negó a contestar, de modo que esperó a que Sam lo hiciera. Le resultaba insultante que quisiera marcar una distancia llamándola «patrona». Tal vez la estuviese protegiendo de los cotilleos de esa mujer, pero a ella no le importaba lo que pensara una descarada a la que sin duda no volvería a ver.

—Hemos traído el ganado de la señora Coleman —explicó Sam. Echó una ojeada a Emily, esperando que participara en la conversación, pero al ver que ella no abría la boca decidió seguir—. Mañana nos reuniremos con el comprador.

—Entonces, ¿pasaréis la noche aquí?

Sam recordó a los hermanos Manning y el telegrama a su tía; se quedarían hasta recibir una respuesta. Esa había sido la intención de Emily, que se negaba a dejarlos en la ciudad sin saber si tendrían adónde ir.

—Creo que nos quedaremos unos días.

—¿Y dónde os alojaréis? —inquirió Lorelei, ajena a la actitud de Emily.

—En el campamento que hemos montado cerca del fuerte Dodge.

—De eso nada, vendréis a mi casa. Es enorme y reconozco que el silencio me mata por las noches. No echo de menos mi pasado, pero sí añoro a las chicas. Desde que mi marido murió, odio dormir sola en mi casa.

Emily estuvo a punto de preguntar si se refería únicamente a la casa o si su comentario incluía también su cama, pero se mordió la lengua. Iba a rechazar de manera tajante la invitación cuando Sam habló:

—Te lo agradezco, Lorelei, pero somos ocho personas, siete adultos y un niño...

Lorelei le dio un suave manotazo en el antebrazo.

—No seas tonto, mi casa es enorme y tiene suficientes habitaciones para que os quedéis todos. Mi pobre Patrick quiso darme lo mejor e hizo construir un hogar que se parece demasiado a un hotel. Si no fuera por Mickaela y Daphne, pensaría que vivo en un mausoleo a la memoria de la generosidad de mi difunto marido. No consentiré que durmáis en un campamento cuando podríais descansar en unas cómodas camas. Estaré encantada de tener invitados y, de paso, me contarás qué hiciste cuando te fuiste de Laramie de la noche a la mañana. Nos dejaste a todas llorando.

La indignación de Emily iba en aumento, pero cuando se disponía a replicar con decisión declinando tal muestra de generosidad, Lorelei la miró con una sonrisa amable en los labios.

—Seguro que se muere usted por un baño caliente y perfumado.

Abrió la boca, lista para renunciar a ese sueño, pero Sam fue más rápido.

—Es muy amable de tu parte. Otra joven viaja con nosotros, ella y el niño estarán mejor en tu casa que en un campamento tan cerca de la ciudad.

Lorelei empezó a aplaudir con las manos enfundadas en unos guantes blancos de cabritilla.

—Bien, excelente. Ahora tengo que ir al banco, pero si me esperáis...

—Tenemos cosas que hacer antes —replicó Emily secamente.

Lorelei arqueó las cejas en un gesto calculado, pero volvió a sonreír.

—Está bien, nos vemos en mi casa. Está en la zona norte de la ciudad, no resulta difícil encontrarla, porque es una de las más grandes y en el frente hay árboles frutales. Os esperaré e iré ordenando que os preparen las habitaciones.

—¿Y Nube Gris? —inquirió Emily, quien por una parte temía y por otra casi rezaba,

injustamente, que fuera la excusa perfecta para negarse a pasar las próximas noches en casa de Lorelei.

—¿Qué pasa con ese Nube Gris? —preguntó la mujer.

—Es un indio y me niego a dejarlo solo —explicó ella con voz tensa.

La risa de Lorelei la sorprendió, pero no fue nada comparado con el codazo nada elegante que dio a Sam.

—¿La señora piensa que la presencia de un indio me molestaría? —Volvió a prestar atención a Emily—. Ese hombre será tan bienvenido bajo mi techo como lo es Sam. No me importa el color de la piel de la gente. Cuando esté en mi casa, lo entenderá.

Dio otro abrazo a Sam y se alejó asegurando que todo estaría preparado para cuando llegaran.

Precavido, Sam retrocedió un paso. El rostro de Emily revelaba todas sus emociones y ninguna era buena. Quiso decirle que Lorelei tal vez era una persona demasiado avasalladora, pero que todo lo hacía con la mejor de las intenciones, que su generosidad la había llevado a extremos que pocas mujeres habrían entendido, sobre todo las que la miraban por encima del hombro.

—¿Por qué has accedido a dormir en su casa sin consultarme? —preguntó ella, llena de indignación.

—Porque tengo razón. Cody, Edna y tú estaréis más seguros en casa de Lorelei. Y también porque todos nos merecemos un baño y un descanso.

—Pues yo no quiero dormir en casa de esa mujer. No la conozco...

—Yo sí —la interrumpió. Se colocó tan cerca que ella tuvo que echar la cabeza atrás para mirarlo a los ojos—. Conozco a Lorelei desde hace años. Ella es así, no teme tocar. Digamos que es algo que hizo durante demasiados años como para cambiar ahora.

Las cejas de Emily se elevaron, sin acabar de entender lo que Sam le estaba diciendo, aunque poco a poco fue asimilando lo que implicaban sus palabras.

—¿Qué quieres decir?

—Digamos que en el pasado Lorelei fue muy popular entre la población masculina de Laramie y que vivía de ello en La Dama del Sur.

Los labios de Emily formaron una silenciosa O. Apenas había salido del rancho en toda su vida, pero sabía lo que hacían ciertas mujeres con los hombres, como las desvergonzadas que se pavoneaban en los balcones sobre los bares en esa misma ciudad.

—No la juzgues, Emily —añadió Sam con el ceño fruncido—. La vida lleva a algunas personas por caminos que no siempre han elegido. Me alegro de que Lorelei se casara con un hombre que vio más allá de lo que ella vendía. Es una buena mujer y fue lo más parecido a una amiga.

Emily tragó la bilis de los celos y la vergüenza.

—Lo siento, no la he juzgado —susurró, aunque al momento entornó los ojos—, pero no me gusta que te toque. No me gusta que te bese ni en la calle ni en ningún otro lugar. No me gusta que coquetees contigo. No me gusta cómo te mira...

Sam apretó los labios, reprimiendo la sonrisa de satisfacción por los celos que Emily no controlaba. Tiernamente le colocó un mechón de cabello tras la oreja y antes de alejar la mano le acarició la mejilla con los nudillos. Fue una caricia leve y rápida que a ella le supo a poco, pero recordó que estaban en plena calle y que todos los allí presentes podían verles.

—Emily —empezó en voz baja, y ella sintió sus palabras como si provinieran de lo más hondo de Sam—, he viajado mucho, he conocido a mucha gente, algunos peores que otros, y Lorelei ha sido de las mejores. Es generosa hasta lo insensato. No puedes pedir que ignore mi pasado, ni que dé la espalda a una mujer porque estás celosa. No tienes nada que temer.

Las palabras no la calmaron porque no le aclaraban sus dudas.

—¿Fuisteis amantes? —preguntó, sintiendo que se le encendía el rostro.

—No. Mi padre me dejó muy claro que intimar con las palomas descarriadas suele acarrear consecuencias.

Emily lo entendió. Pensó en los niños que podían nacer de semejante relación, niños marcados por el estigma de tener como madre a una mujer que se prostituía.

—¿Niños?

Sam se rio suavemente.

—Entre otras cosas. Te estoy hablando de enfermedades como la sífilis.

Las mejillas de Emily se pusieron al rojo vivo. Había oído hablar de esa enfermedad innombrable que causaba la ruina de muchas personas. Con todo, las sospechas de Emily fueron hacia otros senderos.

—¿Me estás diciendo que nunca has estado con una mujer en todos estos años?

Sam reprimió una mueca, consciente de estar pisando un terreno muy resbaladizo. El hecho de encontrarse en medio de la acera no lo hacía más fácil, porque la gente los miraba de reojo, llevada por la curiosidad.

—Creo que deberíamos ir a los cercados para llevar cuanto antes el ganado.

Con estupor Emily vio que se alejaba en dirección a los caballos.

—¡Sam Truman! No me des la espalda, no me has contestado.

Subido sobre *Rufián*, el aludido esbozó una sonrisa sesgada.

—El ganado nos espera, señora Coleman.

25

El resto de la comitiva estaba en el campamento, aguardando el regreso de los demás. Aunque hasta ellos llegaba el bullicio de la ciudad, allí todo estaba en calma. Cody se había dormido en el carromato y Kirk se había sentado en compañía de los perros a la sombra de un árbol, desde donde tenía mejor vista para vigilar el ganado. Edna y Nube Gris estaban junto a la hoguera. El indio se mostraba meditabundo desde que llegaron a la ciudad, en concreto desde que vieron la montaña de esqueletos de búfalos, así como una carreta cargada hasta los topes de pieles de estos animales. La joven sospechaba que el ánimo reservado de su amigo guardaba alguna relación con aquel espantoso espectáculo y le dolía verlo tan abatido. Con todo, no sabía cómo sacarlo de su mutismo.

—Nube Gris...

—¿Qué? —contestó distraído, con la vista fija en las llamas que lamían el hierro de la olla colgada del trípode.

—¿Por qué cazan tantos búfalos?

El rostro de Nube Gris se hizo aún más insondable, y Edna se arrepintió de haber formulado esa pregunta.

—Es la manera de ir acabando con los indios, dejarlos sin alimento para sus familias, sin pieles para vestirse o para hacer sus tipis.

—¿Y por qué se lo consienten?

Nube Gris alzó por fin la cabeza y la miró fijamente.

—¿Los indios o el gobierno?

La pregunta pilló desprevenida a la chica, que en realidad no acababa de entenderla. Se sintió tonta.

—Los dos.

Nube Gris permaneció callado unos minutos que a Edna le parecieron eternos. Quería darle consuelo, pero no se atrevía a acercarse, y mucho menos tocarle.

—El tiempo de los indios se está acabando. Donde antes únicamente había praderas y cielo, ahora hay pueblos de colonos, vías de ferrocarril, diligencias que cruzan los estados de un extremo a otro. Las tribus, ya sean nómadas o las que vivían asentadas en sus poblados, se han visto obligadas a abandonar sus tierras. En parte por la falta de caza, y eso es el resultado de la matanza indiscriminada de los búfalos. El gobierno incentiva esa carnicería para matar de hambre a los indios y obligarlos a aceptar que los encierren en las reservas. Si esto no acaba, los

búfalos desaparecerán y con ellos también los indios.

La voz monótona de Nube Gris conmovía más a Edna que un discurso vehemente sobre la injusticia que se estaba realizando con el pueblo indio. Por primera vez fue consciente de lo que el hombre blanco le estaba haciendo a la gente de su amigo. Los colonos se habían instalado en tierras que supuestamente no pertenecían a nadie, sin tener en cuenta a los que llevaban siglos viviendo allí. Guiada por un sentimiento a medio camino entre la vergüenza y la pena, alargó la mano y la posó sobre la de su amigo, un hombre que nunca encontraría su sitio, que nunca viviría como su pueblo lo había hecho durante siglos ni sería aceptado por los blancos.

—Entiendo cómo te sientes —adujo ella.

Nube Gris sonrió con tristeza. Giró su mano y entrelazó los dedos con los de ella.

—Mira el color de tu piel. Tú eres blanca como la leche, la mía es oscura. Eso nos hace diferentes. ¿Cómo puedes entenderme?

—Porque soy mujer y, a pesar de ser blanca, lo que yo opine no vale mucho. Tanto tu pueblo como nosotras, las mujeres, ya seamos blancas o no, tenemos que acatar órdenes, no se nos pregunta qué deseamos. Nosotras hemos de seguir a los hombres de nuestra familia sin chistar. Pasamos de depender de nuestros padres o hermanos a estar a las órdenes de un marido que se hace dueño de todo lo nuestro. Nos despojan de todo, como a tu pueblo.

Los ojos obsidiana de Nube Gris se perdieron en la mirada celeste de Edna.

—Entiendo lo que quieres decir; con todo, una mujer blanca siempre valdrá más que un indio.

Edna apretó los dedos de Nube Gris.

—Para mí eres un hombre maravilloso, bueno, valiente y... —tragó con dificultad—, muy guapo.

Las palabras de la joven calaron muy hondo en él, tanto que sintió que su corazón se aceleraba.

—Edna...

El ruido de los caballos lo interrumpió. Se pusieron en pie de un salto, como si los hubiesen pillados haciendo algo vergonzoso. Vieron que Emily y los demás se acercaban. Nube Gris echó a andar para reunirse con ellos.

—Nube Gris —lo interpeló Edna—, ¿qué me ibas a decir?

El indio sonrió sin que el gesto le llegara a los ojos.

—Nada, ya no importa.

En cuanto desmontaron, Sam los puso al tanto de lo que habían averiguado y Joshua confirmó que había mandado el telegrama a su tía.

—Entonces, ¿pasaremos la noche en casa de esa señora? —inquirió Edna con un brillo de emoción en los ojos—. ¿Podremos dormir en una cama?

Emily asintió, avergonzada por haber sido tan egoísta al dejarse llevar por los celos. Todos ellos habían llegado al límite de sus fuerzas, y unas noches de auténtico descanso y un baño antes de volver al rancho los dejarían como nuevos.

—Sí, dormiremos en camas y podremos bañarnos.

Kirk chasqueó la lengua tras dar un trago a su petaca.

—¿Y dónde dejaremos los perros?

Emily y Sam se miraron, porque no habían caído en ese detalle. La voz de Douglas los sacó

de su incertidumbre.

—Yo dormiré en la carreta, alguien tiene que vigilarla. Así, de paso, echaré un ojo a los perros.

Lo dijo con aire de suficiencia, como si aquello fuera lo más importante de todo el viaje. En realidad, necesitaba algo de libertad para buscar a Jack y su amigo. Esa misma mañana en el desayuno acordaron la ruta que tomarían para el regreso y ya podía decirle al idiota del sobrino de Crawford dónde habían de tender la emboscada, aunque ya solo quedaban dos hombres y, por muy bien que se colocaran, estarían en desventaja. Tal vez pudieran contratar a otro pistolero; al fin y al cabo en Dodge City no sería difícil encontrar a un tipo que quisiera ganarse algún dinero sin hacer preguntas.

Sam se encogió de hombros.

—Como quieras...

Todos se dispusieron a recoger y llevar el ganado a los cercados del ferrocarril. Para alivio de Emily, Linker lo había dejado todo dispuesto para que el ganado fuera atendido, lo que la dejaba más tranquila. Aunque un detalle la inquietó: en el recibo que le entregó el encargado de los cercados no se indicaba la cantidad acordada.

—¿Qué ocurre? —inquirió Sam al verla fruncir el ceño.

—Nada, o eso creo, pero aquí no se estipula lo que Linker tiene que pagarme por el ganado, solo se hace referencia a la entrega de las reses.

Sam volvió a dirigirse al empleado, que ya se alejaba.

—¿Cuándo sale el próximo tren?

—Hasta mañana a mediodía no llega el de Wichita. Si le preocupa que se lleven su ganado antes de haber recibido el dinero —explicó el joven—, tiene que saber que el señor Linker siempre lo inspecciona antes de cargarlo en los vagones, y eso no será hasta mañana por la tarde. Tienen tiempo de hablar con él y aclarar sus dudas.

—De todos modos me pasaré por aquí temprano —señaló Kirk—. No es que no me fíe de ese hombre, pero la prudencia nunca está de más.

El empleado se dio la vuelta y dijo por encima del hombro:

—Como quiera, pero cerramos el recinto y hay guardias toda la noche para evitar los robos de ganado. En cualquier caso, si se pasa por aquí, no lleve armas y tenga las manos a la vista.

Algo más tranquila, Emily entendió que ya no había excusa para demorar el momento de presentarse en casa de Lorelei. Los celos todavía la azotaban como oleadas que iban y venían pillándola desprevenida. No estaba acostumbrada a ese sentimiento posesivo que tanta vergüenza le inspiraba, pero lo que Sam representaba para ella iba más allá de la cordura, y no quería que ninguna mujer se interpusiera entre ambos en el poco tiempo que les quedaba.

La casa de Lorelei se elevaba en lo alto de una pequeña loma, lo que la hacía aún más impresionante. Como la mujer les había dicho, estaba rodeada de árboles frutales que desprendían el olor dulzón de las flores. Era una edificación de tres plantas, pulcramente pintada de blanco, con un porche que ocupaba toda la fachada, donde se veían mecedoras que se balanceaban al ritmo de la brisa de la tarde.

—Es una casa preciosa —susurró Edna, encandilada—. Con nuestros vestidos arrugados pareceremos las criadas.

Emily inhaló, consciente de su aspecto. No había tenido tiempo de arreglarse, y aunque lo

hubiese conseguido, habría sido inútil, porque no tenía nada mejor que ponerse. De manera que se irguió todo lo que pudo.

—No tenemos nada que envidiar a esa mujer, Edna.

—Si tú lo dices... —musitó la chica sin apartar la mirada de la fachada, y eso hizo que Emily se desinflara.

¿A quién iba a engañar? Si hacía memoria, el vestido de Lorelei le había parecido exquisito y ella se había sentido como una pueblerina frente a una dama de ciudad. Soltó un suspiro de resignación.

—Bien, allá vamos. No sirve de nada quedarnos aquí.

Azuzaron sus caballos para reunirse con los demás, que ya se apeaban de sus monturas. Apenas los alcanzaron cuando la puerta se abrió y apareció Lorelei, ataviada con otro vestido, uno de gasa cremosa que se amoldaba a sus formas como un guante.

—¡Ya habéis llegado!

Bajó los cuatro escalones tan rápido que Emily no la vio llegar. Para su sorpresa, vio salir a otras dos mujeres. Una de ellas era una belleza de piel oscura con ojos rasgados y boca perfecta. La otra era una india ataviada como sus dos amigas, aunque sus rasgos hablaban de una raza orgullosa. Para consternación de Cody, las tres se dirigieron sin pensárselo al niño, que se fue acercando a la falda de su madre.

—¡Mirad qué hombrecito tan serio! —exclamó Lorelei, pellizcándole las mejillas—. ¡Pero qué guapo eres! ¿Verdad, chicas?

Cody echó una mirada aturullada a su madre, pero las tres mujeres ya le rodeaban, acariciándole el pelo y preguntándole cómo se llamaba. Emily no pudo por menos que sonreír.

—Venga, entrad, ya nos presentaremos todos dentro. Y tú —siguió Lorelei, echando un brazo por encima del hombro de Cody—, cuando Sam me dijo que un niño viajaba con él, me fui corriendo al almacén general y compré una cosa que sin duda te gustará.

—¿Qué es? —quiso saber el muchacho, receloso.

—Caramelo con pecanas. ¿Te gusta?

—Nunca he comido pecanas caramelizadas. ¿Es como las manzanas con caramelo? —insistió, ya más interesado.

—Mucho mejor. ¡Seguro que te gusta!

Entraron todos menos Emily y Sam. Este la miró de reojo.

—¿Lo ves? Lorelei es así, le encanta cuidar de los demás. Habría sido una buena madre, siempre cuidaba de las demás chicas.

—¿Y por qué no ha tenido hijos?

—Porque una enfermedad venérea la dejó estéril. No puede tenerlos, no lleva a término los embarazos.

Emily alzó las cejas, sorprendida de que Sam hablara con tanta naturalidad de asuntos que los hombres evitaban.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque estando en Laramie sufrió un aborto. El médico llegó tarde por culpa de una tormenta y yo tuve que ayudarla. Esa noche me contó su vida, y no fue divertido.

—Lo siento —susurró Emily, cada vez más avergonzada.

—No lo sabías.

—Sin Cody me habría vuelto loca —dijo sin mirarlo—. Él era el que me daba y me sigue dando fuerzas. No hay un vínculo más fuerte que el de una madre con su hijo. Siento que Lorelei no los tenga. ¿Y quiénes son las otras dos chicas?

Sam volvió a mirarla de reojo.

—No las conozco, pero sabiendo cómo es Lorelei, me imagino que palomas descarriadas que ha sacado de algún lugar peligroso.

Emily se miró las puntas de las botas desgastadas.

—Ahora me siento como una arpía...

Sam la abrazó por la cintura y la acercó hacia sí.

—No, eres una guerrera celosa y eso me gusta.

Emily alzó la mirada para encontrarse con esos ojos pálidos. La barba era tan tupida y negra que el azul hielo resultaba más inquietante.

—No te burles de mí, Sam Truman. Y te recuerdo que tenemos una conversación pendiente. Tú lo sabes todo de mí, pero no has contestado a mi pregunta de esta mañana y espero recibir una respuesta.

Sam se rio por lo bajo y la cogió de un codo para guiarla hacia las escaleras.

—No, si yo puedo evitarlo —musitó muy bajito.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Entremos antes de que Lorelei seduzca a Cody.

—¡Sam! Yo nunca pensaría una cosa tan espantosa...

Por toda respuesta, Sam soltó una carcajada antes de entrar.

26

La bañera se encontraba en el centro de un cuarto pequeño aunque coquetamente amueblado situado junto a la cocina. Las paredes estaban empapeladas con cenefas de rosas alternadas con amplias franjas del verde de los capullos. Las lámparas de aceite desprendían una suave luz dorada. Una estufa de carbón calentaba la estancia, que olía a jabón de lavanda. Todos se habían bañado y ella era la última. Al sumergirse en el agua caliente se le escapó un gemido de placer. Disfrutó estirando las piernas, recordando la tina que usaban en su casa para el baño, que apenas daba para sentarse. Lentamente su cuerpo se fue relajando y se dejó llevar por la languidez que embargaba todo su ser hasta dejarla adormilada.

No obstante el pensamiento de estar llegando al final de su viaje no la abandonaba. Unas pocas semanas más, tal vez días, y Sam se marcharía. Entendía sus motivos, sabía que muchos la señalarían por estar con un hombre que no era su marido. Y Sam supo dar el único argumento que Emily no podría obviar: por nada del mundo sometería a su hijo al escarnio de los demás, niños y adultos. A pesar de saber que la despedida era inevitable, eso no hacía menos dolorosa la pérdida del único hombre al que amaba.

Perdida en sus pensamientos no oyó que se abría la puerta. Fue la corriente de aire lo que la avisó de una presencia en el cuarto. Miró por encima del hombro y se encontró a Lorelei, que la observaba con un brillo divertido en la mirada.

—¿Disfrutando del baño? ¿Está bastante caliente el agua?

Cohibida, Emily encogió las piernas y se las abrazó.

Lorelei soltó una risita y dejó sobre una banqueta unas toallas de lino. Acto seguido, y para mortificación de Emily, se sentó encima sin más ceremonia.

—No te escondas y disfruta del baño. No tienes nada que yo no tenga.

No supo qué contestar, de manera que permaneció encogida. A los pocos segundos la inoportuna visita se rio de nuevo.

—Por lo que veo, se ríe con mucha facilidad —espetó Emily.

—Cariño, no voy a andarme con rodeos. ¿Te ha contado Sam algo de mi vida anterior?

—No exactamente...

Lorelei se colocó los volantes de las mangas y cruzó los brazos sobre las piernas, enseñando una buena porción del escote con esa postura.

—No es que sea motivo de orgullo, pero tampoco quiero esconder mi pasado. Fui prostituta en Laramie durante años. No lo elegí, me vendieron cuando tenía dieciocho años a cambio de

unos cuantos barriles de whisky y un caballo. Comparado con lo que dieron por otras chicas, fui de las más caras. —A pesar del tono desenfadado, los ojos de Lorelei revelaban una antigua amargura—. Ahorraba cuanto podía para abrir un bar en algún sitio, pero por suerte conocí a Patrick y me sacó de aquel lugar.

—¿Por qué me cuenta todo eso?

—Porque tú y yo tenemos un interés común y me gusta que las cosas sean muy claras. Conocí a Sam hace muchos años y, si entonces me parecía un hombre guapo, ahora me parece aún más deseable, pero no me gusta meterme entre un hombre y una mujer. De modo que no daré más vueltas. Cuando os he visto en la calle, os estabais abrazando de una forma muy poco convencional para tratarse de una patrona y su empleado. Tú eres la señora Coleman, y Sam, el señor Truman. ¿Hay algún señor Coleman?

Emily estaba tan abochornada que de repente el agua que la envolvía le pareció helada. Aunque la franqueza de Lorelei la estaba desarmando, se negó a achicarse, así que alzó la barbilla.

—Mi marido lleva seis meses desaparecido. Se supone que está buscando oro en Oregón, pero no ha dado señal de vida desde que se fue.

—¿Y hay algo entre Sam y tú? —La pregunta fue directa mientras la miraba a los ojos. No sonreía, ya no quedaba rastro de su risa ni su desenfado.

Emily tragó lentamente en un intento de disolver el nudo que se le había formado en la garganta.

—Sí...

Para sorpresa de Emily, Lorelei se dio con ambas manos una palmada en las rodillas. Se puso en pie y se colocó detrás de ella. Sin pedir permiso, cogió el jabón de lavanda y empezó a enjabonarle el pelo.

—Bien, ahora ya sé a qué atenerme. Es una pena, porque en Laramie Sam nunca se acercaba a las chicas; nos trataba con mucho respeto, nos llamaba señora y nos saludaba con un gesto que nos enloquecía, pero nunca se acostó con ninguna. Esperaba que ahora que soy una viuda respetable la cosa cambiara, pero veo que es tarde.

Aturdida, Emily se dejó lavar el pelo y se encontró disfrutando de las atenciones de su acompañante.

—Lo lamento —dijo, más por hábito que por auténtico sentimiento. Se relajó estirando de nuevo las piernas—. Cuéntame cosas de Sam. Él nunca habla nunca de su pasado, lo único que sé es que estuvo luchando en la Guerra Civil. —Se mordió el labio unos segundos y se atrevió a preguntar lo que llevaba cavilando todo el día—. Si Sam no se acostaba con las chicas, ¿tenía una amante en otro sitio?

La risa de Lorelei regresó.

—Eso lo ignoro, aunque en Laramie se rumoreaba que tenía una relación muy discreta con una joven viuda. No sé nada más.

La respuesta no la tranquilizó, porque una relación discreta podía ser exactamente lo mismo que ella tenía con Sam. Y si hacía memoria, recordó que Lorelei había mencionado que Sam se marchó de la noche a la mañana. ¿Haría lo mismo con ella?

—¿Y sabes algo de su familia?

Las manos que le masajeban la cabeza se quedaron quietas unos instantes.

—Murieron todos. Unos comancheros cruzaron la frontera y atacaron el rancho de sus padres. Criaban caballos. Los comancheros robaron todo lo que encontraron, mataron a los habitantes del rancho y quemaron cuanto encontraron a su paso. Cuando Sam volvió de la guerra, no quedaba nada, incluso las tierras habían sido confiscadas.

Emily soltó un suspiro que le salió del alma. Como suponía, estaba solo, no tenía familia, nadie que se preocupara por él. Cerró los ojos imaginando a un hombre catorce años más joven, devastado por una guerra que sacó su lado más violento, y que al regresar, cuando más los necesitaba, se encontró con la devastación de su hogar y la muerte de toda su familia. Se estremeció al pensar en Sam marchándose del rancho, roto por el dolor.

—¿Tienes frío?

—No...

Permanecieron en silencio un buen rato. Lorelei le echó la cabeza atrás y le enjuagó el pelo con una jarra. Cuidadosamente le quitó todo el jabón con gestos metódicos. Emily recordó las palabras de Sam: Lorelei disfrutaba cuidando de los demás.

—Sam se marchará cuando volvamos a casa —confesó Emily en voz baja—. No quiere estar en el rancho por si mi marido vuelve, porque, si es el caso, le mataría.

Lorelei arqueó las cejas.

—No me imagino a Sam matando a un hombre sin más.

—Mi marido nos pegaba, a mí y a mi hijo —susurró, avergonzada. No solía contar algo tan íntimo de su matrimonio, pero si alguien podía entenderla, era la mujer que estaba con ella en ese momento.

Lorelei se puso de rodillas y le pasó un brazo por los hombros. La miró fijamente y Emily vio los ojos de una mujer mucho mayor, que había visto demasiado sufrimiento.

—No tienes que avergonzarte de lo que hacía tu marido. Solo un malnacido sería capaz de algo así. Y Sam tiene razón; si se encontrara con tu marido, no dudes de que le daría su merecido. En Laramie un vaquero frecuentaba La Dama del Sur, era un joven que disfrutaba pegando a las mujeres. Todas lo evitábamos cuando aparecía, pero un día una chica que llevaba poco tiempo se acercó a él y subieron a las habitaciones. No tuvimos tiempo de avisarla. Una hora después el vaquero bajó, se bebió un trago tranquilamente y se marchó. Cuando subí a ver cómo estaba la chica, la encontré atada y amordazada en la cama. Le había pegado con tanta fuerza que apenas si se le reconocía el rostro. El cuerpo estaba lleno de moratones y cortes. Nadie se preocupó por hacer justicia, porque la joven no era más que una prostituta, pero Sam sí. Cuando ese vaquero volvió, lo retó a que se enfrentara a alguien de su tamaño.

—¿Y qué pasó?

—Hubo un duelo y Sam lo mató.

Emily se estremeció. Recordaba a Sam marchándose en la oscuridad, dispuesto a matar a los hombres de Crawford por ella.

—¿Y la chica? —preguntó en un susurro.

—Murió unos días después a causa de la paliza recibida. Así que ya puedes estar segura de que Sam mataría a tu marido. Esa chica no representaba nada para él y mató a su agresor por hacer justicia. Imagina lo que haría si se encontrara con un hombre que le haya puesto las manos sobre una mujer a la que considera suya.

El miedo se le coló en el cuerpo, no por ella ni por Cody. Sencillamente temió ver a Sam

matar a Gregory, porque eso sería una barrera infranqueable entre ellos. ¿Cómo podría explicarle a Cody que debían vivir con el hombre que había matado a su padre, por más que el niño no quisiera saber nada de Gregory?

—No quiero perderle —susurró Emily, con la congoja anidada en el pecho—, pero no sé qué hacer...

Lorelei le envolvió cuidadosamente el pelo con una toalla.

—Disfruta del tiempo que tienes.

Aquellas palabras le recordaron que, a pesar de los sentimientos que la unían a Sam, no habían intimado como pareja. Esa duda la sobrecogió, porque era consciente de que le quedaba poco tiempo. Pero ¿podría superar el miedo a fallarle? Se pasó la lengua por los labios y miró a Lorelei de reojo. ¿Quién mejor que una mujer como ella para hablarle de sexo?

—Lorelei...

—¿Sí? —contestó esta, doblando la toalla que se había caído al suelo.

—Yo... Bueno..., creo que... Me preguntaba si...

Tanto titubeo despertó la curiosidad de la mujer.

—¿Qué te pasa?

Las mejillas de Emily se encendieron hasta la combustión. No obstante se decidió; ya no era una niña y no le quedaba tiempo. Respiró hondo y soltó de sopetón:

—¿Podrías decirme cómo se da placer a un hombre?

—Pero, si eres una mujer casada y eres madre, sabrás algo de lo que pasa en una pareja —replicó Lorelei, perpleja.

Emily se tapó la cara con las manos. Nunca había sentido tanta vergüenza.

—Yo odiaba tocar a mi marido y no soportaba que él me pusiera las manos encima. Odiaba cuando..., cuando... Ya sabes. Me dolía y me daba asco.

—¿No te has acostado con Sam? ¿Solo con tu marido? —La sorpresa se reflejaba en el rostro de la mujer.

—Sam y yo no hemos compartido más que besos, y son maravillosos. Siento que mi cuerpo se despierta y anhelo cosas que no entiendo. Pero me da miedo volver a sentir asco si Sam me toca de manera más íntima. Algunas veces pienso que algo va mal en mí porque no me entiendo. Mi marido me decía que una mujer honrada y temerosa de Dios no podía sentir nada durante el acto matrimonial. Pero cuando beso a Sam, quiero tocarlo, quiero ver su cuerpo, quiero acariciarlo...

Lorelei curvó los labios y finalmente rompió en una carcajada escandalosa.

—Bien, cariño, si deseas hacerle todas esas cosas es que no te pasa nada malo. Escúchame, tu marido es un idiota. No hay nada más bonito que el sexo entre un hombre y una mujer cuando se aman. También puede ser divertido, apasionado, tierno. No hay nada fijo, todo depende de lo que cada uno quiera en ese momento.

—Pero ¿qué tengo que hacer? —inquirió, con urgencia.

—Cariño, espero que el agua esté caliente, porque esto nos llevará un buen rato.

Emily no tardó en abrir unos ojos como platos.

Sam llevaba tanto tiempo esperando que Emily bajara de su habitación que apenas si lograba mantenerse quieto. Las miradas de Lorelei al bajar unos minutos antes no hicieron nada por calmarle. Al oír unos pasos en las escaleras, se puso en pie de un salto y fue a ver quién era. Nada más alzar la vista, se quedó congelado. La mujer que apoyaba un pie tras otro sobre cada escalón con la gracia de un cisne que se desliza por el agua lo dejó sin palabras. Su Emily seguía siendo la misma de siempre, aunque algo en ella había cambiado y la hacía aún más deseable. No era el vestido de raso azulado, ni el peinado que alzaba el cabello en una cascada de bucles sueltos. Eran los ojos de una mujer segura de sí misma que lo miraba como si tuviese un cometido.

Sonrió y se sintió como un bruto con sus cartucheras colgadas de las caderas, porque en ese momento habría deseado ser un caballero elegante, de los que regalaban flores a las damas y las hacían girar sobre una pista de baile iluminada por centenares de velas que realzaran la belleza de su pareja. En ese momento deseó ser otro hombre, alguien que pudiera darle un futuro a Emily.

Estaba tan absorto en su contemplación que no oyó que la puerta de la calle se abría.

Joshua y Douglas entraron.

—Mirad a quién traigo —dijo Joshua, limpio y re peinado, más alegre de lo que había estado en todo el viaje—. He convencido a Douglas para que cene con nosotros, aunque después se vaya a dormir a la carreta... —La voz se fue apagando cuando se fijó hacia donde iba dirigida la mirada de Sam—. Vaya, Emily... Estás muy guapa...

Douglas notó que se le encogía el estómago. Lo que estaba viendo le revolvió las tripas, porque Emily se había vestido como una furcia para seducir a un hombre que no era él. Reprimió las ganas de subir de dos en dos las escaleras para deshacerle el moño y arrancarle ese vestido que la ceñía hasta revelar cada curva de su cuerpo. Una mujer honrada no se vestía así. Él quería a la Emily que se había escondido en el rancho, temerosa, vulnerable, no la seductora que permanecía erguida mientras sonreía a Sam. Apretó los puños. Estaba más decidido que nunca a llevar a cabo su plan y llevársela muy lejos, donde nadie pudiera meterle estupideces en la cabeza y donde ella aprendería a ser una esposa obediente.

Cody pasó corriendo por la entrada, pero algo le frenó y Mickaela, que lo perseguía, chocó con él.

—¡Mamá! Pareces una princesa.

—Ese vestido te queda mejor que a Daphne. Le encantará verte con él —declaró Mickaela con un brillo pícaro en la mirada.

Emily sonrió. Tanta atención empezaba a turbarla, aunque la única mirada que le importaba era la de Sam, y la sonrisa deslumbrante de su hijo representaba la culminación de su felicidad. Cuando tras el baño Lorelei había aparecido en su habitación cargada de raso y encajes, ella se había sentado en la cama, aturdida, y había rechazado la ropa que le prestaba Daphne. Lorelei hizo oídos sordos y le guiñó un ojo.

—No seas tonta, Daphne está encantada. Además, este vestido le queda un poco estrecho, de modo que si lo manchas o se rompe, no importará.

Y allí estaba, con el vestido más bonito que jamás hubiese soñado, y notar el encaje de la ropa interior no hacía más que incrementar la sensación de ser la mujer más bonita de la ciudad.

El silencio que se produjo en el vestíbulo lleno de gente llamó la atención de Nube Gris y Edna, quienes se asomaron desde el salón.

—¡Emily! —exclamó la joven—. Estás preciosa. Mira..., yo también llevo un vestido nuevo. Me lo ha dejado Mickaela.

Giró sobre sí misma, haciendo bailar los volantes de encaje que adornaban el vestido de cretona rosa.

—Estás preciosa —le aseguró Emily, feliz por la joven.

El indio sonrió de oreja a oreja.

—Creo que somos los hombres más afortunados de la ciudad. Vamos a cenar con las damas más bellas de todo Dodge City.

—¿Y tú vas a cenar aquí? —espetó Douglas, rojo de indignación.

Joshua lo miró, sorprendido.

—Vamos a cenar todos juntos —adujo el chico.

—¿Por una cama y una cena caliente vas a aguantar a un indio? —espetó Douglas con cara de asco. No conseguía controlar la ira que lo sacudía por dentro.

—A dos indios —señaló Mickaela—. Soy medio cheyenne.

La mirada de Douglas fue de Nube Gris a la mujer que acababa de hablar.

—Ni hablar, no pienso compartir la mesa con esos asquerosos salvajes.

—Pues me alegro —dijo Lorelei desde la puerta de la cocina—, porque no quiero a un tipo como tú en mi casa. Ya sabes dónde está la puerta.

—No entiendo por qué te da tanto asco cenar con Nube Gris cuando lo has hecho durante más de un año en el rancho —puntualizó Emily, tranquilamente—. Si tanto te disgusta estar con un indio, es mejor que mañana mismo te marches por tu cuenta, en cuanto te pague lo que te debo. Siento que tengas tan mal opinión de Nube Gris, pero si he de elegir entre los dos, puedo asegurarte que él siempre estará primero.

Douglas echó una mirada tan cargada de odio a Emily que Sam dio un paso adelante.

—Largo de aquí —le ordenó en un tono que habría congelado el sol—. Ve a los cercados a mediodía; cuando la señora Coleman te pague, quiero que desaparezcas al instante.

Los ojos de Douglas fueron por última vez a Emily, ignorando la amenaza de Sam.

—Cree que un vestido de puta la cambiará, pero no es más que una mujer asustadiza que se arrepentirá cuando...

No pudo acabar la frase, porque el puño de Sam se estrelló contra su boca. Douglas cayó de

bruces sobre Joshua, que parecía asombrado por el veneno que escupía su amigo. Le había oído insultar a Nube Gris, pero nunca habría imaginado que fuera tan grosero con Emily. Al principio lo sostuvo a duras penas, pero cuando notó cómo se debatía lo soltó enseguida.

—Volveremos a vernos —barbotó Douglas con la boca llena de sangre.

Cuando se hubo marchado todos permanecieron en silencio; el ambiente festivo se había evaporado con el odio de Douglas. De repente se oyeron pasos en el porche y la puerta se abrió. La cabeza de Kirk se asomó con prudencia.

—¿Qué narices ha pasado aquí dentro? Salgo a fumar un cigarrillo y el idiota de Douglas sale como un mono cabreado y escupiendo sangre. ¡Emily! Chiquilla, casi no te reconozco... — exclamó, soltando su risa tan característica, como grava rastrillada—. Si tuviese unos años menos, te llevaría a bailar.

—Puedes llevarme a mí —le propuso Lorelei con un guiño.

Kirk entró y se quitó el sombrero, llevándoselo al pecho.

—Señora, cuando usted quiera. Será para mí un honor bailar con una mujer tan guapa, si no le importa que sea viejo y cojo.

La risa de Lorelei disipó la tensión y dio una palmada.

—Dios, este hombre me gusta, me recuerda a mi difunto marido.

—Dios me libre de parecerme a un cadáver —musitó Kirk con el ceño fruncido.

La puerta se cerró con un portazo que nadie pareció oír. Edna salió al porche, enfurecida por el comportamiento de Nube Gris, aunque también consigo misma por ser una estúpida convencida de que un bonito vestido bastaría para llamar la atención de su amigo. Pero no fue así, y el joven indio se pasó la velada hablando con Mickaela. Podía entender su anhelo por conversar con alguien de su misma raza, pero le dolía que la hubiese ignorado.

La puerta volvió a abrirse a sus espaldas. Cerró los ojos, rezando para que no fuera él. No quería que la viera cabizbaja, a punto de romper a llorar. Unos pasos se acercaron.

—¿Edna?

La voz de Joshua la sorprendió.

—Creí que te habías acostado.

El joven se sentó en una mecedora, con la vista perdida en el paisaje sombrío apenas iluminado por la luna.

—No. Creo que voy a ver si encuentro a Douglas. No entiendo por qué se ha mostrado tan grosero con Emily.

Edna soltó un suspiro y se sentó en la otra butaca.

—Ya te dije que Douglas la miraba de manera extraña. Tú no me haces caso, pero te aseguro que ese hombre tiene algo que me pone nerviosa.

Joshua no contestó. Permanecieron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Ni siquiera miraron cuando la puerta se abrió por tercera vez y apareció Nube Gris. Este los observó sin atreverse a acercarse a Edna por la presencia de su hermano. No quería ponerla en un aprieto, aunque necesitaba hablar con ella a solas. Durante toda la cena había notado que lo acribillaba con miradas airadas y no entendía muy bien aquella reacción.

Joshua le observó despectivamente, negándose a admitir que estaba equivocado con Nube

Gris. Era un indio y los indios no eran de fiar. No entendía cómo Edna confiaba tanto en él, sin importarle lo que su propio hermano pudiera pensar.

Fue ella la que rompió el silencio.

—¿Ya has acabado de hablar con Mickaela?

El indio alzó las cejas, sorprendido por el tono agrio de la joven.

—Pues sí, se ha ido a la cama, como casi todos. Solo quedan Sam y Emily en el salón. Yo me iré a la carreta para ver si los perros necesitan algo, no sabemos si Douglas se quedará con ellos esta noche o si ha abandonado el campamento.

Joshua se puso en pie; no quería estar con el indio.

—No creo que esté en el campamento. Voy a dar una vuelta por si le veo.

Edna frunció el ceño.

—No vayas por ahí solo. Esta ciudad es peligrosa.

Joshua sonrió a su hermana con aire de condescendencia.

—Sé cuidar de mí mismo. Pero tú no te quedes aquí sola, vuelve a entrar.

Los ojos de Edna se entrecerraron. Joshua la estaba mandando a la cama con el único fin de no dejarla a solas con Nube Gris.

—Entraré cuando me haya cansado de estar fuera... —fue su respuesta. Y se acomodó mejor en la butaca balanceándose lentamente.

Dividido, Joshua echó una mirada al indio.

—Y tú, ¿no te ibas?

El aludido se encogió de hombros. Ya tendría otra oportunidad de hablar con Edna.

—Sí.

Sin más, echó a andar con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones.

—¡Eres un grosero! —exclamó Edna, furiosa con su hermano, aunque decepcionada también con Nube Gris por haber cedido tan rápido.

Joshua sonrió, satisfecho por haber conseguido alejar al indio. No se molestó en contestar y caminó en dirección opuesta a la que Nube Gris había tomado momentos antes.

Edna miró hacia ambos lados. No pensaba quedarse de brazos cruzados; ni obedecería ciegamente a su hermano ni perdería la oportunidad de recibir una explicación de Nube Gris por su comportamiento. En cuanto la espalda de Joshua desapareció al doblar por la primera bocacalle, Edna echó a correr en la dirección que había tomado su amigo. No le costó alcanzarle, ya que iba caminando remoloneando y silbando suavemente, como si estuviese dando un paseo. Eso la desquició aún más. Con el aliento entrecortado por el corsé, que le apretaba las costillas, lo sujetó del brazo para obligarle a darse la vuelta.

—Creí que los amigos se trataban con respeto —dijo de sopetón ante la mirada sorprendida de Nube Gris.

Este no parecía entender lo que Edna le decía. Lo único que le importaba era que la chica le había seguido, saliendo de noche en una ciudad donde no era prudente que una joven anduviera sola. La sorpresa dio paso a la preocupación y el enfado.

—¿Le dices a tu hermano que esta ciudad es peligrosa y tú andas sola de noche? ¿Qué crees que te ocurriría si te encontraras con unos cuantos vaqueros con ganas de jugar un rato?

La tomó del brazo con la intención de devolverla a la seguridad de la casa de Lorelei, pero Edna se sacudió hasta quedar libre.

—No me trates como si fueras Joshua. Voy donde quiero.

—¿Y donde quieres ir es casualmente al mismo sitio donde yo voy? —preguntó él irónicamente—. Me cuesta creerlo, porque has estado toda la cena fulminándome con la mirada.

La joven puso los brazos en jarras.

—Me has ignorado toda la noche. No tenías ojos más que para Mickaela, como si yo no existiera. Creí que éramos amigos, pero veo que ya te has cansado de mí. Y yo que pensaba que te gustaba hablar conmigo. Eres como una veleta que se deja llevar por el último viento. Ves una cara nueva, y allí vas.

Nube Gris se rascó la frente, echándose atrás el sombrero. No entendía la reacción de su amiga. A su entender no la había ignorado, sino que había sido ella la que se negó de manera tajante a participar en la conversación. En cuanto se sentaron, pareció molesta por haber sido colocada al otro lado de la mesa mientras él ocupaba un sitio junto a Mickaela. Pero al parecer olvidaba que fue Lorelei la que dispuso a los comensales y que él no había tenido oportunidad de decidir.

—Te equivocas. He intentado que participaras en la conversación, pero te has limitado a mirar fijamente tu plato. Diría que has sido grosera con Mickaela, y no lo entiendo, porque ella precisamente es la que te ha prestado uno de sus vestidos.

Edna abrió los ojos de indignación.

—¡Yo no he sido grosera con Mickaela!

Nube Gris se acercó hasta que su nariz quedó a escasos centímetros de la de Edna. La actitud de la joven lo irritaba, pero algo en su interior se agitaba como una corriente traicionera. En ese momento deseaba sacudirla como a un manzano, pero también le hormigueaban los labios, deseando callarla con un beso.

—¡Ya lo creo, has sido grosera con ella!

Edna se empinó un poco hacia arriba poniéndose de puntillas. Los ojos de obsidiana de Nube Gris la estaban absorbiendo. Fue un error, porque al estar tan cerca olió el aroma que emanaba del joven y fue como si una bocanada de aire caliente la envolviera.

—¡No he sido grosera! El único grosero has sido tú por ignorarme —dijo, apretando los dientes.

A duras penas conseguía controlar las manos, porque las ganas de tocar el pelo negro como la noche se le antojaban una necesidad. El enfado se difuminaba, envuelto en un sentimiento mucho más intenso.

Nube Gris emitió un gruñido de frustración. La cercanía del cuerpo de Edna le estaba aturdiendo.

—No sabes lo que dices. Supongo que te ha dado demasiado el sol. ¿Quieres soltar de una vez por todas lo que quieres?

Edna inhaló y aguantó la respiración unos segundos. ¿Qué quería? Ni siquiera ella entendía por qué algo bailaba en su interior. Se fijó en los labios firmes de Nube Gris, que le parecieron suaves, y se preguntó si serían también tersos al tacto. Aquel pensamiento la sorprendió, pero no le descartó.

—Quiero que me beses —susurró muy cerca de él.

Las cejas de Nube Gris se alzaron de golpe. ¿Besarla? ¿Se atrevería a besarla? Tragó lentamente, intentando aliviar la sequedad de su boca.

—¿Solo un beso? —replicó en el mismo tono.

—Para empezar...

De repente, tan torpe como un gamo recién nacido, Nube Gris la sujetó por la cintura y se la acercó hasta que notó que el cuerpo de Edna se acoplaba al suyo. Bajó la cabeza sin dejar de mirarla a los ojos. El primer roce fue tan vacilante como el aleteo de una mariposa. Lentamente ambos fueron disfrutando de la caricia hasta que el beso se hizo más profundo y se abrazaron con urgencia.

Ninguno vio la silueta que los observaba desde una esquina. Estaban tan aislados en su beso que no percibieron el odio de la mirada.

En el salón decorado con ricos brocados y visillos de encaje únicamente se oían el crepitar de la chimenea y el suave siseo de la lámpara. Sam no podía apartar la mirada de la mujer que lo atormentaba desde el mismo momento en que la conoció. Sentada muy erguida por el corsé, sospechaba Sam, Emily parecía una preciosa mariposa azul y sus ojos chispeaban a la suave luz de la única lámpara de aceite que todavía brillaba a su lado. El calor y el vino de la cena le ruborizaban las mejillas.

Todos se habían marchado, algunos a la cama, como Cody, extenuado al poco de acabar la cena, que devoró, para satisfacción de Lorelei. Los demás se habían ido despidiendo para marcharse en diferentes direcciones, y allí estaban ellos dos, a solas. Sam se moría por tomarla en sus brazos y besarla. Quería quitarle las horquillas que le sujetaban el moño para ver cómo el cabello castaño se derramaba sobre los hombros tan blancos. La deseaba como jamás había deseado a una mujer, era un fuego constante que lo abrumaba día y noche, porque ni siquiera cuando dormía descansaba. La veía en sus sueños yendo a él, entregándose libre de toda atadura.

Se puso en pie, inquieto, y se acercó a la chimenea para añadir un leño.

—No deberías echarlo —le aconsejó la voz suave de Emily—. Ya es tarde y mañana tenemos que estar listos a primera hora para encontrarnos con Linker.

Emily admiró la ancha espalda, la camisa blanca que se tensaba sobre los músculos, el chaleco que realzaba la estrechez de la cintura y las caderas enfundadas en unos pantalones negros. Soltó un suspiro melancólico, porque una vez solos había imaginado que Sam la besaría, pero en cambio se conformó con sentarse frente a ella y mirarla. Ni siquiera un bonito vestido la hacía deseable y, a pesar de la declaración de Sam la noche anterior, sospechaba que no quería de ella más que unos besos. ¿Habría sido tan torpe al devolverle las caricias que no anhelaba nada más? No lo entendía, porque ella se estremecía pensando en todo lo que Lorelei le había contado durante el baño.

Lorelei le había hablado de besos y caricias que nunca habría sospechado entre un hombre y una mujer. Imaginarse a Sam haciendo esas cosas la turbaba tanto como sus besos. Esa intimidad le era tan ajena como la ternura en su matrimonio. ¿Sería capaz de arriesgarse y despojarse de la timidez? Le quedaba poco tiempo, un bien escaso y sagrado que no quería desperdiciar en aras de una moral hipócrita. Amaba a Sam y deseaba ser suya, aunque solo fuera por unos pocos días. Después viviría de recuerdos, y cuantos más fueran, más tendría para recordar por las noches. Sabía que su vida no sería más que una pantomima sin él; comería, trabajaría y dormiría, incluso

sonreiría, pero no sentiría nada más que el vacío que él le dejaría. Se marchitaría como una flor en otoño, y después vendría el invierno, interminable y sin esperanzas.

Se puso en pie cuando Sam le tendió una mano. Permanecieron mirándose a los ojos, perdidos en los anhelos que crepitaban en torno a ellos.

—¿Te he dicho que esta noche estás preciosa?

—No —contestó arrebolada tanto por las palabras como por el tono ronco y bajo de Sam.

—Cuando te he visto bajar las escaleras, me has recordado una mariposa que vi una vez en las Montañas Rocosas. Era de un azul intenso y, pese a sus delicadas alas, logró vencer la fuerza del viento, porque salió volando hasta desaparecer de mi vista.

Emily sonrió y le acarició la mejilla recubierta de barba morena.

—Un pistolero que pierde el tiempo mirando una mariposa alzar el vuelo. Cuando te vi por primera vez, nunca habría imaginado algo así.

Sam esbozó una mueca irónica.

—No se lo digas a nadie o dejarán de respetarme —le pidió al tiempo que le cogía la mano y le besaba la palma.

—Nadie se atrevería a menospreciarte. Tus ojos dicen mucho de ti, imponen respeto. —Se le escapó una risita a pesar del estremecimiento que la recorría de los pies a la cabeza—. Aunque he visto cosas de ti que, sospecho, han visto pocas personas —añadió, recordando cómo había estrellado los platos contra el suelo en la cocina del rancho.

Le pasó la mano por el lugar donde le rompió el plato y la caricia se hizo más íntima al enredar los dedos en el sedoso cabello oscuro.

—Emily —susurró él como en un ruego—, no me toques. No sé si esta noche podría controlarme.

—¿Por qué quieres controlarte? No te tengo miedo y te deseo...

Sam negó con la cabeza sin apartar la mirada de Emily.

—Cuanto más intimemos, más difícil será la despedida.

Ella dejó caer las manos, mortificada y herida porque él la rechazaba, a pesar de que le había expresado en voz alta sus deseos.

—Deja de protegerme, Sam —empezó, sintiéndose repentinamente cansada—. Deja de tratarme como si me fuera a romper. Sé lo que significa perder a alguien y no me vendré abajo cuando te marches de mi lado. Ya que no me escuchas y te empeñas en alejarte de mí, dame al menos recuerdos. Hazme saber cómo se siente una mujer deseada.

En cuanto Sam vio que el brillo de sus ojos se amortiguaba, comprendió que la había ofendido y se maldijo en silencio. Quería protegerla, en eso Emily llevaba razón, pero con ello la hería. No sabía cómo actuar. La acercó a su cuerpo y se maravilló de la delicadeza de sus rasgos. Su belleza era serena, le brindaba paz y a la vez lo convertía en un hombre sediento de sus besos. Quería averiguar cómo era sentir esas pequeñas manos recorriendo su cuerpo, oírla suspirar a su oído, darle todo el amor que le ahogaba.

—Emily, hace mucho que no sé cuidar de otra persona. Contigo voy como un ciego. Quiero lo mejor para ti y yo no lo soy.

—¡Eres todo lo que quiero! —lo interrumpió con vehemencia—. Te empeñas en protegerme, pero ¿qué pasaría si Gregory volviera? Podría caer en sus manos, podría volver a pegarnos... —añadió con la voz quebrada.

Estaba usando algo que la avergonzaba, apelando al sentido de protección de Sam en un último intento de convencerlo para que se quedara.

—Ya he pensado en ello. —Sam la sujetó por la cintura—. Ahora que sé que Lorelei está aquí, me mantendré en contacto con ella, y si un día me necesitas, si Gregory vuelve y trata de haceros daños, si Crawford intenta perjudicarte, solo tendrás que hacérmelo saber a través de Lorelei. Aunque tenga que cruzar el país de punta a punta, aunque reviente un caballo tras otro, estaré a tu lado mucho antes de lo que imaginas.

Emily parpadeó intentando alejar las lágrimas que le enturbiaban la vista y convertían el rostro de Sam en un borrón. No pudo soportarlo más. Él había pensado en todo, de modo que le sería imposible hacerle cambiar de opinión.

—No es justo —susurró entrecortadamente, a punto de perder el poco amor propio que le quedaba—. No es justo conocerte, amarte y perderte antes de haber sido feliz contigo. Todos los que amo se van de mi lado, y el único que quiero que se mantenga lejos de mí nos separa irremediablemente. Ahora más que nunca odio a mi marido.

Sam la abrazó con fuerza, apretando la cabeza de Emily justo donde le latía el corazón de manera errática. Él también odiaba a ese hombre al que no conocía. Sería muy sencillo quedarse con Emily y matar a Gregory, borrando de la faz de la tierra a un malnacido que no se merecía a su mujer ni a su hijo.

—Emily —susurró contra su coronilla—, no llores, me rompes el alma.

Permanecieron abrazados en silencio, dándose un triste consuelo, hasta que los sollozos de la mujer se convirtieron en leves estremecimientos. Sam le sujetó la barbilla con una mano, obligándola a alzar el rostro. Le secó las lágrimas con mimo, deseando borrarlas, así como la tristeza de sus ojos castaños.

—Te quiero, Emily...

—Me quieres, pero me dejarás.

Lentamente se acercó a ella, con el corazón en un puño, y la besó. Los labios de Emily sabían a sal y eran suaves, tan tiernos como pétalos de rosa. Se los acarició con los suyos, entremezclando sus alientos. Tanta ternura le enloquecía, porque era consciente de estar perdiendo el control sobre su deseo. Gruñó con rabia y profundizó el beso, envolviéndola en una bruma de necesidad que los quemaba a ambos. No les quedaba mucho tiempo, y este se le escurría de los dedos como el agua y el viento. El abrazo se hizo desesperado, teñido de frustración por ambas partes.

Se separó de ella con la respiración agitada. Si no se alejaba, la devoraría allí mismo. En silencio salieron del salón y subieron las escaleras, hombro con hombro, a la luz de la lámpara de aceite que Sam sostenía. Cuando llegaron a la puerta de la habitación de Emily, los dos vibraban de necesidad apenas controlada.

—Necesito que me ayudes —le pidió ella sin mirarlo.

—Emily... —Su voz volvió a sonar como un ruego.

—No puedo desabrocharme sola el vestido. Todas las chicas se han ido ya a la cama.

Sam soltó un profundo suspiro de resignación. Sin decir nada, entró y se dirigió a la mesilla que había cerca de la cama como un convicto caminando hacia su celda. Ella lo siguió unos pasos atrás y parpadeó cuando la llama de la lámpara se estiró hasta iluminar la estancia con un halo dorado. Sin decir nada, sin una mirada, le dio la espalda.

Sam no pudo resistirse. Una por una, le fue quitando las horquillas del pelo y la espesa melena se fue deslizando hasta la cintura. Era como satén entre sus dedos y olía a lavanda. Inhaló profundamente. Nunca olvidaría la esencia de Emily, allí donde fuera a parar, la lavanda siempre le recordaría a una mujer valiente, digna de ser amada, la única que le había robado el corazón.

Le apartó el cabello con cuidado, dejando que cayera sobre un hombro, y empezó a desabrochar los diminutos botones forrados. Fue un proceso lento y laborioso; lento porque los botones estaban muy juntos y sus dedos apenas encontraban sitio para moverse; laborioso porque sudaba como un condenado a la horca. Cada centímetro de piel que se iba desvelando lo atraía como la miel, y en ese momento estaba hambriento de Emily. Desde donde estaba veía la nuca esbelta y frágil. Le recordó la vez que habló con Cody y el pequeño le preguntó por sus intenciones para con su madre; ese día vio la nuca del niño iluminada por un débil rayo de sol, pero si bien en ese momento había sentido una profunda ternura, la nuca de Emily azuzaba su deseo. Se moría por deslizar los labios por esa suave piel que nunca veía el sol, tan blanca que parecía traslúcida. Su voluntad se resquebrajó cuando ella soltó un suspiro entrecortado. Fue más de lo que pudo soportar. Posó los labios en el hueco, justo en el nacimiento del cabello, y la besó.

Emily cerró los ojos al sentir la caricia, que fue como una quemadura sin dolor, fuego en sus venas. Echó una mano atrás para acariciarle el pelo, instándole a que siguiera. Y así fue. Los labios de Sam siguieron depositando un reguero de besos, bajando por la espalda según la iba descubriendo hasta que llegó al filo de la camisola. Siguió con los botones y con los besos por los hombros, el cuello, las orejas. El vestido quedó colgando de las caderas cuando las manos de Sam le arrastraron las mangas por los brazos.

Emily se movió y dejó que la prenda cayera al suelo en torno a sus pies, como agua cristalina. Vestida únicamente con la ropa interior, se dio la vuelta y apartó el raso azul de una patada. Se enfrentó a su mirada y al ver su hambre se estremeció.

—¿Podrías ayudarme a quitarme el corsé? Lorelei lo ha anudado en la espalda.

Sam asintió en silencio sin confiar en su propia voz, porque temía que revelara tanto deseo como la de Emily. Esperó a que se diera la vuelta para empezar a soltar las lazadas con las que Lorelei le había aprisionado el talle con el fin de realzar la curva de la cintura.

En cuanto la presión se aflojó, Emily soltó un suspiro de alivio que fue al momento sustituido por un gemido de placer mientras las manos de Sam le acariciaban la piel castigada por las ballenas del corsé. El suave masaje aliviaba el picor a través de la tela de la camisola, pero también encendía una hoguera en su interior. Se apoyó en el pecho de Sam alzando los brazos con el fin de acercarlo más a ella al tiempo que entrelazaba los dedos en el cabello castaño. Un poco por encima de sus caderas sentía el deseo de Sam, la carne tensa de su sexo presionando sin temer a asustarla, y ese hecho la excitó. Se movió despacio incrementando el roce y sonrió cuando él gimió lentamente.

—¿Podrías ayudarme a quitarme las botas? —susurró Emily, temblando de excitación.

Sam se quedó quieto un instante y finalmente soltó el aliento. Estaba perdido, no podría salir de esa habitación sin hacer suya a Emily. Fue a la puerta, que, para consternación de ella, se había quedado abierta, y la cerró sin hacer ruido.

—¿Estás segura?

Ella asintió y le tendió una mano. Sam se acercó como si un hilo tirara de él y se arrodilló frente a la mujer que le estaba robando la cordura y el alma. Emily le sonrió y le puso un

pequeño pie sobre el regazo, como Lorelei le había enseñado, y para su sorpresa Sam empezó a besarle la piel suave y sensible del interior del muslo, justo encima de la liga, mientras los dedos ágiles soltaban los botoncitos de la bota. Esta salió volando por encima del hombro de él, que se apresuró a repetir la operación con la otra.

Emily respiraba con dificultad. Tener a Sam a sus pies era como imaginar a un puma comportándose como un gatito. Se estremeció al sentir el tacto de las manos grandes y ligeramente ásperas cuando empezaron a bajarle las medias, primero una, después otra, con exquisita lentitud, dejándole la piel erizada. Y por cada centímetro de piel que se revelaba a la vista, Sam la besaba, ahora aquí, ahora allá, en la rodilla, el muslo, el empeine del pie. Apenas si conseguía respirar con normalidad. El cuerpo le vibraba como si alguien tocara un instrumento en su interior y algunos rincones desconocidos hasta entonces se despertaban con un palpitar que la sofocaba.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, que ya no le parecían fríos, se quitó la camisola, despacio, temblando al sentir el frescor del aire. Sus pechos estaban pesados y muy sensibles, tanto que los fruncidos pezones le dolían. A continuación acarició el pelo de Sam al tiempo que este soltaba la lazada de los calzones con manos temblorosas. La tela se deslizó por sus muslos, acarició la piel sensible, pero no fue nada comparado con la mirada de Sam. Esos ojos de hielo y fuego la recorrían con tanta avidez que tembló, por dentro y por fuera, porque los sentía sobre su piel, haciendo galopar su corazón.

—Eres preciosa, Emily. Dulce y fragante, pequeña y frágil. Y sin embargo tan fuerte, tan valiente, mi pequeña guerrera.

Sam le besó la piel tersa del vientre y perdió el sentido del tiempo, porque en ese momento únicamente mandaban los labios y las manos que acariciaban la cintura de Emily, las nalgas, las piernas, como si nunca pudiera saciarse. Verla desnuda cuando él seguía vestido le resultó aún más excitante. Finalmente le besó los pechos, saboreando los pezones firmes y fruncidos como frambuesas maduras, y le supieron a gloria.

—Ven, levántate —murmuró ella, tirándole del pelo en un gesto suave pero firme.

Aquella mujer sensual y provocativa le estaba volviendo loco. Antes de obedecer, le mordió con cuidado la cadera, pero lo suficientemente fuerte para que ella sintiera los dientes arañar la piel. El jadeo de sorpresa le hizo sonreír. Se puso en pie y más que nunca le pareció pequeña, sin embargo lo tenía comiendo en la palma de la mano.

—Déjame desnudarte —le pidió Emily—. Déjame devolverte el favor.

Sam tragó con dificultad y asintió. Con todo, las manos no se mantenían quietas, no habría podido aunque la vida le fuera en ello. Sostuvo los pechos, del tamaño perfecto para sus manos, le acarició los pezones y notó que ella contenía el aliento, interrumpiendo su labor.

—¿Te ha dolido?

—No, vuelve a hacerlo... —pidió ella con una voz que apenas reconoció.

Repitió la caricia y Emily volvió a tomar aire para después soltarlo lentamente.

—Si yo te hago lo mismo, ¿sentirás el mismo placer?

—¿Por qué no pruebas a ver qué pasa?

Emily sonrió, coqueta.

—Quiero saberlo todo de ti, Sam Truman, quiero descubrir el tacto de tu piel, el sabor de tu cuerpo. Quiero saber de qué color son tus ojos cuando el placer te abrumba...

Temblando, Sam enterró los dedos en el espeso cabello de Emily y le echó la cabeza atrás.

—Me vas a volver loco si me dices esas cosas —gruñó sobre su boca antes de besarla profundamente, tentando su lengua a que le devolviera las caricias.

La ropa de Sam siguió el mismo camino que la de Emily, entre beso y beso, y cuando por fin estuvo desnudo, ella dio un paso atrás para admirar las líneas del cuerpo que la quemaba con un solo roce. Sam era la belleza hecha hombre. Todo en él era planos y ángulos, piel tersa con muy poco vello sobre músculos definidos. Era elegancia y fuerza. Alargó una mano y acarició las cicatrices, huellas de una vida poblada de peligros. Los labios siguieron las manos, se centraron en los pezones maravillándose de la reacción, al tiempo que oía la agitada respiración de Sam, que exhalaba largos suspiros.

—Emily... —susurró con voz áspera.

—Déjame tocarte...

Él cerró los ojos y se dejó acariciar sin moverse, porque si le ponía una mano encima se la llevaría a la cama y la tomaría al momento. Pero era consciente de la necesidad de Emily y por ella refrenaría su ansia, aunque se desintegrara por dentro. Ahogó un jadeo mientras ella le pasaba las manos por las nalgas apretando con delicadeza, seguía por las caderas hasta el vientre plano y volvía al pecho, ensortijando los dedos en el vello.

—Eres perfecto —susurró Emily, con tanta admiración que Sam estuvo a punto de arrodillarse ante ella.

Siguió su exploración rodeándolo hasta ponerse detrás. Besó las cicatrices de los latigazos, como si quisiera borrar los recuerdos y el dolor. Lo abrazó apoyando la mejilla en la piel castigada y las manos fueron a su sexo. Le sorprendió sentirlo tan duro como suave. Tembló al pensar en qué sentiría al tenerlo en su cuerpo.

—Emily... —susurró él—, no sé si podré aguantar mucho más...

La voz de Sam no fue más que un áspero susurro fruto de la necesidad. La risa de ella le sorprendió.

—¿Te estás burlando de mí? No sabía que una mujer podía tener tanto poder sobre un hombre.

—Por ti me postraría a tus pies. —La sujetó de una mano y se puso frente a ella—. Creo que me toca.

—No —dijo Emily, negando con la cabeza, y con este movimiento el cabello acarició la piel tensa del vientre de Sam y la punta del sexo. Emitió un siseo de placer que la estremeció—. No, quiero hacer una cosa más.

Sam gimió ante la promesa, no obstante se quedó sin palabras cuando Emily se arrodilló y acarició con las mejillas la punta del glande congestionado antes de besarlo y lamerlo con timidez.

—No —gruñó Sam—. Si sigues así todo acabará antes de haber empezado. Lo que quiero es sentirte.

La levantó tan rápido que Emily no pudo resistirse. La llevó a la cama, donde la depositó con cuidado mientras ella le tendía los brazos, urgiéndole a unir sus cuerpos. Pero Sam tenía otros planes. Se acostó a su lado y sonrió sin perder detalle del cuerpo que se le ofrecía.

—Ahora me toca a mí descubrir tus secretos.

Con una lentitud que casi la hizo llorar, Sam se dedicó a seducirla con las manos, los labios y

la lengua. Llegó hasta el centro de su necesidad, donde la sangre parecía agolparse, y todo el cuerpo de Emily se tensó, sometido a una necesidad feroz. La mujer asustadiza se había convertido en una desconocida exigente que devolvía cada caricia con la misma urgencia que la recibía. Finalmente él se tumbó boca arriba y le indicó que se sentara sobre sus caderas. Emily lo miró, confundida.

—Quiero que me tomes tú —explicó Sam besándole una mano—. Quiero ser tuyo y que tú me lleves al placer.

—Pero no sé lo que tengo que hacer... —vaciló Emily, aturdida, ebria de pasión. El corazón le palpitaba con fuerza, la sangre le rugía en las venas y su cuerpo temblaba de necesidad. Sam la estaba enloqueciendo—. Dime qué tengo que hacer...

Tenía las mejillas arrojadas y el pelo revuelto. Jamás Sam la había visto tan hermosa, ni la había amado tanto, hasta dolerle el corazón.

—Tómame en tu cuerpo, Emily.

La guio y se perdió en su suavidad, un fuego líquido que lo envolvía hasta quemarle las entrañas. Sin embargo, eso no fue nada, cuando ella se movió, indecisa al principio, y luego llevada por el placer de una caricia tan íntima, Sam creyó derretirse. Entrelazaron las manos, siguiendo el mismo ritmo, regalándose el goce que ambos necesitaban y uniéndose como no lo haría un anillo de boda. Se miraron a los ojos sin pestañear, pues no querían perderse el menor detalle, ni un segundo de aquella unión.

Emily echó la cabeza adelante para alcanzar su boca ávida; el cuerpo ya no le pertenecía, era de Sam, tanto como el de él le pertenecía a ella. Se habían fundido en un solo ser. Aquel pensamiento la elevó hasta una cumbre de la que se precipitó flotando cuando el placer estalló en su interior. Todo se hizo más luminoso y perfecto, porque supo que Sam siempre estaría en su corazón, en su alma, en cada fibra.

Al verla embargada por la culminación del placer, Sam se permitió ceder a su necesidad y se sentó para abrazarla. Algo se rompió en su interior y entendió que jamás podría volver a sentir esa perfección. Acababa de encadenarse a Emily para el resto de sus días aunque tuviese que dejarla.

29

Le costó abrir los párpados y entender que alguien estaba llamando a la puerta. Se sentó, desorientada. No reconocía el dormitorio y, asombrada, se vio desnuda hasta la cintura, justo hasta donde la sábana escondía el resto de su cuerpo. Sin previo aviso la puerta se abrió y asomó la cabeza de un hombre moreno a quien Emily no reconoció. Ella emitió un grito de indignación y agarró lo primero que su mano alcanzó para tirarlo al descarado que la espiaba con una sonrisa petulante en el rostro. La figurita se estrelló a pocos centímetros de la cabeza del hombre, que alzó las cejas, sorprendido.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Reconoció la voz baja y grave de barítono: era Sam, con el pelo corto y bien afeitado. En realidad era la primera vez que le veía el rostro, habitualmente cubierto por la barba espesa y el pelo largo. El pecho de Emily se contrajo al contemplar al hombre que habría sido si la vida no le hubiese robado todo lo que amaba. Y los recuerdos de la noche compartida la envolvieron en un velo cálido que la ruborizó. Con todo, sin darle la menor importancia al hecho de estar medio desnuda, le tendió los brazos. Necesitaba sentirlo de nuevo, tanto como necesitaba respirar.

—¿Estás segura? —inquirió Sam, desconfiando de la sonrisa de Emily—. No es que me hayas brindado el mejor recibimiento de mi vida.

—No te había reconocido —adujo ella, riéndose—. Es la primera vez que te veo sin barba.

Sam entró, cerró la puerta a sus espaldas y se sentó a su lado. De inmediato los brazos de Emily lo envolvieron en un abrazo que lo dejó sin aire.

—Señora Coleman, eres una mujer difícil de entender. —Pese a las palabras, Sam le devolvió el abrazo—. Y tengo que añadir a la lista que eres una desvergonzada.

Las manos de Sam fueron bajo la sábana y le acariciaron las caderas. Se maravilló de lo sedosa que le parecía Emily, allí donde la acariciara.

—Bésame... —pidió ella—, tal vez no me gusten tus besos sin barba.

Sam ladeó la cabeza, disfrutando del cuerpo que se le había echado encima.

—Y además, indecisa. Tendré que esmerarme para convencerte de que soy perfecto para ti. Con barba o sin ella.

La risa de Emily se vio sofocada por los labios de Sam, que al besarla con apremio le recordó las caricias que habían compartido durante buena parte de la noche. Mientras sus lenguas se provocaban, las manos pequeñas y curiosas le enmarcaban el rostro como alas de mariposa. Pasada una eternidad, se separaron unos centímetros y Emily se dedicó a estudiar el rostro de

Sam. Quería memorizar cada detalle. Con el índice trazó la curva recia de la mandíbula, siguiendo la cicatriz que iba desde la barbilla hasta el lóbulo de la oreja. Después bajó por la nariz y dio un golpecito suave en la ligera protuberancia del puente. Finalmente dibujó el contorno de los labios sorprendentemente delicados en un rostro tan masculino.

—Cuéntame dónde te hiciste cada marca del rostro.

Sam se acomodó y la sentó sobre su regazo excitado, no obstante contestó a su ruego intentando no dejarse llevar por la urgencia de hacerla suya una vez más.

—La cicatriz de la mandíbula fue en la guerra. —No insistió en ese recuerdo y siguió con algo más feliz—. Y me rompí la nariz a los diecinueve años, al caerme de un caballo que supuestamente debía adiestrar. Era una bestia indomable y mi padre iba a venderlo, cansado de perder el tiempo. Pero yo no quise tirar la toalla, de modo que lo saqué al cercado, procurando evitar sus dientes y sus coces. Otro peón y yo lo ensillamos.

—Y nada más montarlo, te tiró —intuyó Emily, feliz de compartir un recuerdo de Sam que nada tuviese que ver con la guerra ni con la soledad que siguió a su regreso.

—Si me hubiese tirado una sola vez, habría sido una victoria, pero la verdad es que perdí la cuenta de las veces que mordí el polvo. Mi padre se cansó y me ordenó que lo metiera de nuevo en la cuadra. Al día siguiente lo llevaría a un tipo que organizaba rodeos.

Emily escondió el rostro contra el cuello de Sam inhalando su aroma, en el que se advertía un ligero toque a lavanda, y sonrió.

—¿Y qué pasó?

Sam se rio por lo bajo.

—¿Te he dicho ya que soy un poco terco?

—No me había dado cuenta —musitó Emily con ironía.

—Pues hice lo que debía hacer: desobedecer a mi padre y seguir intentando domar a ese demonio. Era precioso, un purasangre rojizo, tan oscuro que su color cambiaba según la luz que le daba, pasaba del rojo fuego al negro.

Emily percibió la nostalgia en la voz de Sam. Cerró los ojos, reprimiendo las lágrimas por el pasado que nunca regresaría, por toda la familia que Sam había perdido, por el futuro desolador que les aguardaba.

—¿Y qué pasó? —preguntó en un susurro.

—Me tiró de nuevo y caí sobre la cerca. El batacazo fue de los que hacen historia. La sangre me salía borbotones de la nariz y apenas podía abrir los ojos. Decidí que ya era suficiente, le grité que se fuera al infierno y me dispuse a alejarme.

—¿Y lo dejaste?

Sam volvió a reír suavemente al tiempo que acariciaba el pelo de Emily.

—El muy condenado me siguió y me mordió el trasero.

Ella se rio también.

—No quería que te fueras.

—Claro, y a partir de entonces fui el único que pudo montarlo. Mi padre me dijo que solo un loco como yo podía tener un caballo tan especial. Me lo regaló y lo llamé *Demonio*.

—¿Y qué fue de él?

El silencio se instaló como un velo espeso en la habitación iluminada por la luz de la mañana. Emily se estremeció al intuir que Sam retrocedía en el tiempo. Aunque su cuerpo estaba con ella,

su mente se hallaba en algún lugar del pasado.

—Lo mataron en la batalla de Gettysburg.

Emily cerró los ojos. Recordaba a su padre leyendo los periódicos que relataban lo sangrienta que fue esa batalla, donde miles de hombres perdieron la vida. Se irguió y le sujetó el rostro con las manos.

—No pienses en el pasado. Ahora estamos tú y yo, aquí.

Sam esbozó una sonrisa que no llegó a los ojos.

—Sí, ahora solo importa el presente. Y ahora que caigo, no he desayunado y me apetece nata con frambuesas.

—¿Qué?

Con un movimiento rápido la tuvo bajo su cuerpo, ella desnuda y él enteramente vestido.

—Sus pechos, señora, son ambrosía de nata y frambuesa.

Y sin una palabra más se esmeró en besarle los pechos con glotonería. Emily se rio y enterró los dedos en el pelo castaño. En pocos minutos la ropa de Sam salió volando por la habitación y la provocó hasta que ella le rogó que dejara de atormentarla. Él alzó la cabeza de entre sus muslos con una sonrisa pícaro.

—Sus deseos son órdenes, señora.

Una vez más Emily supo lo que era rozar el cielo. Sam la colmaba de felicidad. Adoraba sentir su cuerpo grande y firme sobre el suyo, el roce de su piel, el jadeo entrecortado que se escapaba de sus besos.

Cuando el fuego se extinguió entre ellos, Sam permaneció vencido sobre ella, intentando recobrar el aliento. No tuvo tiempo de cubrirse cuando la puerta se abrió repentinamente.

—Madre mía... —susurró la voz de Lorelei.

La pareja se tapó de inmediato con la sábana, todavía acalorados por el encuentro apasionado.

—Por Dios, Lorelei... —gruñó Sam—, no entres como si fuera...

—¿Mi casa? —concluyó la mujer, que apenas podía esconder la diversión—. Bueno, ya que os encuentro juntos... Kirk acaba de volver de los cercados. Se ha encontrado con Linker. Emily, te espera esta mañana en su oficina. Creo que tiene que irse a Oklahoma antes de lo previsto.

—¡Lo había olvidado!

Las cejas de Lorelei se arquearon y su mirada fue de Sam a Emily con admiración.

—Sabía que eres el tipo de hombre que hace que una mujer olvide hasta su nombre. Por cierto, Emily, las chicas nos vamos a comprar unas cosas y nos llevamos a Edna y Cody.

—¡Mi hijo!

Lorelei soltó una carcajada y entró con los brazos cargados de encajes y piqué verde agua. Lo puso todo sobre la silla junto a la ventana, sorteando las prendas diseminadas por el suelo. Se fijó en las piezas de cerámica rota.

—¿Cómo has adivinado que esa figurita no me gustaba? Me la regaló la hermana de Patrick, una mojitata que siempre me ha mirado por encima del hombro. —Hizo un gesto vago con la mano como si apartara una mosca molesta—. Tu hijo ha desayunado como un rey y está listo para venirse con nosotras. Le he dicho que estabas cansada y necesitabas dormir. De modo que tranquila, no está abandonado a su suerte, ni piensa que te has olvidado de él. De hecho diría que empieza a gustarle estar rodeado de mujeres que le miman. —Señaló la ropa que acababa de

dejar—. Creo que ese vestido te sentará bien; no puedes presentarte ante Linker de cualquier manera. Si él ve que vas elegantemente vestida, pensará que te sobra el dinero y no intentará aprovecharse de ello.

Con una sonrisa deslumbrante fue a la puerta y la cerró sin hacer ruido al salir.

Las mejillas de Emily no podían estar más coloradas. Tapada por la sábana hasta la barbilla, miraba el techo con el ceño fruncido. Se sentía liviana como el aire, capaz de flotar de felicidad.

—Me he convertido en una descarada.

Sam rompió a reír y la abrazó.

Se zambulló en el abrazo, inhalando el olor de Sam, regalándose el sueño engañoso de ser suya. Los labios de Emily esbozaron una sonrisa renuente, pero enseguida el gesto desapareció.

—He de pedirte una cosa. —Se volvió para quedar encima de Sam. Los ojos claros brillaban con aire travieso, casi infantil. Quiso quedarse con ese momento eternamente grabado en su memoria, como un regalo guardado para una ocasión especial o para cuando el futuro se hiciera demasiado angustioso—. Por favor, cuando te marches del rancho, quiero que vengas aquí, unos días, unas pocas semanas...

Sam le colocó un mechón de cabello tras la oreja. Ya no había risas en sus ojos. La realidad siempre lo sobrecogía como un puñetazo.

—¿Es importante para ti?

—Sí —aseguró tomando su mano, y le besó la palma—. Necesito saber que durante un tiempo no estarás solo. Yo tendré a Cody y estaré con Nube Gris y Kirk. No soportaría saber que andas solo, sin nadie que te cuide. Lorelei es perfecta para...

—No necesito una madre —afirmó Sam con una media sonrisa carente de alegría.

—Por favor... —rogó Emily, apretando la mano que sostenía contra su mejilla.

Sam claudicó y la besó en la punta de la nariz. Después ahuecó la mano en la curva de la delicada mandíbula.

—Está bien, me vendré aquí y me quedaré un tiempo.

De repente oyeron que en el piso de abajo alguien alzaba la voz. Sam frunció el ceño.

—Creo que debería ir a ver qué sucede.

—Mientras tanto yo me asearé. Bajaré en cuanto esté lista.

—¿Necesitas ayuda con los botones?

El brillo en la mirada de Sam la sonrojó al recordar la noche anterior.

—Si se da el caso ya te lo haré saber...

30

Incluso antes de bajar las escaleras, Sam supo que algo andaba mal. La voz tensa de Kirk presagiaba un serio problema. Enseguida vio a los dos hombres armados con Colts que franqueaban la puerta abierta y a un tercero delante de Kirk, quien sostenía un rifle y apuntaba al pecho del desconocido. Se puso las cartucheras en las caderas y descendió de dos en dos los escalones.

—¿Qué sucede?

Todos se volvieron, y en ese momento Sam distinguió también a Nube Gris. El joven estaba pálido y los ojos parecían demasiado grandes en su rostro habitualmente tranquilo.

—Estos tipos dicen que Nube Gris ha matado a un hombre —explicó Kirk.

Sam llegó hasta el desconocido y entrecerró los ojos al oír las palabras del anciano.

—Eso no puede ser...

—Tenemos un testigo.

—¡No he matado a nadie! —gritó el indio, dando un paso adelante.

Sam estudió al recién llegado, cuyo rostro le resultaba familiar. El corazón se saltó un latido al reconocerlo. No podría olvidar los ojos sagaces, las facciones enjutas y el aura de peligro que desprendía el hombre. De hecho los dos se reconocieron y se midieron guardando las distancias.

—Wyatt Earp.

—Sam Truman. La última vez que nos vimos fue...

—En Lamar, Misuri —finalizó Sam—. Han pasado muchos años.

—Sí... —fue la escueta respuesta—. Aquí no queremos pistoleros, Sam. Ni siquiera por los viejos tiempos.

—Tampoco te lo pido, aunque no recuerdo que esos años fueran buenos. ¿Qué tenéis contra Nube Gris?

—Ha matado a un hombre y tenemos un testigo que ha venido a la oficina del comisario Basset. La víctima murió de una puñalada en el vientre.

Nube Gris negó vehementemente con la cabeza.

—No he matado a nadie.

Los ojos escrutadores de Wyatt se clavaron en él.

—¿Dónde estuviste anoche, chico?

—Fui a nuestra carreta después de la cena para echar comida a los perros, me quedé un rato con ellos y volví aquí.

—¿Alguien estuvo contigo para confirmar lo que dices? —insistió Wyatt.

Nube Gris se mordió la lengua mientras pensaba que no podía exponer a Edna, que había estado con él casi toda la noche. Después de dar de comer a los perros, se metieron en la carreta y estuvieron besándose como si no hubiese mañana, hasta que ninguno de los dos supo dónde empezaba uno y acababa el otro. Si revelaba lo ocurrido, la señalarían con el dedo, se convertiría en la fulana de un indio. Negó agachando la cabeza. Sin un testigo que confirmara dónde había pasado la noche, acabaría en la horca.

Wyatt dio un paso adelante, pero Sam lo frenó interponiéndose en su camino.

—Nube Gris es incapaz de matar a nadie.

—Si quieres salvarlo y tan seguro estás de su inocencia, encuentra al culpable. De lo contrario, me temo que el chico acabará en la horca en cuanto el juez dictamine su sentencia.

—¡No! —gritó Kirk—. ¡Nadie va a llevárselo!

Sam y Wyatt intercambiaron una mirada. No había vuelta atrás, la palabra de un testigo era sagrada y Nube Gris era un indio, lo que implicaba que ya estaba condenado. Intentar impedir su arresto no haría más que empeorar las cosas para el acusado. Sam apretó los dientes y echó una mirada al joven.

—Tienes que acompañarlos. Yo iré en cuanto pueda y te aseguro que encontraré a quien lo hizo. —Al ver el abatimiento de Nube Gris, supo que no era únicamente la acusación lo que le mortificaba, era la humillación de cruzar toda la ciudad maniatado—. No le pongas las esposas —pidió Sam al marshall Earp—, te seguirá sin intentar escapar.

—Lo siento, pero eso no puedo hacerlo.

Wyatt dio un paso adelante y Sam apartó a Kirk, quien apretaba el rifle con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Nube Gris se dejó esposar en silencio y con la mirada clavada en el suelo.

—Te soltarán —le prometió Sam. Al ver que el indio no reaccionaba se dirigió a Wyatt—. ¿Quién es el testigo y quién es el muerto?

—No te diré quién es el testigo. Cuando lo hago, suelen esfumarse de la faz de la tierra o aparecen con una bala en el cuerpo. En cuanto al muerto, está en la funeraria. Si puedes identificarlo, mejor; si no, lo enterraremos en el cementerio de Boots Hill con una cruz y poco más.

Nube Gris salió sin dirigir una mirada a nadie. Kirk quiso decirle algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Sam los siguió. Fuera, un pequeño grupo de personas esperaba para averiguar a qué se debía la presencia de los hombres del comisario Basset en la casa de Lorelei. Los murmullos se elevaron en cuanto salieron.

—¿Qué ha hecho el indio? —preguntó uno de los presentes.

—¡El mejor indio es el que acaba en la horca! —gritó otro.

No tuvo tiempo de decir nada más: el puño de Sam se estrelló contra la boca del tipo. Wyatt negó con la cabeza.

—Si no quieres compartir celda con tu amigo, te aconsejo que controles tu genio.

Sam se quedó mirándolos mientras se alejaban por la calle. Ni siquiera lo llevarían en carreta; Nube Gris tendría que recorrer toda la ciudad hasta la cárcel soportando los insultos. Detrás oyó que alguien se acercaba corriendo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Emily, incapaz de ocultar el miedo que la atenazaba. Las

lágrimas le nublaban la vista, que mantenía clavada en la espalda de su amigo—. Kirk me ha dicho que acusan a Nube Gris de haber matado a un hombre.

—Sí. Voy a acompañarlos hasta la cárcel, no vaya a ser que a alguien se le ocurra ahorrar a la ciudad el juicio de un indio. Ve a la oficina de Linker, después regresa aquí de inmediato. Pídele a Kirk que te acompañe, no quiero que regreses con todo ese dinero encima.

Emily sacudió la cabeza, cada vez más aterrada.

—Dios mío, Sam. No tengo la cabeza para negociar con Linker. Estoy tan asustada por Nube Gris que las rodillas apenas me sostienen. Le ahorcarán, a nadie le importa un indio...

La voz se le quebró. Sam le acarició una mejilla con los nudillos.

—A mí sí, y te aseguro que no dejaré que lo linchen ni lo ahorquen sin haber removido esta ciudad de punta a punta. Encontraré al culpable.

Emily asintió, vacilante.

—Lo sé y confío en ti.

La besó en los labios sin importarle los curiosos que seguían mirándolos sin reparo.

—Vuelve dentro.

Sam alcanzó la comitiva, listo para desenfundar si alguien amenazaba a su amigo. Su amigo. No recordaba cuándo había tenido uno de fiar en los últimos años. Nube Gris le gustaba, era honesto y tranquilo. Sam no dudaría en poner su vida en las manos del joven, cuya lealtad para con Emily le hacía aún más valioso.

Los insultos no se hicieron esperar, aunque nadie se atrevió a romper el cerco de Wyatt y sus hombres; con todo Sam observaba las terrazas encima de los bares y las puertas de las tiendas. Una mujer se acercó a Nube Gris, pero el agente la despachó de un empujón. Sam reconoció a Edna, que volvió a intentar acercarse al indio, aunque este no levantó la mirada del suelo. Cuando la empujaron por segunda vez, corrió a su lado.

—¿Por qué lo llevan esposado? —preguntó ella con el rostro desencajado.

—Edna, vuelve a la casa de Lorelei.

—¡Dime por qué se lo llevan esposado! —gritó, aferrándose al chaleco de Sam.

—Lo acusan de haber matado a un hombre —explicó, y vio que el rostro de la joven palidecía. La sujetó por los hombros—. No es momento de desfallecer. Vuelve a la casa de Lorelei, Kirk te explicará lo poco que sabemos.

Edna asintió, aturdida por los acontecimientos.

Sam la dejó y siguió al indio hasta que lo introdujeron en la oficina del marshall. En la puerta, Wyatt se dio la vuelta y se encaró con él.

—Mis hombres lo custodiarán. Mientras, podemos ir a la funeraria.

Sam asintió y lo siguió.

—¿Qué te ha traído a Dodge City? —preguntó Wyatt mientras andaban con pasos largos.

—Estoy de paso.

—Oí decir que estabas en Oregón buscando oro.

—Y es cierto, pero lo dejé. ¿Y tú? ¿Piensas seguir aquí? Siempre creí que querías ser granjero.

Wyatt se rio sin ganas.

—Sí, Urilla quiere marcharse. Dice que si nos quedamos en Dodge City, acabará siendo una joven viuda.

—Y tiene razón. En tu profesión no se llega a conocer a los nietos.

Wyatt asintió.

—Pronto nos marcharemos a Arizona. Queremos instalarnos en Tombstone.

—Entonces te deseo suerte.

—La suerte la vas a necesitar tú, si quieres salvar a tu amigo. El asunto de la muerte de ese hombre parece bastante claro.

—Nube Gris no es culpable. Además, aquí no conoce a nadie, no tiene enemigos.

—Pareces muy seguro —comentó Wyatt delante de la puerta de la funeraria.

Sam entró. Un hombre joven de rostro picado por la viruela se acercó enseguida a ellos.

—Señor agente, ¿ha venido a ver al muerto que me han traído esta mañana?

—Sí, Tadeo, el señor Truman quiere verlo.

El aludido se apartó y señaló la puerta del fondo.

Sobre una mesa de madera yacía el cadáver de un hombre cubierto por una sábana. Sin esperar a que le dieran permiso, Sam la apartó y observó el rostro ceniciento del muerto. El estómago le dio un vuelco: no había duda respecto a la identidad del cadáver.

—¿Lo conoces? —inquirió Wyatt.

—Sí, se llama Jack y es el sobrino de Cliff Crawford, un ganadero del condado de Ellsworth.

—Está un poco lejos de su casa —adujo Wyatt—. ¿Conocía al indio?

Sam soltó un suspiro.

—Sí, pero sigo convencido de que Nube Gris no lo mató.

—Pues tendrás que demostrarlo.

31

En la pequeña oficina del funcionario Linker hacía tanto calor que Emily notó una gota de sudor deslizándose entre los omóplatos. Se pasó un pañuelo por la frente y volvió a mirar el reloj de pared. Llevaba más de media hora esperando al funcionario, que por lo visto se tomaba las cosas con calma. Inspiró hondo y soltó el aire entrecortadamente; con las prisas se había apretado demasiado el corsé y las ballenas se le clavaban en las costillas. Además de la dificultad para respirar, el corazón le latía tan rápido que parecía a punto de salirse del pecho. No podía dejar de pensar en Nube Gris, esposado delante de toda la ciudad. Cerró los ojos y rezó por su amigo; aunque Sam le había prometido que lo ayudaría, no lograba imaginar cómo conseguirían salvarlo.

La puerta se abrió de repente y un hombre de escasa estatura, con una barriga prominente, entró con pasos cortos y rápidos. Llevaba unos pantalones gris paloma con un chaleco negro y una chaqueta de fino paño granate oscuro. El bombín de fieltro negro con el que iba tocado le confería el aspecto de un champiñón barrigón. Emily se puso en pie al momento y el hombre pareció reparar en su presencia.

—Oh... ¿En qué puedo ayudarla, señora? —indagó el hombre al tiempo que dejaba el bombín colgado del respaldo de una silla.

Los ojillos la recorrieron, desde el sombrerito que le coronaba la cabeza hasta las puntas de las botas que asomaban bajo la falda de piqué verde que Lorelei le había dejado en la habitación. Aunque primero la observó con curiosidad, en sus ojos no tardó en aparecer un brillo lascivo que delató el curso de sus pensamientos.

Emily se envaró.

—Buenos días, señor Linker. Soy la señora Coleman.

—¿La señora Coleman? En realidad esperaba encontrarme con su marido.

Se acercó a una mesita en un rincón, dándole la espalda a Emily, quien decidió ignorar la grosera actitud del funcionario.

—Mi marido no ha podido venir...

—Ya veo —musitó Linker mientras se servía una taza de café. Se dio la vuelta, removiendo el contenido de la taza, y se dirigió a su mesa. Sin dejar de mirarla se sentó y tomó un sorbo ruidoso—. Me temo que eso será un contratiempo, señora.

Emily se sentó y dejó su pequeño bolso sobre el regazo.

—No veo por qué. El ganado está aquí, tal y como acordaron mi marido y usted.

—Ya he visto el ganado, señora, y son unas piezas magníficas. Todo sea dicho. Pero me temo que... —Linker reunió las yemas de los dedos bajo el doble mentón y apretó los labios unos segundos—. Verá, señora —siguió con tanta condescendencia que Emily apretó los dientes—, no suelo hacer negocios con una mujer. Debe entender que el ganado está a nombre de su marido y...

—Usted se comprometió a pagar a mi marido... —intervino Emily.

—Dice bien: a su marido —la interrumpió a su vez el funcionario—, a su marido —repitió con una sonrisa que estremeció a Emily—. Ahí está el problema. A ver si me explico. Estoy seguro de que es usted una mujer respetuosa, una buena esposa temerosa de Dios, pero, por desgracia, hay mujeres que presumen de poder actuar en nombre de sus maridos. Otras ni siquiera se molestan en disimular que no están casadas. Como buen marido y padre de familia, es mi deber actuar conforme dicta la decencia. El lugar de una mujer está en su casa, cuidando de la familia. Los negocios son cosa de hombres, porque, como bien sabe usted, están más capacitados para ello, al igual que las mujeres han sido bendecidas con el don de la vida. Su deber es dar hijos y velar por su bienestar obedeciendo a la palabra de Dios y la de sus esposos, no comportarse como descarriadas que abandonan sus obligaciones.

Emily apretó los puños, asqueada por el tono engañosamente dulzón de Linker. No obstante permaneció a la espera, rezando para que todo el asunto acabara cuanto antes. El miedo empezaba a hacer mella en ella; si el funcionario se retractaba, Emily estaría en la ruina y perdería el rancho.

—No he venido a espaldas de mi marido —explicó ella, procurando controlar el tono de su voz—. Si me encuentro aquí es porque él me lo ordenó. No podía traer el ganado personalmente por un asunto de suma importancia. De no haber sido por ese imprevisto —mintió—, el señor Coleman estaría hoy sentado en mi lugar.

Los ojillos de Linker se entornaron sin perder de vista las manos de Emily, que en ese momento estaba sacando la carta que él mismo les había mandado meses atrás.

—Aquí está todo estipulado, señor Linker. Hemos respetado las condiciones y traído el ganado en la fecha acordada. Mi esposo espera que la transacción se haga como quedó estipulado cuando estuvo aquí, en Dodge City, hace algo más de ocho meses.

Linker no movió un dedo ni se molestó en coger la misiva. No necesitaba leerla: él mismo se la había dictado a su secretario, así que recordaba cada línea y sabía que la carta era un contrato vinculante, tan válido como si la hubiese firmado un juez. Pero podía inclinar la balanza a su favor si la señora Coleman era tan inocente como parecía.

—Claro, claro... Recuerdo perfectamente al señor Coleman y reconozco que se han respetado todas las cláusulas, pero el pago tendría que ir a nombre de su marido. Es usted consciente de ello, ¿verdad?

El corazón de Emily se aceleró. Si el negocio se saldaba con un pagaré para entregar en el banco, nunca podría tocar un centavo sin Gregory y estaría de nuevo en la ruina. Respiró profundamente, al menos todo lo que el corsé le permitió, y contó hasta cinco.

—En la carta no se hablaba de ningún pagaré, señor Linker. Le agradecería que efectuara el pago en metálico.

El funcionario se recostó en su silla, relamiéndose y sonriendo como una comadreja cebada. La señora Coleman parecía incómoda y se la veía tan tensa como la cuerda de un arco. Justo

como le convenía a él. Lo que consiguiera regatear iría a parar a su bolsillo sin que nadie se enterara.

—Es mucho dinero y mi deber es velar por los fondos que el gobierno destina a la compra del ganado para alimentar a los indios, esas pobres almas perdidas. Por lo tanto entenderá usted que es mi deber ajustar el precio...

Emily procuró sonreír sin que se le agrietaran los labios de la rabia que bullía en su interior. Unas semanas antes se habría achicado hasta desaparecer frente al señor Linker, pero esa mujer amedrentada ya no existía. En su lugar había surgido una nueva Emily, que en ese momento hervía de indignación ante la afectada condescendencia del funcionario.

—Señor, creí que los empleados del gobierno eran hombres de palabra.

Una marea roja de indignación inundó las mejillas regordetas de Linker, quien frunció los labios en una muestra de desagrado frente a las palabras de su visita.

—Por supuesto que sí.

—Entonces no creo que tengamos que hablar del precio de mi ganado, puesto que usted ya acordó con mi marido una cuantía que es, en el mejor de los casos, inferior a lo que nos darían en cualquier otra ciudad. Sabe tan bien como yo que en Abilene pagarían sin regatear lo que usted me niega, o incluso más. Si no está satisfecho con lo que le ofrezco, me temo que no podremos cerrar el trato. No tengo prisa por vender —mintió descaradamente. Se puso en pie y se alisó la falda, procurando disimular el temblor de sus manos—. Puedo esperar a otro comprador. Mi partida de ganado ha sido de las primeras en llegar esta primavera, las reses están fuertes y sanas, así que no me resultará muy difícil venderlas.

Linker fue palideciendo por minutos. El ganado debía llegar a las reservas en menos de una semana, y en tan poco tiempo no conseguiría reunir una partida de reses tan importante y de tan buena calidad, lo suficientemente fuertes para aguantar el viaje en tren hasta Oklahoma.

Se puso en pie, encrespado por la actitud de Emily y acorralado por el giro de la conversación. Trató de serenarse.

—Señora, no digo que no esté interesado en su ganado. Creo que deberíamos sentarnos y hablar. Estoy seguro de que encontraremos un acuerdo que nos satisfaga a ambos. De hecho, debo recordarle que la carta es un acuerdo vinculante, es decir, un contrato en toda regla si las dos partes cumplen con su cometido...

—Y mi ganado cumple todos los requisitos exigidos —le recordó ella—. Solo queda zanjar el asunto del pago.

Recelosa, Emily estudió el rostro congestionado del funcionario, que había empezado a sudar copiosamente. El silencio se alargó hasta que ella sonrió, aunque por dentro se estuviese descomponiendo de miedo. Jugó su última carta.

—En fin, veo que no está interesado...

—Señora Coleman, ya ve por qué es un error negociar con una mujer, ustedes no entienden los giros de una negociación. Ya le he recordado que la carta es un acuerdo tan válido como un contrato y ningún juez le daría la razón. De modo que acabemos con esto.

Con pasos airados, fue a la pared de su derecha y con gestos bruscos descolgó un cuadro. Tras él, empotrada en la pared, apareció una caja fuerte recia y de aspecto inviolable. Los pequeños dedos hicieron girar las ruedecitas a un lado, después al otro, y finalmente se oyó que la puerta se abría. El funcionario sacó una bolsa de cuero que tiró sobre la mesa bruscamente.

—Aquí tiene su dinero, señora Coleman. Puede contarle, si quiere —añadió con una altivez que se contradecía con el sudor que le perlaba la frente—. Su ganado pasa a ser propiedad del gobierno.

Con manos temblorosas, Emily cogió la bolsa. Pesaba mucho más de lo que había imaginado. Por fin tenía en sus manos el dinero que salvaría su rancho, y sin embargo no sentía la felicidad esperada. Nube Gris estaba encarcelado, Sam se marcharía de su lado y ella viviría con la amenaza del regreso de Gregory. Ese dinero salvaría el rancho, pero no su felicidad. Con todo, algo positivo se derivaba de todo aquello: acababa de luchar su primera batalla, sin la ayuda de nadie, sin el apoyo de Sam, y había salido victoriosa. Tal vez esa nueva mujer en la que se había convertido consiguiera encontrar la manera de retener al amor de su vida.

Al salir a la calle seguida de Kirk, Emily inhaló aire. Lo primero era llevar el dinero a casa de Lorelei para que lo escondiera en un lugar seguro, y después ayudaría a Sam a poner patas arriba la ciudad para sacar a Nube Gris de la cárcel. Más adelante pensaría en cómo convencer a Sam para que se quedase con ella.

Al final de la calle vio lo que más deseaba en la vida: Sam caminando a su encuentro. Admiró sus largas zancadas y el balanceo de las caderas acentuado por el peso de las cartucheras. Era tan alto que sacaba una cabeza a casi todos los hombres con los que se cruzaba, y todos se apartaban de su camino, intuyendo el peligro que emanaba de su persona. Pero ella sabía hasta qué punto podía ser tierno, sus caricias se lo demostraron durante toda la noche que habían pasado juntos.

—¿Va todo bien? —le preguntó en cuanto la alcanzó.

—Lo tengo, hasta el último centavo.

Detrás Kirk chasqueó la lengua.

—Cuando vi entrar a Linker, pensé que era lo más parecido a una rata cebada.

—Sí —convino Emily sonriendo—, pero las ratas tiemblan cuando se encuentran con una gata.

Sam arqueó las cejas, divertido.

—¿Una gata?

Emily se colgó de su brazo. Necesitaba tocarlo, sentir su fuerza.

—Sí, una gata que gracias a las enseñanzas de un peligroso puma ha aprendido a sacar las uñas.

La risita de Kirk se oyó detrás de ellos.

32

A duras penas lograban entender lo que Edna decía entre sollozos. La joven lloraba entre los brazos de Lorelei e hipaba tan fuerte que todo su cuerpo se sacudía. Sam y Emily se miraron, impotentes.

—Edna —empezó Sam—, si no te calmas, no podremos entender lo que tratas de decirnos.

Cuando la aludida alzó el rostro bañado en lágrimas, tenía los párpados tan hinchados que apenas si podía abrir los ojos. Se limpió las mejillas con la manga del vestido. El temblor de la espalda encorvada delataba el esfuerzo que estaba realizando la joven por serenarse.

—Nube Gris no ha matado a ese hombre.

—Eso ya lo sabemos —aseguró Emily, tendiéndole un pañuelo—. Todos sabemos que es incapaz de hacer algo así.

—No. Digo que no ha matado a nadie porque yo sé dónde es tuvo anoche.

Las mejillas de la joven se tiñeron de rojo, lo que captó la atención de Sam.

—¿Qué quieres decir?

Edna agachó la cabeza sin dejar de retorcer el pañuelo. No se avergonzaba de lo que había hecho, no se arrepentía de haberse dejado llevar por la ternura de los besos de Nube Gris, pero decirlo en voz alta la abochornaba. No soportaría que Emily la mirara con censura. No obstante, dejaría de lado sus escrúpulos porque de ella dependía que el hombre al que amaba saliera de la cárcel.

—Quiero decir que estuve toda la noche con él. Lo acompañé hasta la carreta y me quedé con él hasta poco antes del amanecer.

Lorelei carraspeó y le dio unas palmaditas en la espalda.

—Cariño, no tienes de qué avergonzarte.

—No me avergüenzo —aseguró Edna, irguiéndose de repente—. Quiero ir a la oficina del marshall y decírselo. Me da igual lo que piense la gente.

—¿Estás segura? —preguntó Sam.

—¿Por qué dudas de mí? —inquirió la joven con el ceño fruncido—. Pensé que os alegraría saber que Nube Gris cuenta con un testigo.

Emily soltó un suspiro. Si Edna iba a la oficina admitiendo haber pasado la noche con Nube Gris, la noticia se extendería como la pólvora y sería señalada como la amante de un indio. Además, sería su palabra contra la de un hombre. Y Emily acababa de ser testigo de lo despreciables que podían ser muchos de ellos, ciudadanos respetables que consideraban a las

mujeres seres inferiores sin ninguna entidad legal. Pese a todo, admiraba el valor de la muchacha.

—Lo principal es salvar a Nube Gris, pero no queremos que te expongas. Primero tenemos que averiguar quién es el testigo, porque está más que claro que miente.

—Yo sé quién le odia lo suficiente como para mentir con la intención de deshacerse de él —afirmó Edna con tanta seguridad que todos la miraron sin pestañear—. Mi hermano Joshua no ha pasado la noche aquí. Ayer salió a última hora y no ha regresado; nadie ha dormido en su cama. Joshua no soporta mi... mi... relación con Nube Gris.

—Es una acusación muy grave —señaló Sam.

—Lo sé —asintió Edna, sollozando de nuevo.

—Tenemos que ir a la oficina del marshall y tratar de averiguar quién es el testigo.

Emily se puso en pie al mismo tiempo que Lorelei.

—Os prepararé una cesta para que se la llevéis al chico —dijo esta última—. No sé si le darán de comer algo decente en un sitio así.

—Os acompaño —añadió Edna—. Necesito verle y decirle a ese Wyatt que Nube Gris es inocente.

Sam se rindió. No serviría de nada intentar convencer a Edna de que se quedara en casa de Lorelei, y de hecho la entendía. Si Emily se encontrara en la misma situación que el indio, él haría cuanto estuviese en su mano para salvarla.

Como esperaba Emily, las palabras de Edna no fueron recibidas con entusiasmo por parte del hombre al que todos llamaban Wyatt. Este escuchó con atención a la joven y a continuación le permitió que fuera a ver al prisionero, pero en cuanto Edna desapareció, negó con la cabeza.

—Lo siento, pero lo que dice esa joven no es un testimonio fiable. Está muy claro que mantiene una relación con el acusado y podría decir lo que fuera por salvarlo.

Emily se puso en pie, indignada por esas palabras.

—¿Por qué la palabra de Edna vale menos que la de un desconocido?

Los ojos de Wyatt fueron a Sam, que se conformó con encogerse de hombros.

—Edna ha dicho la verdad, ¿tanto le cuesta creerla? —siguió Emily—. Usted sabe que su declaración la pondrá en una situación muy delicada. Sabe lo que piensa la gente de las mujeres que mantienen relaciones con indios. ¿Cree que mentiría en una cosa así por gusto? Sin embargo, alguien aparece de la nada diciendo que ha visto a un indio matar a un hombre, y todos le creen, nadie pone en duda sus palabras, nadie le pide que demuestre su acusación.

El resentimiento de Emily iba en aumento. Al negarse a creer en su palabra, ese hombre estaba pisoteando el coraje de Edna.

—Lo siento, señora Coleman —se disculpó Wyatt—, pero no puedo arriesgarme a soltar al acusado hasta que el juez escuche los dos testimonios.

—¿Y el juez creerá en la palabra de una mujer o en la de un hombre? —insistió Emily con voz áspera.

El marshall ni se inmutó ante la cólera de la mujer.

—Mi trabajo consiste en atrapar a cualquiera que ponga en peligro la vida de los ciudadanos de esta ciudad; no soy el juez.

Emily apoyó las manos sobre la mesa y se echó adelante, acercándose todo lo que pudo a Wyatt.

—Pues déjeme que le diga una cosa: metiendo a Nube Gris en la cárcel no está protegiendo a los buenos ciudadanos de esta ciudad, porque el verdadero culpable anda suelto y podría matar otra vez.

Emily no soportaba ni un segundo más seguir mirando a ese hombre, cuyo rostro apenas si dejaba entrever sus emociones. Sabía que, por muchos argumentos que le planteara, no lograría convencerlo, porque ya tenía a un culpable y eso resolvía todos los problemas. Nadie se molestaría por un indio.

—Está cometiendo un error —concluyó antes de dirigirse a la puerta de la calle, que cerró tras de sí bruscamente.

Sam se rascó la nuca y soltó un largo suspiro.

—Dime al menos una cosa. ¿El testigo se llama Manning? ¿Joshua Manning?

Los ojos sagaces de Wyatt no parpadearon, ni un solo músculo de su cara se movió. Sam soltó una maldición.

—Es él, ¿verdad?

—Yo no he dicho nada —soltó lacónicamente Wyatt sin desmentir las palabras de Sam—. Pero no quiero que nadie encuentre el cuerpo de un joven rubio que se parece como dos gotas de agua a esa chica que está ahora con el indio.

—Te aseguro que aparecerá, pero será bien vivo y diciendo la verdad. —La mirada de Sam fue hacia la puerta por donde Edna había desaparecido para ver a Nube Gris—. ¿Puede quedarse un rato más?

—No tengo inconveniente, no creo que lleve una lima en la bota, ¿verdad?

Los ojos de Wyatt brillaron de diversión.

—No lo creo, aunque últimamente las mujeres no paran de sorprenderme —aseguró Sam.

—Tu patrona parece una mujer con mucho carácter.

Sam reprimió una sonrisa. En efecto, la Emily que acababa de salir dando un portazo era una mujer con genio suficiente como para no achicarse delante de un hombre tan peligroso como Wyatt. Apenas si la reconocía.

—Sí, tiene carácter. Y te aseguro que últimamente me asusta.

Antes de cerrar la puerta a sus espaldas, Sam oyó la risa de Wyatt.

Fuera Emily esperaba, hirviendo de rabia al pensar que estaban como al principio, incapaces de demostrar la inocencia de Nube Gris. Miraba la calle, por donde los transeúntes caminaban con tranquilidad, ajenos a sus sentimientos. En algún lugar estaba el verdadero culpable. No se dio la vuelta al oír unos pasos sobre las tablas de la acera.

—El testigo es Joshua —expuso Sam, colocándose a su lado.

Emily dio un respingo.

—¡Dios mío! Cuando Edna ha dicho que su hermano era el que había acusado a Nube Gris, no podía creerla. Es cierto que Joshua ha demostrado sentir una desconfianza exagerada hacia él, pero acusarlo de haber matado a un hombre me parece una locura.

Sam se pasó una mano por la mejilla sin dejar de mirar a *Rufián*, que esperaba impaciente atado cerca de un abrevadero. El problema no era si Joshua había acusado injustamente al indio, era necesario averiguar si el joven había matado a Jack. Tenía motivos; al fin y al cabo los hermanos Manning estaban sin hogar por culpa del sobrino de Crawford. Podría haberse encontrado con él, iniciado una pelea y asestado una puñalada. Tal vez su acusación fuera fruto

del miedo a que lo inculparan.

—Tenemos que encontrar a Joshua —declaró Sam—, y cuanto antes, mejor. Podría abandonar la ciudad, aunque no sé qué valor tendría su acusación si no se presentara ante el juez para confirmar su testimonio.

Emily echó un vistazo a la calle con desánimo. Si algo caracterizaba Dodge City eran sus innumerables *saloons*, que alquilaban habitaciones donde Joshua podría esconderse.

—¿Por dónde empezamos a buscarlo?

Sam le acarició la mejilla con los nudillos en un intento de darle ánimos.

—Creo que deberíamos ir al Longh Branch. Media ciudad pasa por ahí, y si alguien ha visto al chico, nos lo dirá.

Emily irguió los hombros. Ya tenía lo que necesitaba, un objetivo por donde empezar la búsqueda.

—¿Qué hacemos con Edna?

—De momento puede quedarse con Nube Gris. Wyatt ha dado su permiso.

—Ese hombre es como un témpano de hielo —opinó Emily con un estremecimiento—. Le conocías de antes, ¿verdad?

—Sí, de mi época en Lamar. Entonces me dedicaba a las cartas, vivía de lo que ganaba en las partidas.

Emily sonrió con ternura y le pasó las yemas de los dedos por el pelo, apartándoselo de la frente. Cada vez que lo miraba a la cara se sorprendía descubriendo un detalle nuevo, como el diminuto hoyuelo que se le formaba en la mejilla izquierda, un resquicio del niño que fue.

—Un pistolero que contempla las mariposas, un tahúr que sabe hacer la colada, un hombre peligroso que se entretiene rompiendo platos. ¿Quién eres, Sam?

Este se acercó todo lo que las buenas maneras le permitieron y le susurró al oído:

—Has olvidado que hago de doncella de noche...

De la boca de Emily surgió una risa velada por el recuerdo de la noche anterior.

—Eres un pozo sin fondo, lleno de sorpresas.

A sus espaldas oyeron los pasos de Edna. Nada más ver el rostro congestionado por el llanto de la joven, Emily la abrazó.

—¿Qué sucede?

La muchacha sollozó contra el hombro de su amiga.

—Se ha enfadado conmigo por haber dicho que había pasado la noche con él. —Otro sollozo se le escapó—. No quiere que vuelva a visitarlo y le ha dicho al señor Earp que he mentado acerca de su coartada.

Sam y Emily intercambiaron una mirada cargada de preocupación.

—Lo sacaremos de la cárcel —le aseguró Sam.

La búsqueda de Joshua fue un cúmulo de esperanzas frustradas. Al atardecer, Emily pensaba que había sido una ingenua al imaginar que descubrirían la verdad. Joshua parecía haberse esfumado de la ciudad. No tenía caballo en condiciones ni dinero para pagar un billete de tren, lo que hacía difícil que se hubiese marchado. Entonces, ¿dónde se había metido?

La imagen de Nube Gris encerrado entre cuatro paredes la atormentaba. Era consciente de que su amigo se sentiría como un animal acorralado en una trampa, incapaz de demostrar su inocencia, a merced de lo que los demás pudieran hacer por él. Entendía su afán por proteger a Edna de las habladurías, pero con su actitud no hacía más que herir a la muchacha, que apenas salía de su habitación y se negaba a comer.

Cody y Kirk fueron a por los perros y los dejaron atados con un cabo largo en el jardín trasero de Lorelei. A su regreso, se sentaron a la mesa de la cocina sin abrir la boca. El sentimiento de incertidumbre los acorralaba a todos. La comida fue silenciosa y todos se separaron con las caras largas. Emily dejó a Cody con Lorelei y las chicas para poder recorrer las calles de Dodge City, desoyendo las advertencias de Sam. Al final este acabó cediendo, no sin antes obligarla a ir armada.

Parada frente al enésimo *saloon*, Emily se vio frenada por la mano grande y firme de Sam.

—En este no entres conmigo.

—¿Por qué? —inquirió, cansada y frustrada.

La sujetó por los hombros sin dejar de mirarla a los ojos. Descubrió que los tenía apagados y su piel, habitualmente tersa, se veía tirante por el cansancio. Si no hubiese sido tan tozuda, la habría dejado con Lorelei, pero Emily se negó y salió como un vendaval, haciendo oídos sordos a cualquier argumento.

—El Dakota Saloon es de lo peor que hay.

Se sentía enojada e inútil, pero entendía la preocupación de Sam. En un día había visto más de lo que ni siquiera habría imaginado en toda una vida en el rancho. En algunos *saloons* el ambiente no resultó más escandaloso que en cualquier otro local de una ciudad, pero en otros fue testigo de las pésimas condiciones en las que las mujeres se prostituían. Dio un paso adelante y dejó que la frente se apoyara contra el pecho de Sam; de no ser por él, no habría sabido ni por dónde empezar.

—Está bien, me quedaré en la puerta.

Los labios de Sam esbozaron una sonrisa contra el pelo de Emily. Odiaba verla tan tensa,

preocupada por el futuro de su amigo, y entendía su desesperación, pero le enorgullecía ver que su pequeña guerrera no cedía ante el cansancio y el fracaso.

—Ten a mano el arma —le aconsejó—, e intenta pasar desapercibida.

Emily alzó el rostro. Si no hubiesen estado en plena calle, se habría colgado de su cuello y le habría pedido que la besara, pero no estaban solos y necesitaban encontrar a Joshua cuanto antes. Esa misma tarde Wyatt les había avisado de que el juez llegaría en dos días.

—Me haré muy pequeña.

Sam se rio a pesar suyo y la besó en la frente.

—Ya eres pequeña, apenas si me llegas a los hombros.

Emily le clavó el índice en el pecho.

—Una vez, cuando Nube Gris y yo éramos pequeños, él me dijo: «Donde no llego yo, llega la punta de mi lanza».

Sam volvió a reírse por lo bajo.

—Vaya dos.

Emily lo siguió hasta las puertas batientes y se quedó pegada a la pared. Comprobó con alivio que nadie le prestaba atención y pudo examinar la estancia. Las tablas del suelo no habían sido fregadas en años y la mugre le daba un aspecto repulsivo. El aire estaba viciado con el olor a sudor, alcohol y tabaco. La única luz que entraba en el local provenía de la ventana que daba a la calle, el cristal estaba tan sucio que era como si hubiera una cortina. Las pocas mesas ocupadas estaban diseminadas a lo largo de las tres paredes y en la cuarta estaba la barra, sobre cuya superficie de latón abollado se apoyaban dos borrachos que a duras penas lograban sostenerse. Detrás un camarero limpiaba un vaso con un paño pringoso, a juego con el delantal, tan cubierto de manchas que era imposible adivinar el color original. A continuación unas escaleras subían a la primera planta y daban a una galería con una sucesión de puertas. Tres mujeres entretenían a un grupo de hombres al fondo del local. Dos de ellas se reían de manera escandalosa y los provocaban con gestos groseros. La tercera se veía tan asustada como un gamo entre lobos. Miraba a Sam con la clara intención de acercarse a él, y a Emily no le extrañaba, porque comparado con los allí presentes parecía un dandi.

Con el rabllo del ojo vio que Sam pedía una copa y hablaba con el camarero, pero no podía dejar de espiar al grupo ruidoso. Uno de los hombres tiró del brazo de la joven asustada cuando esta se alejaba y la obligó a sentarse sobre su regazo. La chica intentó imitar el comportamiento de sus compañeras, pero el miedo se lo impedía. Emily se moría por acercarse a ese bruto, que estaba manoseando impudicamente a la joven en contra de su voluntad, y arrancársela de los brazos. Horrorizada, vio que el vaquero agarraba el escote del vestido y, de un tirón, le desgarraba la tela hasta la cintura, dejando a la vista unos pechos pequeños y blancos.

Todos los presentes se rieron, incluso las mujeres, burlándose de los intentos de la joven por taparse con las manos. Incluso algunos aconsejaron al bruto que enseñara a la chica quién mandaba allí. El aludido derribó de un manotazo todo lo que había sobre la mesa, al tiempo que sujetaba a su presa con el otro brazo para impedirle escapar. Los lloriqueos de la mujer se convirtieron en gritos de terror y fueron en aumento cuando la arrojó sobre la superficie de madera despejada. Los demás dieron un paso atrás sin dejar de mirar, incluso los que ocupaban otras mesas dejaron sus cartas o sus copas y vitorearon al hombre. Nadie parecía compadecerse de la víctima.

Emily tragó con dificultad. Sin pensarlo, llevó una mano a la culata de su arma, que de repente le pesaba mucho más que antes de entrar. No podía quedarse allí sin hacer nada, porque lo que había temido en un principio se estaba convirtiendo en realidad. Un desalmado iba a violar a una mujer delante de al menos quince personas, sin que nadie hiciera nada por impedirlo. Desesperada buscó a Sam, pero descubrió que ya no estaba junto a la barra. ¿Dónde se había metido? Sus ojos volvieron a la escena espeluznante y recordó cómo se había sentido cuando el hombre de Crawford la acorraló en el bosque, camino de Dodge City. Un escalofrío de repulsión le recorrió la espalda. Dio un paso adelante y luego otro más, incapaz de detenerse. Se sentía hipnotizada por la escena; la mano temblaba sobre la culata de su revólver y el miedo se mezclaba con la ira dejándole un sabor metálico en la boca. En ese momento se percató de que estaba mordiéndose el labio inferior hasta hacerlo sangrar.

Todo fue tan rápido que Emily no llegó a entender lo que había sucedido hasta que vio que la joven salía corriendo y pasaba delante de ella sujetándose los jirones de tela, con el rostro desencajado por el miedo. Emily la sujetó por un brazo.

—Espera.

La joven se debatió, pero Emily la sostuvo con más firmeza.

—No puedes salir así. —Se quitó la chaqueta de paño y se la echó sobre los hombros—. ¿Tienes adónde ir?

La joven asintió y salió del *saloon* con el rostro bañado en lágrimas. Detrás de ellas se había desatado el infierno. Emily vio que Sam se había enfrentado al hombre que había intentado violar a la joven. Si la anterior escena la había dejado congelada de rabia e indignación, lo que veía en ese momento la paralizó de miedo. Sam estaba luchando con un tipo enorme que pesaría unos veinte kilos más que él. A pesar de la diferencia de peso, el bruto se movía con torpeza, ya fuera por el alcohol ingerido o porque frente a Sam, que demostraba una agilidad sorprendente teniendo en cuenta su estatura, parecía lento.

Como una manada de animales carroñeros, los demás incentivaban a su amigo a que diera una lección a Sam por entrometerse. Emily apartó la mirada, buscando al camarero, pero este contemplaba la escena con una sonrisa maliciosa en los labios, casi ocultos por un espeso bigote. Volvió a prestar atención a los dos hombres que peleaban con los puños y estuvo a punto de gritar, aunque sospechaba que nadie le prestaría atención.

Recorrió el lugar en busca de ayuda y advirtió que uno de los amigos del bruto desenfundaba lentamente su arma. No se lo pensó dos veces, se acercó a él hasta situarse a sus espaldas y le clavó el cañón del revólver en los riñones.

—Deja el arma sobre la mesa —le ordenó, sorprendida de constatar que no le temblaba la voz pese a que en su interior le castañeaban todos los huesos—. Despacio, sin movimientos bruscos.

El hombre obedeció y Emily se adueñó del arma con la otra mano.

—Bien, ahora ponte de espalda a la pared.

Sam seguía luchando. Por suerte su contrincante no parecía tener tanto aguante como él, porque jadeaba escupiendo sangre por la boca y la nariz mientras Sam seguía golpeándolo sin compasión. La escena prosiguió hasta que el bruto cayó de rodillas, circunstancia que Sam aprovechó para rematarlo propinándole un golpe en la mandíbula que lo mandó al suelo. Sin perder un segundo, Truman se arrodilló y metió en la boca ensangrentada la punta del cañón de

su arma.

—¿Cómo te sientes? —siseó Sam—. ¿Te sientes violado? —El hombre negó con la cabeza, emitiendo barboteos ahogados con los ojos desorbitados—. Tal vez debería metértelo por otro sitio para que entiendas lo que siente una mujer cuando un cerdo como tú intenta abusar de ella.

Emily apenas reconocía la voz de Sam, fría y afilada como un estilete, y su rostro parecía tallado en piedra, rígido por la tensión y la ira. Aquella faceta del hombre al que amaba era tan ajena al que le había hecho el amor la noche anterior que temió por el tipo que yacía en el suelo. Los ojos de Sam no dejaban lugar a duda acerca de lo que deseaba hacer. Ella tragó lentamente y fue a dar un paso hacia delante cuando de pronto advirtió que alguien apuntaba a Sam. No lo pensó, ni siquiera ajustó el tiro, sencillamente apretó el gatillo. La detonación estalló en el local como un trueno, tras el que se produjo el más absoluto silencio. Detrás de Sam, un hombre se sostenía un brazo. Entre los dedos la sangre se deslizaba hasta la muñeca.

—Si alguien quiere sacar su arma, que lo haga ahora —dijo ella con un hilo de voz.

Todos retrocedieron negando con la cabeza. Pese al miedo que le emponzoñaba la sangre, sintió repulsión por todos los allí presentes. Eran unos cobardes que no habían vacilado en convertirse en cómplices del hombre que yacía en el suelo, pero a la mínima amenaza se echaban atrás como alimañas asustadas. Un grito de rabia pugnaba por salir de sus labios apretados. Los odiaba a todos por ser lo que eran y esa emoción tan ajena a ella le hizo alzar un poco más el revólver.

—Dais asco —masculló entre dientes—. Ni los perros son tan rastreros como vosotros.

En el suelo, Sam agarró la pechera manchada de sudor y sangre del bruto y se lo acercó un poco.

—Ya no tienes tantas ganas de divertirme, ¿eh? —preguntó Sam, sin retirar el Colt de la boca contraída de su contrincante vencido—. La próxima vez que te acerques a una mujer, recuerda cómo te sientes ahora. Y sobra decir que si vuelvo a verte abusando de una mujer, no te daré tiempo a cambiar de actitud. Te meteré una bala entre ceja y ceja.

La respuesta fue un asentimiento que hizo que los dientes castañearan contra el metal. Sam lo soltó de repente como si le quemara las manos. Se puso en pie y los demás retrocedieron un paso. Estudió los rostros con lentitud hasta que llegó al herido que se sostenía el brazo.

—Buena puntería —dijo tranquilamente.

—Apuntaba la mano —replicó Emily con un deje de histeria en la voz.

Sam sonrió y el gesto pareció una amenaza para todos.

—Ya veis, mi dama tiene tan mala puntería que bien podría sacaros un ojo sin darse cuenta. —Echó una mirada divertida a Emily—. Y encima lleva dos armas, lo que significa que es doblemente peligrosa.

La sujetó por un codo.

—Vámonos, no creo que averigüemos nada aquí.

El camarero fue el único que se atrevió a ponerse delante.

—¿Y quién va a pagar las sillas rotas?

Sam señaló al hombre que seguía tirado en el suelo.

—Él.

Salieron sin perder a ninguno de vista. Una vez fuera, echó a andar vigilando sus espaldas. Doblaron en la primera esquina, y Sam abrazó a Emily con fuerza.

—¿Estás bien?

Ella, con los brazos a lo largo del cuerpo y los revólveres colgados de las manos, asintió contra su pecho. Temblaba sin control. Él también temblaba al pensar que podrían haberla herido.

—He tenido mucho miedo —farfulló Emily, apretándose contra el cuerpo firme de Sam.

—Pero has sido muy valiente. Has superado el momento de ^pánico.^

La obligó a mirarlo y la besó con suavidad en los labios. Un siseo los obligó a darse la vuelta. La joven del *saloon* los miraba desde la otra esquina del callejón. Pareció dudar, finalmente fue acercándose a ellos con aire vacilante. Cuando estuvo a unos dos metros se quedó quieta sin perderlos de vista. Sam cogió uno de los revólveres de Emily.

—Gracias —murmuró la chica.

—¿Te encuentras bien? —quiso saber Sam, que seguía sujetando con fuerza la mano de Emily.

—Sí... Antes le he oído preguntar por un chico...

Emily asintió. La joven, que apenas tendría dieciocho años, tragó y se arrebujó en la chaqueta.

—Esta mañana un chico rubio de ojos claros ha estado en el Dakota. Era un poco más alto que yo y vestía al estilo de los granjeros. Hablaba con acento del Este. Cuando he bajado ya estaba medio borracho y decía no sé qué de haber traicionado a su hermana por vender una vaca y una mula y haberse gastado casi todo el dinero en whisky.

El corazón de Emily empezó a palpar como un pajarillo azorado. Si Joshua había vendido los animales que se llevaron de la granja, podría haberse comprado un billete de tren y esa misma tarde podría haberse marchado en el convoy que se llevó el ganado. Y en ese caso no podrían demostrar que estaba mintiendo con respecto a su acusación hacia Nube Gris.

—¿Sabes adónde ha ido?

La chica asintió.

—Delilah se ha pegado al chico, le parecía un encanto porque la trataba como si fuera una dama.

Sam y Emily se miraron en silencio. Tal vez todavía hubiese alguna esperanza.

—¿Estaba esa Delilah en el *saloon* ahora? —quiso saber Sam.

—No, no ha vuelto desde que se ha marchado con el chico. Vive en una pequeña casa de ladrillos de adobe en las afueras. No he ido nunca, pero podría averiguar dónde está.

Emily dio un paso adelante muy despacio, como si temiera asustarla.

—¿Por qué te tomas la molestia de ayudarnos?

Después de lo que había visto ese día, ya no confiaba ciegamente en los demás, aunque la chica parecía tan frágil que se le encogía el corazón solo con mirarla.

La joven sorbió por la nariz e hizo un gesto con la cabeza.

—¿Le parece poco lo que ha hecho su hombre ahí dentro? Nadie se preocupa de lo que le ocurra a una fulana como yo. —Su tono de voz revelaba tanta amargura que Emily sintió una punzada de compasión por la joven—. Mañana por la mañana les diré si he encontrado la casa de Delilah. Me imagino que jugará con el chico hasta que se canse y lo largará sin un centavo en los bolsillos. Tendrá suerte si le deja con los calzones. No es la primera vez que tima a un joven palurdo del campo.

Emily se resistía a dejarla irse; era demasiado joven para vagar sola, ya estaba oscureciendo y las calles se harían más peligrosas.

—¿Tienes un sitio donde pasar la noche?

—Sí, el chino de la lavandería me deja dormir en un cuarto detrás de su local cuando no trabajo.

—¿Y él qué gana a cambio? —preguntó Sam con voz acerada.

La joven se encogió de hombros.

—Lo mismo que todos, pero al menos es bueno y me da de comer. Incluso puedo bañarme de vez en cuando, allí siempre hace calor por los calderos donde hierve la ropa.

Emily no lo dudó, se sacó del bolsillo los pocos dólares que tenía y se los tendió.

—Consigue algo para cubrirte y creo que te alcanzará para comprarte comida, al menos para esta noche. Mañana nos encontraremos aquí mismo, ¿te parece bien?

La joven asintió, aferrando el dinero con el puño cerrado. Parpadeó intentando alejar las lágrimas que le emborronaban la vista.

—Gracias. Ojalá hubiese más gente como ustedes dos.

—¿No tienes a nadie? —preguntó Emily con tristeza.

—Vivía con mi abuela, pero murió de tisis hace unos meses. El casero me echó de la casa el mes pasado y... Bueno..., ya saben adónde fui a parar, pero creo que nunca podré acostumbrarme.

Hizo ademán de devolver la chaqueta a Emily, pero esta negó con la cabeza, incapaz de hablar. Unas semanas antes se consideraba desdichada, pero al ver el cuerpo delgado de la joven entendió que todo podía empeorar.

—¿Cómo te llamas?

—Jessy Cochran.

La vieron alejarse hasta desaparecer entre las sombras. Parecía un espectro más de la noche que empezaba a cernirse sobre ellos. Emily se estremeció y escondió el rostro contra el brazo de Sam.

—Dios mío, está sola, sin dinero y sin nadie. Volverá a prostituirse.

Sam la abrazó contra su cuerpo e inhaló con fuerza.

—No puedes salvar a todas las almas perdidas.

—Pero no es justo. Yo podría ser como esa chica. Cuando se ven solas, no tienen muchas oportunidades de salir adelante. Condenan a las mujeres a venderse, pero pocas personas las ayudan cuando se ven desvalidas. Demasiados hombres solo nos ven como madres o esposas, las que no entran en esas dos categorías no valen nada.

Sam la besó en la frente.

—Deja de atormentarte. Mañana cuando volvamos a encontrarnos con ella le daremos algo para que pueda subsistir un tiempo.

—¿Y después?

Él no contestó. Desde luego, en Dodge City no había mucho trabajo para una mujer sola que quisiera ser respetada. Podría hablar con Wyatt, aunque ya sospechaba qué le contestaría. Más valía que acudiera a otra persona.

—Esta noche hablaremos con Lorelei, tal vez ella sepa cómo ayudar a la chica.

34

Un beso en la comisura de los labios la despertó a primera hora de la mañana. Emily abrió los parpados lentamente con una sonrisa. Lo primero que vio fue el rostro de Sam muy cerca del suyo. Para su sorpresa ya estaba vestido y afeitado. Se sintió como una descarada perezosa, todavía en la cama desnuda bajo la sábana. Pero no le sorprendía que Sam ejerciera ese efecto en ella, porque si la primera noche había sido apasionada, la segunda que pasaron juntos fue toda una revelación. Jamás habría imaginado que el acto íntimo entre un hombre y una mujer pudiera tener tantas vertientes, como la risa, el abandono más absoluto, la provocación sin pudor o la entrega sin condición. No habían dormido más de cinco horas entre caricias y confesiones susurradas a oscuras, pero en ese momento no se sentía agotada. Por el contrario, una energía desconocida bullía en su interior.

Un suave aroma a café le llegó hasta la nariz. Envolvió los brazos en torno al cuello de Sam y le susurró al oído:

—Te doy mi cuerpo si me subes una taza de café.

La respuesta fue la risa profunda de Sam, que la abrazó aprisionándola con la sábana.

—Creo que tu oferta me llega tarde, pero como soy un buen hombre... —alargó una mano y acercó una taza humeante a la nariz de Emily—, aquí te traigo café y esto... —Volvió a extender el brazo hacia la mesilla y cogió un panecillo relleno de nata. Se lo colocó bajo la nariz y se rio al ver que Emily se relamía—. Me he jugado el pellejo por robar esto. Mickaela es muy peligrosa con un cuchillo en la mano.

Ella se lo arrebató y le dio un enorme bocado, sin importarle que se le mancharan los labios de nata. Masticó con fruición y emitió un gemido de placer que arrancó un gruñido a Sam. Dejó de masticar, con los carrillos abultados por el bocado, y arqueó las cejas en una muda pregunta.

—No hagas esos ruiditos en la cama —la informó Sam.

Las cejas de Emily subieron unos milímetros más y reanudó su festín. Al beber un trago de café, fuerte y muy dulce, un nuevo gemido se le escapó. Era decadente comer en la cama, desnuda, con el hombre al que amaba devorándola con los ojos.

Ese segundo gemido pudo con la contención de Sam, quien le quitó de las manos la taza y el resto del bollo, desoyendo las protestas, y se le echó encima para besarla con deleite. Hizo desaparecer el filo de nata que delineaba los labios y finalmente su lengua la provocó hasta que los gemidos de satisfacción inundaron la habitación. Cuando volvieron a respirar con normalidad, Sam alzó el rostro, que había escondido en el hueco del cuello de Emily, y la

contempló embelesado. Ella tenía aún los ojos cerrados y esbozaba una sonrisa misteriosa, como si poseyera toda la sabiduría de una mujer enamorada.

¿Qué haría sin ella cuando se marchara? Volvería a ser una piedra rodando por los caminos y jamás recuperaría su identidad, porque dejaría junto a Emily su corazón y su alma. ¿Podría vivir sintiéndose tan vacío? Por culpa de ese malnacido de Gregory no le quedaría más remedio que hacerlo. Desde hacía dos días barajaba la posibilidad de recorrer Oregón y buscarlo. Un único disparo acabaría con la barrera que se interponía entre Emily y él. Entonces podrían casarse y vivir felices. No, nunca serían del todo felices si la muerte de Gregory manchaba con sangre su unión. ¿Cómo miraría a los ojos a Cody sabiendo que había matado a su padre, por muy ruin que fuera este?

La besó en la punta de la nariz, derritiéndose de amor por ella. Tanto la quería que sus huesos se convertían en gelatina cuando la abrazaba, cuando hacían el amor, cuando la veía florecer como mujer. Y no solo la amaba, también la admiraba, porque aunque Emily no se percatara de su cambio, ya no quedaba nada de la mujer asustadiza a la que había conocido en el almacén de los Schmidt. Por fin Emily era lo que debería haber sido toda la vida: fuerte y valiente, como un pequeño guerrero con un corazón de oro.

Tal vez a su lado él también habría llegado a ser un buen hombre, digno de compartir toda una vida con ella. Pero no lo era, la prueba era ese deseo de buscar a Gregory y matarlo. Lo más sensato era marcharse en cuanto se asegurara de que Crawford no le creaba problemas. Después... Después se moriría un poco cada día que pasara lejos de ella.

—¿En qué piensas? —preguntó Emily, acariciándole la mejilla.

—En ti y en lo mucho que te quiero. En lo orgulloso que estoy de ti.

Las mejillas de Emily se ruborizaron de satisfacción, pero el recuerdo de que pronto lo perdería ensombreció su felicidad. No rogaría, ya no. No servía de nada, sabía que Sam había tomado su decisión. Tal vez con el tiempo recapacitara y cambiara de opinión con respecto a su intención de irse del rancho. Lo único que le quedaba era volverle loco de amor hasta que olvidara sus intenciones. De modo que no pidió nada, sencillamente sonrió y le devolvió el beso en la punta de la nariz.

—Por tu culpa voy a convertirme en una mujer presumida.

Sam le pasó un dedo por una ceja y bajó hasta el lóbulo, que acarició entre el índice y el pulgar, disfrutando de la delicadeza de su pálida piel.

—No, tú no harías algo tan estúpido, eres demasiado lista para eso.

Sus ojos se encontraron hablando en silencio de todo lo que no se decían. La voz de Cody, que bajaba a trompicones por las escaleras, los sacó de su contemplación.

—Será mejor que te vistas —dijo Sam—. Lorelei ya ha preparado una cesta para Nube Gris.

La burbuja de felicidad estalló al instante. Emily se sentó y se peinó con los dedos.

—¿Crees que Jessy nos dirá algo?

Sam se subió los pantalones y se metió los faldones de la camisa.

—No perdemos nada por ir a su encuentro, pero es mejor que no nos hagamos muchas ilusiones. Incluso si nos dice dónde vive esa tal Delilah, podría estar equivocada y tratarse de otro chico.

—Entonces tendríamos que seguir buscando, y no disponemos de tanto tiempo. Mañana llega el juez y no creo que tarde mucho en dictar sentencia.

Emily se estremeció. Se puso en pie y fue al aguamanil, donde echó agua sin importarle que estuviese fría. Se lavó el rostro sin reparar en su desnudez, pues con Sam se sentía libre de todo pudor. Sin embargo se sobresaltó cuando recibió una palmada en el trasero.

—Una desvergonzada, eso es lo que eres —sentenció Sam con un brillo pícaro en los ojos pálidos—. Vístete o acabarás otra vez en la cama.

Salió echando una mirada por encima del hombro. Emily le tiró la toalla, pero esta se estrelló contra la puerta, que ya se cerraba a espaldas de Sam.

En la cocina, Cody estaba engullendo un bollo relleno de nata tras otro sin apenas respirar. Cuando vio a su madre, el rostro se le puso serio y se limpió las comisuras de los labios con la manga de la camisa.

—Mamá, hoy encontraréis a Joshua, ¿verdad? Nube Gris volverá a casa, ¿verdad?

Emily esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos. Se sentó junto a su hijo, le limpió con una servilleta los restos de nata y lo abrazó.

—Eso espero —afirmó, rezando para que fuera cierto. No quería hacer promesas que no se cumplirían si no encontraban a Joshua.

Edna apareció en el umbral. Los párpados hinchados delataban que había pasado la noche llorando. Se sentó en silencio y se sirvió una taza de café. Era lo único que ingería y, si seguía así, enfermaría.

—Esta mañana iré a la cárcel a llevar comida a Nube Gris —informó Emily a la joven—. ¿Quieres que le transmita algún mensaje?

Edna se encogió de hombros, agotada por el llanto y el desánimo.

—Intenta convencerle de que me deje visitarle —susurró sin mirarla. Bebió un trago y se le escapó un nuevo sollozo—. Lo siento, pero no puedo parar. No dejo de pensar que podrían..., podrían...

Emily no la dejó seguir, sobre todo pensando en Cody. La cogió de los hombros y la sacudió.

—¡No! No quiero que hables así, ¿me oyes? Haremos todo lo que esté en nuestras manos para sacarlo de ahí, ¿entendido?

Edna asintió sorbiendo por la nariz y, avergonzada, echó una mirada al niño, que las observaba con la barbilla temblorosa.

—Claro que sí —aseguró la joven en un triste intento de animar al pequeño—. Muy pronto iremos los tres a pescar, ¿verdad, Cody? Ya no me da asco poner las lombrices en los anzuelos. Pescaremos las truchas más grandes que jamás se han pescado en este estado.

Cody asintió, no muy convencido por el discurso de Edna. Se guardó las dudas para sí mismo y pensó que acudiría a Kirk, que no le hablaba como si fuera un niño. El anciano siempre le explicaba las cosas y esa vez le diría sin tapujos si Nube Gris se salvaría.

Lorelei entró con los brazos cargados de ropa para lavar y la dejó caer en el suelo embaldosado de la cocina con un suspiro de fastidio.

—Odio hacer la colada, pero ayer la hizo Daphne y anteayer fue Mickaela. Así que hoy me toca a mí.

Emily se avergonzó, porque desde que habían llegado, no había ayudado mucho en las tareas de la casa.

—Si quieres, me ocuparé yo de eso en cuanto vuelva de hablar con Jessy.

Lorelei frunció el ceño. La noche anterior Emily le había contado lo sucedido en el Dakota.

—¿Crees que esa chica quiere cambiar de vida? —preguntó a Emily.

Ella asintió con vehemencia al recordar el rostro asustado de la chica.

—Por lo que entendí, no lleva mucho trabajando en ese *saloon*, tal vez menos de un mes — añadió esperanzada al ver el gesto especulativo de Lorelei.

Sam entró con las cartucheras ya colgando de las caderas y sosteniendo en la mano el arma de Emily.

—Ya tengo los caballos ensillados.

Lorelei chasqueó la lengua.

—Bien, pues aquí tenéis la cesta para Nube Gris. Si veis a esa chica, decidle que si no le asusta el trabajo, aquí tiene un sitio donde quedarse. Dejadle bien claro que en esta casa nadie sirve a nadie, que tendrá que hacer la colada, barrer y fregar, cocinar y arrancar las malas hierbas del jardín. Habrá de ganarse cada bocado que se lleve a la boca, pero tendrá una cama limpia, un sueldo decente y nadie que la moleste.

La mujer acabó su discurso con los brazos en jarras y una expresión falsamente severa en el rostro. Las comisuras de sus labios la delataban, porque Emily sabía hasta qué punto Lorelei se compadeció de Jessy cuando le contó su experiencia en el Dakota Saloon.

Se puso en pie y la abrazó.

—Gracias...

Lorelei le devolvió el abrazo unos segundos y enseguida se deshizo de Emily con aspavientos.

—Ya está bien de tanta sensiblería. Bueno, pues te tomo la palabra y te dejo la mitad de la colada, así me dará tiempo a zurcir unos calcetines. De paso, quiero que compréis manteca de cerdo y harina de maíz en el almacén. También necesito un buen trozo de panceta para el desayuno de mañana. Dile a Ralph que es para mí, de manera que nada de triquiñuelas con la báscula.

Cuando salieron, Sam negó con la cabeza al tiempo que decía:

—Esta Lorelei nunca admitirá que tiene el corazón más grande que existe en Kansas.

35

Desmontaron frente a la oficina del comisario Basset. Sam ayudó a Emily y le tendió la cesta repleta de delicias.

—Tengo que ir a la armería de Zimmerman y de paso compraré lo que Lorelei necesita. Quédate aquí, no quiero que andes por ahí sola. No tardaré.

Emily asintió y lo observó con el corazón en un puño mientras él se alejaba por la acera. Se preguntó si cuando decidiera marcharse podría mirarlo como en ese momento, sin correr tras él suplicándole que se quedara. Se sacudió la congoja y abrió la puerta de la oficina sin llamar. En el interior cuatro pares de ojos se clavaron en ella al instante. Entre los hombres estaba Wyatt, sentado tras su mesa, con el periódico abierto ante él y una taza de café humeante a un lado.

—Buenos días, señora Coleman. Debo suponer que esta no es una visita de simple cortesía —dijo al tiempo que se ponía en pie.

Emily cerró la puerta y se plantó frente al marshall, saludando a los demás con un gesto de la cabeza, que fue devuelto a desgana por los otros tres agentes.

—Está en lo cierto, marshall. ¿Puedo ver a Nube Gris? Le traigo comida.

Wyatt inspiró discretamente antes de volver a sentarse.

—No recuerdo a ningún preso que comiera tan bien como él. Puede pasar.

Emily ladeó la cabeza.

—¿No piensa mirar lo que hay dentro? Podría haber una lima, un cuchillo o un revólver.

Wyatt se echó atrás, apoyándose sobre las dos patas traseras de su silla.

—Me fiaré de usted... Aunque pensándolo bien —añadió con el ceño fruncido—, creo que echaré una ojeada.

Levantó la tapa de la cesta que Emily había dejado sobre la mesa y del interior emanó un olor delicioso. Alzó un pico de la servilleta almidonada que lo cubría todo. El aroma dulzón de los panecillos de maíz rellenos de panceta frita le hizo la boca agua. Sin pedir permiso, cogió uno y se lo zampó ante la mirada indignada de Emily.

—Tengo que felicitarla, señora —farfulló con la boca llena—. Está buenísimo.

Emily entornó los ojos.

—Si le prometo cebarle a base de panecillos rellenos de panceta, ¿accedería a soltar a Nube Gris?

Wyatt la miró sorprendido mientras se relamía el pulgar brillante de grasa.

—Señora, eso se llama soborno —masculló con el dedo aún en la boca.

—¿Y si le añado pollo frito? Crujiente por fuera, tierno por dentro, acompañado de ensalada de col tierna.

El marshall se pasó la mano por el estómago, pensativo.

—Me lo está poniendo difícil...

—¿Y si rematamos el trato con una tarta de melaza?

Wyatt movió el bigote de un lado a otro y finalmente negó con la cabeza.

—Lo siento, señora, pero sigue siendo un soborno, por apetitoso que resulte.

—Tenía que intentarlo.

El marshall la miró con un brillo divertido en los ojos. Se echó de nuevo hacia delante y miró con avidez otro panecillo relleno. Antes de conseguir su objeto de deseo, recibió un manotazo de la mujer y la cesta se cerró ante sus narices. Los ojos penetrantes de Wyatt se entrecerraron.

—Señora, es mi deber advertirle que pegar a un marshall está penado con la cárcel.

Emily se acercó un poco y susurró:

—¿También en el caso de un marshall glotón?

La risa de Wyatt estalló en la oficina, pillando por sorpresa a sus compañeros. Estos lo contemplaron un instante y a continuación los ojos fueron a Emily con curiosidad, mientras ella permanecía erguida con una mano sobre la cesta.

—Por todos los diablos, señora Coleman... —dijo entre risas—, compadezco a Sam. Lidiar con usted tiene que ser premiado con el cielo.

Se puso en pie, aún sacudido por la risa, y la acompañó hasta la puerta que conducía a las celdas. En cuanto la abrió un hedor nauseabundo la abofeteó. Se echó atrás tapándose la nariz con una manga.

—¿Es que tienen a un preso en estado de descomposición? —farfulló, intentando inhalar cuanto menos posible.

Wyatt no dio muestras de que el tufo lo molestara.

—Nosotros ponemos el camastro; la limpieza corre a cuenta de nuestros huéspedes. Cuando estos dos borrachos se despierten, tendrán que limpiar todo esto.

En una celda dos hombres permanecían acostados boca abajo en sus catres con la cabeza colgando. Justo debajo de sus caras, el vómito oscurecía el suelo y despedía un olor ácido que revolvió las tripas. Ellos parecían inmunes a la pestilencia, ya que roncaban como dos locomotoras.

Emily echó un vistazo a la celda de Nube Gris, que yacía encogido de espaldas a la puerta, con la cabeza tapada por una mugrienta almohada. De repente entendió el empeño del indio en que Edna no lo viera en esas circunstancias. Para un hombre tan íntegro como su amigo, aquella inmundicia era una humillación más.

—Por favor —susurró parpadeando—, deje que Nube Gris coma en la oficina. Son cuatro, no intentará escapar.

—Eso no sería muy correcto, señora.

Emily miró fijamente a Wyatt, intentando despertar la compasión del marshall.

—Por favor —insistió—. Ni siquiera los animales deberían aguantar este olor. Nube Gris es un buen hombre, se merece un poco de respeto.

El marshall ladeó la cabeza ligeramente con el ceño fruncido.

—No conseguirá nada poniéndome ojitos, señora, porque ya me ha demostrado que tiene

agallas para mucho más. No le va el papel de mujer desvalida.

Emily respiró hondo y se acercó tanto que Wyatt dio un paso atrás.

—Entonces saque a mi amigo de esa pocilga. No es un asesino, y cuando se lo demostremos, tendrá que tragarse su tozudez y sus prejuicios.

Media hora más tarde, Nube Gris comía sentado a la mesa que Wyatt le dejó por cortesía y a cambio de otro panecillo. Procuraba no mirar a Emily, pues le avergonzaba su aspecto sucio y el mal olor que empezaba a desprender su ropa. Nunca se había sentido tan humillado, como un animal enjaulado.

—Nube Gris —susurró Emily—. Mírame.

Él negó con la cabeza sin dejar de masticar, pese a que todo lo que se llevaba a la boca le sabía a paja.

—Ya basta —insistió ella—. Deja de portarte como un niño enfadado.

Aquello picó su amor propio. Alzó el rostro y la fulminó con la mirada.

—¿Crees que no tengo motivos para estar enfadado? Me han encerrado injustamente por haber matado a un hombre. Anoche, unos cuantos se divirtieron tirándome piedras por la ventana de la celda, gritando que un indio no se merecía un juicio. Para estos hombres no valgo más que una rataapestosa.

Emily soltó un suspiro, dividida entre la pena y la rabia.

—Escúchame, entiendo que estés resentido, pero ¿por qué te empeñas en recordar lo malo sin pensar que no estás solo? Me tienes a mí y a Cody, a Kirk y Sam. Y Edna está llorando desconsolada porque te niegas a verla. Si sigues por este camino, caerás en el resentimiento. Tú no eres rencoroso. Deja de obsesionarte por lo que te ha hecho esa gente que no te conoce de nada y ten presentes a los que tratan de ayudarte. Recuerda que Lorelei te manda esta comida, que Mickaela y Daphne han metido la ropa limpia que hay en el fondo de la cesta. De modo que deja de lloriquear. Tienes motivos para estar preocupado, y contra eso no puedo decir nada ni engañarte, pero no consentiré que caigas tan bajo como para amargarte.

Nube Gris volvió a bajar la vista al plato y cogió otro muslo de pollo. Masticó en silencio hasta que se atrevió a mirarla con el rabillo del ojo.

—No sé si me gustas cuando te enfadas —masculló con la boca llena.

Como respuesta, Emily le tiró una servilleta a la cara.

—No hables con la boca llena.

Los dos compartieron una sonrisa, al principio tímida, hasta que soltaron sendas carcajadas. Wyatt y sus hombres los miraron intrigados desde la otra punta de la oficina. Emily alzó la barbilla.

—¿Señor Earp, le apetece otro panecillo?

—No, pero se lo agradezco —contestó Wyatt sin esconder su diversión.

Ella volvió a prestar atención a su amigo y se echó hacia delante.

—No seas tan testarudo y permite a Edna que venga a verte. Ella te quiere, pero se siente impotente porque no puede hacer nada por sacarte de aquí, y para colmo tú le impides que cuide de ti. ¿Cómo crees que se siente? —Emily no esperó la respuesta y contestó ella misma—: Se siente herida y rechazada.

El indio dejó el muslo a medio comer y se limpió las manos en la servilleta. Se le veía abatido y asustado.

—¿Cómo te sentirías si Sam te viera como yo estoy ahora?

—Asustada, enfadada, indignada, pero no lo alejaría de mí —susurró con apremio—. Sé que tu intención es noble, que quieres protegerla, pero con tu actitud no haces más que herirla.

Dividido entre sentimientos contradictorios, Nube Gris se recostó contra el respaldo. Contempló a su amiga, que era casi una hermana para él y, como cabía esperar, estaba a su lado tratando de ayudarlo. Tenía razón: si se dejaba llevar por el resentimiento, acabaría odiándose a sí mismo y a los demás.

—Está bien, dile que puede venir a verme, pero no quiero que acuda sola.

Emily esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Kirk la acompañará, él también está deseando verte.

Tras la tregua, Nube Gris formuló la pregunta que lo atormentaba.

—¿Sabéis algo nuevo?

Emily no supo si decirle la verdad, pero tarde o temprano lo averiguaría y prefería que se enterara por alguien que no se regodearía en las malas noticias.

—Fue Joshua quien te acusó de haber visto cómo matabas a ese hombre.

Nube Gris no mostró ninguna señal de sorpresa.

—¿Y qué motivo se supone que tenía para cometer ese crimen?

Una vez más Emily dudó, pero se decidió al momento.

—El muerto es Jack, el sobrino de Crawford.

Nube Gris fue a contestar algo, pero se tragó las palabras y contempló el rostro preocupado de su amiga.

—¿Tú me crees, Emily? No he matado a ese hombre.

Ella colocó una mano sobre la de él y se la apretó con fuerza.

—No he dudado de ti ni un segundo. Sé que no eres un asesino.

Se puso en pie y se alisó la falda pantalón para disimular las lágrimas que le emborronaban la vista.

—Señora, tiene que marcharse. El preso ha de volver a su celda —señaló Wyatt, acercándose a la mesa—. Chico, puedes quedarte con la cesta.

Antes de que el marshall pudiera impedirselo, Emily abrazó a su amigo con fuerza.

—No desesperes, tal vez esta mañana hallemos algunas respuestas.

Nube Gris le devolvió el abrazo con la misma intensidad y se separó de ella a los pocos segundos.

36

Fuera de la oficina, todavía atribulada por dejar a su amigo en la celda, Emily se acercó a su yegua. Buscó a su alrededor la alta figura de Sam, pero no lo halló por ninguna parte. Se centró en acariciar el cuello del animal, que empezó a darle suaves empujones buscando alguna golosina. Ella sonrió y se sacó del bolsillo un trozo de pan. Con delicadeza, el caballo se lo llevó a la boca y empezó a masticar. Ensimismada en sus pensamientos, no oyó los pasos que se acercaban hasta que notó una presencia a sus espaldas.

—¿Una visita al asesino?

Emily, ofuscada al reconocer la voz de Douglas, se dio la vuelta lentamente para encararse con él.

—Nube Gris no es un asesino —espetó fríamente.

El hombre emitió una risa desagradable que crispó a Emily. De buena gana lo habría abofeteado para borrarle de la cara esa expresión socarrona.

—Creí que habías abandonado la ciudad después de recibir lo que te debía.

—Pues sí, estaba a punto de irme cuando vi que el indio se dirigía a la cárcel, esposado y escoltado por el marshall y sus hombres. Como comprenderás, no podía perderme semejante espectáculo.

La rabia burbujeaba en las venas de Emily. Douglas nunca le había gustado, pero tenerle delante de ella tan pagado de sí mismo la desquiciaba. Deseaba perderlo de vista cuanto antes.

—Si estás esperando para ver cómo lo condenan, estás perdiendo el tiempo.

Douglas se acercó un poco más, hasta invadir el espacio de Emily. Disfrutaba aprovechándose de su estatura. Quería intimidarla, verla agachar la cabeza, como había hecho en el pasado.

—Has elegido mal a tus amigos. Un indio y un pistolero no son lo que necesitas. Yo cuidaría de ti. —Cuando ella dio un paso atrás, él cogió la punta de la trenza, que descansaba sobre el hombro—. ¿No creerás que Sam se quedará a tu lado? Te dejará plantada en cuanto le surja algo mejor. ¿Entonces qué harás? Sabes que una mujer no puede llevar un rancho y esa estúpida idea de sembrar trigo no te creará más que problemas en cuanto Crawford se entere.

Emily le arrebató la trenza de la manaza. La repugnaba que la tocara, aunque solo fuera la punta de la trenza.

—No necesito tus consejos.

Se acercó otra vez, arrinconándola contra el flanco del caballo.

—Has dejado que ese estúpido indio te meta una sarta de estupideces en la cabeza y el pistolero te ha hecho creer que puedes con todo. Admítelo, Emily, sabes que necesitas a alguien como yo. Eres una mujer débil, siempre lo has sido.

Emily llegó al límite de su paciencia y le propinó un empujón, aunque no logró moverle ni un milímetro, lo que provocó una nueva carcajada del vaquero.

—¿Lo ves? Tú sola eres incapaz de protegerte, y lo mismo ocurrirá cuando Sam se largue, porque el indio acabará colgado de una soga. ¿Qué te quedará entonces? Un niño y un cojo. Piensa un poco, Crawford se te echará encima. Ten presente que no olvidará que tu indio mató a su sobrino.

A pesar de la furia, Emily se vio fugazmente asaltada por la duda. No tenían aún la prueba de la inocencia de Nube Gris y sabía con certeza que Sam se marcharía. Pese a ello, no permitió que sus temores salieran a la luz. Antes se cortarían la lengua que admitir sus temores frente a Douglas.

—Déjame. No te necesito y, aunque fueras el último hombre de la tierra, nunca recurriría a ti.

—¿Va todo bien?

Al oír la voz de Sam, Emily soltó un suspiro de alivio. Miró a los ojos del vaquero y sin pestañear se dirigió a Sam:

—Todo está bien. Douglas se estaba despidiendo.

El aludido apretó los puños y se dio la vuelta despacio hasta quedar cara a cara con Sam. Como siempre, el pistolero parecía tranquilo, aunque mantenía las manos cerca de las culatas, listo para desenfundar. Provocarlo abiertamente era un suicidio, porque todo en él advertía del peligro que suponía. Douglas se obligó a sonreír, aunque aquel gesto le retorció las entrañas de puro odio. Truman le estaba robando a Emily y esa realidad lo carcomía.

—Creo que me quedará hasta que ahorquen al indio.

Los ojos fríos de Sam se entornaron ligeramente.

—Estás muy seguro de ello.

—Es culpable, ¿no? ¿Qué se puede esperar de un indio?

Sam dio un paso adelante y durante unos segundos estudió el rostro crispado de Emily. Douglas la había acosado, abusando de su estatura para acorralarla, y solo por eso se moría por romperle la nariz. El deseo era tal que le hormigueaban las manos. Se obligó a relajarse, al menos de momento.

—No vuelvas a acercarte a Emily —ordenó a Douglas sin pestañear.

Asustada, Emily se clavó las uñas en las palmas de las manos, porque el vaquero estaba apurando la paciencia de Sam y este se mostraba cada vez más hermético, como si presintiera un peligro en su oponente.

La puerta de la oficina del marshall se abrió y Wyatt apareció con una aparente tranquilidad que su mirada rebatía.

—¿Algún problema, Truman?

—Ninguno —aseguró Sam sin perder de vista a Douglas.

El instinto aconsejó a este alejarse cuanto antes de allí. Atacar de frente nunca había sido su fuerte. Solo tenía que esperar una oportunidad y conseguiría lo que quería. Se despidió con un gesto supuestamente desenfadado y se alejó con una última mirada a Emily.

Ella se negó a encogerse ante los ojos furibundos y se acercó a Sam.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí, muy bien.

Sam le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja. Se había retrasado en la armería porque el dependiente no encontraba la munición que necesitaba, y tuvo que esperar a que llegara el dueño para conseguir lo que había ido a comprar. No debería haberla dejado sola, Emily era un blanco fácil para cualquier hombre y Douglas representaba el mayor peligro. No tenía pruebas, pero lo cierto era que el vaquero la miraba de una forma que le inspiraba desconfianza.

—¿Has podido ver a Nube Gris? —preguntó al tiempo que ataba un paquete envuelto en papel de estraza a la silla de montar de Emily.

—Sí, y está muy abatido. Sam, tenemos que sacarlo de ahí.

La ayudó a subir a su caballo y lanzó una mirada a Wyatt, que los observaba con interés.

—Ya nos veremos.

El marshall se despidió con un gesto de la mano y los siguió con la mirada hasta que la pareja se perdió de vista. Por la complicidad que acababa de ver, la señora Truman no era únicamente una jefa; la actitud de Sam delataba un fuerte instinto de protección hacia la mujer. Wyatt negó con la cabeza y se metió en la oficina preguntándose si el pistolero sabía lo que se hacía.

Aguardaron a Jessy más de lo esperado y Emily empezó a pensar que la joven no se presentaría. La desesperación se adueñó de ella, el recuerdo de Nube Gris en la celda la atormentaba. Su amigo no aguantaría mucho tiempo encerrado entre cuatro paredes, necesitaba los espacios abiertos tanto como el aire que respiraba. En ese lugar viciado se vendría abajo, si no le ahorcaban antes.

Cuando Sam le propinó un suave codazo, dio un respingo y aguzó la vista en el sombrío callejón. La delgada figura de Jessy se acercaba envuelta en un chal de lana parduzca. El aspecto de la joven era tan demacrado como Emily la recordaba.

—He averiguado dónde vive Delilah y su vecina me ha dicho que desde ayer no ha salido —expuso la joven sin molestarse en saludar. No añadió nada más y echó a andar, dando por sentado que ellos la seguirían.

Y así lo hicieron. Emily se aferraba a las riendas de su yegua, tan nerviosa que le temblaban las rodillas. Todas sus esperanzas estaban puestas en Joshua; el chico había mentido y, aunque no conseguía adivinar por qué lo había hecho, estaba segura de que, si daban con él, podrían convencerlo de que confesara el motivo de la mentira.

Salieron de la ciudad, hasta un grupo de casas construidas con ladrillos de adobe, cuyos tejados de toscos tablones de madera apenas ofrecían protección contra la lluvia o el viento. El aspecto era deprimente, sin un atisbo de verdor. Un patético huerto dejaba a la vista unas marchitas patateras. La tierra estaba tan seca que a cada paso se levantaba una nubecilla de polvo que se colaba por la nariz. Una anciana, sentada sobre una desvencijada silla, los observó con los ojillos entrecerrados y el ceño fruncido. Sus manos artríticas dejaron de desollar un conejo que colgaba flácido entre sus piernas. Cuando entendió adónde se dirigían, dejó en un cesto el cuerpo escuálido de lo que sería su comida y se puso en pie.

—Os advierto de que a estas horas Delilah no suele recibir a las visitas con los brazos abiertos. —La anciana soltó una risotada—. Para ella es demasiado temprano. La muy perra me debe el alquiler y voy a quedarme aquí. Esta vez no se hará la loca sin abrirme la puerta.

Sam hizo caso omiso y aporreó la puerta, que amenazaba con venirse abajo. En el interior no se oyó nada. Sam volvió a golpear la madera, cuya pintura resquebrajada le daba un aspecto de piel escamosa. De repente la hoja se abrió dejando a la vista a una mujer escasamente cubierta por una bata descolorida. Lo que habría sido un moño alto le colgaba a un lado de la cabeza y al abrir la boca dejó a la vista unos dientes torcidos. Al avistar a Sam, los ojos enrojecidos y legañosos se le abrieron de repente y una sonrisa reemplazó la mueca de disgusto por haber sido molestada.

—¿Qué puedo hacer por ti, cariño? —preguntó con zalamería empalagosa.

—Busco a un chico, un joven de aproximadamente veinte años, rubio, con los ojos azules. Habla con acento del Este. Ayer alguien le vio cuando se marchaba con usted del Dakota Saloon.

La mujer arqueó las cejas y sus ojos suspicaces estudiaron al desconocido al comprender que no la buscaba a ella.

—No sé de quién me estás hablando.

Jessy se colocó detrás de Emily y agachó la cabeza.

—Está mintiendo —susurró—. La vi salir con un chico como el que describe tu hombre.

Pero fue la anciana la que se adelantó hasta colocarse junto a Sam, sin molestarse en disimular su interés por fisgonear.

—Ayer llegaste con un chico que se parecía mucho al que ha descrito este señor.

Delilah la fulminó con la mirada al tiempo que se cerraba el escote de la bata, aquejada de repente por un acceso de pudor.

—Aquí dentro no hay nadie, estoy sola.

La anciana soltó un bufido.

—¿Ya lo has desplumado?

—Eso no es asunto tuyo, vieja metomentodo.

—Pues claro que es asunto mío. Quiero saber si lo has desplumado porque me debes una semana de alquiler.

Sam echó un vistazo al interior oscuro. Los postigos de madera apenas dejaban entrar luz y el ambiente estaba tan cargado de alcohol que con solo encender una cerilla la cabaña habría saltado por los aires. Escudriñó sin prestar atención a las dos mujeres que se lanzaban insultos. Sus ojos recorrieron la estancia hasta donde le permitía Delilah y con eso le bastó para distinguir un pie que colgaba de la cama deshecha. Sorteó el cuerpo que bloqueaba la entrada, apartando las manos que intentaban sujetarlo. No le costó mucho, porque la anciana también entró y empezó a hurgar en lo que debería haber sido un hogar para cocinar.

—No has limpiado esto desde que te alquilé la casa —rezongó la anciana—. Hay tanta mugre que ni las ratas se quedarían aquí.

Sin saber muy bien hacia quién dirigir su indignación, Delilah finalmente se centró en la vieja casera, que se encontraba demasiado cerca de la tabla medio suelta del suelo donde escondía su dinero, lo único que podía sacarla del infierno de Dodge City.

Sam no tardó en salir de dudas: el joven que dormía en un estado de inconsciencia no era otro que Joshua. Boca arriba sobre una cama que apestaba a whisky barato y otras cosas que no quería identificar, el joven resoplaba vestido únicamente con unos calzones. Sam buscó la ropa, sin querer tocar nada más de la estancia. Registró los bolsillos y, como era de esperar, los encontró vacíos. Se acercó a la cama y, decidido a salir de allí cuanto antes, obligó a Joshua a

sentarse y se lo echó al hombro. El olor agrio a sudor, alcohol y orina lo golpeó como un mazazo en cuanto lo alzó. Apretó los labios y salió desoyendo los gritos de indignación de Delilah, quien se desgañitaba asegurando que el chico le debía la noche que había pasado en su casa.

—Ahí te dejo su ropa. Véndela, seguro que te dará para saldar la deuda —señaló Sam, negándose a mirar a Delilah, cuya bata se había abierto y dejaba a la vista un cuerpo flácido y paliducho.

Nada más salir tomó aire hasta que el olor nauseabundo se disipó y se encaminó hacia donde Emily y Jessy aguardaban. Con la ayuda de las dos mujeres, colocó a Joshua sobre *Rufián* y se subió detrás para sostenerlo. A sus espaldas, la anciana y Delilah se peleaban por la chaqueta de Joshua.

—Vámonos de aquí cuanto antes.

Emily echó un vistazo al rostro de Joshua. Tenía la piel cerúlea y unas profundas ojeras violáceas le circundaban los ojos cerrados. El joven gimió, incapaz de mantenerse erguido o de evitar que la cabeza se le balanceara. Los sentimientos de Emily eran un marasmo de contradicciones. Por un lado se apiadaba del estado de Joshua, por otro el resentimiento y la ira pugnaban por salir y ardía en deseos de abofetear ese rostro flácido.

—Yo ya he cumplido —musitó Jessy mientras se envolvía un poco más en su chal raído—. Me voy...

Emily reaccionó al momento y la sujetó por la muñeca, que le pareció tan frágil como la de una niña.

—¿Tienes trabajo?

La chica negó lentamente. Sus ojos parecían inexpresivos, aunque espiaban disimuladamente a Delilah mientras esta intentaba evitar que la vieja se llevara también los pantalones y las botas del joven. Tarde o temprano la mujer se percataría de su presencia y acabaría descargando su furia sobre ella.

—¿Conoces a Lorelei Brigg? Tiene una casa en la zona norte de la ciudad y necesita a una joven que la ayude con las tareas del hogar. Tendrías cama y comida, el sueldo es negociable. No tendrías que volver a..., a... —Las palabras se atascaron en la garganta de Emily—. Bueno, dormirías sola y nadie te molestaría.

Jessy, pareció sopesar las palabras de Emily al tiempo que se mordía el labio inferior, como si le costara creer que no hubiese trampa en la oferta de trabajo que le estaban planteando. Sam se impacientó.

—Jessy, no hay timos. Puedes venir con nosotros y hablar con Lorelei. Te aseguro que, en cuanto la conozcas, comprenderás que en ningún lugar podrías estar más segura que en su casa.

Emily sonrió a la joven y se subió con agilidad a su montura. Acto seguido le tendió una mano.

—Ven conmigo, mi yegua puede con las dos.

Joshua, tirado en el suelo del patio trasero de Lorelei, recibió en plena cara todo el contenido del primer cubo de agua. El chico apenas farfulló unas palabras y siguió durmiendo la mona. Todos los demás aguardaron en silencio hasta que Edna soltó un grito de indignación, agarró a su hermano de un brazo y, con una fuerza que nadie habría sospechado en ella, lo llevó a rastras hasta el pilón. Una vez allí lo aupó, sin importarle si se manchaba de barro el vestido, y le sumergió la cabeza en el agua. A los pocos segundos, Joshua agitó los brazos y sacó la cabeza, tosiendo y escupiendo.

—¿Ya te vas despertando? —gritó Edna, cada vez más furiosa por ver a su hermano en un estado tan lamentable—. ¿Seguro que no quieres un poco más de agua?

Sin esperar una respuesta, y aprovechándose de la inestabilidad de Joshua, le propinó un empujón que hizo caer al chico en el agua, arrancándole un grito de sorpresa.

—¿No te gusta? —volvió a gritar Edna, indiferente al espectáculo que estaba dando delante de todos los demás, que la miraban sorprendidos—. A lo mejor es que está un poco caliente. —Movié enérgicamente la palanca de la bomba de arriba abajo y un chorro de agua cristalina se estrelló sobre la cabeza de Joshua.

—¡Estás loca! —aulló el chico, que a duras penas se sostenía sentado dentro del pilón de piedra. Sacudió la cabeza como un perro y fulminó a su hermana con la mirada—. Olvidas que soy tu hermano. No te consiento que me trates como a un...

La mano de Edna lo interrumpió al estrellarse en su mejilla.

—¡Malnacido! —vociferó ella, y levantó la mano de nuevo, dispuesta a descargar toda su frustración en su hermano.

Sam corrió junto a la joven y la agarró de la cintura, pero ella se debatió como una gata furiosa.

—¡Eres un borracho y un mentiroso! —gritó Edna.

El tono agudo de su voz hizo que Sam esbozara una mueca de disgusto. Le costó Dios y ayuda sujetar a la joven sin lastimarla.

A unos pocos pasos, Jessy se acercó a Emily.

—Esa chica da tanto miedo como Delilah cuando se enfada.

—Tiene sus motivos —contestó Emily sin perder de vista la escena.

A pesar de la incertidumbre por la situación de Nube Gris, sonrió al ver a Sam debatiéndose con Edna. Era mucho más alto que la joven y mucho más fuerte, sin embargo ponía mucho

cuidado en no hacerle daño. Sintió una nueva oleada de ternura al pensar en lo digno y justo que era Sam. Se acercó y trató de sujetar a la muchacha por un brazo.

—Si no te calmas no averiguaremos la verdad.

Estas palabras bastaron para que la chica se apaciguara. Inhaló con fuerza y se quedó quieta.

—Puedes soltarme —aseguró a Sam—. No volveré a pegarle.

Tirado en el pilón, Joshua contemplaba a su hermana con los ojos desorbitados. Se pasó una mano por la mejilla ardiente y se encogió de hombros.

—Lo siento —susurró. De repente parecía mucho más joven y, sobre todo, asustado—. Lo siento —repitió, al borde de las lágrimas.

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó Sam en un tono tan frío que el chico se encogió—. Has vendido lo poco que tu hermana y tú teníais y lo has malgastado todo en whisky barato y una prostituta. Tendrás suerte si no te ha contagiado una enfermedad. Pero lo que realmente me enfurece —añadió, acucillándose a su lado— es que has acusado a un hombre inocente de asesinato.

La pálida mirada de Sam obligó a Joshua a taparse el rostro con las manos. El joven rompió a llorar, para incomodidad de todos los presentes. Emily echó una mirada a Lorelei pidiéndole ayuda. Esta lo entendió y se apresuró a llevarse a la gente, dejando a Edna, Sam, Emily y Joshua solos en el patio. Todos permanecieron en silencio mientras el joven sollozaba sin molestarse en esconder las lágrimas. La primera en reaccionar fue Edna. Con las manos apretadas, se acercó y se arrodilló, empapando su vestido en el charco que se había formado alrededor del pilón. Alargó una mano, que se quedó en vilo a pocos centímetros de la cabeza de su hermano.

—¿Por qué lo has hecho, Joshua? —preguntó, dejando caer la mano sin tocarlo y conteniendo el llanto—. ¿Por qué has acusado injustamente a Nube Gris de algo tan horrible?

De repente Joshua alzó la cabeza y clavó la mirada en su hermana. Tenía las mejillas bañadas en lágrimas y los párpados enrojecidos por el llanto, pero sus ojos refulgían de suspicacia.

—¿Y tú cómo sabes que no ha matado a ese hombre? —gritó con una rabia que los sorprendió a todos—. ¿Cómo sabes que no lo ha matado? —insistió—. No es más que un indio...

—Lo sé —lo interrumpió Edna con una firmeza que calló a su hermano—. Lo sé porque pasé la noche con él.

La boca de Joshua se abrió de espanto y dejó escapar un grito antes de lanzarse contra Edna. Sam lo agarró del pescuezo y volvió a tirarlo en el pilón.

—¡Eres una fulana! ¿Cómo has permitido que un indio te ponga las manos encima? —gritaba el chico, aferrándose a la piedra tan fuerte que los nudillos se le pusieron blancos—. ¿Qué crees que dirá la gente cuando se sepa?

Edna se enderezó y cruzó los brazos, mirando a su hermano con pena y el desprecio.

—¿Te consideras mejor que yo, después de haberte acostado con una prostituta y malgastado lo poco que nos quedaba?

—¡Soy un hombre! Pero tú... tú... Dime que ese bastardo te ha engañado, que te ha forzado... —empezó con desprecio, pero su voz no tardó en convertirse en un ruego y una vez más sus ojos quedaron anegados en lágrimas.

—No me forzó. No me obligó a hacer nada que yo no deseara hacer. Le quiero y él también me quiere. —La voz de Edna se fue quebrando hasta que un sollozo se le escapó—. Y ahora está

encarcelado por tu culpa. Porque has mentido. Ahora vas a decir la verdad.

Emily y Sam intercambiaron una mirada, sin saber si intervenir.

—No diré nada que no haya dicho ya al marshall —aseguró Joshua con un brillo desafiante en la mirada—. Tu querido indio será ahorcado por haber matado al sobrino de Crawford.

Sam no pudo permanecer por más tiempo al margen y agarró un puñado de pelo empapado de Joshua.

—Creo que no has entendido la situación. Aunque tenga que sacarte las palabras a patadas, acabarás soltando la verdad. No consentiré que Nube Gris sea ahorcado por algo que no ha hecho. Puedes despreciarlo por ser un indio, eso es problema tuyo, pero que mientas es problema mío, y no pienso quedarme de brazos cruzados. Ah, y una cosa más —añadió, acercando un poco más el rostro del joven a su cara—: no permitiré que vuelvas a insultar a tu hermana.

La barbilla de Joshua tembló levemente, con todo intentó mostrar una dignidad que no engañó a nadie.

—Yo le hablo a mi hermana como me da la gana.

—No delante de mí, muchacho.

Emily observaba la escena cada vez más descorazonada. Joshua se mostraba poco colaborador y, pasado el primer atisbo de debilidad, parecía dispuesto a mantener su declaración. Recordó la mirada satisfecha de Douglas esa misma mañana frente a la oficina del marshall. Se había mostrado convencido de la culpabilidad de Nube Gris, regodeándose en la certeza de que Emily no lograría sacarlo de la cárcel.

De repente frunció el ceño al recordar las palabras de Douglas. Se acercó a Sam y le tocó el hombro. Esperó a que se pusiera en pie y lo alejó unos pasos para que los hermanos Manning no los oyeran.

—¿El marshall ha hecho público el nombre del muerto?

Sam negó con la cabeza.

—No. Hasta que reconocí el cadáver, Wyatt no sabía quién era, y la edición de hoy del periódico aún no ha salido. ¿Por qué?

Emily se pasó una mano por la frente intentando hacer memoria. Quería estar segura y no aferrarse a una diminuta ilusión. La vida de su amigo podía depender de ello.

—Esta mañana, cuando he hablado con Douglas, me ha dicho que cuando Crawford se enterara de la muerte de su sobrino, no me dejaría en paz. ¿Cómo conocía la identidad del fallecido?

Buscó la mirada de Joshua y este la apartó de inmediato. No se lo pensó, fue hasta él y le sujetó la barbilla para obligarlo a mirarla a los ojos.

—¿Con quién estabas cuando viste cómo mataban a ese hombre?

—Con nadie, estaba solo.

—¿Estás seguro? —insistió Emily—. ¿Hablaste con alguien después de ver el asesinato?

—No, me escondí en una cuadra y esperé. Después fui a la oficina del marshall y conté lo que había visto. —Los ojos del chico no se fijaban en ningún punto en concreto, esquivando la mirada de los demás, sobre todo la de su hermana—. Cuando salí de la oficina fui a vender la vaca, el caballo y la mula. Después entré en el Dakota Saloon a tomar algo... y conocí a Delilah.

—¿Por qué? —inquirió Sam—. ¿Por qué tenías tanta prisa por venderlos? ¿Habías pensado abandonar la ciudad sin decirnos nada? ¿Estabas intentando huir de alguien? Nube Gris está en la

cárcel, ¿a qué venía tanta prisa?

Joshua se obstinó en su silencio.

—¿Qué tiene que ver Douglas en todo esto? —preguntó Emily de sopetón.

—¡Nada! —gritó el joven con demasiada prontitud—. ¿Por qué me preguntas eso? Yo no sé nada de Douglas —insistió sin mirarla.

Edna dio un paso adelante.

—Esa noche fuiste en busca de Douglas. Lo recuerdo.

—No lo encontré. Fue precisamente mientras lo buscaba cuando vi el asesinato.

—Entonces viste quién lo mató —expuso Sam. La sospecha era terrible, pero necesitaba que el chico lo confirmara—. Viste quién le pegó el tiro en la cabeza.

—No fue un disparo lo que mató a ese hombre.

Sam se encogió de hombros.

—El cadáver que Wyatt me enseñó tenía un tiro en la cabeza, en la sien izquierda.

Joshua frunció el ceño, confundido.

—No. Vi cómo le clavaba el cuchillo en el vientre.

—¿Estás seguro? —insistió Sam ladeando ligeramente la cabeza—. Creo que no estamos hablando del mismo hombre. ¿Habías bebido ya algo? Era de noche, estaría todo oscuro. Tal vez te equivocaste.

—¡No! Sé lo que vi —aseguró Joshua con vehemencia—. Lo vi perfectamente, vi cómo Douglas asestaba una puñalada en el vientre a Jack Crawford...

Edna abrió los ojos de par en par y Joshua frunció el ceño. De inmediato supo que había revelado lo que quería ocultar. Boqueó varias veces sin saber cómo borrar sus palabras.

Emily soltó un suspiro de alivio, que de inmediato fue sustituido por una punzada de miedo.

—¿Qué pasó, Joshua? Dinos la verdad. Si Douglas es el verdadero culpable, debería estar en la cárcel.

El joven negó una y otra vez con la cabeza, en silencio y sin apartar la mirada de su hermana.

—¡Di la verdad! —gritó Edna, a punto de perder los nervios una vez más.

—¡No puedo! —replicó Joshua, desesperado—. No puedo porque si se entera te hará daño. Me dijo que te... te... —La voz se quebró. Tragó con dificultad—. Me amenazó con matarte si yo contaba la verdad —concluyó finalmente.

Sam inhaló lentamente y exhaló al tiempo que se pasaba las manos por el pelo. Sacó al chico del pilón y Emily le tendió una toalla que había estado tendida a pocos metros. Joshua se envolvió temblando de los pies a la cabeza, sin dejar de mirar a su hermana. Parecía ajeno a la presencia de Sam y Emily, toda su atención estaba en Edna.

—Esa noche —empezó con voz ausente— salí en busca de Douglas, como has dicho. Lo busqué por todos los *saloons* que fui encontrando, pero no daba con él. Ya me disponía a volver a casa de Lorelei cuando lo vi. Estaba a varios metros, en compañía de otro hombre. Se metieron en un callejón, así que los seguí con la idea de unirme a la parranda. Pero, cuando me acerqué, oí que discutía con el otro. Por las voces, los dos estaban muy cabreados. Me escondí. Al principio no entendía nada. Hablaban de otro tipo que se había largado y que solo quedaban ellos dos solos para robar el dinero y matar a los demás. No distinguía bien los rostros, pero una ventana que daba al callejón se encendió y los vi. Entonces reconocí al desconocido: era uno de los hombres que incendiaron nuestra casa, el que tenía la nariz destrozada.

Sam y Emily fruncieron el ceño. Las palabras de Joshua confirmaban un peligro que habían estado esperando, pero lo que nunca habrían imaginado era que Douglas fuera cómplice. Volvieron a prestar atención al joven.

—Douglas quería seguir con el plan que tenían, pero el otro le dijo que sería un suicidio. La discusión subió de tono y Douglas arrastró al hombre hasta un establo. Allí lo mató. —Joshua se estremeció y se arrebujó un poco más en la toalla, que a esas alturas ya estaba empapada—. Lo vi, vi cómo le clavaba el puñal que se había sacado de la bota mientras metía al tipo en el establo. El otro ni siquiera tuvo tiempo de defenderse. Sentí tanto miedo que quise huir, pero con las prisas no vi el cubo que tenía a mi lado. Douglas fue a por mí. Me amenazó con matar a Edna si lo denunciaba. Me arrastró hasta el establo y me tiró junto al cuerpo de su víctima.

La voz de Joshua se fue apagando, como si hubiese agotado sus fuerzas. Edna se pasó las manos por las mejillas heladas.

—Sigue, chico —le alentó Sam.

—Douglas se puso a andar como si estuviese enloquecido. No dejaba de repetir que no pensaba renunciar a su plan. —Su mirada huidiza se posó en Emily unos segundos—. Te nombraba a cada instante; creo que su plan consistía en matarlos a todos, excepto a ti, y llevarte con él quedándose con el dinero de la venta del ganado. Le dije que ni Kirk ni Sam ni Nube Gris dejarían que él te tocara un pelo y que solo nunca conseguiría acercarse a ti. Entonces me contempló como si le hubiese dicho algo absurdo. Me señaló con un dedo y me dijo que yo sería su mano para deshacerse del indio. Y en ese momento me ordenó que fuera al marshall y acusara a Nube Gris del asesinato. Me llevó a la oficina en cuanto se hizo de día y me esperó fuera, recordándome que, si no obedecía, mataría a Edna. Cuando salí, me condujo a las cuadras y me obligó a vender los animales. Después me llevó al Dakota Saloon y dio el dinero a Delilah. Le ordenó que me vigilara hasta que él le dijera lo contrario. Yo no la toqué... No la toqué —repetía, pálido—. Ella empezó a darme whisky y me emborraché... En cuanto me despejaba un poco, volvía a darme de beber hasta que caía inconsciente en la cama.

Sam se acercó al chico y le palmeó el hombro.

—No dejaremos que Douglas toque a tu hermana. Lo primero que haremos es ir a la oficina del marshall para que le cuentes todo lo que acabas de confesar.

Al día siguiente Nube Gris respiraba profundamente frente a la casa de Lorelei. A su lado Edna lucía una sonrisa radiante. Tras la confesión de Joshua, el marshall Earp no dudó en poner en libertad al hasta entonces sospechoso y emitió una orden de busca y captura para dar caza a Douglas. Por desgracia, este parecía haberse esfumado.

—¡Qué bien huele la libertad! —gritó el indio alzando los brazos. Acto seguido abrazó a Edna y empezó a girar sosteniéndola en el aire, arrancando un grito de alegría a la joven.

En el porche Joshua los observaba con el ceño fruncido. Se mantenía al margen, sin saber si debía alegrarse por su hermana o por el contrario dejarse llevar por el impulso de alejarla del indio. Por más que intentara convencerse de que sus prejuicios estaban equivocados, no aceptaba que Nube Gris pudiera hacer feliz a Edna. ¿Qué pasaría cuando la sociedad diera la espalda a la pareja? No eran muchos los que aceptaban las uniones mixtas y los hijos que tuviesen serían siempre tachados de mestizos, aunque heredaran los ojos azules o el pelo rubio de la madre.

Su hermana le había dejado claro que se marcharía con Emily y se casaría con Nube Gris. Ahora Joshua estaba en una encrucijada, debatiéndose entre seguir a su hermana para velar por ella o emprender su propio camino. Edna era su única familia, a excepción de una tía a la que apenas conocía. Si se marchaba, ambos quedarían solos. La necesidad de cuidar de su hermana le indicaba que debía quedarse a su lado, pero ¿a qué precio? Se sobresaltó cuando notó la mano de Sam sobre el hombro.

—Alegra esa cara. Has hecho lo correcto.

—No me quedaré tranquilo hasta saber que Douglas está entre barrotes. Podría estar vigilando, escondido en algún lugar no muy lejos de aquí. Es un hombre peligroso, he visto su vena asesina. No vaciló en clavar el cuchillo en el vientre de ese hombre y creo que me habría matado si no hubiese ideado el plan de acusar a Nube Gris. Creo que lo habría hecho tarde o temprano...

Sam asintió en silencio, porque no encontraba argumentos que tranquilizaran su propia inquietud. Mientras Douglas permaneciera en libertad, sería una amenaza para Emily y su hijo. No había errado al desconfiar de él y las sospechas acerca de su interés por Emily se habían confirmadas. Llevaba un día intentando imaginar qué podía estar pensando un hombre acorralado; no permanecería en la ciudad, donde los hombres de Wyatt le buscaban. Se alejaría lo suficiente para estar seguro, pero sin perder de vista la salida de Dodge City. De regreso al rancho, habría muchas oportunidades de salir de la sombra y vengarse.

Buscó a su alrededor hasta encontrarse con la mirada sonriente de Emily. A su lado Cody jugaba con los perros, que saltaban y ladraban, contribuyendo a la alegría por el regreso de Nube Gris. Ella estaría en peligro, mientras fuera el principal objetivo de Douglas. En un viaje habría momentos en los que no podría tenerla vigilada, y después en el rancho, Douglas también podría esconderse esperando una oportunidad para llevársela, herirla o matarla. Aquel pensamiento le heló la sangre en las venas.

—¿Vas a regresar con ellos al rancho? —quiso saber Joshua.

—Sí, y me quedaré hasta que pase el peligro. ¿Y tú?

Joshua metió las manos en los bolsillos de sus pantalones sin saber qué contestar. Su deber era acompañar a su hermana hasta que el peligro hubiese desaparecido, pero en ese caso siempre tendría un motivo para quedarse, porque la muerte de sus padres le había enseñado que la vida podía dar un vuelco en cualquier momento.

—No lo sé. Había pensado irme a casa de mi tía y tratar de buscar trabajo allí, en alguna oficina. Sé leer, escribir y llevar las cuentas y se me da bien enseñar. Podría ser maestro en una escuela.

—No te gusta el campo.

—No, no soy un hombre de campo.

Sam estuvo a punto de admitir que él sí era un hombre de campo, le gustaba vivir según las pautas de la naturaleza, marcadas por las estaciones, el día y la noche, las lluvias y la sequía. Se mordió la lengua. No se permitiría albergar un sueño imposible.

—Te queda poco para decidirte, nos marchamos dentro de dos días.

Dejó al chico cavilando su decisión y se reunió con Emily. Quería abrazarla delante de todo el mundo, quería dejar su impronta en ella para que cualquier hombre que se acercara supiera que él era el afortunado, pero se controló.

—Tenemos que ir a la oficina de Wyatt —le recordó Emily—. Quiero volver al rancho con algún documento oficial que explique la muerte del sobrino de Crawford. No le daré una excusa para que nos inculpe por lo que ha hecho Douglas.

Sam asintió.

—Te acompaño.

Emily se dio la vuelta y llamó a Cody. Este se acercó al momento, jadeando como los perros que le seguían.

Los tres echaron a andar por la acera techada de la calle. El pequeño se colocó entre los dos y se agarró a sus manos. Aquel gesto no pasó desapercibido a Sam. Casi parecían una familia dando un paseo; casi, porque él sabía que nunca serían suyos. Ese recuerdo le provocó un pinchazo profundo en el pecho, más doloroso que cualquier herida. Todo acabaría mucho antes de lo que él desearía. Intercambió una mirada afligida con Emily y, sin palabras, se dijeron cuánto les costaba llegar al final de su viaje. Los dos eran conscientes de la inminencia de la despedida.

—¡Mirad allí!

Ajeno al desconsuelo de la pareja, Cody señaló un desfile de caballos engalanados con elegantes y vistosos penachos de plumas blancas y arreos tachonados de pedrería que refulgían al sol. Los jinetes, vestidos con tanto oropel como sus monturas, saludaban a los vecinos de Dodge City, que se paraban, atónitos, para admirar el espectáculo. Entre el gentío aparecieron unos

hombres ataviados con trajes de colores chillones y la tez pintada de blanco, con los ojos exageradamente maquillados y una boca sonriente que les llegaba de oreja a oreja. Detrás de los caballos, una joven hacía saltar unos perritos en torno a ella a la vez que uno, pequeño y blanco como la leche, zigzagueaba entre sus piernas, atrevidamente descubiertas hasta las pantorrillas, a cada paso que daba. A continuación un murmullo de admiración e inquietud se elevó en la calle abarrotada de curiosos: un enorme paquidermo avanzaba lentamente, llevando sobre la cabeza a otra joven ligera de ropa, que saludaba a todos los presentes con una mano en alto. Junto al animal, un hombre vestido de negro de los pies a la cabeza sostenía una larga vara rematada con un pincho, con la que guiaba al elefante si este se desviaba un centímetro de su recorrido.

Asombrado por el espectáculo, Cody se puso de puntillas para no perderse ni un solo detalle.

—¿Quiénes son? —preguntó tirando de la mano de Sam.

—Un circo. No son muy frecuentes en el Oeste, pero en la Costa Este los hay muy grandes, con espectáculos que han atraído a los más diestros acróbatas del país.

—¿Tú has visto alguno de esos circos? —quiso saber Cody, con la mirada colmada de ilusión.

—Sí, una vez vi el circo Bailey. Me impresionó el espectáculo en el que salía la lámpara incandescente. Es como una burbuja de cristal que genera luz como por arte de magia.

Los ojos de Cody bien podrían haber sido una de esas lámparas incandescentes que Sam había visto en aquel circo un año antes. Brillaban tanto que podrían haber iluminado una noche oscura. Uno de los payasos pasó junto a ellos y, con una reverencia exagerada, entregó una flor a Emily.

—Esta noche, señora, los esperamos a todos en el circo de los hermanos Fontana. La primera sesión empezará a las seis y la segunda a las ocho...

Y se alejó brincando entre la multitud, que lo contemplaba con curiosidad y una sonrisa en los labios.

Cody apenas si cabía en sí de gozo mientras saltaba sobre las puntas de los pies para echar otro vistazo al payaso.

—Mamá, mamá... ¿Iremos a ver el circo?

Emily se disponía a contestar a su hijo que era un despilfarro cuando Sam se le adelantó.

—Claro, podemos ir a las seis.

—Sam —empezó ella—, no podemos...

—Cody no tendrá muchas oportunidades de ver un espectáculo tan sorprendente. Me quedan unos cuantos dólares para las entradas.

—No puedo permitir que te gastes el poco dinero que tienes en algo tan fútil —protestó Emily.

—Pues a mí no se me ocurre una utilización mejor —argumentó Sam—. Y no admitiré más objeciones.

Después de contener la respiración mientras oía las protestas de su madre, Cody rompió a reír.

—¡Gracias, Sam!

Echaron a andar, dejando atrás el desfile del circo.

—Sigo pensando que es una locura malgastar el dinero de esa manera —rezongó Emily. Pese a sus palabras, ella también sonreía como su hijo.

Sam se felicitó de poder regalarles un recuerdo que ni ella ni el pequeño olvidarían nunca.

El circo instaló su carpa roja y blanca fuera de Dodge City y esa misma tarde los vecinos de la ciudad, incluso los más escépticos, se vieron atraídos por las jaulas de animales salvajes, como un jaguar de ojos dorados o un león que meneaba la cola con aire indolente mientras miraba fijamente a los curiosos. Pero lo que causó sensación fue el gorila negro como la noche con el lomo plateado, cuyos ojos azabaches parecían escrutar los rostros de las personas que rodeaban su jaula con la misma curiosidad y asombro que un humano.

En una pequeña carpa, los niños podían admirar animales que nunca más verían, como monos diminutos que los cuidadores llamaban titíes. También había lemures de una remota isla llamada Madagascar, que causaron el gozo de los niños con su pelaje a rayas, parecido al de los presos de una cárcel. En un rincón, un pequeño poni falabella mordisqueaba heno y se dejaba acariciar, indiferente ante la admiración que despertaba.

Cody iba de una jaula a otra, con la boca tan abierta como sus ojos llenos de pasmo y admiración. Sam y Emily le seguían, disfrutando tanto como el niño de las rarezas que el circo había llevado a la ciudad. El personal de la compañía se paseaba entre los curiosos y explicaba a los niños cómo se llamaba cada animal y cuáles de ellos intervendrían en el espectáculo.

Pese a la presencia de tantos animales exóticos, lo que más llamó la atención de Sam fueron cuatro corceles blancos como la nieve que pastaban apartados de los demás. Él, que había crecido rodeado de equinos, supo admirar la delicada belleza de los caballos andaluces, con sus largas crines y las colas majestuosas, cuya soberbia estampa le recordó la belleza indómita de *Demonio*. Sintió una punzada de nostalgia al pensar en la vida que había perdido muchos años atrás. Si hubiese tenido una única oportunidad de soñar, se habría llevado a Emily y Cody a un estado soleado como Virginia o Kentucky y los tres se habrían instalado en un rancho no muy grande, donde criarían los mejores caballos de carreras. Los ricos industriales de las grandes ciudades se encaprichaban de esos caballos tan orgullosos y pagaban sumas indecentes para conseguir su último juguete. Así podría enseñar a Cody lo que era cuidar de un potrillo hasta convertirlo en un formidable animal, leal a su amo y orgulloso como cualquier príncipe. Pero eso era soñar y él llevaba más de una década sin dejarse llevar por los anhelos.

A su lado sintió la presencia de Emily. Le cogió la mano sin mirarlo mientras contemplaba fijamente los cuatro caballos níveos.

—Son preciosos, parecen salidos de un cuento de hadas —susurró ella—. Nunca había visto cuatro animales tan perfectos. ¿De qué raza son? Parecen diferentes a los mustangs de aquí.

—Son los antepasados de nuestros caballos. Estos cuatro son andaluces. Proceden de España, en Europa. Los primeros que vi pertenecían a Rafael Ortiz, un español afincado cerca de la frontera de México con Tejas. Los criaba en su hacienda. Mi padre le compró una pareja, el macho era gris moteado y la yegua era tan blanca como estos.

—Pues tiene razón —dijo una voz femenina detrás de ellos, con un acento oriundo de la lejana Irlanda.

La desconocida se acercó y su aspecto provocó un jadeo de asombro en Emily, porque llevaba unos pantalones ajustados de ante color crema y una blusa satinada que se pegaba a su torso como una segunda piel. La mujer, que se golpeaba con una fusta unas botas de caña alta que le llegaban hasta las rodillas, era muy llamativa, con una belleza tan inusual como descarada, de grandes ojos verdes, cabello pelirrojo y una boca generosa que, al sonreír, mostraba unos dientes blancos. La única nota discordante en esa boca perfecta era un colmillo que se superponía al incisivo, pero ese defecto no hacía más que añadir encanto a la mujer. Cuando llegó junto a ellos clavó la mirada en los animales. Estos parecieron percibir su presencia, porque dejaron de pastar y se acercaron a ella cabeceando y relinchando suavemente. Ella los arrulló como si se tratara de niños y les dio un puñado de avena que esperaba junto a la cerca.

—Son cuatro magníficos caballos andaluces que me traje de Europa. Son mi familia y los quiero tanto como si fueran mis hijos. —Sin dejar de acariciarlos, dirigió su mirada hacia Sam y el brillo de sus ojos dejó claro que sabían apreciar lo que estaban viendo—. ¿Y cómo sabe tanto un vaquero de caballos europeos?

—Mi padre criaba caballos y tuvo una pareja de andaluces.

La mujer asintió, tan sorprendida como satisfecha.

—¿Vais a asistir al espectáculo?

—Sí...

La mujer señaló un punto detrás de ella.

—¿Ese niño no iba con vosotros? No conviene que ande solo por aquí.

Emily se dio la vuelta al instante y vio que Cody se acercaba al elefante e intercambiaba unas palabras con el cuidador. Advirtió con horror que su hijo alargaba la mano para tocar la rugosa trompa, soltó un gritito de espanto y salió corriendo.

—Tu mujer no debe tener miedo de *Saba*, es bueno como un cordero. Además, Nikolay no dejaría que un niño se acercara a un animal peligroso.

Sam no la sacó de su error, porque le gustó que pensara que Emily era su mujer y Cody su hijo. El cuidador hablaba con los dos y tranquilizaba a la madre. El pequeño, mucho más atrevido, estiró la mano para acariciar la piel parda y apergaminada. Nadie ni nada borraría de su memoria esa tarde, y él tampoco la olvidaría. Admiró el pelo castaño de Emily iluminado por el sol de la tarde y sus ojos radiantes y traviosos mientras contemplaba a Cody, quien se reía por las cosquillas que le hacía el elefante con la trompa.

—Tienes una bonita familia —opinó la mujer, y se alejó despidiéndose de él con un gesto de la mano.

Una bonita familia... Era todo lo que quería.

Antes de dar un paso para reunirse con ellos, una voz lo frenó. Al darse la vuelta descubrió que Wyatt se acercaba a él con pasos tranquilos, aunque sus ojos vigilaban la muchedumbre sin perder un detalle. Cuando el marshall estuvo a su lado se quitó el sombrero y se pasó una mano

por el pelo.

—Esto no hará más que darme quebraderos de cabeza —masculló Wyatt—. Que me zurren si en algún momento llegué a pensar que el tren traería semejante disparate a Dodge City. Con un asesino suelto que parece haber desaparecido, no necesitaba un circo. Esta noche habrá animación y trabajo extra para mis chicos.

—¿No se sabe nada de Douglas?

—Nada. Mis hombres han estado patrullando las calles, pero es como si se lo hubiera tragado la tierra. ¿Cuándo os vais?

Sam esbozó una sonrisa ladeada.

—Tienes prisa por vernos desaparecer.

—Ya ves. En cuanto apareciste, mataron a un hombre. No tengo nada contra ti, Sam, pero la muerte parece seguir tus pasos.

Sam frunció el ceño.

—Douglas es peligroso y me temo que nos acechará por el camino cuando regresemos al rancho. Va a por Emily...

Wyatt echó una ojeada a Sam.

—Esa mujer es algo más que tu jefa, ¿no es así?

—Eso no es asunto tuyo.

—De acuerdo, lo he entendido. Pero, si no me equivoco, es una mujer casada. No te metas en más problemas. Es lo último que necesitas.

—Agradezco tu interés.

—De nada, para eso están los amigos. Si no nos vemos antes de tu partida, te deseo un buen viaje.

Wyatt se alejó, dejando a Sam meditabundo. Hizo de tripas corazón y se reunió con Emily y Cody, procurando disimular su preocupación tras una máscara.

No muy lejos, perdido entre el gentío, un hombre los observaba sin pestañear. El odio le impedía ser sensato y alejarse de Dodge City. Mientras no consiguiera su propósito, no perdería de vista a Emily. Habría sido más prudente adelantarse y esperarlos en el rancho, pero temía que ella cambiara de planes. ¿Y si decidía irse con ese Sam? Entonces la perdería. Y eso era impensable, porque, llegado el caso, prefería verla muerta antes que cederla a otro hombre.

Se fijó en el niño, que había perdido interés por el elefante y en ese momento corría hacia un cercado para admirar lo que parecían caballos atigrados en blanco y negro. Se quedó pensativo unos segundos. Emily haría lo que fuera por su hijo.

El espectáculo no defraudó a nadie. Con el colorido vestuario, las acrobacias más atrevidas y los animales desplegando sus habilidades, todo el público se dejó encandilar por la magia. Todos menos Sam, que prefería perderse en la mirada de Emily. Ella lo descubría todo con el candor de una niña, reía y aplaudía con cada pirueta, ahogaba gritos con las acrobacias y sonreía con aire soñador.

Al acabar el espectáculo, se formó un tapón en la salida de la carpa. Cody, excitado por todo lo que había visto, se impacientó y empezó a gesticular buscando un hueco por donde escabullirse. Quería volver a ver a los animales, sobre todo al elefante.

—No te alejes —le pidió Emily un tanto nerviosa, incapaz de mantenerlo quieto.

—Pero, mamá, mañana el circo se marchará de la ciudad y no volveré a ver a todos esos animales —se quejó el niño, haciendo un puchero.

—Hay mucha gente y podrías perderte —argumentó ella.

—Yo sé volver solo a casa de Lorelei —farfulló Cody, frustrado al ver que su madre le aferraba la muñeca.

Sam se colocó justo delante y fue abriendo paso con sus anchos hombros, haciendo de escudo frente a los que se interponían. La algarabía de gritos y risas hacía imposible mantener una conversación. Cogió la mano de Emily y esta apretó la de Cody. Toda esa gente empezaba a ponerla nerviosa. Sam lo entendió y se esforzó por salir cuanto antes.

En el interior de la carpa el aire estaba cargado por el olor de los animales, a sudor, a colonia barata y al aceite de las lámparas que colgaban de los postes de madera. Hubo unos cuantos empujones que la zarandearon. En un segundo Emily se dio cuenta de que ya no sostenía la mano de Cody y frunció el ceño, inquieta. Llamó a Sam para que no avanzara tan rápido. Echó un vistazo atrás, pero no le sirvió de nada: las cabezas de los demás le impedían ver a Cody. Llamó varias veces al pequeño, aunque fue en vano. No podía estar muy lejos, tal vez unos pasos atrás. Pero alguien podía empujarlo y tirarlo al suelo. El miedo empezó a hacer mella en ella.

Una vez fuera, la gente se fue esparciendo y por fin pudo tomar aire.

—Sam, he perdido a Cody.

Él buscó a su alrededor.

—No puede estar muy lejos.

Sin embargo el niño no aparecía y Emily estaba cada vez más inquieta.

—Creo que deberíamos buscarlo donde está el elefante. Antes ha dicho que quería verlo una última vez.

Sam se mostró indeciso. Lo más sensato era ir con ella, pero Cody podía estar aún dentro y, si salía y no los veía, se asustaría. Además, ganarían tiempo si uno se quedaba en la entrada al tiempo que el otro lo buscaba por la zona de los animales. Miró a su alrededor. Allí había mucha gente, muchos hombres que no dudarían en molestar a una mujer sola, mientras que junto a las jaulas se veían familias, mucho más tranquilas.

—Ve tú a ver si lo encuentras —le propuso a Emily—. Yo me quedaré aquí por si no ha salido aún.

Ella se alejó entre el gentío. Sam esperó sin perder de vista a todos los que salían. Vio a un niño que lloraba, pero cuando fue a él enseguida descubrió que no se trataba de Cody y, por suerte, una mujer se reunió con el pequeño para consolarlo. ¿Dónde estaba Cody? Buscó impaciente, escrutando el rostro de los más pequeños. La luz empezaba a menguar y cada vez le resultaba más difícil distinguir con claridad las caras. Cody seguía sin aparecer.

—¡Sam!

Truman se volvió al oír el grito. Cody corría hacia él, seguido de una mujer que sonreía. Era la domadora de caballos. Cuando el pequeño estuvo a menos de un metro, se lanzó a sus brazos. Sam no lo dudó: lo estrechó con fuerza y sintió el temblor de aquel cuerpecito.

—Me han empujado —balbucía Cody contra su cuello—, y me he soltado de la mano de mamá. Me he asustado mucho porque no os veía y creía que me iba a quedar solo. La gente no me dejaba pasar...

Hablaba atropelladamente, ciñendo los brazos en torno al cuello de Sam. Este lo abrazó más estrechamente, sin dejar de mirar a la mujer.

—Me lo he encontrado llorando ahí dentro. Lo he apartado de la entrada para evitarle unos cuantos empujones y lo he sacado por la salida de los artistas. Está bien, solo un poco asustado.

—Le agradezco que haya cuidado de Cody.

—De nada, ha sido un placer. Cuando le ha visto, se ha derrumbado, pero dentro se ha portado como todo un valiente.

Una vez más la mujer se alejó con un gesto de la mano perdiéndose entre las sombras cada vez más alargadas.

—¿Dónde está mamá? —quiso saber Cody, más tranquilo.

—Pensamos que podrías haber ido a ver el elefante, de modo que yo me he quedado aquí y ella ha ido a buscarte.

—¿Vamos a buscarla? —pidió con un puchero.

—Sí, ahora mismo.

La sonrisa del niño le llegó al alma y se la devolvió con creces. Ese pequeño era el fiel retrato de Emily y, cada vez que lo miraba, veía a la niña que tuvo que ser ella, un esbozo del pasado de la mujer que amaba. Le besó la frente y lo dejó en el suelo.

—Vamos, vaquero.

En el porche de Lorelei, Joshua contemplaba las nubes púrpuras del atardecer. Las horas pasaban demasiado rápido y todavía no había tomado una decisión. La felicidad de Edna le llegaba al corazón, sin embargo a duras penas conseguía mirar a Nube Gris a la cara. Se sentía azotado por una mezcla de sentimientos, tanto de desconfianza como de vergüenza. Una y otra vez intentaba convencerse de que, si su hermana era capaz de amar a ese hombre, era porque algo había visto en el indio que a él se le escapaba. Un indio. Un indio que contemplaba a Edna como si fuera una rosa delicada y preciosa. Y ella se derretía al mirarlo. Y Joshua no podía evitar el aguijón de los celos. No podía ser imparcial y respetar los deseos de su hermana, era superior a su voluntad. En poco tiempo había pasado de ser el responsable de la diminuta familia que ambos formaban a convertirse en un villano despreciable. Edna se negaba a entender que lo había hecho para protegerla.

Pensar en Douglas le producía un escalofrío. No podía olvidar la mirada febril cuando clavó el puñal en las entrañas de aquel hombre, y durante unos minutos pensó que él mismo podría haber sido una víctima más de ese asesino.

Se apoyó contra el poste de las escaleras del porche y agachó la cabeza. Temía irse solo, necesitaba la presencia de Edna a su lado. Los dos juntos podían vencer cualquier vicisitud, pero sin ella... Nunca habían vivido separados. Sabía que tarde o temprano ella formaría su propia familia, pero había soñado que vivirían cerca el uno del otro. Con Nube Gris, ella partiría hacia el norte del estado y él se iría hacia el sur. El único contacto serían unas cartas que se harían cada vez más escuetas, hasta que finalmente ambos se transformarían en desconocidos y únicamente compartirían recuerdos de una vida pasada.

Unos pasos se acercaron a sus espaldas. Se enderezó y entornó los ojos, arisco, porque necesitaba estar solo. Cuando vio a su lado a Nube Gris se envaró. Era la última persona a la que deseaba ver en esos momentos. Para su sorpresa, el indio permaneció en silencio, como si fueran dos buenos amigos compartiendo un atardecer. Aquella actitud le molestó aún más, si cabía. No le quería cerca, más bien lejos y fuera de la vida de Edna.

—No tengo nada que decirte, y no pienso pedir disculpas por haberte acusado del asesinato —masculló, malhumorado.

—No lo esperaba. Sé que no te caigo bien.

—Sin embargo a mi hermana sí que parece gustarle. Y ella a ti...

Nube Gris seguía sin mirarle.

—No me gusta, la quiero. Es diferente. Y creo que ella también me quiere.

Semejante afirmación, formulada con tanta calma, enfureció a Joshua.

—¿Y por eso te aprovechaste de ella?

La mirada serena del indio se clavó en él, incomodándolo.

—No me he aprovechado de ella. No sé qué te habrá contado Edna ni lo que tú has querido entender, pero no la toqué como piensas. Nos besamos y algo más, pero tu hermana sigue siendo pura.

Aquello lo desconcertó.

—Ella me dijo que había pasado la noche contigo en el carromato.

—Así es, pero la respeté. La quiero demasiado para arriesgarme a que caiga en desgracia. Hasta que no nos casemos, la trataré con el mayor de los respetos.

Cada vez más avergonzado, Joshua le dio la espalda.

—Bien, pero eso no quiere decir que ahora me gustes más que antes. Sigue pareciéndome una locura que penséis casaros. Con ello condenas a mi hermana al rechazo de toda la sociedad.

—He intentado mantenerme alejado, verla como a una hermana pequeña..., pero...

—Pero no has podido mantener las manos alejadas de ella, ¿es eso?

Nube Gris negó lentamente con la cabeza.

—Te empeñas en ensuciar nuestros sentimientos.

—Yo solo veo que eres un egoísta. Si la quisieras, dejarías que se viniera conmigo.

Pensativo, el indio lo contempló durante unos instantes que a Joshua se le antojaron eternos.

—El egoísta podrías ser tú. ¿Por qué no respetas la voluntad de tu hermana?

Joshua soltó una carcajada colmada de amargura.

—Eso te vendría bien, ¿no?

—La amo, y he intentado reprimir lo que siento por ella, pero no se puede ir en contra de lo que el corazón dicta. Edna y yo nos casaremos y haré cuanto esté en mi mano para hacerla feliz.

—Que no será mucho, pues no tienes nada —contraatacó Joshua—. No tienes donde caerte muerto.

—¿Y qué tienes tú que yo no tenga? Al menos dispongo de un lugar donde vivir y trabajaré duro para que no le falte de nada. —Soltó un suspiro de cansancio—. Los dos la queremos, deberíamos velar por su felicidad en lugar de pelearnos como dos perros rabiosos. Ella no dice nada, pero le duele que nos llevemos mal.

Joshua no dio su brazo a torcer. Su animosidad no haría más que herir a su hermana. De repente se sintió cansado y vergonzosamente solo.

—Siempre la he protegido —empezó en voz baja—, incluso cuando nuestros padres vivían. Mi padre era un soñador y mi madre acataba ciegamente cualquier decisión que él tomara. Edna y yo siempre hemos estado juntos. Cuando nuestros padres murieron, me sentí aún más responsable de ella. Siempre será mi hermana pequeña. Creo que nunca la veré como a una mujer. Quiero lo mejor para ella, pero tú..., tú eres un indio.

—Mis rasgos son los de un indio, pero he vivido más tiempo entre los blancos que con mi gente. Nunca podré volver con ellos. Mi vida está junto a vosotros, y espero que algún día no veáis el color de mi piel, sino al hombre que soy.

—Edna lo ha visto —dijo Joshua en un murmullo—. Ella ha visto en ti algo que a mí se me escapa.

—Si dejaras de centrarte en los detalles, tal vez tú también lo descubrirías —propuso—. Mi pueblo dice que si te fijas en un solo árbol, no puedes captar la belleza del bosque.

Joshua esbozó una sonrisa ladeada.

—¿Quieres que descubra lo guapo que eres?

Aquella réplica descolocó a Nube Gris y se rio.

—No. No estoy tan desesperado. Los dos la queremos y debemos encontrar la forma de no herirla.

Una tregua se instaló entre los dos hombres. Aunque la desconfianza seguía latiendo entre ellos, tenían un objetivo en común: la felicidad de la misma mujer, Edna.

La paz fue interrumpida por una carreta que se detuvo frente al porche levantando una nube de polvo. Sam y Cody bajaron precipitadamente, nada más soltar las riendas. Los rostros contraídos reflejaban preocupación. El de Sam era puro granito de tanto apretar la mandíbula. El de Cody se agitaba con la barbilla temblorosa.

—¿Emily ha regresado? —inquirió Sam de sopetón cuando llegó a los escalones del porche.

—No —negó Nube Gris—. ¿No estaba con vosotros?

Los dos recién llegados negaron en silencio, lo que provocó un escalofrío en el indio.

—Nos hemos separado —explicó Sam—, pero cuando he ido a reunirme con ella, no estaba donde me ha dicho. La hemos buscado en torno al circo hasta que se ha hecho de noche. Hemos preguntado a todo el que se cruzaba con nosotros. Es como si se hubiese evaporado.

41

Lo primero que Emily sintió, nada más recobrar el conocimiento, fue el frío que penetraba su ropa y le llegaba a los huesos. El aire olía a humedad, heno enmohecido y humo de leña. No veía nada, llevaba una venda en los ojos. Se agitó vanamente intentando liberar las manos de sus ataduras. El pánico se hizo mayor cuando advirtió que ni siquiera podía mover los pies, estrechamente atados por una cuerda que se le clavaba a pesar del cuero de los botines. Estaba tan enfrascada en sus forcejeos que no oyó los pasos que se acercaban. Alguien la sentó con brusquedad. Todos sus huesos protestaron y el dolor de cabeza empezó a latirle de manera tan violenta que sintió náuseas. Sin miramientos, unas manos bruscas le arrancaron la venda del rostro. No le importó el fuerte tirón de pelo, porque a duras penas conseguía concentrarse en lo que veía. Le costó enfocar la vista a la escasa luz proveniente de un pequeño fuego en un brasero. La penumbra apenas alcanzaba los rincones de la estancia, una cuadra muy descuidada y sin duda abandonada. No había caballos ni arreos colgados de las vigas, como habría sido lo normal.

Un movimiento a su lado le hizo recordar que no estaba sola. Alzó la vista lentamente, rezando para no marearse. No le sorprendió ver a Douglas, que la observaba con la mandíbula apretada.

—Te has tomado tu tiempo para despertarte.

Si no le hubiese dolido tanto la cabeza y no hubiese estado tan asustada, se habría reído. Quiso hablar, pero la lengua parecía habersele pegado al paladar. Una oleada de náuseas la sacudió y cerró los ojos.

Douglas se asustó al verla tan pálida. No tenía que haberle golpeado con tanta fuerza en la cabeza. Al fin y al cabo, Emily era una mujer, y era bien sabido que eran débiles, pero al verla sola frente al cercado del elefante no pudo dejar escapar tan oportuna ocasión. Llevaba todo día espionando al niño desde lejos, pensando que sería más sencillo que se despistara. Después, habría encontrado la manera de hacerle saber a Emily que, si no se marchaba con él, el crío pagaría las consecuencias.

Ese plan le había parecido incierto y peligroso, pero, con la eterna sombra del pistolero pegado a Emily, no había pensado en nada más, demasiado rabioso por la traición de Joshua. Aunque ya se encargaría él de hacerle pagar su ingratitud; antes de abandonar Dodge City pensaba acabar con la vida de Edna. Sería perfecto, de esa manera asestaría un duro golpe al hermano y al indio, que parecía haberse encariñado con la joven, del que no se repondrían. Amar

a las mujeres convertía a los hombres en peleles sensibleros.

Por eso mismo él no se permitía amar. Lo que sentía por Emily era como un veneno que lo había ido emponzoñando insidiosamente desde que la vio por primera vez en el rancho. Era un extraño sentimiento que oscilaba entre las ansias de protegerla y el deseo de castigarla por despertar en él un anhelo tan incontrolable. Emily era diferente de las otras mujeres, algo en sus miradas, que siempre parecían deslizarse sobre él como si fuera transparente, lo empujaba a querer más.

—Douglas...

Apenas la oyó, porque su voz era un débil susurro que apenas consiguió sacarlo del ensimismamiento en que se hallaba. Se puso de cuclillas y con torpeza le retiró el cabello del rostro.

—Todo esto ha sido culpa tuya —aseguró con los ojos entrecerrados—. Si no hubieses permitido que ese pistolero se quedara en el rancho, habría sido más sencillo. Lo tenía muy bien pensado, tú y yo habríamos sido felices. Yo habría cuidado de ti, incluso podría haber aceptado a tu hijo, pero tuviste que complicar las cosas al acoger a ese Sam en tu casa, en tu cama.

Sus puños se cerraron con fuerza, porque necesitaba descargar la ira que le provocaba pensar en el pistolero.

Emily intentaba entender lo que Douglas le decía, pero las palabras carecían de sentido.

—¿Sabías que Gregory, el inútil de tu marido, quería vender el rancho a Crawford y dejarte? Me lo dijo una noche que se emborrachó como una cuba. Entonces pensé que yo podría cuidar de ti.

—Pero se fue a por oro —murmuró ella.

Douglas soltó una carcajada seca que rompió el silencio de la cuadra.

—¿Eso crees? ¿Crees que un vago como Gregory se mancharía las manos buscando oro? Eran fanfarronadas que soltaba para darse importancia. Solo eso. Y yo lo sabía, sabía que nunca tendría el valor de irse a la aventura sin un centavo en el bolsillo.

Emily se apoyó con cuidado en un poste de madera y cerró los ojos. Todo bailaba a su alrededor y las náuseas seguían martirizándola. Encontró las fuerzas para hablar.

—Entonces, ¿adónde se fue Gregory?

El silencio se prolongó tanto que Emily alzó los parpados. Douglas la contemplaba fijamente, sin pestañear.

—Está muerto.

Finalmente su cuerpo se convulsionó y vomitó. El esfuerzo fue tan intenso que el mareo se intensificó. Un dolor punzante le martilleaba las sienes, como si tuviera la cabeza a punto de explotar. Notó que algo se movía a su alrededor, pero no prestó atención. Un único pensamiento iba y venía en su mente: Gregory estaba muerto. ¿Desde cuándo? ¿Y cómo lo sabía Douglas?

Un paño mojado le refrescó la piel enfebrecida y al momento notó como el vaquero la alzaba y la alejaba del vómito. Se dejó tumbar como una muñeca desmadejada sobre una capa de heno enmohecido. Y se odiaba por ello, porque quería gritar a ese hombre, hacerle saber que lo despreciaba, pero su cuerpo ya no obedecía las órdenes de su mente. No encontraba la fuerza necesaria para levantar un dedo siquiera.

Cuando la hubo dejado, Douglas le acercó una cantimplora a los labios para que bebiera. Agradecida, ella tragó con cuidado, notando que un hilo de agua se le deslizaba por el cuello

hasta mojar el escote recatado de su vestido. Un escalofrío la sacudió. Apartó la cabeza y sus ojos se clavaron en el rostro de Douglas, un hombre con el que había vivido y trabajado durante meses en el rancho. Aunque nunca había congeniado con él, jamás habría imaginado que escondía una mente tan enfermiza.

—Tú mataste a Gregory. —Lo dijo sin vacilar, con voz sorprendentemente tranquila pese a los latidos enloquecidos de su corazón.

El vaquero curvó los labios hasta que sonrió abiertamente.

—Él puso mucho de su parte. Esa noche estaba tan borracho que apenas si se sostenía sobre el caballo. Volvíamos del pueblo, donde había estado bebiendo para celebrar su decisión de vender el rancho y largarse de Kansas. Odiaba el ganado y todo lo que tenía que ver con el campo. Quería vivir en una ciudad del Norte como un ricachón.

Mientras hablaba, Douglas se puso en pie y echó a andar delante de Emily con las manos entrelazadas a la espalda, como un orador.

—Se cayó del caballo. El muy idiota se quedó tirado en el suelo, riéndose. Yo desmonté y me reuní con él. No tenía pensado hacerle nada, fue más bien como si una voz me hablara en mi cabeza. Y esa voz me decía que Gregory era un parásito y a los parásitos hay que matarlos. Cogí una piedra y la estrellé contra la cabeza del imbécil. Creo que ni siquiera se dio cuenta de lo que iba a hacerle.

Emily tragó con dificultad. No amaba a Gregory ni lo quería de vuelta en su vida, pero saber que lo habían matado le encogía el corazón.

—¿Por qué lo hiciste?

La pregunta pareció sorprender a Douglas. La estudió con la cabeza ladeada unos segundos antes de contestar.

—Porque eres mía. Lo supe desde la primera vez que te vi. Sabía que tarde o temprano serías mía. Por eso me quedé en el rancho, esperando una señal. Y cuando Gregory se cayó de su caballo, comprendí que era el momento que había estado esperando. Después respeté tu espera. Sabía que necesitabas un tiempo para entender que tu marido no volvería. Pero entonces se presentó Truman y...

Se agachó para coger un listón de madera que se había desprendido de uno de los establos. Lo sopesó con cuidado. Emily sintió que el miedo la acometía de nuevo, la inundaba en rachas violentas, y notó que el sudor le empapaba la espalda. Involuntariamente se echó atrás, todo lo que le permitió el poste de madera contra el cual estaba apoyada. El golpe que esperaba no tardó, pero se estrelló contra una viga. La madera podrida se astilló en varios trozos, que cayeron al suelo con un ruido sordo. Con el trozo que le quedaba apuntó a Emily.

—Lo tenía todo calculado: te habría acompañado hasta Dodge City y te habría ayudado a vender el ganado. Después, al regresar al rancho, te habría cortejado y, en el momento oportuno, el cuerpo de Gregory habría aparecido, descompuesto, pero con su ropa y su reloj. Me las habría ingeniado para que el hallazgo pareciera un accidente tras una tormenta. Me habría casado contigo y habríamos sido una familia. Yo habría cuidado de las tierras, porque siempre he sabido que un día tendría mi propio rancho. —De repente tiró con violencia el trozo de madera, que cayó a pocos centímetros de Emily—. Pero tú te empeñaste en cuidar de ese pistolero, después le permitiste quedarse, y cuando empezaste a hablar de convertir el rancho en una puñetera granja, no me quedó más remedio que tomar medidas... Además, estaba Cody, que huía de mí cada vez

que me veía... Luego me enteré de que las deudas eran tan elevadas que a duras penas podrías haber salvado el rancho. Decidiste vender casi todo tu ganado. Y Sam empezó a influir sobre ti. Siempre estabas dispuesta a escuchar a los demás, menos a mí —le reprochó finalmente con una rabia que la atemorizó aún más si cabía—. No iba a consentir que me apartaras de tu vida, después de haber estado tanto tiempo esperando mi momento. Había invertido demasiado tiempo para que tú me lo echaras a perder.

Se pasó los dedos por el pelo y respiró hondo. De repente toda su ira se esfumó, dejando en su lugar una aparente calma.

—Por eso acudí a Crawford. Le ofrecí un trato. Su sobrino y dos compinches de este tenían que venir hasta Dodge City y esperar. Una vez vendido el ganado, cuando fuéramos de vuelta al rancho, tenderían una emboscada. Como yo no sabía por qué camino regresaríamos, mi intención era averiguarlo y pensar en el sitio más favorable para tender la trampa.

Los temblores empezaron a apoderarse del cuerpo de Emily y la debilidad cedió ante el embate del miedo. Era el mejor acicate para que saliera de su letargo. Emily notaba que la bruma de su mente se iba dispersando a medida que Douglas hablaba. Tenía que encontrar la forma de soltarse. Tanteó como pudo detrás de ella, pero sus manos atadas a la altura de las muñecas le limitaban el campo de búsqueda. Además, debía evitar a toda costa llamar la atención de Douglas, que parecía ensimismado en sus confesiones. Emily rezó en silencio para que siguiera hablando. Necesitaba esos minutos.

—Pero una vez más todo me salió mal —gimió Douglas, que había echado a andar de nuevo sujetándose con fuerza las manos a la espalda—. En lugar de venir hasta aquí directamente, esos idiotas nos siguieron. Y el cretino de Cass no pudo mantener sus pantalones subidos. ¡Imbécil! Tuvo que agredirte. Cuando vi que Sam le había matado temí por mi plan, pero no quería perder la oportunidad de quedarme contigo y con parte del dinero de la venta del ganado.

—¿Y Cody? —preguntó Emily, intuyendo la respuesta.

—¿Cody? —repitió, haciendo un alto en su paseo azaroso por la cuadra—. Tu hijo no habría sido más que un impedimento. Además, ¿qué podía esperar de un crío que confía más en un indio que en mí?

Emily buscó con frenesí algo a lo que aferrarse. Encontró un objeto alargado y duro junto a la alforja de la que Douglas había sacado la cantimplora. Lo palpó con cuidado y cerró los ojos dando gracias al cielo.

—No puedo confiar en nadie —prosiguió él—. Hank se largó con el rabo entre las piernas cuando se dio cuenta de que Sam iba a por ellos. Únicamente quedaba el sobrino de Crawford, un gallito que cacareaba mucho pero cobarde como un cachorro. No se le ocurrió otra cosa que detener el plan. Eso me enfureció.

Douglas paró.

Emily dejó de mover las manos por temor a que él percibiera algo sospechoso. Regueros de sudor le bajaban entre los pechos y en el centro de la espalda. Acusaba el frío de la noche y las extremidades se le estaban entumeciendo cada vez más.

—Tuve que matarlo. No podía permitir que se saliera con la suya. El muy inútil había echado a perder todos mis planes.

Con el rabillo del ojo Emily vio que Douglas crispaba los puños e intuyó otro arranque de violencia. No tuvo que esperar mucho. El ruido de la madera al quebrarse bajo el puñetazo no la

sobresaltó y siguió con su tarea en silencio, mordiéndose la lengua al concentrarse en sus movimientos, limitados por las ataduras. Notó que se le acalambraban las piernas, pero de todas formas siguió adelante.

Douglas observó con indiferencia las pequeñas astillas que se le habían clavado en los nudillos.

—Pero el metomentodo de Joshua me vio. Tuve que pensar en algo, necesitaba que alguien se sintiera tan mal como yo, ¿y quién mejor que tú? Sabía que, si tocaba a tu querido indio, te sentirías mal. Por eso amenacé a Joshua, le dije que acusara a Nube Gris de la muerte del imbécil. Y fue gratificante verte suplicar al marshall por ese indio.

En un instante estuvo junto a ella y la agarró por la barbilla sin miramientos. La miró a los ojos con odio.

—Nunca te has preocupado por mí como lo haces por ese indio. Siempre me has relegado. ¿Por qué no te importo? ¿Acaso ellos son mejores que yo?

El temor a que descubriera lo que estaba haciendo la paralizó.

—No puedes echarme en cara la amistad que me une a Nube Gris. Nos criamos juntos. Es lo más parecido a un hermano.

—Por eso obligaste al chico Manning a que dijera la verdad, ¿no es así? Para proteger a tu indio. Pues bien. Por tu culpa, ahora tendré que matar a Edna. Eso dejará destrozados a Joshua y a Nube Gris. Después nos marcharemos tú y yo, nos iremos con el circo, colándonos en uno de los vagones de carga. Sé que el tren de la compañía está en una vía muerta a pocos kilómetros de aquí. De madrugada regresará a la estación de Dodge City para que el personal cargue los animales. Si me lo pones difícil, será tu hijo quien pague las consecuencias. Si intentas huir, si me la juegas, no te quepa duda de que tu hijo morirá.

—¡No toques a Cody! —La voz le salió débil y entrecortada, pese a que en realidad habría querido gritárselo a la cara.

—De ti depende su seguridad. Vas a quedarte aquí mientras yo voy a casa de esa zorra de Lorelei. Me imagino que todos los hombres habrán salido a buscarte, así que en la casa no habrá más que mujeres.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a entrar en la habitación de Edna, sé dónde duerme. Te prometo que no sufrirá, será una muerte rápida.

Emily negó con vehemencia.

—¡No puedes hacer eso! ¡No puedes matarla! ¡No te ha hecho nada!

La única respuesta fue un trapo que Douglas le metió en la boca. El sabor a queroseno la mareó y el roce áspero de la tela estuvo a punto de provocarle otra arcada. Impotente, vio cómo el vaquero se marchaba en la noche, dejándola allí con las manos y los pies atados.

42

Sam ya no sabía dónde buscar. Emily parecía haberse desvanecido y Douglas tampoco daba señales de vida. ¿Dónde demonios estaban? Porque todo le decía que Emily se hallaba en poder del vaquero. El miedo lo vapuleaba como una marea embravecida. Ni siquiera en la guerra había sentido esa emoción, el terror a que Douglas hiriera a la única persona a la que amaba derribaba todas sus defensas.

A su lado Wyatt andaba ensimismado. En cuanto se enteró de la desaparición de Emily, no dudó en ofrecer su ayuda. Si bien sus hombres tenían que patrullar debido al alboroto causado por la llegada del circo, él podía recorrer las calles buscando a Emily.

—No sé por dónde seguir —admitió el marshall—. Tal vez hayan abandonado la ciudad.

Sam negó en silencio, resistiéndose a pensar en esta eventualidad. Tenía que haber alguien que supiera algo. Por desgracia, la gente del circo aseguraba no haber visto a Emily. No sabía por dónde se había marchado o cómo se la había llevado Douglas. Conociendo a Emily, si hubiese estado en sus manos, habría forcejeado o gritado, lo que le llevaba a sospechar que Douglas la habría amordazado, en el mejor de los casos. Pensar en un posible maltrato le encendió la sangre como si un fuego recorriera sus venas.

—Delilah, la prostituta que mantuvo encerrado a Joshua —dijo Sam de repente.

¿Cómo no había pensado en ello antes?

No tardaron mucho en llegar a las casas de adobe en las afueras de la ciudad. La noche impedía discernir gran cosa, pero la luz que se veía en las ventanas ofrecía un punto de referencia. Sam recordó cómo habían llegado a casa de Delilah y llamó con fuerza a la puerta. A lo lejos un perro ladró, dentro se oyó un revuelo y un golpe sordo.

—¡Delilah! —gritó Sam—. ¡Abre la puerta!

No recibió ninguna respuesta, pero evidentemente allí dentro había alguien. Volvió a aporrear la puerta, dispuesto a echarla abajo. Una mano se posó sobre su hombro y lo apartó sin contemplaciones.

—No creo que te abra si sigues gritando.

En la casa contigua se abrió una contraventana desvencijada y la casera de Delilah asomó la cabeza.

—¿Quién anda ahí?

—Soy el marshall, Nola. Tranquila. Queremos hablar con Delilah.

La anciana desapareció y reapareció en el vano de la puerta, alumbrada por una pobre luz

amarillenta a su espalda. Echó a andar hasta llegar junto a los dos hombres y señaló con un dedo nudoso la puerta cerrada a cal y canto.

—No creo que abra, está muy asustada. El día que os llevasteis al chico vino un tipo. Ahí dentro pareció desatarse el infierno. Creí que me iban a dejar sin casa. Cuando el hombre se marchó, me acerqué a ver qué había sucedido. Delilah estaba tirada en el suelo, con la cara destrozada a golpes. Ha perdido varios dientes con la paliza y tiene un ojo que parece a punto de explotar.

—¿La ha visto un médico? —quiso saber Wyatt.

—¿Un médico para una puta? —La risa de la anciana acabó en un ataque de tos—. Aquí nos arreglamos como podemos. Además, ¿cómo íbamos a pagarle? No tenemos donde caernos muertos.

—¿Vio la cara del hombre? ¿Cómo era?

La anciana evaluó el cuerpo alto y fornido de Sam y escupió en el suelo.

—Era tan alto como tú, pero rubio. Bastante guapo, aunque con mirada de loco.

La puerta se abrió y un hilo de luz salió de la casita de adobe. Únicamente pudieron ver un ojo morado y una mejilla hinchada. Wyatt empujó suavemente la madera y los dos hombres ahogaron una exclamación. El rostro de Delilah era un cuadro deforme con distintas tonalidades que iban del rosa al violeta, mientras que el ojo cerrado incluso presentaba trazas negruzcas. Sam sintió que se le revolvían las entrañas. Si Douglas le había tocado un pelo a Emily, lo mataría muy lentamente, desollándolo como a un conejo.

—Marshall...

La voz era apenas audible. El ojo abierto y enrojecido se llenó de lágrimas, que se derramaron por la mejilla castigada. Sam no lo aguantó.

—¿Quién te ha hecho eso?

—Douglas —susurró—. Cuando se enteró de que os habíais llevado al chico, se volvió loco.

La anciana tosió y escupió en la tierra yerma.

—Mañana nos vamos. Meteremos los pocos bártulos que tenemos y nos vamos al Sur, donde hace bueno. Mi Joel dice que en los campos del Sur siempre necesitan trabajadores. Aquí apenas quedan búfalos para la caza. Delilah se viene con nosotros. Con esa cara, no creo que ningún hombre quiera acostarse con ella, y me siento responsable de esta desgraciada. —La boca de la anciana esbozó una sonrisa torcida—. Incluso puede que consiga convertirla en una mujer honrada.

—Zorra —susurró Delilah, pero su tono era cansino. Se la veía derrotada y asustada—. No quiero quedarme aquí.

Sam se metió las manos en los bolsillos y sacó un pequeño rollo de billetes, que entregó a la anciana.

—Creo que esto puede seros útil en vuestra nueva vida en el Sur.

El rollo desapareció enseguida entre los pliegues de la falda negra de la casera, que permanecía al amparo de las sombras. Lo único que se le distinguía era el rostro pálido y arrugado.

—Gracias.

Wyatt soltó un suspiro de fastidio e, imitando el gesto de Sam, le dio a la anciana lo poco que llevaba encima.

—Avisaré al médico para que venga a echar un vistazo a Delilah. No os preocupéis por los honorarios. Y si mañana os marcháis, os deseo suerte.

Los dos hombres ya se dirigían hacia sus caballos cuando una mano frenó a Sam. Al darse la vuelta se encontró cara a cara con Delilah. Detrás de ella, la anciana le dio un golpecito en el hombro.

—Díselo, ya va siendo hora de que te portes como una buena persona. No le debes nada a ese bruto, mira cómo te ha dejado.

Delilah asintió al tiempo que se retorció las manos.

—Se esconde en la propiedad de los Van Brock.

Wyatt y Sam se acercaron, porque apenas la entendían. La anciana intervino:

—Mi nieto y yo lo vimos en la propiedad de los Van Brock. Es esa casa de ladrillo rojo en la carretera hacia el norte. Lleva varios años abandonada, pero los manzanos siguen dando fruto. Mi nieto y yo vamos y los cogemos. En una de estas visitas vi que salía de la cuadra. Cuando se marchó, me asomé y allí tenía unas alforjas, un pequeño brasero y una manta. Y un caballo —añadió con sorna—, que se escapó por un descuido de mi nieto.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—¿Y dónde está el caballo? —quiso saber Wyatt.

—Me imagino que camino de Abilene —aclaró la anciana sin una pizca de vergüenza.

—¿Y cómo sabes eso? —insistió el marshall con el ceño fruncido.

—Porque casualmente un hombre que se marchaba para Abilene, y que necesitaba un caballo, pasó por allí.

—Se lo vendiste —la acusó Wyatt, que no sabía si reír o arrestar a la anciana por robarle el caballo a un asesino.

—No, por supuesto que no... Pero reconozco que se mostró muy generoso cuando le señalé dónde podía encontrar un caballo que vagabundeaba en los pastos.

—Eso significa que no tiene caballo —exclamó Sam, eufórico. Sintió deseos de abrazar a la anciana, pero parecía tan frágil que temía partirla en dos. Le daba igual que hubiese robado el caballo a Douglas. De hecho, en ese momento, si hubiese tenido más dinero en los bolsillos se lo habría dado todo, hasta su sombrero.

—No he vuelto a la casa de los Van Brock, no soy tan estúpida. De modo que no sé si ha conseguido hacerse con otra montura.

—Pero ahora tenemos un sitio donde buscar —argumentó Sam, que no podía dejar de cavilar.

Wyatt volvió la vista al cielo y resopló.

—Pues no perdamos tiempo; Urilla me espera y quiero cenar.

Sam le lanzó una mirada acusatoria por encima del hombro antes de izarse sobre *Rufián*.

—Emily podría recibir el mismo trato que Delilah.

No quiso seguir, aquel pensamiento le aterrorizaba y en esos momentos necesitaba mantener la mente despejada.

—Lo siento, este trabajo me hace ver muchas cosas desagradables y pierdo la perspectiva. Me imagino lo que estarás pensando. Si alguien secuestrara a Urilla, no dejaría piedra sobre piedra hasta dar con ella.

Wyatt se acomodó sobre su montura y le dirigió una mirada inocente que no convenció a

Sam.

—Emily no es mi mujer y lo sabes.

—No, es la mujer de otro, y me parece bien que lo recuerdes si no quieres acabar desplumado y con el trasero al aire. Ya has tenido suficientes problemas en tu vida. Además, ¿te ves atado a una tierra día tras día?

Sam se limitó a mantener la mirada fija en el camino. De nada servía plantearse esa opción.

43

Desde la cama Edna contemplaba el suave ondular del visillo de la ventana abierta. Se fijó en el cuadrado de luz plateada que se derramaba sobre el suelo de madera, preguntándose dónde estaría su amiga. Se dio la vuelta en la cama, dando la espalda a la ventana. Los pensamientos sombríos que la invadían le impedían encontrar una postura cómoda. Desde que Sam y los demás salieron en busca de Emily se sentía acalorada e inquieta. La alegría de saber que Nube Gris estaba a salvo había desaparecido.

Se sintió egoísta al pensar que si algo le sucedía a Emily su futuro junto a Nube Gris peligraba. En el rancho él tenía una vida segura, pero fuera de sus límites los demás no veían en él más que a un indio. Con todo estaba dispuesta a seguirle a donde fuera. Le sorprendía la intensidad de sus propios sentimientos por él. Jamás habría imaginado que un hombre podía llegar a convertirse en su única meta en la vida. En esos momentos entendía por qué muchas mujeres habían echado a perder su reputación por hombres sin escrúpulos. Si esas víctimas de sus sentimientos se habían enamorado como ella, no habían tenido más opción que seguir un camino resbaladizo. Por suerte, Nube Gris era un hombre leal y honrado que la amaba tanto como ella a él. Se sabía afortunada, aunque en circunstancias inciertas, porque podían amarse abiertamente. Sin embargo Emily no tenía elección. Estaba casada, ligada a un hombre violento que regresaría en cualquier momento.

Oyó el crujido de una tabla del suelo frente a su puerta, que se abrió lentamente. Se incorporó, un tanto nerviosa.

—¿Edna?

La voz de Cody le llegó temblorosa. La joven se apresuró a levantarse de la cama y fue hasta donde el niño esperaba. Parecía más vulnerable que nunca, abrigado únicamente con la camisa de dormir y con el pelo alborotado.

—¿Qué pasa? —le susurró arrodillándose.

—No puedo dormir. Estoy asustado. No dejo de pensar que mamá está en peligro. ¿Y si no vuelve?

La voz se le quebró y rompió a llorar. Edna lo envolvió en un abrazo cálido. No le mintió, no le dijo lo que el niño habría agradecido, porque no quería darle falsas esperanzas. Lo cierto era que ella misma estaba cada vez más preocupada. Cada hora que pasaba aumentaba la desazón de la incertidumbre.

—Ven conmigo, dormiremos juntos.

—No puedo dormir —barbotó el niño.

—Pues descansaremos juntos. ¿Te parece bien?

Cody se dejó llevar hasta la cama. Edna lo arropó con las sábanas.

—¿Quieres que te suba un vaso de leche templada? Eso te calmará un poco.

Cody asintió de nuevo.

—Pero no tardes.

—Será un momento.

Se envolvió en un chal de lana y se calzó las zapatillas. Con una última mirada a Cody y una débil sonrisa salió al pasillo. Bajó corriendo las escaleras y en la cocina encendió la mecha de la lámpara de petróleo. Enseguida una tenue luz dorada inundó la estancia. Sacó una jarra de leche de la fresquera y echó un poco en un cazo. Avivó las ascuas aún calientes y abrió un poco el tiro con impaciencia. Quería regresar cuanto antes a su habitación para que Cody no se quedara demasiado tiempo solo. Vertió la leche templada en una taza y añadió una cucharadita de miel.

Subió las escaleras con cuidado, sosteniendo con una mano la taza y en la otra el quinqué. Una vez en la puerta recompuso el rostro y se esforzó en sonreír mientras empujaba con la cadera para entrar.

—Ya está. Aquí tienes la leche.

No tuvo tiempo de entender lo que estaba sucediendo. Un brazo le rodeó el cuello con fuerza y la taza salió disparada, así como la lámpara. En la cama, Cody la miraba muy pálido, con la barbilla temblorosa.

—No te muevas... —le susurró una voz áspera—. Y no grites si no quieres ver cómo se desparraman los sesos de Cody sobre la pared.

Entonces Edna vio el arma que asomaba junto a su cabeza y se le heló la sangre. Era Douglas. Había conseguido entrar en la habitación sin que nadie se diera cuenta, sin que Lorelei y las demás mujeres se enteraran, cada una en su habitación, seguramente dormidas. Pero el pánico que se adueñó de ella se convirtió en un terror que la paralizó cuando percibió el olor a humo que desprendía el suelo. En pocos segundos empezó a arder.

En el establo Emily se debatía con sus ataduras. Le ardían los cortes que ella misma se había infligido al intentar cortar las cuerdas con un trozo de cristal. Ya no necesitaba disimular, estaba sola y el miedo la impelía a darse prisa. Douglas había salido en dirección a la casa de Lorelei con intención de matar a Edna. Estaba loco, cegado por una realidad que solo existía en su cabeza. Soltó un gemido de exasperación al tirar con fuerza. Poco le importaba el dolor; la angustia por lo que Douglas pudiera hacer la insensibilizaba. Tampoco notaba la humedad de la sangre que le corría por las manos. Tenía que salir de allí, eso era lo único que importaba. Temía por la vida de Edna, y por su hijo.

Gritó de pura frustración y tironeó de nuevo con más ahínco hasta que por fin notó que podía liberar una mano. Ello le bastó para maniobrar. Apenas notaba las puntas de los dedos, tan entumecidos que le costó sobremana soltar las ataduras de los tobillos. Cuando se vio libre, se puso en pie, pero las rodillas le fallaron. A duras penas logró sostenerse apoyándose en el poste donde se había recostado al principio, cuando Douglas todavía estaba allí. Un estremecimiento de debilidad le recorrió todo el cuerpo.

—Dios mío, dame fuerza —susurró con voz temblorosa—. Tengo que ir... Tengo que salvar a mi hijo..., Dios mío..., te lo ruego...

Cuidadosamente adelantó un pie y luego el otro. El hormigueo le arrancó un jadeo de dolor. «Solo unos pasos más», se alentó en silencio. Cuando ya alcanzaba las puertas temió encontrárselas cerradas, pero al empujarlas estas cedieron y se vio en un prado. No tenía ni idea de dónde se encontraba, aunque emprendió el camino con la seguridad de que las luces de Dodge City la guiarían. Primero anduvo con dificultad, pero después, cuando fue cobrando fuerzas, echó a correr a tal velocidad que sus pies apenas rozaban el suelo.

En cuanto alcanzó las calles de la ciudad no le costó mucho orientarse. Mantuvo el ritmo, a pesar de que le faltaba el aire y del pinchazo que sentía en el costado. Su meta estaba a escasas esquinas de donde se encontraba. Tropezó con un borracho que intentó frenarla y abrazarla. La desesperación le dio fuerzas. Lo derribó cuan largo era y pasó por encima de un salto, agarrando con los puños apretados la falda para que no la entorpeciera al correr.

A lo lejos distinguió la silueta de la casa de Lorelei. Apuró sus últimas fuerzas y aceleró.

—¡Emily!

El grito la desestabilizó y cayó de bruces en el suelo. Notó que la tierra le arañaba las rodillas, pese a la falda, y que en las manos se le clavaban las piedrecillas del camino.

—¡Emily! —repitió una voz masculina que le resultó familiar.

Desde el suelo miró por encima del hombro. Apenas podía respirar.

—Nube Gris...

El joven indio y Joshua, que lo acompañaba, echaron a correr hacia ella. Ambos la ayudaron a sentarse.

—¿Dónde has estado? —preguntó el indio.

—Edna —dijo Emily con un hilo de voz—. Douglas...

Joshua dejó de limpiarle las heridas de las manos con el pañuelo que se había sacado del bolsillo y, súbitamente pálido, la miró a los ojos.

—¿Qué pasa con Edna?

—Douglas..., la casa... Cody... Edna..., peligro.

Cada palabra le suponía un terrible esfuerzo. Señaló con un dedo tembloroso la casa de Lorelei y los dos hombres miraron hacia donde indicaba Emily.

—Corred...

Sin una palabra más la pusieron en pie y echaron a correr. Ella intentó seguirles el paso, pero su resistencia empezaba a menguar. Se mordió el interior de la mejilla con fuerza. No desfallecería tan cerca, su hijo la necesitaba.

Con una nueva mirada a la casa pensó que algo no iba bien, que la visión se le estaba nublando. El resplandor que salía de la primera planta no podía ser real. Lentamente la verdad fue penetrando su mente y el estómago le dio un vuelco. En una de las habitaciones el fulgor de un incendio se intensificaba a cada segundo.

—¡No! —gritó.

Al ver que Joshua y Nube Gris aceleraban comprendió que ellos también acababan de deducir lo que estaba ocurriendo.

Percibió un movimiento. Sin dejar de correr volvió la cabeza y descubrió una silueta que salía de entre los árboles del huerto. Sus ojos se abrieron de espanto al ver el brillo de un arma.

Douglas amordazaba con una mano a Edna apretándola contra su cuerpo, mientras con la otra apuntaba hacia los dos hombres que corrían hacia la casa. Un grito desgarrador escapó de sus labios.

—¡NUBE!

El indio se dio la vuelta sin aminorar la carrera.

Todo sucedió muy rápido. Emily oyó una detonación que restalló en la noche como un latigazo. Aturdida, vio que el indio caía al suelo, arrastrando a Joshua con él.

—¡Emily! ¡Corre a por Cody! —gritó Edna debatiéndose—. ¡NUBE! ¡JOSHUA!

La mente de Emily solo tuvo pensamientos para su hijo. Desgarrada de angustia, pasó de largo y se metió en la casa, donde se encontró con Lorelei, Daphne, Mickaela y Jessy en camisón. Las cuatro mujeres bajaban las escaleras atropelladamente.

—¿Dónde está Cody? —preguntó Emily con la voz agudizada por el miedo.

—No le encontramos, no está en su habitación. Dios mío, Emily. Hemos visto que Douglas se llevaba a Edna...

Lorelei rompió a llorar.

—¡CODY! ¡¿DÓNDE ESTÁS?! —gritó Emily desesperada, buscando a su alrededor.

—¡MAMÁ!

El grito fue seguido por un acceso de tos.

—¡Dios santo...! —susurró Daphne mirando hacia arriba—. Cody está en la habitación de Edna y el fuego bloquea la puerta.

Sin dudarle, Emily arrancó un pesado cortinaje y se envolvió con él. Subió las escaleras de dos en dos, desoyendo las advertencias de las mujeres. En la puerta de la habitación de Edna el calor era sofocante. Las llamas lamían el suelo avanzando irremediablemente hacia la cama.

—¡Cody, estoy aquí! No te asustes, te sacaré ahora mismo. Sal de la cama y ve hacia la ventana. Y tápate la boca, no respire el humo.

A través de las llamas distinguió el rostro desencajado de su hijo. Temió que el miedo lo paralizara, pero por suerte el niño siguió sus indicaciones y se arrastró hacia la ventana. Al menos allí respiraría mejor, porque el humo empezaba a ser peligroso. Inspiró profundamente y entró en la habitación, pegándose todo lo que pudo a la pared. No quedaba mucho espacio para pasar. Enseguida notó que el rostro se le cubría de sudor y el aire se hacía cada vez más denso.

—No te asustes, mi vida. Saldremos de aquí...

Estaba a dos metros de Cody, solo dos metros. Si lograba alcanzarlo, intentarían salir por la ventana. A esa altura podían romperse una pierna, pero era eso o morir asfixiados o devorados por las llamas. Se tapó la cabeza y la boca con la cortina. El calor era insoportable, apenas conseguía respirar...

Cada centímetro que avanzaba, procurando que el fuego no prendiera su falda, se le antojaba un esfuerzo inhumano. Intentó tragar, pero se le había cerrado la garganta, ya fuera por el miedo, el humo o el nudo de lágrimas que se esforzaba en reprimir. Un poco más, solo unos pocos pasos más. Cuando llegó junto a su hijo lo abrazó con fuerza.

—¿Estás bien?

Cody asintió temblando contra su pecho, aferrado a ella con todas sus fuerzas.

—Tenemos que bajar por la ventana...

—Está muy alto.

—Lo conseguiremos, confía en mí.

Cody la miró con los ojos anegados en lágrimas y asintió.

44

Sam y Wyatt galopaban hacia la casa de los Van Brock. El estampido de un disparo en la noche los frenó de repente. Los caballos clavaron los cascos en el suelo polvoriento.

—¿De dónde proviene el disparo? —preguntó Wyatt.

Sam señaló un punto no muy lejos de donde se encontraban ellos.

—De esa dirección, y la casa de Lorelei está por ahí.

Sin añadir palabra, azuzaron sus monturas. Sam apenas notaba los latidos de su corazón, iban tan acelerados que cada palpitación se fundía con la siguiente. Agitó las riendas y *Rufián* respondió galopando con más ahínco. Cada segundo que pasaba le erizaba la piel hasta sentirla en carne viva. Si algo le sucedía a Emily se volvería loco. No soportaría otra pérdida, otra muerte.

Entornó los ojos al distinguir el resplandor que salía de la casa. Un sudor frío le recorrió la espalda. Estaba tan concentrado en su meta, que perdió el control de *Rufián* cuando se oyó un nuevo disparo a pocos metros de la casa. Cayó al suelo y rodó hasta golpearse contra un tronco caído. Ahogó un jadeo de dolor al sentir un chasquido en las costillas que le cortó el aliento.

—¡Sam! —Wyatt ya estaba a su lado arrodillándose. Su caballo piafaba nervioso justo detrás—. ¿Estás bien?

—Mis costillas —logró decir—. No puedo...

Wyatt le ayudó a sentarse. Un nuevo jadeo de dolor escapó de sus labios al tiempo que se sujetaba los costados.

—¿Has visto algo? —preguntó cuando consiguió tomar aire.

—Hay dos hombres en el suelo y otro entre los matorrales con una mujer como escudo.

—¿Es Emily?

—No, es una joven muy rubia.

—Edna... ¿El tipo es Douglas?

El marshall se secó el sudor con la manga.

—No le veo bien la cara.

—Ayúdame...

Después de que Wyatt le ayudara a ponerse de rodillas, Sam se parapetó tras el tronco y echó un vistazo. Enseguida reconoció la silueta de Douglas, que usaba a Edna como escudo y apuntaba a la sien de la muchacha desvanecida con el revólver. Desvió la mirada hacia el suelo, a poca distancia de la pareja. Allí estaba Joshua, prácticamente tumbado encima de Nube Gris.

Ninguno de los dos se movía. Se sintió invadido por una profunda angustia y un arrebato de furia le hizo olvidar el miedo que lo había atenazado. Dejó de pensar en nada que no fuera matar a Douglas.

—Puedo pegarle un tiro desde aquí —aseguró fríamente.

—Está oscuro, podrías dar a la chica.

—¡Venga, pistolero! —oyeron ambos—. ¿A qué esperas? A ver si al menos puedes salvar a esta zorra, porque te aviso de que llegas tarde para Emily.

Sam apretó los dientes, negándose a dejarse llevar por las provocaciones de Douglas.

—No puedes imaginarte lo bien que lo hemos pasado —prosiguió el vaquero entre los árboles del huerto de Lorelei—. Ha sido todo un placer, al menos para mí...

Sam desenfundó el revólver y apuntó.

—Sam, puedes dar a la chica —le advirtió el marshall.

—¿Acaso he fallado alguna vez? —inquirió Truman sin perder de vista a Douglas.

—Nunca, que yo sepa. Aun así, si tú fallas, yo lo remato —prometió Wyatt con el arma en mano.

Sam ya no le escuchaba. Afinó el tiro apuntando justo en la frente, muy por encima de la cabeza de Edna, que, al estar inconsciente, no suponía un obstáculo. Serenó su respiración, ignoró el dolor que notaba en las costillas y sostuvo con firmeza la culata. Ya no oía ni sentía nada más que la frialdad y la soledad que le habían acompañado cada vez que había matado a un hombre. Sin embargo, en esta ocasión deseaba esa muerte con todas sus fuerzas. Sutilmente apretó el gatillo y el estallido del disparo se propagó como un rugido. Douglas cayó hacia atrás como un tronco llevado por el impacto. Un disparo limpio.

Sam bajó el revólver y soltó el aire que había estado reteniendo.

—No sé por qué he dudado de ti —musitó Wyatt mirando hacia donde Douglas había estado en pie segundos antes—. Donde pones el ojo, pones la bala.

La satisfacción que podía haber sentido Sam por la muerte del vaquero quedó eclipsada por el recuerdo de sus últimas palabras: había llegado tarde, había llegado tarde para Emily. El rostro de Delilah inundó su cabeza e imaginó la cara de Emily golpeada e inerte. El dolor que le oprimió el pecho fue mil veces más fulminante que el que le azotaba las costillas. La había perdido y el sol no volvería a brillar para él.

—¡Ayuda!

—Sam, mira. Lorelei y las chicas están saliendo de la casa.

Sam las miró sin prestar mucha atención. Tenía la mente demasiado embotada por la confusión, la pena desgarradora y la desesperación.

—¡Ayuda! ¡Hay una mujer y su hijo dentro de la casa!

Sam se puso en pie lentamente.

En cuanto Lorelei lo vio, echó a correr hacia él a toda prisa, haciendo caso omiso del camisón, que se le enredaba en torno a las piernas.

—¡Sam! Emily está dentro. Ha subido para rescatar a Cody, pero el fuego le ha bloqueado la salida.

—Mierda —escupió Wyatt.

Sam salió disparado hacia la casa pese a las punzadas en las costillas. Pensaba sacar a Emily y a Cody de la casa aunque fuera lo último que hiciera en esta vida.

—¡Emily! —gritó, llevado por el pánico—. ¡Cody!

En el interior, las llamas ya lamían las escaleras y el humo se arremolinaba como una cortina en una tormenta. El fuego parecía una bestia rugiente que lanzaba dentelladas por donde pasaba. Truman se detuvo en seco en el vano de la puerta principal, sobrecogido por la oleada de calor que lo asaltó.

—No entres, no puedes subir —vociferó Wyatt, sujetándolo de un brazo.

—¡Tengo que sacarlos de ahí! ¡Suéltame! —replicó debatiéndose, para evitar que Wyatt lo arrastrara hacia atrás—. ¡Suéltame!

Se dio la vuelta y asestó un puñetazo a su amigo en la barbilla. Wyatt trastabilló y cayó al suelo. Sam volvió a encararse a la entrada, dispuesto a enfrentarse al mismísimo demonio si era necesario.

—Sam...

El fragor del fuego casi impedía que la voz se oyera.

—Sam...

Aturdido, Truman buscó entre las llamas. La voz de Emily se oía tan cerca que debería verla. Dio un paso adelante.

—Sam... Estamos aquí.

Una mano delicada le tocó el brazo. Miró por encima del hombro con el alma en vilo, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Ella estaba a su lado.

—Sam, estamos bien.

Emily le sonreía. Tenía los ojos irritados y el rostro manchado de hollín, pero estaba de una pieza y aparentemente ilesa. A Sam le flaquearon las rodillas y, por primera vez en su vida, se le escapó un sollozo.

—Emily —susurró con la voz ronca de emoción.

—Estoy aquí... —repitió ella, y le tendió una mano.

Sam dio un paso vacilante y la envolvió en sus brazos. Necesitaba cerciorarse de que estaba bien, de que no era un producto de su imaginación. Y estaba allí, pegada a su cuerpo, temblorosa, sacudida por los sollozos, pero viva.

—Creí que te había perdido —murmuró él contra su pelo—. Douglas ha dicho que había llegado tarde... —La voz se le rompió por las emociones que le vapuleaban—. Pero estás aquí... ¿Y Cody?

—Está con Lorelei, junto al huerto. —Emily hablaba contra el pecho de Sam, incapaz de alejarse ni unos pocos centímetros—. ¿Douglas sigue...? —preguntó con aprensión.

—Está muerto —replicó Sam sucintamente.

Ella no quiso saber más y, por más que se avergonzara de sus propios sentimientos, se alegraba de la muerte de Douglas. Ya no heriría a nadie.

—Cabrón de mierda —masculló Wyatt, de nuevo en pie—. Si me has roto la mandíbula, te meteré entre rejas hasta que se te pudran los dientes.

Sam se rio contra la coronilla de Emily, aliviado, asustado, aún agitado por el dolor de haber estado a punto de perderla, pero feliz.

—Marshall... —Lorelei irrumpió en el porche—. Hay un herido...

Emily se apartó de repente.

—¡Nube Gris! Douglas le ha disparado.

Se llevó las manos a la boca, reprimiendo un gemido.

—No, el que está herido y maldiciendo es Joshua. Ha recibido un disparo en el hombro. Nube Gris está inconsciente. Cuando vuelva en sí tendrá un tremendo dolor de cabeza por el golpe que se ha llevado al caer y necesitará unos cuantos puntos, pero respira. —Lorelei desvió la mirada hacia la casa, que ardía como una tea, y apretó los dientes.

—Lo siento —dijo Emily—. Al venir a tu casa te metimos en esta locura. Siento mucho tu pérdida.

La mujer echó una mirada a su alrededor.

—Para ser sincera, nunca me gustó esta casa, pero me da pena. Era un legado de mi difunto marido..., el único hogar que he tenido en mi vida. —Se sacudió como si un estremecimiento la recorriera—. Al menos estamos todos bien.

Fuera los vecinos se acercaban con cubos y palas, dispuestos a apagar el incendio. Pero ya era tarde.

Sam se apoyó en Emily, incapaz de sostenerse en pie por más tiempo.

—¿Qué te pasa? —quiso saber ella.

—Me duelen un poco las costillas —explicó él al tiempo que intentaba sonreír, aunque solo le salió una mueca de dolor.

Wyatt entrecerró los ojos.

—Me alegro de que te duela, por el puñetazo que me has propinado cuando intentaba salvarte la vida.

Echaron a andar hacia Nube Gris, que empezaba a recobrar la conciencia. A su lado Joshua despotricaba acerca de lo inútil que era el indio, mientras una mancha oscura se le extendía lentamente por el hombro. Edna se encontraba arrodillada entre los dos, sostenida por Daphne. Un poco más atrás Mickaela abrazaba a Cody y Jessy contemplaba la casa con el rostro bañado en lágrimas.

—Deja de gritar como una niña —masculló el indio, llevándose una mano a la cabeza. Se palpó con cuidado y encontró una buena brecha que necesitaría puntos. Esbozó una mueca de disgusto—. ¿Se puede saber por qué te has tirado encima de mí de repente?

—¿Qué? —aulló Joshua, lleno de indignación. Gruñó cuando quiso cambiar de postura, pero se dejó caer en el suelo, exhausto—. Te he salvado la vida. En cuanto he visto a Douglas apuntándote, me he echado encima de ti para que no te diera y YO ME HE LLEVADO EL BALAZO.

—Yo no te he pedido nada —farfulló el indio. Se incorporó y buscó la mano de Edna—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —contestó Daphne por la joven, que todavía estaba muy aturdida—. Dale unos minutos, ha pasado mucho miedo.

—Pues claro que ha pasado miedo —despotricó Joshua desde el suelo, fulminando con la mirada a Nube Gris—. ¿Acaso el golpe te ha dejado idiota?

—¿Por qué no te metes el puño en la boca y te lo tragas? —replicó el indio.

—Porque, en ese caso, no podría incordiarte, al menos hasta que mi hermana abra los ojos y entienda que eres un desastre de hombre.

—Pues entonces será mi puño el que te tragarás...

—Callaros de una vez —exigió Edna, poniendo fin a la discusión—. Por favor. No soporto

ver a los dos hombres que más quiero portarse como dos borrachos que no saben más que decir estupideces.

Joshua entornó los ojos sin apartar la mirada del indio.

—No te pego un tiro ahora mismo porque mi hermana no me lo perdonaría.

—Entonces, ¿por qué no dejaste que la bala de Douglas siguiera su curso? —quiso saber Nube Gris.

—Pues porque no soportaría ver a mi hermana tan triste, imbécil.

—¡Silencio! —ordenó Edna, cada vez más recuperada—. Me estáis avergonzando.

Sam, que había estado escuchando en silencio, rompió a reír y enseguida soltó un gemido de dolor. Pero no fue nada comparado con lo que sintió cuando Cody se le echó encima, abrazándolo con fuerza.

—Sam, he tenido mucho miedo, pero mamá ha venido a por mí. Yo no podía salir de la habitación porque el fuego me lo impedía. Pero entonces ha entrado mamá y hemos salido por la ventana. Se me ha chamuscado un poco el pelo y a mamá también. Pero he sido valiente, ¿verdad, mamá? Hacía mucho calor en la habitación, me escocían los ojos y la garganta, y tosía mucho...

Las palabras salían de la boca del niño a borbotones, como si necesitara ahuyentar todo el miedo que lo había paralizado en el dormitorio de Edna. Sam le acarició el pelo con una infinita ternura.

—Lo sé, sé que eres un chico valiente. Y estoy seguro de que has ayudado mucho a tu madre.

Repentinamente agotada, Emily apoyó la cabeza contra el hombro de Sam y echó una ojeada a su alrededor. Todos presentaban un aspecto lamentable, pero estaban a salvo. Cuando sus ojos se toparon con el cuerpo de Douglas, desvió la mirada. No sabía quién había acabado con él, pero en ese instante no quería averiguarlo. Lo único que importaba era que todos sus seres queridos estaban cerca y vivos.

Wyatt se quitó el sombrero y se peinó.

—Voy a por el médico, me temo que esta noche no dormiré mucho.

—¿Qué demonios ha pasado aquí?

La voz de Kirk impuso un súbito silencio. El anciano andaba con su paso irregular hacia ellos con los perros a la zaga, apretando tanto la mandíbula que la barbilla casi le tocaba la punta de la nariz. Antes de pararse echó un vistazo a la casa en llamas.

—¿Alguien puede contarme qué narices ha sucedido?

Nube Gris soltó una risita que Edna intentó silenciar vanamente de un manotazo.

—Viejo, como de costumbre llegas tarde a la fiesta. Por eso siempre te toca bailar con la más fea.

45

Apenas si había dormido. Compartir cama con Kirk era un suplicio y la adrenalina que seguía corriendo por sus venas, sumada a los latigazos que aún sentía en las costillas, le impidió descansar como su mente ansiaba. El incendio de la casa de Lorelei los obligó a alojarse en la pensión de la viuda O'Clear, una mujer de aspecto severo que los recibió con los brazos abiertos en cuanto Wyatt le explicó los acontecimientos de la noche. Al ser tantos y haber pocas habitaciones libres, tuvieron que acomodarse como pudieron. Para pesar de Sam, Emily se quedó con su hijo y él tuvo que compartir habitación y cama con el viejo. Por eso mismo llevaba levantado desde el alba, sentado en los escalones del porche.

Al pensar en Emily todavía le temblaban las manos. Había estado a punto de perderla y no sentía el menor remordimiento por haber matado a Douglas. ¿De qué se sorprendía? Era un asesino a sueldo, llevaba años viviendo de ese modo. Eso significaba que, más que nunca, debía plantearse el marcharse en cuanto se asegurara de que Emily estaba a salvo en el rancho.

Aquel pensamiento le partía el corazón; dejar a Emily le nublabla la mente, porque su lado más egoísta le gritaba que no renunciara a ella. Pero estaba Gregory. Siempre el mismo nombre interponiéndose entre ellos.

No se dio cuenta de que la calle donde se encontraba la pensión O'Clear cobraba vida. En cuanto despuntó el sol, las carretas empezaron a circular traqueteando hacia sus destinos. No prestó atención a los niños que pasaban gritando ni a los jinetes que levantaban polvo al recorrer la vía. Tan sumido se hallaba en sus tribulaciones que no prestaba atención a cuanto le rodeaba. Sin embargo se puso en guardia con la mano derecha sobre la culata del Colt cuando unas pulcras botas se plantaron en su campo de visión.

—Cálmate, Sam. Creo que ya hemos tenido suficiente tiroteo con el de anoche.

Al oír la voz tranquila de Wyatt se relajó y siguió sentado con la vista de nuevo perdida.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber sin mucho interés.

Sin esperar una invitación, Wyatt se sentó a su lado al tiempo que se quitaba el sombrero y lo dejaba apoyado sobre una rodilla doblada.

—¿Qué hacemos con el cadáver del tipo de anoche?

—Enterradlo en el cementerio de Boots Hill. Al fin y al cabo ha muerto con las botas puestas.

—Lo preguntaba por si conocíais a algún familiar al que avisar.

—Eso preguntaselo a Kirk.

Ambos guardaron silencio unos minutos sin mirarse, hasta que el marshall carraspeó.

—¿Ya se ha levantado la señora Coleman?

Sam le lanzó una mirada de soslayo.

—¿Por qué quieres saberlo?

Wyatt se habría reído ante la suspicacia de Sam, si no fuera porque su amigo no parecía ser consciente de su fuerte instinto de protección en cuanto se trataba de la señora Coleman. Algo encomiable si ella no hubiese sido una mujer casada.

—Tiene que contarme qué sucedió cuando Douglas se la llevó y cómo logró escapar. Es por su propio bien: el juez es cada vez más quisquilloso con los tiroteos. Quiere declaraciones juradas de los implicados. Anoche estaba cansada y aturdida, de modo que lo dejé para hoy.

Sam volvió a clavar la mirada en el vacío.

—Pues no sé si se ha levantado. Tendrás que preguntárselo a la señora O'Clear; anoche vigiló las habitaciones como una loba a sus cachorros. Todo muy correcto.

Wyatt alzó las cejas, pero guardó silencio. Ahora empezaba a entender el mal humor de Sam. Habría preferido compartir habitación con la pequeña y dulce señora Coleman, pero la viuda O'Clear, siempre tan preocupada por las formas, no habría permitido que una pareja que no estuviese casada compartiera una cama.

Le echó un discreto vistazo. Sam mostraba señales de no haber dormido mucho. Aún llevaba la ropa arrugada y manchada de la noche anterior. Lo único que se veía limpio eran las manos y la cara, por lo demás parecía haberse acostado en la cuneta de un camino. Los surcos que bajaban de las aletas de la nariz hasta las comisuras de la boca se habían acentuado por el cansancio y la tensión. Las ojeras y las arrugas que rodeaban los ojos delataban la falta de sueño. En general no podía decirse que presentara muy buen aspecto.

Podía entender la tensión de Sam. Su afán por proteger a Emily lo sometía a una tensión constante entre el deseo de seguir a su lado y la conveniencia de marcharse. Pero los dos eran conscientes de lo que significaba permanecer junto a ella. Tarde o temprano el marido perdido volvería y se desencadenaría un drama. Wyatt no necesitaba pensar mucho en lo que sucedería si ese tal Gregory regresaba y tocaba un solo pelo a Emily.

Soltó el aire lentamente y se atrevió a preguntar lo que le rondaba la cabeza.

—¿Vas a regresar al rancho con Emily?

Sam tardó unos minutos en contestar.

—Sí. Tengo que asegurarme de que su vecino Crawford no le causa problemas.

—Podrías meterte en líos.

—Lo sé, pero necesito estar seguro.

Wyatt se atusó el bigote, pensativo.

—Podría escribir al marshall del condado de Ellsworth y exponerle el problema de Emily con su vecino. Bastaría con una visita de la autoridad local y un aviso de que cualquier incidente en el rancho de la señora Coleman sería investigado para frenar las intenciones del vecino.

Sam asintió lentamente.

—Eso estaría bien —convino lacónicamente.

Wyatt perdió la paciencia y se puso en pie.

—No vuelvas al rancho con ella. Si te preocupa el viaje, puedo ordenar a uno de mis hombres que la escolte hasta que llegue a su casa. ¿Qué pasaría si al llegar el marido ya estuviese

esperándola? Y aunque no fuera así, piensa en los rumores. Incluso en una zona aislada, los chismes vuelan, y Emily no necesita que sus vecinos la marginen. Ha llegado el momento de despedirte de ella. Ya has hecho suficiente por Emily y su hijo. Sigue tu camino.

Sam lo miró a los ojos sin pestañear.

—¿A qué viene tanto interés en que me vaya cuanto antes?

Wyatt se echó hacia delante acortando la distancia que los separaba.

—Porque sé lo que sientes por ella. Salta a la vista. Mírame a los ojos y júrame que no matarías al marido si volviera al rancho.

Sam no contestó; no quería soltar una mentira que de todas formas Wyatt no se habría tragado. Lo conocía, sabía cómo funcionaba su mente.

—¿Lo ves? No puedes quedarte mucho más a su lado. Cuanto más tardes en marcharte, más daño le harás. A ella y al niño.

Sam volvió a asentir, derrotado pero consciente de que Wyatt tenía razón.

—¿Escribirás al marshall del condado de Ellsworth? —Esperó el asentimiento de su compañero—. ¿Y un hombre los escoltará hasta el rancho?

Wyatt asintió de nuevo con los labios apretados.

—Está bien —capituló Truman—. Me marcharé esta misma noche, en cuanto todos se hayan acostado.

Se metió una mano en el bolsillo y sacó un saquito de cuero atado con un cordón desgastado. El marshall se sorprendió del peso cuando lo cogió.

—Cuando me haya ido de la ciudad, dale esto a Emily.

—Lo siento —murmuró Wyatt.

—No tanto como yo —replicó Sam sin mirarlo, y echó a andar.

—¿Adónde vas?

—A emborracharme.

Faltaba poco para que el alba despuntara en el horizonte. El firmamento aún lucía el aterciopelado tono índigo que precede el amanecer y las estrellas se apagaban una a una como si el aliento del norte soplara unas velas. La luz entraba por la ventana de la habitación, cuyos postigos permanecían abiertos a los ruidos de la noche, el susurro del viento, el croar de las ranas en las charcas y el canto de los grillos. Sentada junto a la ventana que daba al patio trasero, Emily pasó la noche en vela. En la cama Cody se había dormido nada más salir del baño templado que la señora O'Clear había preparado para los dos en la habitación que ocupaban. Y allí seguía, dormido como un ángel, ajeno al vuelco que sus vidas habían dado en pocas horas.

Desde que dejaron los cimientos calcinados de la casa de Lorelei y hasta que por fin pudieron descansar, las horas fueron un frenesí de idas y venidas. Emily ayudó en todo lo que pudo a la señora O'Clear preparando baños para todos, y al médico, ya fuera limpiando la herida de Joshua, cosiendo la brecha de Nube Gris o vendando las costillas magulladas de Sam. No tuvo oportunidad de hablar con este a solas. No encontró el momento de relatarle las confesiones de Douglas, porque Cody, todavía asustado por todo lo sucedido, se pegó a ella sin darle un instante de tregua.

Después, la señora O'Clear asignó las habitaciones y las horas se le hicieron largas y

solitarias. Emily habría deseado estar a solas con Sam y hablar de su futuro. Aunque Gregory ya no representaba una amenaza y pese a estar segura de los sentimientos de Sam, la atormentaban las dudas acerca de si un hombre acostumbrado a vagar sin ataduras sería capaz de atarse a una familia y, por ende, arruinada. Con la casa de Lorelei había ardidido también el dinero del ganado, y con él las últimas esperanzas de Emily de salvar su rancho. No tendría más remedio que vender la propiedad a Crawford o al mejor postor para saldar sus deudas. Después de tantos esfuerzos, de tanto luchar, no le quedaba más que lo que llevaba puesto.

Pese a ello, si Sam decidía permanecer a su lado el futuro no se le antojaba oscuro y amenazador. Si por el contrario él optaba por seguir con su camino, entonces las perspectivas se le antojaban desesperantes. Junto a Sam se sentía con fuerzas para enfrentarse a una nueva vida. Sin él... no le quedaba más que soledad.

También tenía que pensar en todos los demás. No eran únicamente su hijo y ella; se sentía responsable de Kirk, de Nube Gris, de Edna, Joshua y, desde la noche anterior, de Lorelei y sus chicas. No podía desentenderse sin más después de haber causado la pérdida del hogar de Lorelei. Si ellos no se hubiesen alojado en su casa, la mujer seguiría teniendo un techo que la cobijara.

Cansada de cavilar, apoyó la frente contra el frío cristal. Necesitaba averiguar si Sam formaba parte de su vida. A su lado se había despertado de un largo sueño en el que había estado escondiéndose durante gran parte de su vida.

Lentamente, como dedos de luz, los rayos de sol fueron acariciando la tierra, que se despertaba perezosa. A pesar de no haber dormido, Emily necesitaba tomar la iniciativa, salir de aquella habitación y buscar a Sam. Se puso en pie sin hacer ruido. Echó agua en el aguamanil de porcelana y se lavó la cara. Pese a haberse bañado, el pelo seguía oliéndole a humo, sin hablar de la ropa. Todos los esfuerzos de la viuda O'Clear fueron en vano y Emily tuvo que conformarse con adecentar su vestido como buenamente pudo. Se peinó frente al espejo con dedos torpes y se hizo un moño apretado que se sujetó con unas pocas horquillas, rezando para que aguantaran.

Salió al pasillo y pasó de puntillas por delante de las demás habitaciones, pero, al llegar frente a la de Lorelei, oyó susurros. Si mal no recordaba, la mujer compartía habitación con Mickaela. Indecisa, se detuvo aguzando el oído, sin saber muy bien cómo la recibirían. Decidió que cuanto antes lo averiguara antes podría ir a hablar con Sam. Llamó con unos golpecitos a la puerta, que se abrió al momento. Mickaela apareció en el umbral vestida con el camisón de batista blanca.

—¿Puedo entrar? —quiso saber Emily con una sonrisa vacilante.

—Claro, pasa. Daphne y Jessy también están aquí con nosotras.

Se echó a un lado para dejarla pasar. Emily se sentía cohibida y apenas si tuvo valor para mirar a la cara a Lorelei, que permanecía en su cama, recostada contra el respaldo de madera.

—Si sigues mirándome de esa manera —empezó Lorelei—, voy a pensar que te pasa algo en los ojos.

—¿Cómo te miro?

—Como un cordero camino del matadero.

Lorelei palmeó la cama justo a su lado indicándole que se sentara. A los pies Daphne se peinaba con los dedos y cerca de la ventana Mickaela contemplaba la calle junto a Jessy. Emily se sentó sin atreverse a mirar a ninguna a la cara. Las cuatro llevaban puestos los camisones con

los que lograron escapar de la casa. Como ella, era lo único que les quedaba.

—Lo siento —murmuró—. Lo habéis perdido todo.

Daphne se encogió de hombros.

—No es la primera vez que salimos corriendo con lo puesto, ¿verdad, Mickaela?

—Sí... Recuerdo que una vez, en Búfalo, salimos tan rápido del *saloon* cuando apareció la banda de los hermanos Wayne que solo vieron el polvo que levantaron nuestras botas.

Jessy esbozó una sonrisa ladeada.

—Yo sí que salí corriendo del Dakota Saloon en cuanto pude escapar de ese bruto.

Daphne y Lorelei se echaron a reír, pero Emily no participó de la alegría.

—Si no nos hubieras acogido en tu casa, hoy no te encontrarías aquí.

Por toda respuesta Lorelei soltó un bufido.

—No te preocupes tanto por eso. Tengo otra casa en Virginia Occidental. Es modesta, pero tiene un techo y cuatro paredes. Si quieres hacer algo por mí, lleva esto a la tienda de los hermanos Saton y dile al viejo Lumis que te dé a cambio cuatro vestidos, unos sombreritos a juego, unos guantes y cuatro pares de zapatos para nosotras.

Mientras hablaba se sacó por la cabeza un cordón con un camafeo engastado en filigranas de oro y lo dejó caer en la mano de Emily.

—Y que añada un par de pantalones, una camisa y unas botas para tu hijo y otro vestido para Edna. —Emily empezó a negar, pero Lorelei chasqueó la lengua—. No me he quedado en la ruina. Por suerte, mi difunto marido me dejó una buena renta además de la casa, de modo que no estoy desvalida. Solo necesito ropa para ir al banco y arreglarlo todo para marcharnos cuanto antes de aquí. Una nueva vida nos espera en Virginia. Quiero plantar melocotones y hacer mermelada, como una mujer decente.

Los ojos de Emily se llenaron de lágrimas.

—Eres la mujer más generosa que conozco —dijo entrecortadamente.

La mano de Lorelei le acarició el brazo con suavidad.

—¿Y tú qué harás? Tu dinero estaba en mi casa...

Dejó las palabras en el aire, pero Emily sabía lo que quería preguntar. Ya no tenía la posibilidad de salvar su rancho y lo peor era que no sabía qué haría Sam. Él siempre había dicho que la acompañaría en el regreso, pero después... Ese después siempre había quedado en suspenso por la sombra de Gregory. Intentó buscar en su interior el desasosiego que semanas atrás le habría producido la pérdida del hogar donde había nacido, pero no encontró nada. Durante años se había aferrado a esas tierras como la única ancla en su vida, algo sólido que le recordaba quién era. Y por esa necesidad había aguantado todas las vejaciones de Gregory, por el temor a salir al mundo y arriesgarse a emprender una nueva vida con la única compañía de su hijo. Se sintió atenazada por la vergüenza, porque en ese momento para ella el rancho de su padre no era más que polvo.

Por primera vez se sintió totalmente desvinculada del lugar que la había visto crecer. En realidad no guardaba muy buenos recuerdos: una infancia solitaria y un matrimonio infeliz. Durante ese viaje hasta Dodge City había perdido el miedo a lo desconocido y descubierto que podía valerse por sí misma. Y ello no se debía únicamente al apoyo de Sam; desde que salió del su rancho, a lo largo de esos días durmiendo a la intemperie, se había sentido libre y dispuesta a luchar por su felicidad.

—Tendré que volver para poner el rancho en venta y saldar mis deudas...

—¿Y después? —insistió Lorelei—. ¿Te quedarás a esperar a que tu marido regrese?

—No. Mi marido no regresará. Douglas me confesó que lo había matado. —Soltó una risita nerviosa—. Durante meses he vivido con miedo, temiendo el regreso de Gregory, sin saber que estaba muerto. Y para más vergüenza, el hombre que lo mató vivía bajo mi propio techo. Me temo que no tengo muy buen ojo para juzgar a las personas.

—¿Sam lo sabe? —preguntó Mickaela.

—No, todavía no he podido hablar a solas con él. Ni siquiera sé en qué habitación ha pasado la noche.

—No creo que haya dormido mucho, porque esta madrugada lo he visto sentado en los escalones del porche —informó Daphne.

—Has de decírselo cuanto antes —le aconsejó Lorelei—. Tiene que saberlo. De modo que levanta el trasero de mi cama y corre a buscarlo y, en cuanto hayáis arreglado vuestras cosas, ve a la tienda de los hermanos Saton.

Mientras recorría el pasillo, Emily habría jurado oír la voz de Sam en el porche, pero cuando salió a toda prisa, estuvo a punto de chocar con Wyatt, quien en ese momento se disponía a entrar en la pensión de la señora O'Clear. Contrariada, reprimió el deseo de empujarlo y salir en busca de Sam. No podía estar muy lejos.

—Buenos días, marshall —lo saludó de mala gana.

—Buenos días, señora Coleman. Justamente quería hablar con usted. Necesito que me relate lo que sucedió ayer, desde el momento en que desapareció del circo hasta que apareció en casa de Lorelei.

El mero hecho de pensar en Douglas le revolvía las entrañas. La noche anterior apenas había tenido tiempo de recordar lo sucedido, porque enseguida llegó el médico para atender a los heridos. Ella se dedicó a ayudarlo y dejó para más adelante el momento de recapacitar sobre las palabras de Douglas. Le urgía hablar con Sam, porque todos ellos se encontraban en una encrucijada y en ese momento más que nunca necesitaba saber si sus sentimientos eran tan profundos como los de ella.

—¿Ahora? —preguntó decepcionada.

—Cuanto antes lo haga, antes podrá volver a su hogar.

Vencida, se dejó caer sobre un escalón, curiosamente donde Sam había estado sentado unos minutos antes.

—Está bien...

Relató todo lo sucedido: cómo Douglas la había arrinconado cerca del circo y le había asestado un golpe que la dejó inconsciente. Después repitió las divagaciones del vaquero acerca de cómo planeaba escapar de Dodge City y su intención de matar a Edna para vengarse de Joshua, que a su entender lo había traicionado al contar la verdad. Siguió hablando y el marshall la escuchó sin interrumpirla. Cuando acabó, Emily se pasó una mano por la nuca, que sentía rígida.

—Señora Coleman, ¿podría repetirme lo que Douglas dijo de su marido?

Emily le lanzó una mirada airada.

—Ya lo ha oído: Douglas mató a mi marido hace más de seis meses. Lo enterró y esperó a que pasara un tiempo de duelo para cortejarme y casarse conmigo. Quería mi rancho, mis tierras,

todo...

Wyatt se atusó el poblado bigote.

—Señora Coleman, ¿por qué no le ha comentado nada de todo esto a Sam?

—Porque mi hijo estuvo pegado a mis faldas y no podía hablar de todo eso delante de él. Bastante ha visto y oído para un niño su edad. Contaré a Cody la verdad, pero antes tendré que esperar a que se le haya pasado el miedo por todo lo sucedido.

Wyatt asintió y tendió una mano para ayudarla a ponerse en pie.

—En ese caso, señora Coleman, debo decirle que debería buscar a Sam..., y hablar con él cuanto antes.

46

En el Long Branch Saloon el pianista tocaba una melodía que casaba con los sombríos pensamientos de Sam. El pistolero iba ya por su quinto vaso de whisky y cada trago le quemaba el estómago como ácido, pero al menos le embotaba los sentidos. Solo le quedaban unas pocas horas en Dodge City y le tentaba la posibilidad de marcharse en silencio. No soportaba la idea de dejar atrás a Emily, ver en sus ojos la decepción por el abandono. Le resultaba insufrible alejarse de allí sabiendo que la dejaría en un mar de agonía, llorando, y no estaba seguro de tener el coraje de marcharse llegado el momento si ella lo llamaba, si echaba a correr tras él pidiéndole que se quedara.

Una despedida era un lujo que no podía permitirse; cortar de raíz sería mucho más sensato, sin promesas, sin esperanzas insensatas que alimentarían el corazón hasta agriarse con el paso del tiempo. Era mejor irse en silencio, como llevaba años haciendo. Ignoraba cómo lograría vivir sin ella en el futuro. El mero pensamiento de seguir adelante sin su presencia, sin oír su voz de ángel susurrándole palabras de amor al oído, le helaba la sangre.

No le quedaba más remedio que emprender su camino.

Sonrió al recordar a la mujer asustada que vio por primera vez en el almacén de los Schmidt, una cervatilla temblorosa que permaneció erguida a pesar de los comentarios malintencionados de Gertrud. Desde entonces la pequeña gatita había aprendido a sacar las uñas. Aquel día Emily se le había metido en el pensamiento y bajo la piel hasta convertirse en parte de su persona. Con ella había aprendido a amar de nuevo, se había atrevido a soñar y sentir. Durante unas semanas volvió a bajar la guardia y no se arrepentía de ello, aunque al marcharse dejara parte de su alma en aquel rancho perdido en Kansas. Su corazón seguiría latiendo allí, junto a Emily y Cody, y mientras le quedara un soplo de vida, los llevaría con él.

El aliento se le entrecortó y la vista se le nubló tras un sospechoso velo húmedo a la vez que su determinación se resquebrajaba. Sin ella no sería más que un envoltorio vacío, sin voluntad propia. Junto con Emily dejaría atrás el resto de humanidad que le quedaba, el que la guerra y la muerte de los suyos habían obligado a permanecer en la sombra.

Se llenó una vez más el vaso y lo vació de un trago, sin prestar atención al camarero, que lo observaba de reojo. El local estaba casi vacío, no había más que tres mesas ocupadas por unos hombres tan solitarios como él. A esas horas solo los perdedores sin familia podían estar bebiendo en lugar de acudir a sus trabajos o atender a sus esposas e hijos.

Las puertas batientes se abrieron de golpe y unos pasos se fueron acercando a la barra. Sam

no prestó atención, demasiado concentrado en ahogar su congoja en alcohol. El rostro perplejo del camarero despertó su curiosidad. Se movió con cuidado, procurando no perder el equilibrio, y cuando finalmente se volvió poco le faltó para dar con sus huesos en el suelo. Allí estaba Emily, mirándolo con el ceño fruncido y los brazos en jarras. Aunque era tan bajita que la barra le llegaba al pecho, su expresión hizo que el camarero retrocediera un paso.

—Señora —empezó el hombre—, este no es un sitio para una mujer decente...

Por toda respuesta, una mano pequeña y blanca se alzó en un gesto admonitorio con el dedo índice en alto. Fue efectivo, porque el camarero se encogió de hombros y siguió a lo suyo. Solo entonces Emily cogió uno de los vasos secos y se sirvió de la botella de Sam. No pronunció palabra, de hecho todo el local estaba en silencio; el pianista, al igual que los otros hombres, la miraba a la espera de la escena que prometía el rostro crispado de la pequeña mujer de aspecto extraño que acababa de entrar. Sam se pasó una mano por la cabeza y soltó un suspiro.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Emily no se molestó en contestar y se bebió el líquido dorado de un trago. Ahogó un jadeo y tosió, pero se mantuvo firme y, para sorpresa de todos, lanzó el vaso por encima del hombro. No se inmutó cuando se estrelló contra el suelo. Se limpió los labios con el dorso de la mano y, acto seguido, se sirvió otro. Antes de bebérselo, Sam carraspeó.

—No has contestado a mi pregunta.

Emily no se molestó en replicar y bebió de nuevo. Esta vez ni siquiera tosió, sino que mantuvo el tipo con un leve parpadeo antes de volver a arrojar el vaso por encima del hombro. El camarero fue a protestar, pero una mirada fulminante de ella lo silenció.

Sam no sabía si reír o echársela al hombro y sacarla de allí para darle una buena azotaina en el trasero.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —Para su pesar, se dio cuenta de que arrastraba las palabras.

—Estoy haciendo lo que me enseñaste en el rancho, ¿recuerdas? Cuando me dijiste que mi problema era que no sabía enfadarme. Pues ahora estoy muy enfadada. He recorrido todos los *saloons* de Dodge City y me duelen los pies.

El camarero, viendo que Emily llevaba la intención de coger otro vaso, se apresuró a apartarlos precipitadamente. Ella se apoderó del de Sam, que estaba lleno. Lo vació con garbo y lo lanzó con más fuerza que los dos anteriores. Ya iban tres, y Sam pensaba que no estaba tan borracho como para sufrir alucinaciones. Vio que Emily se sacaba algo del bolsillo de la falda chamuscada y lo lanzó sobre la barra de latón. Reconoció la bolsa que le había dado a Wyatt y ahogó una maldición.

—Creo que esto es tuyo —señaló Emily con los ojos brillantes de indignación.

—Emily... —dijo Sam en tono de advertencia, pero ella lo ignoró.

—¿Quién te crees que soy? ¿Crees que puedes desaparecer sin más, dejándome esto en pago por los servicios prestados como si fuera una mujerzuela? Porque, en ese caso, puedo subirme a ese escenario y enseñar los calzones. Seguro que podría sacar algo de calderilla para mantener a mi hijo...

—¿De qué estás hablando? —gritó Sam—. ¿De qué estás hablando al decir que subirías a ese escenario? ¿Es que te has vuelto loca?

—Pues sí, me he vuelto loca —contestó ella dando una patada al suelo—. Loca de rabia al

ver que estás dispuesto a abandonarme. ¡Y no te atrevas a hablarme como si fuera idiota! Pensabas marcharte sin despedirte siquiera, ¿no? Sam, creí que la cobarde era yo por haber aguantado a un marido abyecto, pero ahora veo que me superas.

Sam soltó un suspiro de cansancio.

—Wyatt te ha dicho que pensaba irme.

—Sí. Y el muy bastardo se ha atrevido a decir que era por mi bien. ¿Quién narices se cree para inmiscuirse en mi vida? Y tú —exclamó con vehemencia—, tú estás dispuesto a largarte sin decir nada. ¿No nos merecemos al menos una despedida? ¡No! El gran Sam prefiere desaparecer como un gallina por la puerta de atrás.

—Emily..., tu marido... —empezó Sam. Un fuerte dolor de cabeza le estaba atenazando las sienes.

—¡Ja! Mi marido. Bien, como no me has dado tiempo a revelarte las últimas noticias, te informo de que Douglas confesó ayer haber matado a Gregory hace más de seis meses. Mi marido no me abandonó, aunque creo que era su intención, pero no le dio tiempo a hacerlo porque otro loco quería mis tierras y decidió zanjar el tema matando a Gregory. ¿Qué te parece? Y ahora me entero de que el hombre que amo, el que me hizo creer que él también me amaba, está listo para escabullirse sin una palabra de despedida. Decididamente, tengo que mejorar mi gusto en cuanto a hombres se refiere.

Sam parpadeó varias veces intentando poner orden en sus pensamientos, porque las palabras de Emily eran como un furioso enjambre de avispas en su embotada cabeza.

—¿Puedes repetir lo que acabas de decirme?

—Claro. Te estoy diciendo que Douglas mató a Gregory hace más de seis meses. —Emily soltó una risa carente de alegría—. Seis meses, ¿te lo puedes creer? Y yo temblando al pensar que un día Gregory volvería y el infierno regresaría con él. Ahora he perdido mi rancho, pero soy una viuda que podrá dormir tranquila. Y para completar mi felicidad, me entero de que te vas. ¿Acaso todo lo que me dijiste era mentira? —Su voz se fue apagando hasta acabar en un susurro—. No quiero lo que contiene esa bolsa, es tuyo. No lo quiero. Lo que deseo es estar contigo.

Sam se enderezó y miró a su alrededor. Los hombres tuvieron la decencia de fingir un gran interés en sus jarras de cervezas. Emily era una viuda. Era viuda. Viuda. La palabra resonaba como el tañido de una campana lejana y el dolor que lo había acompañado desde que la conoció se fue evaporando como la niebla al sol.

—¿Gregory está muerto? —repitió él lentamente.

Emily asintió en silencio con los labios apretados.

—No lo sabía —siguió Sam, sintiéndose como un estúpido.

—Claro que no lo sabías, y de hecho ni siquiera te habrías enterado si Wyatt no me hubiese hablado de vuestra conversación. ¿Por qué los hombres de mi vida siempre deciden lo que es mejor para mí sin contar con mi opinión? ¿Acaso pensáis que no puedo tomar mis propias decisiones?

La mente nublada de Sam se estaba despejando a marchas forzadas. El futuro, que le había parecido un largo camino solitario, se estaba convirtiendo en una promesa que jamás habría soñado con convertir en una realidad. Ya nada se interponía entre él y Emily. Dio un paso adelante.

—Emily, me iba a marchar porque era lo mejor para todos. ¿Y si Gregory hubiese estado en

el rancho esperándote? Ayer disparé a Douglas, de lo cual no me arrepiento, y habría acabado con tu marido con mis propias manos. No quería ser el hombre que matara al padre de tu hijo... No podía saber que estaba muerto.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Emily con los ojos anegados en lágrimas—. Ya no me queda nada; he perdido el rancho, pero me da igual. No quiero vivir allí, solo tengo recuerdos dolorosos de ese lugar. Quiero irme de Kansas y dedicarme a criar caballos. Quiero que mi hijo se sienta seguro, quiero una vida tranquila, quiero a mi lado a un hombre que me ame... Te quiero a ti.

Sam dio otro paso y le acarició la mejilla.

—Y me tienes a tus pies. Emily Coleman, eres todo lo que deseo, todo lo que amo en esta vida...

Emily soltó un sollozo y rompió a llorar en sus brazos.

—No vuelvas a pensar que estaría mejor lejos de ti —farfulló ella—. Nunca... nunca...

Sam le alzó el rostro y la besó con delicadeza.

—Nunca más, porque sin ti dejaría de ser un hombre honrado. Tú eres mi ancla, eres la razón que necesitaba para vivir. Te amo con toda mi alma, Emily.

Emily se puso de puntillas y le obligó a agachar la cabeza. Se besaron con la promesa de todo lo que deseaban compartir, con la esperanza de pasar la vida juntos. Los vítores de los hombres les hicieron tomar conciencia de que estaban en un *saloon*. Sam se apartó y la besó en la frente.

—Emily, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí... —susurró ella, roja como una amapola, repentinamente cohibida por haber montado semejante escena delante de todos esos desconocidos.

—¡La casa invita a una ronda! —anunció el camarero—. Pero, ¡ajo!, sin romper los vasos.

Sam pasó un brazo por la cintura de Emily y con la otra mano recogió el sombrero y el saquito de cuero de encima de la barra.

—Gracias, pero tendréis que disculparnos. Mi futura esposa y yo tenemos que anunciar a nuestro pequeño que pronto habrá boda.

Emily sonrió de pura dicha al ver que Sam pensaba en Cody. Salieron dejando atrás los vítores de los demás. En la calle, él la miró de reojo.

—¿Has dicho que quieres criar caballos?

—Sí, como tu padre. Con el oro que contiene tu bolsa y lo que me quede después de saldar mis deudas, creo que podemos empezar con un par de caballos de raza. Unos andaluces, como los que vimos en el circo. ¿Qué te parece Virginia Occidental?

Sam se rio con ganas echando la cabeza atrás.

—Contigo, mi pequeña guerrera, hasta el fin del mundo.

Epílogo

Virginia Occidental, un año después

Edna salió dando un portazo, exasperada por la actitud de su marido y su hermano. No entendía cómo podían discutir por lo más absurdo, y sin embargo no pasaban ni un día separados. Trabajaban codo con codo, pero al menor descuido empezaban a gritarse. Edna sospechaba que lo hacían sin darse cuenta, sin verdadera animosidad, sencillamente porque se habían acostumbrado a discutir. Incluso habría asegurado que disfrutaban con ello. No obstante, cuando se portaban de forma tan infantil, ella necesitaba alejarse. Esa mañana el último bollo del desayuno había sido el detonante de los reproches. Hasta Cody se rio de ellos cuando empezaron con sus estúpidas quejas. Nube Gris había tachado a Joshua de egoísta por comerse el último y Joshua a Nube Gris de glotón por haber zampado más que ninguno.

Recordó que un año atrás, cuando todavía estaban en Dodge City, Joshua aseguró que no podía dejar en manos de Nube Gris la seguridad de su hermana. Por ese motivo se había sumado a la comitiva cuando todos regresaron al rancho y ayudó como uno más cuando Emily y Sam desmantelaron cuanto pudieron desarmar para llevárselo a su nuevo hogar.

Tardaron un mes en emprender el camino hacia su nueva vida. Y en cuanto llegaron a una pequeña y acogedora ciudad llamada Lexington, donde Lorelei los esperaba, se instalaron en una granja que Sam y los chicos se apresuraron a reformar antes de que llegaran las dos parejas de purasangres, a los que se sumaron dos caballos andaluces blancos como la nieve que despertaron la admiración de todos.

En cuanto fue posible, se celebraron dos bodas que reunieron a todos los vecinos. El mismo día, Edna y Nube Gris se dijeron el sí quiero junto a Emily y Sam. La joven sonrió al recordar a su hermano, emocionado y abrazado a su flamante cuñado, amenazándolo con saltarle la tapa de los sesos si no hacía feliz a su hermana.

Edna siguió andando hasta el cercado donde Sam guiaba un joven potro nervioso para que aprendiera a aceptar la silla de montar. Sentado en lo alto de la valla, Cody lo observaba con atención, sin perder detalle. En el último año, el niño había pegado un estirón y mostraba un gran aplomo cuando expresaba sus opiniones acerca de los caballos.

Edna esperó hasta que Sam la vio. Este dio una palmada al potro.

—Cody, encárgate de darle agua y cepíllalo.

Sin hacerse de rogar, Cody saltó de alegría y se acercó al caballo, que enseguida agachó la testuz para que le diera un premio. El niño se sacó una zanahoria del bolsillo y se la dio entre

risas.

Sam se dirigió a la valla.

—¿Sucede algo, Edna?

—Emily se ha despertado y se niega a quedarse en la cama. Ya quiere levantarse.

Sam negó con los labios apretados.

—¡Mujer testaruda! ¿A qué viene tanta prisa? ¡Pero si no hace ni veinticuatro horas que dio a luz a nuestra hija!

Salió del corral y siguió a Edna.

—Le he dicho que podemos apañarnos sin ella, pero ya sabes cómo es. No sabe estarse quieta.

—¿Ha llegado Lorelei? Es la única capaz de hacerla entrar en razón.

—No, pero estará al caer. Hoy tenía que llevar su mermelada de melocotón al almacén. Más tarde vendrán Jessy y Mickaela. ¿Sabías que Daphne se va a casar con el herrero? Me enteré anoche...

Sam no la escuchaba, impaciente por llegar cuanto antes a la casa e intentar hacer entrar en razón a su obstinada mujer.

En el porche Kirk fumaba en pipa sentado en una silla, disfrutando de los rayos aún templados del sol. El día se anunciaba caluroso para esa época del año.

—Yo digo que no conseguirás convencerla de que se quede en cama —aseguró el anciano.

—¿Y tú no te ibas a la ciudad a por los nuevos arneses? —le espetó Sam, pero la sonrisa que bailoteaba en las comisuras de sus labios desmentía la severidad de su tono.

—Hay tiempo, me iré en cuanto esos dos payasos dejen de hacerse arrumacos en la cocina.

Cuando entraron, Nube Gris y Joshua se callaron al momento, pero tanto Sam como Edna repararon en el hecho de que no estaban discutiendo, sino que hablaban como dos personas civilizadas. Edna los fulminó con la mirada y los dos se pusieron en pie para salir en silencio.

Sam dejó a Edna en la cocina y subió las escaleras de la casa donde disfrutaba de los días más felices de su vida en compañía de Emily, Cody y el resto de su extraña familia. Algunas noches todavía se despertaba sudoroso de una pesadilla y abrazaba a la mujer que dormía a su lado para asegurarse de que los últimos meses eran algo más que un sueño. El calor y la suavidad del cuerpo de Emily calmaban los latidos alocados de su corazón y volvía a dormirse en paz.

Entró en la habitación y la vio sentada en una mecedora, acunando entre sus brazos un bulto envuelto en una mantita. Cerró la puerta con cuidado y se acercó para arrodillarse junto a las dos mujeres de su vida. Emily le dedicó una sonrisa y le enseñó el rostro sereno de Abigail, que dormía plácidamente en brazos de su madre. Tenía el pelo de su padre y los ojos igual de claros. Muchos aseguraban que los ojos azules de los recién nacidos podían cambiar a lo largo de las siguientes semanas, pero Emily sabía que tendría la mirada de su padre, la misma que la había subyugado el día que lo vio en el almacén de los Schmidt.

Sam sonrió a su pequeña y le tomó con cuidado una manita. Le parecía tan delicada que cuando la cogía en brazos temía romperla.

—Es tan guapa como tú —susurró—. Igual de perfecta.

—Tú me conviertes en una mujer hermosa, con cada una de tus miradas.

Se echó hacia delante y lo besó con ternura. Su felicidad era completa. Cada día que pasaba junto a Sam se sentía la mujer más dichosa de la tierra. Era el rostro que contemplaba nada más

despertarse, el último que veía al dormirse, y ya no concebía empezar o terminar la jornada de otra manera. Atrás habían quedado las lágrimas y el temor, los peligros y las traiciones. No le costó vender su rancho a un granjero alemán que deseaba convertirlo en una granja. Y ahora su hogar era aquella casa anclada en una pradera ondulante donde los caballos pastaban a sus anchas.

—¿Se puede saber qué haces levantada? —le preguntó Sam con una sonrisa en los labios—. Quiero que guardes cama al menos dos días más, y lo único que tienes que hacer es dar el pecho a Abi.

—Me siento bien...

Él la calló posando la yema de los dedos sobre sus labios templados.

—Por una vez hazme caso, mujer testaruda.

Abigail soltó un suspiro en su sueño. Los dos la contemplaron. Era la hija del amor, deseada y mimada por todos.

—Está bien —capituló Emily—, pero dile a Lorelei que me traiga el punto. Tengo que acabar el jersey de Cody.

Sam se rio y sacudió la cabeza.

—No tienes remedio, pero está bien.

Emily le acarició el pelo con la mano libre.

—¿Qué habría sido de nosotros si no te hubiese encontrado en aquel camino colgado de un árbol? Todavía no puedo creer que no dijeras a aquellos hombres que las tachuelas de tu silla de montar eran el oro que habías sacado de esa mina en Oregón. Estuvieron a punto de matarte.

—Pero no lo hicieron, mi ángel me encontró y me llevó en su carreta hasta su casa...

—Y tú enseñaste a tu ángel a enfadarse...

Sam sonrió al recordar el día que estuvo a punto de acabar con toda su vajilla. Desde entonces Emily siempre rompía algo cuando estaba furibunda y todos procuraban esconder la loza en cuanto ella fruncía el ceño.

—Te quiero... —le susurró Sam al tiempo que le besaba la frente.

—Y yo... —replicó ella, con la dicha en los ojos.

Permanecieron en silencio admirando el rostro redondo y sereno de Abi, pensando que no podían pedir más en la vida.

Nota de la autora

LAS MATANZAS DE BÚFALOS

Desde la llegada de los primeros europeos a Norteamérica, la cacería indiscriminada estuvo a punto de extinguir a los bisontes, pero en la segunda mitad del siglo XIX la situación se convirtió en un peligro real. En 1890 apenas quedaban 750 ejemplares de estos rumiantes en las grandes llanuras, donde las tribus de los nativos americanos habían vivido de la caza durante siglos. El búfalo les proporcionaba gran parte de lo que necesitaban para subsistir: con la piel gruesa se fabricaban escudos y mocasines, mientras que la más fina les servía para confeccionarse el vestido. La grasa no solo se empleaba para hacer jabón, sino que con ella se embadurnaban el cuerpo y el pelo para protegerse. De la lengua obtenían cepillos, los huesos eran tallados en forma de cuchara y los tendones se usaban como cuerdas para los arcos. Por ende, su carne era la base de su alimentación. Debido a todo ello, consideraban el búfalo como el Gran Espíritu, al que honraban tras las cacerías. Cuando se vieron sin su principal medio de sustento, los indios de las llanuras se vieron abocados a una hambruna que los obligó a hacinarse, algunas veces en condiciones deplorables, en las reservas que el gobierno habilitaba para ellos.

En Dodge City, en concreto, con esa cacería indiscriminada, incentivada por el gobierno con la intención de menoscabar a los nativos, las llanuras se llenaron de cadáveres y el hedor a putrefacción que desprendían se podía oler en kilómetros a la redonda. Los huesos eran pulverizados para convertirlos en fertilizante y se comercializaba con las pieles, pero el resto se pudría en las llanuras.

LOS CIRCOS EN ESTADOS UNIDOS

En esta novela me he tomado la libertad de llevar un circo a Dodge City, pero los espectáculos circenses no llegaron al Oeste hasta 1905 de mano del señor Bailey y su circo. Sin embargo no es una idea tan descabellada, ya que el ferrocarril que cruzaba el país de Este a Oeste era la plataforma perfecta para que las compañías circenses se adentraran en el interior del país, llevando a esa vasta zona el espectáculo más exótico de la época.

El espectáculo de la lámpara incandescente que nombra Sam fue el número estrella del circo Bailey en 1879, un año antes de ser patentada la bombilla por Thomas Alva Edison.

Y asimismo el circo Bailey tuvo el privilegio de tener el primer elefante que nació en un circo.

Entre las atracciones de los circos se podían ver exhibiciones ecuestres, animales salvajes o

amaestrados y payasos, todo ello amenizado por una banda de música. Sin embargo había una parte más truculenta que he preferido obviar, que consistía en la exhibición de seres humanos que sufrían malformaciones. Se les veía con una mezcla de horror y morbosa curiosidad que no he querido añadir a la historia de Sam y Emily.

WYATT EARP

Cuando preparaba la novela me pareció oportuno incluir a un personaje real que fue primordial para «civilizar» la disoluta Dodge City. Fue uno de los marshalls más conocido en el Medio Oeste y se forjó una reputación de hombre insobornable, que erradicó la violencia haciendo uso de la misma violencia. En 1878 se convirtió en el asistente del comisario Charles Basset, pasando a ocupar el cargo de *chief deputy marshall* y formó parte del comité de paz de la ciudad de Dodge City para la seguridad de los habitantes de la ciudad.

En 1879 se trasladó a Tombstone con la intención de convertirse en granjero, pero fue reclutado por sus hermanos, Virgil y Morgan, que ya ocupaban cargos policiales. Más tarde se convirtió en marshall de la ciudad, pero, debido a la dureza de su forma de impartir justicia se granjeó múltiples enemistades, como la de los hermanos Clanton y McLaury. Esta rivalidad desembocó en el famoso duelo en OK Corral, tantas veces llevado al cine, durante el cual Morgan murió de un tiro en la espalda y Virgil quedó parapléjico. En venganza, Earp acabó con los Clanton y los McLaury.

Tras una vida llena de peligros, falleció a la edad de ochenta y un años de muerte natural en Los Ángeles, California, en 1929.

DODGE CITY

Esta ciudad es considerada un punto de referencia en la historia de la expansión de las fronteras de Estados Unidos. Fue un importante centro de negocios para la ganadería gracias a la llegada del ferrocarril, mediante el cual abastecía de carne a los estados del Norte. En un principio solo fue un fuerte, el fuerte Dodge (origen de su nombre), construido para proteger las caravanas de colonos que se adentraban en las llanuras. Con la llegada del ferrocarril en 1872, los negocios se fueron multiplicando en torno a la línea ferroviaria, sobre todo *saloons* y salas de baile. Ello atrajo a cazadores de búfalo, trabajadores del ferrocarril, pistoleros, soldados y «buscavidas», lo que convirtió la ciudad en un lugar peligroso.

Pero el tren atrajo también a los ganaderos. Se estima que por Dodge City pasaron más de cinco millones de cabezas de ganado en aproximadamente diez años, creando una economía boyante que dio algo más de respetabilidad a la ciudad.

Todo ello llevó a los ciudadanos a pedir mayor seguridad en las calles. De ahí la llegada de Wyatt Earp como marshall. Este dividió la ciudad en dos zonas; en el norte, donde se concentraban las tiendas y los restaurantes, se prohibió ir armado; en la zona sur, donde se concentraban más los *saloons*, por no llamarlos burdeles, siguieron los tiroteos.

Todos estos datos son aproximados, pero me han servido para hacerme una idea de lo que fue el Viejo Oeste americano. También busqué canciones de la época, que me sirvieron de

inspiración. Para mí ha sido un viaje asombroso que me ha permitido meterme de lleno en una novela de amor y aventuras en un ambiente no por ajeno a mi vida actual menos familiar gracias a mis recuerdos de infancia mirando películas de vaqueros junto a mi familia.

Agradecimientos

Escribir *Cadena de favores* ha supuesto un largo trabajo en solitario durante el cual he pasado muchas horas frente a mi portátil, perdida en algún punto de Kansas junto a dos personajes que me enamoraron. Sin embargo, echando la mirada atrás, me doy cuenta de que ese camino hacia el fin de la historia no fue tan solitario.

Le debo a mi marido un sinfín de abrazos y miles de gracias por dedicarse a cocinar o hacer la compra sin una queja, solo palabras de aliento, mientras yo escribía. Ya lo sabes, eres el protagonista por excelencia de cada una de mis historias.

A mi hija Fanny, por ser como es, una constante fuente de inspiración, por su bondad y su dulzura. No tengas prisa, todo llega en su momento.

Sois la más bella razón de vivir.

A mi socia y amiga Patri, porque su apoyo fue el motor que me impulsó a seguir adelante con esta historia. Eres la madrina de *Cadena de favores*, de Sam y de Emily, los viste nacer y crecer hasta llegar a ser una historia con un principio y un fin.

A mis padres, que ya no están a mi lado. Allí donde estéis, gracias por todo, por enseñarme que el esfuerzo siempre tiene su recompensa, que el placer del trabajo bien hecho es el mejor premio.

A mis chicas de Novelass, porque fuisteis mis primeras lectoras. Sin vosotras ni siquiera me habría atrevido a seguir intentándolo.

Al equipo de Vergara y a la web El Rincón de la Novela Romántica, por organizar el III Premio de Novela Romántica Vergara-El Rincón de la Novela Romántica, en especial a mi editora Marisa Tonezzer, que me dio la buena noticia, y a los miembros del jurado por creer en mi historia. No tengo palabras para agradecer el interés que habéis mostrado por el libro, por mimar tanto mi historia, por darle una nueva vida que llegará a los lectores.